



E. WOLF

Anatomía
de un
Segundo

D.J.57

**ANATOMÍA
DE UN
SEGUNDO**

E. WOLF

PRÓLOGO

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRES

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA y DOS

TREINTA Y TRES

EPÍLOGO

FIN

PRÓLOGO

Londres, primavera de 1875

Un olor pestilente se instaló en las fosas nasales de Huxley Hamilton en cuanto bajó de su carruaje. Estaba en pleno East End, el barrio más peligroso, depravado y sucio de todo Londres. Se ufanó a taparse la nariz con el pañuelo que llevaba en el bolsillo y a entrar en el edificio número 60 de la misma calle. Evitó pisar un charco situado en el pavimento dando un pequeño salto, tras atravesarlo, abrió la puerta de madera desgastada del andrajoso edificio. Era de noche, pero estaba a punto de amanecer, lo tarde como para que las prostitutas sin cliente siguieran rondando por allí. Sólo quedaban algunos mendigos durmiendo en las calles cobijados bajo algunos portales.

El mensaje decía segundo piso, última puerta a la derecha. No era la primera vez que recibía una misiva de este tipo, pero era lo que le tocaba después de hacer un pacto con el diablo. Estaba exagerando, el inspector Irons no era, ni mucho menos, malvado -al menos lo poco que conocía de él- y tampoco se le asemejaba en absoluto. Era más bien alguien lo suficientemente ávido mentalmente como para saber que la Scotland Yard, aunque tuviese su departamento de investigación criminal, no tenía los medios suficientes ni tampoco el personal cualificado para realizar ciertos trabajos.

Trabajos como diseccionar sobre un cadáver y hacerle la autopsia.

Hamilton llamó a la puerta con cautela, con el sombrero un tanto tirado hacia abajo, a ras de los ojos, por si acaso alguien, de casualidad, lo reconocía. Era sorprendente la de gente que se las daba de respetable y de moralista y que luego, aparecía en los lugares más recónditos desatando sus más bajas pasiones cuando creían que nadie los veía.

—Pase, Hamilton —susurró el inspector Irons abriendo la puerta con rapidez —. Tenemos algo insólito.

Huxley Hamilton alzó una ceja, cerciorándose que lo que había escuchado, tenía fundamento.

—¿Insólito? ¿Aún se ven cosas insólitas? —preguntó, echando una ojeada a la habitación.

Era pequeña, el centro de ella era una cama de matrimonio, vieja, con sábanas amarillentas. Había también un armario de madera algo carcomido, una mesilla de noche, una pequeña alfombra en el lado izquierdo junto con una tina y un baúl.

El cadáver de una joven se situaba encima de aquella misma cama, completamente desnuda. Aparentemente, no era muy insólito. Por el barrio en el que estaban, la cantidad de prostitutas que alquilaban habitaciones en la zona, y la sobriedad del lugar, lo primero que le vino a la mente fue un cliente insatisfecho o con cierto grado anormal de violencia. Por desgracia, ese tipo de muertes eran comunes.

—Pronto verá por qué, cuando se acerque —carraspeó Irons, quién no dudó en encender con una cerilla, la pipa que tenía en la boca.

—¿Quién la encontró? —cuestionó Hamilton.

—La propietaria del edificio. Les alquila las habitaciones a varias chicas que traen aquí a sus clientes. Era prostituta —le informó Irons.

Eso ya lo sabía, pero no lo dijo.

—¿Vivía aquí? ¿No tenía familia?

—No lo sabemos.

Huxley avanzó hasta estar a la derecha de la cama, encharcada de sangre. Aún goteaba algo de ella desde el colchón hasta el suelo. Buscó de dónde procedía y enseguida se dio cuenta de que había un corte de quince centímetros por lo menos entre ambos pechos de la muchacha. Era un corte limpio, y profundo.

Huxley abrió el maletín que llevaba consigo, y cogió unas grandes pinzas que

usó para separar la piel del corte, dándose cuenta de que había sido por una razón: le habían sacado el corazón.

Examinó su interior a conciencia, buscando si le habían extraído algún otro órgano, pero no vio nada que le llamase la atención.

—Hm, extraño —exclamó en voz alta—. Puede que, por una vez, tengas razón, Irons. Es algo... insólito.

No vio esa cara de censura que le dedicó el inspector, acostumbrado a que Hamilton soltase lo primero que le venía a la cabeza.

Huxley posó su atención primero en la cabeza de la chica, buscando entre sus cabellos húmedos, rizados y rubios algún traumatismo, pero no encontró nada. Tenía la piel del cuello intacta, los ojos cerrados y ningún otro corte. Cuando examinó los brazos, se dio cuenta de que había sido atada por las muñecas con una cuerda, aún tenía las rojeces, y al llegar a las piernas, vio que los tobillos también por las marcas, iguales, pero no vio las cuerdas por ninguna parte.

Finalmente, le pidió el pañuelo a uno de los agentes que había allí y le abrió las piernas, determinando algo que podría llegar a ser relevante, o no, mientras introducía el pañuelo en su orificio.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Irons, impaciente, tocándose el espeso bigote negro bajo la nariz chata y ancha.

Sabía que Huxley Hamilton era conciso, concienzudo y que no solía lanzar teorías erróneas, pero en este caso necesitaban saber si se enfrentaban a un simple cliente o, por el contrario, a alguien que matase por placer.

—La mujer mantuvo relaciones sexuales, aparentemente consentidas, pero tendré que examinarla más a fondo para decirlo, hay restos de simiente en su interior —le devolvió el pañuelo al agente, a quién no le gustó nada el estado en el que se encontraba y frunció el ceño—. Es evidente por las marcas que fue atada por los pies y por las manos con alguna cuerda, ¿la habéis encontrado por aquí?

—No, no había cuerda alguna cuando hemos entrado.

—Le cortaron el tórax y le sacaron el corazón, solamente. Ésta fue la causa

de la muerte.

—¿Y estaba despierta cuando ... pasó? —preguntó Irons, inquieto ante tal posibilidad.

Huxley dudó antes de responder, expirando por la habitación para ver si había alguna pista.

—Podría haber usado cloroformo para que se desmayase, pues parece que no opuso resistencia a nada, pero el líquido tiene un olor bastante característico, y no lo identifico. ¿Alguien escuchó gritos?

—Las muchachas dicen que suelen escucharse gritos habitualmente por aquí, y que no hacen demasiado caso.

El inspector Irons solía ser un hombre razonable, y sabía que hablar con la policía muchas veces se consideraba como algo tabú por estos lares de la ciudad. Pero se trataba de un asesinato, y estaba esperanzado de que algunas de esas mujeres tuviesen puesto el miedo en su piel después de que una de ellas hubiese sido la víctima, pero parecía que todas callaban, no sabía si por miedo a represalias o porque realmente no habían visto ni oído nada.

—Tiene el camisón debajo de la almohada, vivía aquí.

Una voz femenina hizo que Huxley quitase los ojos del cadáver y los llevase a ella. Allí en medio del escenario del crimen se encontraba una mujer.

Pero no era una testigo, se dio cuenta por el vestido que llevaba bajo el abrigo, de colores apagados, un granate oscuro, de tela muy cara y extremadamente elaborado. Su sombrero de grandes dimensiones, aunque poco adornado, le hacía pensar que la mujer era de clase alta. No la conocía, y él solía estar al tanto de toda nueva incorporación a la sociedad aristocrática o burguesa, así que dedujo que debía ser de una familia de esos nuevos ricos, o americanos, pero su acento...

«Tiene un acento peculiar, pero no se me antoja americano», pensó para sí mismo.

Posó la mirada en sus ojos azules brillantes y vivaces; tenía un rostro pálido y lánguido pero atractivo, con un lunar en la mejilla que embellecía sus facciones

elegantes. Bajo el sombrero se percató de que sus cabellos eran marrones oscuros o negros, no pudo averiguarlo debido a la oscuridad de la sala, iluminada con cinco o seis velas.

—Interesante anotación. ¿Quién es ella, Irons? —le preguntó al inspector.

—Nadie, doctor —respondió la propia mujer, evitándolo, yendo directamente hacia el cadáver.

Con parsimonia, se quitó uno de sus guantes de terciopelo, y bajó la mano hasta el pie del cadáver, pero antes de que llegase a tocar su piel, la interrumpió.

—Le ruego que no toque el cuerpo, señorita —dijo Huxley, molesto por la presencia de aquella mujer que actuaba como si estuviese en el salón de su casa.

«Menudas confianzas se está tomando, y ni siquiera se ha presentado formalmente».

—Es una vidente, ha venido voluntariamente —le explicó Irons finalmente.

Tenía que estar bromeando. Sabía que la Scotland Yard estaba desesperada, pero no tanto como para creer en farsantes que decían hablar con los espíritus y por unos peniques te contaban la buenaventura.

—¿Una vidente? Por favor, esas mujeres sólo quieren dinero, son unas timadoras —exclamó en voz baja, casi en un susurro, situándose cerca de Irons para que solo él pudiera escucharle.

—Ha dicho que no quería remuneración alguna. No perdemos nada en ver qué nos dice, toda ayuda que venga será bienvenida —musitó él.

Huxley bufó, indignado. Menudas sandeces, la ayuda de una vidente, adónde iría a parar la Scotland Yard. Era una infamia que una mujer jugase así con la vida de una inocente, quién sabe qué tonterías diría. Cruzó los brazos y alzó una ceja para observar la pantomima de la que parecía que iba a ser testigo.

En cuanto la mujer tocó la fría piel de la muchacha, cerró los ojos. Estuvo un minuto aproximadamente hasta que se percató de que la otra mano le empezaba a temblar y también de que una gota de sudor le caía de la frente surcando la mejilla hasta llegar a su cuello.

Sabía que el temblor bien podía ser fingido, había multitud de videntes por la

calle que aseguraban predecir el futuro, e incluso había sesiones de espiritismo en las que algunos juraban que habían visto a la supuesta vidente levitar. Pero el sudor era algo difícil de fingir, era una reacción muy genuina del cuerpo humano.

De golpe, la mujer quitó la mano como si la piel le quemase, dejando ir un gemido de horror. Vio como respiraba con anhelo, como si le estuviera faltando el aire, y también como se tambaleaba. Huxley corrió para sujetarla, evitando una caída, sintiendo mucha curiosidad sobre lo que diría a continuación.

—Las cuerdas... están bajo la cama —susurró, buscando en su bolso el abanico y abriéndolo para darse aire.

Irons se inclinó y, efectivamente, sacó cuatro cuerdas diferentes de un mismo tamaño, no muy largas.

—¿Qué ha visto? —preguntó el inspector, sorprendido.

—Sólo... puedo sentir lo que ella sintió antes de morir, no ver lo que ella así que no voy a poder identificar al asesino, ni tampoco su voz. Era un cliente, he notado cómo le ataba las muñecas y los tobillos, sujetándolos a las patas de la cama.

—¿Y se dejó sin más? —preguntó Huxley con sorpresa.

—Le sorprendería las peticiones de los clientes —respondió Irons—. Prosiga, por favor, señorita.

La mujer, algo recuperada, se liberó del agarre de Huxley y siguió hablando.

—Le puso un pañuelo en la boca, sus gritos de placer ahogados parecían satisfacerle —susurró, sin dejar de abanicarse.

—Eso explica por qué las otras no escucharon nada —determinó Huxley, y también por qué no había signos de violencia, pero pronto se mordió la lengua al pensar que aquella teoría era fruto de algo tan inverosímil como una visión.

—Cuando ella alcanzó el éxtasis, el hombre de la nada sacó algo afilado y le hizo un corte. Ella gritó, dolía a horrores. El hombre no paró de penetrarla y lo último que sintió fue cómo él hurgaba en aquel corte, y cómo perdía el sentido.

—¿Está diciendo que mientras duraba el fornicio, el hombre le cortó con una

precisión innata y le sacó el corazón mientras llegaba al orgasmo?

Huxley Hamilton había oído muchas sandeces a lo largo de su vida, muchas tonterías y también muchas locuras, pero aquella sobrepasaba todos los límites.

—Eso es exactamente lo que le digo. Sin duda se trata de un perturbado mental —dijo la mujer con superioridad, alzando la barbilla, cerrando el abanico de golpe.

No era una dama, sin ninguna duda. Allí estaba, hablando de perversidades, de fornicio y de sangre como si tal cosa. Y pese a que él no era el colmo de la virtud... en realidad, virtuoso no lo era en absoluto, la censuraba. Él podía permitírselo, no por nada era un conde, pero esa mujer... ¿quién demonios era?

—Sin duda ha escuchado mi diagnóstico y ha elaborado una perversa teoría de los hechos que no tiene ni pies ni cabeza. Irons, por favor, sea razonable —dijo él cerrando el maletín, visiblemente molesto.

—La señorita ha llegado justo cuando ya había terminado de examinar el cadáver —puntualizó Irons.

—No se preocupe, inspector. El doctor es un hombre de ciencia, estoy segura de que es de los que sólo cree en lo que pueda oír, ver o tocar —dijo la mujer con cierto retintín.

—Exactamente, señorita. Pero debo reconocer que su actuación ha sido brillante, sin duda tiene usted una práctica excelente —susurró, sin mirarla.

—No se moleste en intentar dejarme en ridículo, no lo va a conseguir. El único que se ridiculiza aquí es usted mismo. ¿Celoso de que no sea el único que logre resolver un crimen? —sonrió satisfactoriamente, dejando ver unos dientes rectos y blancos en comparación con sus labios pintados de carmín.

—¿Celoso yo? Cuando resuelva un crimen, avíseme. Hasta entonces lo que tiene usted son sólo palabras —remarcó Hamilton, apretando el puño derecho con ahínco.

Esa mujer estaba siendo demasiado... incisiva, y para colmo, tenía la lengua demasiado larga.

—Palabras y cuerdas —remarcó, dejando entrever que no cedería.

—Las habrá visto al entrar, como el camisón —justificó Huxley.

—Si me compara usted con Auguste Dupin^[1], no es ni de lejos, una descalificación, doctor.

Inconcebible, que aquella mujer se comparase a sí misma con el célebre personaje de Edgar Allan Poe. ¡Inconcebible!

—No creo que usted pueda meterse en la mente del criminal, señorita. En primer lugar, porque según usted, es un hombre.

La mujer se llevó el abanico a los labios, soltando una carcajada.

—Créame doctor, hombres y mujeres actuamos parecidos ante una fechoría. Nuestro primer instinto es no dejar ninguna pista y, el segundo, poder huir sin que nos atrapen. No somos tan distintos ante las atrocidades, ni para verlas ni para cometerlas.

Huxley tuvo que tragarse sus palabras, buscaba argumentos contundentes, pero, por primera vez en la vida, alguien le ganó una discusión. Y tenía que ser aquella endiablada mujer.

—Ya se verá.

Suspiró, cansado. Era tarde y aún no se había acostado. Lo único que deseaba, después de haber estado en el club de caballeros jugando a las cartas y bebiendo de más, era tumbarse en su gran cama con dosel en la casa que tenía en propiedad en el centro, y dormir. Lo único que le impedía hacer eso era esa mujer, pero al verla bostezar, vio que no era el único al que el sueño hacía estragos.

—Es tarde, debo irme —cerró el abanico y lo guardó en el bolso—. Ha sido un placer Inspector Irons —le hizo una leve reverencia—. Lástima que no pueda decir lo mismo de usted, doctor —se dirigió a él sin perder la sonrisa—. Cuando aparezca otra, contactaré con ustedes.

—¿Otra? —musitó él.

—No tendrá suficiente ahora que lo ha probado, he podido sentirlo. Buenas noches.

Dicho esto, desapareció por la puerta dejando a Irons preocupado por sus palabras, y a Hamilton desconcertado.

—Irons, yo de usted la vigilaría de cerca. Puede incluso que ella misma la asesina y nos esté engañando —exclamó, pues no se había creído ni una de sus palabras.

—Llegó a Londres hace sólo una hora, cuando el crimen ya se me había notificado, así que es imposible que fuese ella.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó perspicaz.

—Porque vino directamente de palacio... Hamilton, no me suelte de la lengua, es un asunto del que no puedo hablarle. Como usted, es alguien que quiere y debe permanecer en el anonimato, es algo que me ha rogado encarecidamente.

—Vamos Irons, ¿quién es? —le alentó él.

—No va a lograr que diga una sola palabra, ni de ella, ni de sus orígenes. Es algo sumamente secreto.

Huxley Hamilton se fue de allí totalmente indignado, en primer lugar, por haber sido sustituido por una simple vidente -es decir, una estafadora con aires de grandeza-, en segundo lugar, porque esa vidente tenía algo que ver con algún asunto de palacio que ignoraba y, en tercer lugar, por no haber podido dejarla en evidencia.

Subió a su carruaje y decidió volver a su residencia en las afueras, en *Uppon Park*. Al fin y al cabo, era allí donde recibiría dentro de unas horas el cadáver de la muchacha y donde podría proceder a hacer la autopsia con total tranquilidad, pues su casa de Londres no estaba acondicionada para ello.

Cerró los ojos, insistiéndose a sí mismo que debía de olvidarse del episodio de aquella noche cuanto antes, que probablemente no volviese a ver a aquella mujer y que no era probable que tuviese razón en nada. Al fin y al cabo, él era el duque de Cornwall, esa doble vida que llevaba debía de quedar en el anonimato sí o sí.

UNO

Diez años antes

Berkshire, primavera de 1865

La flor y nata de la sociedad inglesa se había congregado aquel día de verano en Ascot para disfrutar de las carreras como cada temporada en el condado de Berkshire. Poco imaginó la reina Ana cuando inauguró aquel hipódromo que se convertirían en un divertimento social imprescindible, o eso era lo que pensaba Huxley Hamilton cuando cruzó el agobiante recinto real para ir al encuentro de su amigo Andrew.

El calor era sofocante pese a ser junio y el tiempo amenazase con ser lluvioso, aun así, nadie de la realeza se hubiera perdido el *Royal Meeting* anual, dónde la realeza y la nobleza estaban invitados.

—¿Dónde has dejado a tu bella mujercita, Andrew? —preguntó Huxley con una copa de brandy en la mano, observando de reojo a las damas que se paseaban pavoneándose con sus vestidos más lujosos.

—Creo que ha ido a buscar algún refrigerio con tía Megan.

Eran compañeros de colegio, de universidad, de juergas y de fatigas. Andrew, sin embargo, tenía mucho más éxito entre las mujeres, pues era más atractivo, callado y educado. Quizás era esa la razón por la cual había contraído nupcias mucho antes, o quizás era debido a su escasa liquidez, lo cierto era que nunca se lo había dicho directamente, pero Huxley solía ser bastante intuitivo.

—Parece que no le gusto demasiado, o eso me pareció cuando me la presentaste el otro día. ¿Cómo fue la luna de miel?

Andrew se mojó los labios ligeramente con la copa de vino que llevaba en su mano derecha, tras lanzarle una indiscreta mirada a cierta dama que se había

cruzado en su camino.

—Cree que eres una mala influencia para mí. La luna de miel fue algo discordante, la verdad —confesó.

—¿Yo, una mala influencia? Dios bendito, creo que tu mujer no te conoce en absoluto, Keightley. ¿Discordante en qué sentido? —exclamó, confundido.

Andrew Keightley, vizconde de Fairfax, había vivido toda su vida en una posición relativamente cómoda. Era el hijo de un noble, el heredero del vizcondado y, por lo tanto, estaba acostumbrado a que le rieran las gracias, le pusiesen la alfombra allá por dónde pasaba y gozaba de casi todos los privilegios propios de un hombre de su estatus.

Con lo que no contaba era con que un golpe infame del destino lo pusiera en una situación algo delicada cuando, hacía apenas un año, su padre falleció dejando más deudas que bienes. Su administrador no era más que un ladrón, y se fugó después de haber robado todo lo que pudo. Eso, junto con el gusto por el juego que el antiguo vizconde, resultó una mezcla inflamable para la economía del vizcondado, que se hallaba en horas bajas. Antes de vender las pocas propiedades que le quedaban, decidió que casarse para obtener una buena dote era algo que, aunque había renegado, era necesario, así que eligió entre las jóvenes casaderas de patrimonios más lujosos y familias más adineradas.

Los Burns carecían de linaje noble alguno, pero Humphrey Burns junto con sus dos hermanos había levantado un imperio de la construcción hacía muchos años, llevando el ferrocarril a cada parte del país. Su única hija, Isabella, era la luz de sus ojos y su bien máspreciado. Le costó obtener su aprobación para el enlace, más que nada porque el hombre, viudo y sin más hijos, no quería quedarse solo, por ello tuvo que aceptar que éste pudiese pasar ciertas temporadas en su casa de Sussex junto a ellos.

Isabella Burns, ahora Keightley, era una joven de diecinueve años a quién la juventud la presentaba como una muchacha tierna, de ojos pardos y cabellos sedosos, demasiado dulce e inocente, pero, inteligente. No era vanidosa ni caprichosa pese a haber tenido todo cuanto había deseado, haber sido mimada

por sus padres en exceso y haberlo tenido prácticamente todo. Y todo el mundo que la conocía terminaba por adorarla pues era una excelente conversadora, una idónea compañía y un sol de persona. No había ni un gramo de malicia en ella, no sabía lo que era la envidia ni la mezquindad.

Sin embargo, Andrew había ignorado todos esos detalles de la que era ahora su mujer, se había limitado a cortejarla como cualquier otro lo haría, susurrándole palabras bonitas al oído, bailando en los eventos importantes y agasajándola. Isabella había caído rendida a sus pies desde el primer minuto, era algo obvio por la forma en la que se desvivía nada más que en observarle. Lo idolatraba, y Andrew era consciente de ello, pero ya le venía bien para así lograr el beneplácito de su padre, y finalmente así lo obtuvo.

Al menos, eso era lo que Andrew le había contado a Huxley, pero en cierta medida, dudaba que aquello fuera de todo cierto.

—Tres días en Bath fueron insuficientes para ella, y largos para mí. Puede llegar a ser la mar de empalagosa —le confesó a su amigo en un susurro.

—Es una mujer enamorada, nada extraño. Quizás deberías prestarle algo más de atención a la muchacha, al menos hasta que lleguéis a los dos meses de casados —le propuso entonces.

—¿Ha pasado solo un mes? —pensó Andrew en voz alta—. Esto va a ser una tortura. ¿Qué clase de muchacha me pide opinión sobre la ley de locomoción? O el próximo libro para el evento literario del grupo de damas del que es miembro.

—Alguien con intereses más allá de los puramente superficiales. No la tengo en demasiada estima, pero creo que ella y yo nos entenderemos.

Andrew bufó, algo indignado.

—¿Se puede saber de qué parte estás? Se supone que eres mi amigo, debes decirme que ya se le pasará, que no tardará en ser una esposa como cualquier otra, y que me dejará ir a mi aire.

—Y estoy de tu parte, te lo aseguro. Pero ninguna de tus amantes me convence, querido, e Isabella es más hermosa que todas ellas. Dorothy Highbrook es la mujer más estúpida con la que puedes tropezar, no sé qué tenéis

en común. Bueno, sí que lo sé, nada —musitó, algo molesto.

—Que a ambos nos gusta retozar el uno con el otro, ni siquiera hace falta que abra la boca más que para...

—Ya me hago una idea —lo frenó él—. Y la viuda de Hughes me juego lo que quieras a que era una prostituta del muelle que ha vuelto a sus antiguas costumbres, y tiene a toda la alta sociedad metida en su cama, puedes enfermarte de cualquier cosa como sigas metiendo tu miembro en su agujero. Te recuerdo que soy doctor.

—Sé cuidarme, amigo mío. Pero no voy a cambiar mi vida solo por el hecho de haber contraído matrimonio.

Huxley se abstuvo de decirle que quizás, sí que debería. Pero se calló, no estaba por la labor de parecer la madre superiora de un convento, y menos aquel día festivo. Tenía sus propias preocupaciones, tales como buscar entre la multitud a Hilda Schneider. Hacía tan solo un par de meses que la bella Hilda había desembarcado a Inglaterra venida de Austria, invitada por su madre. Era la hija de una de sus primas que hacía veinte años había contraído nupcias con un duque austríaco y cuya relación seguía manteniendo.

Había algo en Hilda, su expresión solitaria o puede que su halo de misterio que hacía que sus ojos azules brillasen más que todos los demás. Una noche, al volver de una partida de cartas con algunos amigos, se sorprendió al verla pasear por la casa con el camisón puesto y el cabello sin recoger, viendo que lo tenía tan largo que hasta llegaba a sus pies.

Cuando por fin la encontró sentada en una de las sillas, observando a la gente, no dudó en acercársele.

—¿Os encontráis bien? —preguntó enseguida.

—Por supuesto —respondió ella.

Hilda no estaba acostumbrada a ser el centro de tantas atenciones. En Austria todas las jóvenes seguían la moda que imponía la Emperatriz Isabel de Baviera, de llevar el cabello largo, tener una cintura diminuta y tener una palidez extrema. Allí tal parecía que las jóvenes se mostraban mucho más naturales, aunque igual

de lánguidas, pero sin duda, llamaba la atención sobre los jóvenes ingleses, en especial sobre su primo lejano Huxley Hamilton.

Hilda Schneider era la menor de tres hermanas, y como tal había sido educada con un único y exclusivo propósito: buscar marido.

Por si la zona geográfica austríaca no fuese suficiente, su madre decidió que les hablaría exclusivamente en inglés para que así aprendiesen el idioma por si acaso tuviesen que extender la búsqueda de marido por otros lares, cosa que terminó pasando con Hilda, quién era ignorada por casi todos los nobles de buena posición a los que su madre consideraba adecuados.

¿La razón? Había varias, pero sin duda la principal era el escándalo de un supuesto amante de Hilda, un simple campesino que la rondaba incesantemente. La segunda era que su hermana mediana, Helga, era de una belleza excepcional y aún no se había decidido a escoger marido, por lo que todas las proposiciones, halagos y atenciones iban directos a ella y hacían que Hilda quedase en segundo plano.

Así que, cuando la prima de su madre las invitó a pasar la temporada en Londres, Hilda vio su oportunidad de brillar por sí misma y aceptó. Sin mirar atrás, zarpó en el primer barco desde las costas francesas teniendo con anterioridad un largo camino por tierra hasta allí, y llegando a Dover, hasta la residencia de los Hamilton. Estaba más que dispuesta quedarse allí, fuera del influjo que su hermana parecía tener sobre todos los hombres, dónde ella brillaba por sí misma.

—¿Qué opina sobre la emperatriz? Parece ser que es una mujer tan querida por unos como odiada por otros, y de fuertes opiniones políticas —preguntó Huxley, dando pie a tener con ella cierta conversación.

—Poco sé de política, pero es la mujer más hermosa que existe sobre la faz de la tierra —se limitó a contestar.

—¿Cree que, gracias a la labor de la emperatriz, se firmará un tratado con Hungría?

—¿Hungría? Algo he oído hablar, pero no tengo la menor idea. La

emperatriz es una gran viajera, ¿lo sabía?

—Eso he oído. ¿Quiere que demos un paseo?

Pronto Huxley se dio cuenta de que Hilda no daba ninguna muestra de tener conocimientos de la actualidad política, pero ¿qué dama aristocrática los tenía? Y sí tenía todo lo demás como belleza, conversación y una sensualidad en la que no podía dejar de pensar.

—Me haría bien, hay demasiada gente, no me gustaría que me diese un vahído —dijo ella, viendo las intenciones que Huxley tenía, pero se hizo la inocente.

Se levantó de la silla y caminó junto al duque, alejándose del recinto principal hacia campo abierto.

—¿Siente nostalgia hacia Austria?

—Un poco, pero el campo inglés es hermoso. La corte vienesa puede llegar a ser agobiante.

Huxley observó de reojo cómo sus párpados se movían con rapidez cuando un destello de sol la cegó. Sus mejillas pálidas no se inmutaron, pero quiso acariciárselas para que cogiesen algo de color, y en un arrebato así lo hizo.

—Sois hermosa, ¿lo sabíais?

Hilda cerró los ojos fingiendo sorpresa.

—Huxley, por favor... —susurró, pero sin zafarse de él, ni siquiera lo intentó.

—Sería el hombre más feliz si me permitierais cortejaros.

Ella sonrió, sabiendo que había logrado su cometido.

—Yo... nunca he sido cortejada por un hombre —mintió descaradamente, pues si algo habían de ciertos sobre los rumores era que el joven campesino no había sido ignorado.

—Sólo dejáros llevar, ¿os gusta que me acerque, que os acaricie?

—La verdad... sí.

Huxley descendió la mano de su mejilla hasta el lánguido cuello llegando a su escote.

—Tenéis una piel finísima, dulce Hilda.

Ella le permitió algunas otras caricias más hasta que dio por zanjado el encuentro alegando que debían volver antes de que alguien se diese cuenta. Por hoy, ya le había dado suficiente como para que volviese a por más, al fin y al cabo, era un Duque, no el más apuesto, pero sí lo suficiente como para no repelerle.

Pero si algo había aprendido Hilda era a no guardar los huevos en la misma cesta, y cuando volvió se escabulló entre la multitud para buscar a otro joven quién también estaba interesado en la joven austríaca.

DOS

Diez años después

Sussex, primavera de 1875

La divina providencia había hecho que aquella mañana el duque de Cornwall estuviese de paseo matutino a caballo, ignorando una visita que podría haber cambiado el rumbo de los acontecimientos que más adelante sucederían.

Uppon Park, la residencia de los Hamilton, un imponente edificio de ladrillos rojos con dos torres a los extremos rodeado de un amplio y grande jardín se encontraba en Sussex, a escasas horas de bullicioso y distraído Londres.

Allí descendió de su carruaje Fanny Quinn con andares ufanos, pero poco convencida. La joven de apenas dieciocho años era conocida por ser aquella americana que había aterrizado en la sociedad londinense hacía escasos meses entrada en carnes, de rostro sonrosado y poco habladora.

Sus padres la habían enviado con su tía para lograr cazar a algún lord arruinado en aras de obtener el caché necesario en Nueva York, ya que los Quinn eran conocidos por ser de los que denominaban nuevos ricos. Sí, igual que en Inglaterra, en América las familias más antiguas a la par que adineradas tenían más influencia, clase y parangón que otras, que no lo eran tanto.

En cuanto llamó a la puerta y Jensen, el mayordomo, la recibió, éste se dio cuenta enseguida a lo que la joven había venido. A estas alturas no sería la última que aparecería por aquí una vez se hubiese divulgado el rumor - totalmente cierto, en efecto- de que el duque de Cornwall estaba totalmente en la ruina.

Los Quinn habían enviado a la joven Fanny alegando una visita de cortesía a la hermana del duque para que así pudiesen iniciar el cortejo que los llevaría a la

ansiada boda. Estaban dispuestos a ofrecer una cuantiosa dote que salvaría al duque de la ruina en esta y otras tres vidas más.

Jensen dio gracias al cielo de que lord Hamilton hubiese salido ya que, conociéndole, se habría prometido con la muchacha de inmediato.

—Lo siento señorita, pero ni milord ni lady Annabelle se encuentran en casa. Tendrá que venir otro día.

Fanny Quinn, después de dar un largo y sonoro suspiro, asintió dándole las gracias y volvió al carruaje. Jensen se alegró de que aquella mujer tan carente de modales se alejase de allí. Habíase visto, alguien dándole gracias a un miembro del servicio.

Cerró la puerta, inquietándose por tener que recibir otras visitas parecidas a lo largo del día.

Jensen Brannah había llegado al servicio de los Hamilton hacía apenas tres años, siendo uno de los mayordomos más jóvenes que se encontraban en las distinguidas casas de los nobles. Era delgado, pálido de piel y cabello rojizo. No sabía ni él con exactitud cuántos años tenía ya que en el orfanato nunca se lo dijeron, pero debía de rondar los treinta. Había realizado muchas profesiones a lo largo de sus años; mozo de cuerdas, jardinero, transportista, carpintero o molinero entre muchas otras. También había terminado en prisión por robar comida, pero esa era una de sus múltiples historias y Jensen si por algo se caracterizaba, era por su poca labia y su discreción absoluta sobre sus propios asuntos y los ajenos.

El duque de Cornwall lo había salvado de una muerte segura en la horca y le debía gratitud eterna, por ello solía venerarlo y ponerlo a la altura de hasta emperadores, cosa que no ayudaba en absoluto a su carácter arrogante y petulante.

Huxley Hamilton no era un jovencito, tenía ya sus años y era conocido en el *beau monde* por ser un engreído, se jactaba de tener una gran presencia y una certera inteligencia, también de ser un gran orador, y ciertamente lo era -menos cuando tocaba ciertos temas aburridos y díscolos- y finalmente de tener visión de

negocio.

Esto último había quedado más que patente que no lo tenía, ya que justamente se había arruinado al fracasar un negocio de exportación de determinadas plantas que, a los pocos meses, habían muerto en suelo inglés igual que su fortuna. En cuanto lo supo, había cogido el caballo y salido a dar una vuelta para aclarar sus pensamientos.

Eran mediados de abril y el clima era fresco, pero nada caluroso, el sol aparecía tímidamente mientras algunas nubes lo acechaban buscando taparlo.

Huxley se consideraba un hombre práctico, de mente abierta, pero había llegado un punto en el que sabía que los caminos de la Providencia lo estaban poniendo entre la espada y la pared: o intentaba pedir un préstamo al banco de Inglaterra -con mínimas posibilidades de éxito en su empeño- o debería obtenerlo de otro modo y gratuitamente mediante la dote matrimonial.

Si por él fuera, esperaría a obtener suficientes ganancias de las tierras a las que pertenecía el ducado para participar en algún negocio sumamente próspero y de valor seguro para remontar, pero si de algo carecía era de tiempo.

No, no eran deudas de juego, siempre había preferido gastarse el dinero en cosas sustanciales como la bebida o las mujeres, lo otro sólo daba disgustos.

Su hermana pequeña estaba resuelta en pasar por la vicaría, y para ello tenía que pagar su dote.

Andaba pensando alguna excusa para poder alargar su compromiso con el vanidoso y ególatra de Thomas Vaine cuando vio a lo lejos, en el otro extremo del camino, a su buen amigo Andrew, el vizconde de Fairfax también montado en su purasangre negro.

—¿Qué haces levantado tan temprano? —preguntó en cuanto lo tuvo delante.

La viudedad era sinónimo de que el hombre había adquirido una vez un compromiso, y que por lo tanto podría adquirirlo de nuevo. El soltero, no. Por eso Andrew siempre estaba rodeado de mujeres que iban a la caza.

—Tía Megan vino de visita y va a quedarse durante una semana entera. Estoy

pensando el modo de huir a Londres con alguna excusa decente —respondió con amargura mientras desviaba sus ojos oscuros al cielo.

—Tu tía Megan es encantadora. Si no tuviera ochenta años, me casaría con ella.

—No lo niegues, sino fuese mi tía ya lo habrías hecho —le corrigió—. Eres la noticia del día.

—Muy oportuno. ¿Dejarías que me casase con ella? No deben de quedarle muchos años de vida, Dios no lo quiera —se ufanó a decir.

—Ni lo sueñes. Soy su sobrino favorito y su heredero, estoy seguro de que los Hamilton tenéis algún pariente rico del que tirar.

—Ya me gustaría —respondió Huxley—. Pero no, así que voy a tener que casarme.

Andrew frunció el ceño mientras hacían caminar a los caballos dando un paseo.

—Amigo mío, estoy en la obligación de decirte que desistas en ello.

—Si lo dices por tu propia experiencia, he de decirte que mi futura mujer sabrá a qué atenerse después de que toda Inglaterra sepa de mi desdicha. Me buscaré una rica heredera, ¿por qué no publican los periódicos una lista y retratos de ellas? Así me facilitarían el trabajo de examinarlas una por una.

—No voy a responder a eso. Pero asegúrate de que saben exactamente por qué quieres casarte con ellas —le advirtió.

—Lo haré, aunque Isabella aparentaba ser de lo más racional y acabó siendo una Goethe en potencia.

Hacía ya diez años que la vizcondesa de Fairfax se había arrojado desde el piso más alto de su casa al saber que su marido mantenía una aventura con otra mujer. En realidad, no era con una sino con varias.

—No me lo recuerdes. Entonces, ¿aún no sabes quién será la desdichada con quien vas a casarte?

—No, no lo sé.

—¿Y no sospechará nada acerca de ...?

Huxley negó con la cabeza, totalmente seguro de que su futura mujer haría su vida y él la suya.

—Por supuesto que no. Me aseguraré de que no pise mi residencia de Londres a menos que sea imprescindible.

—¿Y Jessica?

—¿Qué pasa con Jessica?

—Está firmemente convencida de que ibas a pedirle matrimonio.

—Sólo hay dos clases de hombres que se casan con actrices y cantantes: los necios enamorados y los que no tienen nada que perder. Y, amigo mío, no soy ninguna de las dos cosas —afirmó con rotundidad.

Jessica Mason había sido temporada tras temporada una de las actrices de más éxito en Drury Lane y era considerada una belleza de ojos grises y cabellos dorados rizados. Su escandalosa relación con el duque era bien conocida, hasta la propia reina era sabedora de ello y no había dudado en retirarle el favor al saber que podría terminar en boda.

Pero el matrimonio por lujuria no era uno de los planes que Huxley quería llevar a cabo, y menos teniendo a la reina en su contra, y mucho menos ahora que necesitaba casarse con alguien que le proporcionase una buena dote, cosa que, evidentemente, Jessica carecía.

—Creo que afirmaste que la amabas, y ella a ti —le recordó Andrew.

—Amo a todas las mujeres y ellas suelen amarme a mí. De un modo efímero que no dura más que una noche, pero verdaderamente las amo. Pero, como he dicho, es un amor nocturno y pasajero.

En cuanto llegaron a las puertas de Uppon Park, desmontaron de los caballos y se adentraron en uno de los salones pequeños, dejando los sombreros encima de la mesa.

—Tan canalla como siempre.

Observó el salón, notando que algo no encajaba. Sí, estaba seguro de que la distribución de los muebles no era la misma desde la última vez que había estado allí.

—Lo has notado, ¿cierto? —preguntó Huxley.

—¿Que has cambiado los muebles de sitio? No te tenía yo por un hombre que apreciase esos detalles. Si me dices que lees la *New Monthly Belle Assamblée* voy a preocuparme.

—No es por eso. Observa —dijo riéndose.

Caminó hasta una de las estanterías de la pared, y cogiendo un extremo de esta, la abrió igual que si fuese una puerta. En realidad, era exactamente esto, una puerta camuflada en una estantería.

—Es magnífico. ¿De dónde has sacado tal idea?

—He debido de leerlo en alguna parte. Estaba cansado de tener que acceder al sótano por la puerta trasera, así será mucho más sencillo y nadie tendrá la humana curiosidad de entrar ya que nunca lo sabrán.

Allí era donde tenía montado su propia sala, como él la llamaba, experimental. Era dónde hacía las autopsias y su estudio pertinente. Andrew asintió, tenía que reconocer que a veces su amigo tenía buenas ideas, pero solo a veces.

La llamada a la puerta los interrumpió, y Huxley cerró la estantería con rapidez.

—Disculpe la intrusión milord, pero ha llegado un mensaje urgente de la reina —dijo Jensen entrando en la estancia.

Aquello no auguraba nada bueno, pero Huxley mantuvo el tipo cuando abrió el sobre y lo leyó detenidamente.

—Vaya por Dios —dijo al fin.

Jensen no se atrevía a preguntar, sabía que aquella vieja se la tenía jurada a milord, pero Andrew sí lo hizo.

—¿Qué quiere? ¿Es grave?

Esperaba que no, su amigo podía llegar a ser algo narcisista y ligero de moral, pero no era mala persona en absoluto. No, no tenía un puñado de virtudes que lo alabasen, pero era íntegro, honrado y buen amigo y el mejor de los hermanos.

—Parece ser que la reina ya ha escogido una candidata por mí. Viene a decir, en resumidas cuentas, que, si quiero volver a tener su favor, tendré que casarme con esa mujer.

—¿Y quién es la desafortunada?

—Catherine MacDonnell, la hija de un conde escocés.

—¡Jesús! —se le escapó a Jensen.

—¿Es escocesa? Hamilton, son seres rudos y salvajes —añadió Andrew, riéndose del destino de su amigo.

—Parece ser que su majestad tiene una deuda pendiente con ese clan, y le ha buscado un buen candidato. Sin duda, soy un partido excelente —dijo de sí mismo.

—No hay duda, milord —secundó Jensen.

—Deja de hacerle la pelota, Jensen, o se le subirá a la cabeza. ¿Y la dote?

—Es una suma elevada, de mi agrado. Responderé de inmediato aceptando —sentenció Huxley, alegre por haber resuelto dos de sus problemas en un solo día.

—¿Y no te preocupa como pueda ser la muchacha? Imagínate Hamilton, que tenga dientes de caballo o pelos en la cara —dijo Andrew con cara de haberse comido un bicho.

—Tu positivismo me abruma. Sólo voy a tener que yacer con ella una vez y puedo usar la imaginación. Como decían los soldados, en tiempos de guerra todo agujero es trinchera.

Jensen tuvo que taparse la boca con la mano para no soltar una carcajada mientras que Andrew alzaba una ceja desaprobando lo que acababa de decir.

—Hamilton, este término se refería a cierta parte del cuerpo masculino debido a la falta de mujeres. No vuelvas a decirlo.

—Oh, rayos —exclamó Huxley entendiendo su significado.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Andrew cambiando de tema y sentándose en uno de los sillones estilo Luis XV.

—Como siempre, sin hacerme el menor de los casos. Está determinada a

casarse con el idiota de Thomas Vaine, a quién no soporto.

—Se casaría con el príncipe Eduardo y seguiría sin gustarte.

—Esto es una falacia. Preferiría a cualquier otro antes que a Vaine. Pondría la mano en el fuego a que no siente ningún aprecio por ella, y que se gasta toda su asignación en burdeles de mala muerte.

—¿Annabelle lo sabe?

—Dios no lo quiera, se le partiría el corazón y ya sabes lo frágil que es. Temo que una noticia como esta la desestabilice y tengamos un nuevo episodio, como cuando padre cayó del caballo y se mató.

—¿Y vas a dejar que se case? ¿Arriesgarte a...?

—Se lo he dicho de mil maneras diferentes, pero es más tozuda que yo. Dice que a Thomas, de todas formas, no le importará.

—Ambos sabemos de lo que Vaine sería capaz—susurró Andrew.

—Soy su hermano y no voy a dejar que eso pase. Cada vez estoy más cerca, Andrew —susurró, levantando una ceja.

—Es un alivio escucharlo, Huxley.

Pero no era cierto, no lo era en absoluto.

TRES

Catherine escuchaba el viento que azotaba las ramas de los árboles cercanos y los sonidos de los gansos acercándose.

Con sumo cuidado, tragó saliva y se concentró buscando que la mira delantera coincidiese con la mira trasera. Una vez lo tuvo listo, esperó a que los pájaros se acercasen, y en cuanto tuvo uno en el punto de mira, disparó.

El ganso cayó fulminantemente en el suelo mientras Catherine sonreía satisfecha.

—Si tuvieses la misma puntería lanzando la pelota, otro gallo cantaría hermana —exclamó su hermano pequeño a diez metros de donde se hallaba.

—No me he pasado mi infancia lanzando pelotas a diferencia que tú —le reprochó ella—. Creo que ya es hora de volver a casa, no tardará en anochecer y creo que no deberíamos estar aquí.

No, no deberían. Para empezar, habían salido a practicar la puntería en tierras que, con toda probabilidad, perteneciesen a algún noble estirado que viviese cerca y no le habían pedido permiso. Pero a más inri, no hacía ni tan solo un día entero que habían llegado a Londres y ya estaban expuestos a meterse en algún lío.

—Por supuesto que no deberíamos, pero eso lo hace más divertido —secundó Patrick, descargando la escopeta.

Ambos caminaron hasta el carruaje y subieron a él, dejando atrás las extensas llanuras verdes y adentrándose en la capital.

—Aún no me has dicho que te pareció la reina —le preguntó su hermano mientras realizaban el trayecto en silencio.

—Astuta, pero no tanto como yo. Vas a obtener esa plaza en la cámara de los lores, por eso no te preocupes —le aseguró Catherine.

Su hermano siempre había sido muy desconfiado, era algo que su madre le había inculcado desde pequeño, pero a la vez muy seguro de sí mismo. Tenía tan solo veinte años y ya llevaba auestas el título de conde de Monay y la administración de todas las tierras y posesiones que había heredado de su padre, una carga importante para ser tan sólo un crío, cosa que le recordaba ella en cuanto podía, pese a llevarse sólo cinco años.

—No todos tenemos el don de la clarividencia —le dijo él bromeando.

—Estoy usando la lógica. No por nada voy a tener que casarme con ese duque casanova medio arruinado, tal y como la reina desea. Creía que nos debía un favor, no que nosotros teníamos que hacer algo para que nos cediese la maldita silla —se quejó.

—En realidad, ella cree que te está haciendo un favor casándote con él —puntualizó su hermano, dando en el clavo.

—*Beng*^[2], espero que el duque no tenga grandes expectativas—maldijo ella.

—Vamos Caterina, no finjas indignación, ambos sabemos que te da lo mismo casarte con él que con otro.

Era verdad, casarse o no casarse le daba absolutamente igual. Porque, en el fondo, sospechaba que jamás podría llegar a sentir lo que era el amor verdadero, la pasión desmedida por alguien, ese fuego que arrasaba a los corazones que habían descrito tantos autores en sus libros y poemas.

—Tienes razón, pero puestos a casarme quería elegir yo quién sería mi víctima para atormentar.

—Vas a partirle el corazón a Brennan —expresó él.

Patrick y Catherine MacDonnell eran los únicos hijos del poderoso y ya fallecido Niall MacDonnell, jefe del clan escocés que llevaba su apellido, y Fionna, una belleza extranjera que había aparecido por tierras escocesas y que había enloquecido de amor a Niall, que no se detuvo hasta hacerla su esposa. Ambos habían fallecido cuando su carruaje durante una tormenta se desvió hasta un barranco y cayó, hacía ya un año y pocos meses.

Catherine, la hija mayor, contaba con veinticinco años y tenía una hermosura insólita, muy parecida a su madre, de cabellos oscuros, piel nívea y ojos fríos y azulados. Por su carácter poco piadoso, amable o cortés, decían de ella que poseía un atractivo gélido e incluso cruel.

Patrick, su hermano pequeño en cambio, había heredado los rasgos de los MacDonnell, de altura considerable, hombros anchos, cabello rubio ceniza y ojos del color de la miel. A diferencia de su hermana, era amistoso con los hombres, galán con las mujeres, pero también valiente e imprudente por igual. Todo lo que se esperaba de un joven *gaisgeach*^[3].

—Tu amigo lo superará en cuanto vuelvas y celebréis una de esas orgías con cerveza a doquier y mujeres que se dejen tocar.

—Muy cierto. Aún no me has dicho adónde fuiste ayer por la noche, cuando salimos de la audiencia de la reina.

Si había alguien a quién no podía mentir, era a su hermano. Lo miró a los ojos, y supo que estaba preocupado.

—Son cosas de *shumanis*, no debes entrometerte —susurró.

—¿No me vas a contar nada? Es un espíritu, se te ha aparecido, ¿no?

Catherine asintió, no le gustaba hablar de aquello con nadie, pero actualmente sólo conocían su secreto su hermano Patrick y Esme, la vieja zíngara que había criado a su madre y se había quedado a su lado cuando se casó con el conde escocés, y su familia se marchó de aquellos lares.

Fionna, y por lo tanto Catherine y Patrick, eran descendientes de una antiquísima familia gitana originaria de Bulgaria con sangre noble. Ella misma había mantenido sus orígenes en secreto y así había sido, pese a que les había enseñado el romaní, idioma que solían hablar entre ellos y todas sus tradiciones.

—No me lo cuentes a mí, pero a Esme sí. Ella sabrá qué hacer.

—Nadie sabe qué hacer, ¿has olvidado que soy la única *shumani* que conocemos?

Las *shumanis* eran las niñas que nacían con ciertos poderes, y eran muy

excepcionales. Y Catherine había sido bendecida con este don, o maldita según se viese.

—Esme conoció a otras, ella sabrá qué hacer.

Pero Catherine ya sabía qué debía hacer, encontrar la paz para aquel espíritu atormentado, y sólo había una manera, encontrando a quién había matado a aquella pobre alma.

La casa que habían alquilado en Londres situada en el West End, cerca de Hyde Park era demasiado amplia para lo que necesitaban, pero Patrick había insistido. Ella sabía que Patrick, pese a que fuese su hermano, no entendía ciertas cosas, como por ejemplo esa inquietud de moverse, o esa necesidad de dormir al raso.

En Escocia podía hacerlo, desaparecía por los oscuros pasillos del castillo centenario hasta atravesar sus muros con tan solo una manta de lana y se acurrucaba bajo un árbol admirando las estrellas y la luna. Patrick nunca había sentido tal necesidad.

Además, sabía por su madre de aquella maldición que sufrían las mujeres de su familia hacía años, maldición que nunca nadie supo romper, y era que no podrían amar jamás a un hombre que no fuese de su sangre. Fionna le explicó que, aunque sentía cariño y atracción hacia su padre, nunca lo había podido querer pese a que él la idolatrara.

Así que ella misma nunca se había hecho ilusiones de ningún tipo acerca del amor, pese a haber leído sobre él, y escuchado historias preciosas.

—Voy a darme un baño. ¿Nos vemos a la hora de la cena? —dijo Catherine subiendo las escaleras recogiendo la falda del vestido.

—Nos vemos entonces, hermana.

Catherine ordenó a uno de los lacayos que le preparasen el baño y entró en su alcoba sumida en sus pensamientos.

—¿Qué te pasa, niña?

La vieja Esme se sentó en uno de los sillones que había, mordisqueando una

cinta de regaliz. Estaba mayor, tenía el cabello completamente blanco y arrugas en el rostro. Iba siempre de negro, cosa que la hacía más delgada y menuda de lo que ya era, y solía llevar muchos amuletos encima.

—Hay un espíritu atormentándome. Se cuele en mis sueños cada noche, reviviendo su muerte. No sé cómo hacer para que se detenga —acabó confesando.

Era una carga demasiado pesada y tenía que desahogarse.

—¿Le has preguntado qué quiere?

—Ya sé lo que quiere, justicia.

—Entonces justicia debes darle —respondió.

—No es tan fácil. Además, presiento que habrá otras más.

—Caterina, la madre naturaleza es sabia. Te dio ese don para algo, ella sabe que tú tienes la fuerza necesaria para sobrellevarlo.

Dicho esto, se levantó y salió de allí a la vez que entraban un par de lacayos para dejar la tina llena de agua caliente.

Pero ella no estaba tan segura de ello, y pese a no decirlo, se sentía pequeña, sin fuerzas apenas para sobrellevarlo. Tenía miedo de cerrar los ojos y que aquella pesadilla volviese a empezar.

Se quitó el pesado vestido con volantes de color vino y la ropa interior, metiéndose completamente desnuda en el agua caliente. Sabía que ella misma era un abanico de contradicciones, le gustaba pasear al aire libre por el bosque igual que un cervatillo vestida como un hombre, pero también era extremadamente coqueta, se hacía traer los últimos modelos de vestidos de las revistas que le llegaban con retraso de París o de Londres en un intento de ir a la moda.

Personalmente le gustaban los colores apagados pese al último grito de la cretona estampada con colores chillones de Dolly Varden, en especial los rojizos.

Su cuerpo se relajó al entrar en contacto con el agua caliente y cerró los ojos.

Tenía que averiguar si la investigación había avanzado o si seguía en punto muerto. Pero por encima de todo, deseaba poder dormir de un tirón, tenía ya

unas profundas ojeras y los ojos se le cerraban a cualquier hora del día.

En cuanto terminó del baño, después de ponerse la bata por encima, abrió uno de los múltiples baúles que había en su habitación y sacó de él un pequeño pote de cristal y una jeringuilla. Desde pequeña se había interesado en el arte de la curación y tenía facilidad para distinguir las plantas y los ingredientes. Había sido Esme la que le había enseñado todo lo que sabía, aludiendo a que una *shumani* debía de saber estas cosas. Pero lo que había en el pote era algo excepcional, fruto del ingenio humano.

Friedrich Sertürner, un farmacéutico alemán, hacía algunos años había aislado del opio un elemento hipodérmico al que llamó morfina en alusión a Morfeo, el dios griego del sueño. Sabía que era algo potente, y que sólo se lo había administrado a determinadas personas en Escocia que venían realmente atormentadas o con grandes dolores. Pero ella misma estaba desquiciada, anhelaba poder dormir sin despertarse reviviendo aquella pesadilla una y otra vez.

Abrió el pote, y con la jeringuilla captó un mínimo de morfina, la suficiente para dejarla adormecida y sin despertar durante algunas horas. Se la inyectó en el brazo derecho, cerca del hombro, y se tumbó en la cama esperando a notar sus efectos.

De pronto, con la cabeza algo más liberada, se dio cuenta de que su vida iba a cambiar por completo, de que se alejaría de su rutina en el sitio dónde había vivido toda su vida y que probablemente estaría sometida a un completo desconocido que conocía sólo de oídas. El duque de Cornwall tenía fama de ser un hombre social, alegre y tremendamente jaranero. Se había hecho una idea de lo que aquel hombre sería.

Atractivo, era posible debido a su fama junto al hecho de que tuviese como amante a una de las actrices más bellas del momento, aunque poco talentosas.

Derrochador suponía que sí, debido a la fuga de capitales que había sufrido, tendría que vigilar eso para no acabar en la ruina ella misma.

Indiferente, probablemente. Estaba segura de que él ya tenía su vida así que

estaba convencida de que también le dejaría tener la suya.

Poco a poco notó como los ojos se le cerraban llevándola a un apacible y tranquilo sueño, lejano de la pesadilla que solía rondarla.

CUATRO

Huxley Hamilton se había vestido con un traje azul marino y salía del carruaje caminando hasta la puerta dónde sabía que los MacDonnell habían alquilado su residencia.

La noche anterior había acudido al Carlton, el club de caballeros del que era miembro, y se llevó una grata sorpresa al descubrir que su nuevo miembro no era más ni menos que el conde de Monay, es decir, su futuro cuñado.

Se presentó esparciendo sus más deliciosos modales y dando la mejor de las impresiones. El joven de apenas veinte años también fue agradable, estuvo impresionado al descubrir todas las distracciones que podían tener en el club y, por supuesto, comprobó gratamente que se trataba, objetivamente hablando, de un muchacho de facciones delicadas y objetivamente atractivo.

No es que él supiese de atractivos masculinos, pero si su hermana compartía sus cabellos dorados y tenía unas facciones tan delicadas y unos dulces ojos color miel, estaría más que satisfecho.

El mayordomo lo hizo pasar hasta un salón acogedor y sobrio. Esperó de pie junto a la chimenea a que su prometida se dignase a aparecer ante su presencia.

Pero cuando lo hizo, el alma se le cayó a los pies.

—No es posible —murmuró posando sus ojos en los de la mujer que acababa de entrar.

—Increíble —dijo ella en voz alta sin disimular su asombro.

Sin ninguna duda, era aquella adivina que hacía apenas unos días había estado en la escena del crimen haciendo su numerito. Y cuestionándole, no lo había olvidado, por supuesto.

Sus ojos azules profundos y fríos eran inconfundibles, al igual que sus labios rojizos y carnosos. A plena luz del día podía ver que su cabello era marrón

oscuro, largo hasta la cintura ondulado. Poseía un magnetismo electrizante que hacía cuestionarse muchas cosas, entre ellas cómo una criatura como ella lo atraía sin motivo alguno.

—Debo admitir que me la imaginaba distinta —confesó Huxley en cuanto la tuvo de frente.

—¿Con tres cabezas y cola de diablesa? —ironizó Catherine, sin poder creer la mala suerte que tenía.

Justo su prometido tenía que ser aquel doctor remilgado y corto de miras. Doctor y duque, no era posible.

—Más parecido a su hermano —soltó él con algo de prepotencia—. Lo conocí anoche.

—Lo sé. Me ha contado que erais agradable, sin duda hablasteis poco con él —respondió ella con descaro.

Huxley bufó poniendo los ojos en blanco.

—¿Se puede saber por qué fingió ser una vidente? Medios no le faltan. Sentía curiosidad y no pudo evitar preguntárselo.

—¿Por qué cree que fingía?

—Porque las videntes no existen —dijo sin pensar.

—Sí existen, yo nací con un don milord, y no tengo la culpa de que los espíritus atormentados decidan venir a visitarme pidiendo paz. No es que lleve un cartel en la frente precisamente —se quejó.

—¿Debo preocuparme por si me molestan a mí cuando estemos casados?

—No, excelencia.

Debía reconocer que la joven le hacía soltar un par de risotadas que había reprimido. Y también que era preciosa a su manera, y muy lista. Por desgracia, esas eran dos cualidades que a él lo volvían loco en una mujer, y ella poseía ambas.

—¿Está hablando en serio? ¿O fue por el morbo de ver un cadáver? Puede decírmelo, no le diré una palabra a Irons.

—Le diría que he visto más cadáveres que usted, pero es médico así que lo

dudo.

—Es demasiado joven para hablar con tal seguridad y prepotencia —dijo él algo molesto por su actitud.

—Y usted es el duque de Cornwall como para ir trabajando con la Scotland Yard, no es que paguen demasiado bien. Aunque, por supuesto, está algo apurado...

Catherine se mordió el labio inferior fingiendo inocencia, cosa que no tenía en absoluto. Sabía que decir aquello había sido algo ruin, pero cuando se trataba de peleas verbales solía ser la ganadora indiscutible, pues usaba lo que más dolía a su adversario.

Lo reconocía, su talante y socarronería le gustaban, así como su aspecto arrogante y altivo y ese gesto de amargura que parecía tener permanentemente instalado. Tenía la nariz aguileña, señal de franqueza y de inteligencia, los ojos oscuros brillantes que se escondían bajo unas tupidas pestañas negras.

—¿Practica a menudo la forma más eficaz de mostrarse grosera o es algo fortuito e inevitable? —preguntó Huxley molesto.

—La práctica hace la perfección milord.

—Practique menos entonces.

Catherine no solía andarse por las ramas, y había otros temas que deseaba aclarar con el hombre que iba a casarse.

—Hablemos de nuestro inminente enlace. ¿Quiere una taza de té?

—No, gracias, voy a evitar que lea mi futuro en el poso del té.

—No sea ridículo—dijo ella ignorando su comentario—. Creo que deberíamos tratarnos con algo más de familiaridad, al fin y al cabo, parece que vamos a compartir el resto de nuestros días.

—Como desee —susurró Huxley, admirando un poco más de cerca su piel tersa y sus ojos vivaces.

—Yo haré mi vida y no deseo que nadie se entrometa en ella —exigió Catherine.

—Si te refieres a sesiones de espiritismo en el salón y sacrificios animales a

los espíritus, lo veto.

Catherine arrugó la nariz, pese a que reconocía su ingenio sobre el tema.

—No funciona de esa manera, yo no los llamo, se me aparecen en sueños, ¿de acuerdo?

—¿Y te hablan? ¿O es más un gélido susurro en la nuca?

—No, sólo revivo el momento de su muerte.

—Entonces cuando llegaste a la escena del crimen, ya lo habías visto —dedujo Huxley—. Si fuese verdad, por supuesto —añadió enseguida.

—Exacto, solo que si toco el cadáver lo revivo más nítidamente, y a veces siento u oigo detalles que antes, en sueños no había percibido. ¿Crees que es agradable? No, pero hasta que se atrape al asesino y se haga justicia seguirá atormentándome.

Huxley alzó una ceja, expectante.

—Imaginemos que, por un momento e hipotéticamente hablando, te creo —empezó—. ¿Cuántos espíritus por semana son?

—Cuando estaba en Escocia pocos, sólo muertes violentas que impiden cruzar al más allá.

—¿Y es hereditario?

—No.

—¿Haces sesiones de espiritismo?

—No me presto para ser una atracción de feria, me limito a ser útil al mundo metafísico —musitó ella—. ¿Y tú? ¿Cómo ayudas a la policía?

Huxley cerró la boca buscando alguna excusa creíble y decente.

—Es mi modo de aportar algo a la sociedad.

La carcajada que soltó Catherine pudo escucharse desde el otro lado de la ciudad.

—No te pega nada hacer de buen samaritano. Pero si no quieres decírmelo, no lo hagas. Acabará averiguándolo tarde o temprano.

—¿Lo buscarás en tu bola de cristal? —esta vez quién se mofó fue él.

—Preguntaré. Por cierto, ¿has averiguado algo más del cadáver?

—Cuando llegue a mi casa de Sussex voy a analizar el cuerpo por última vez, pero de momento no hay nada útil.

—Perfecto, te acompañaré, así podré admirar mi futura residencia —decidió ella.

—Será mejor que no —respondió con rapidez viendo sus intenciones.

—Si te preocupa que vea sangre, vísceras y otras cosas, para tu información tuve que ver un cuerpo cortado a pedazos en Escocia. Estoy curada de espanto.

Suspiró, dudando en si era bueno o malo que la que iba a ser su mujer tuviese ese carácter.

Catherine se puso el abrigo azulado y el sombrero a juego, siguiendo al duque hasta el carruaje. No tenía tiempo que perder, cuanto antes resolviese ese crimen, antes podría dormir bien por las noches y no tenía reparos en que aquel hombre dijera lo que quisiera.

—No quiero ser aguafiestas, pero ¿tu hermano no va a preocuparse? —preguntó Huxley en cuanto hubieron subido al carruaje.

—En absoluto. Ya está acostumbrado.

—Si Annabelle hiciese algo así... —musitó sin poder creerlo.

—¿Tienes una hermana? No lo sabía —dijo Catherine sorprendida.

—Pequeña, se llama Annabelle. Pero estará poco en casa, va a casarse en breves.

No se le escapó a Catherine la manera déspota e irritante en que lo dijo.

—¿Con quién?

—Con un hombre despreciable, ya te lo presentaré. A ese puedes enviarle un espíritu para que lo atormente día y noche, no va a darme ninguna pena.

Ella se rio, pues parecía tenerle mucha manía, y se preguntó si era por ser alguien muy sobreprotector con su hermana, o realmente el hombre no le agradaba.

Catherine estaba empezando a darse cuenta de que su futuro marido no era, ni por asomo, lo que había imaginado. Pensaba que se encontraría a un tarambana, un mujeriego y despilfarrador, y se había encontrado a un hombre

extremadamente maniático, un doctor ejerciendo en la sombra con mucho ingenio y socarronería.

—¿Cuándo estudiaste medicina?

—Cuando terminé la escuela.

—¿Fue por algún motivo en concreto? —volvió a preguntar.

—Puede que sí, o puede que fuese simple y pura curiosidad —vaciló él.

—Entonces hay un motivo en concreto, supongo que el mismo por el cual el inspector Irons tiene tus servicios.

El silencio de Hamilton fue muy revelador, pero ella no insistió, más, sabía de sobras que no lograría sonsacarle nada y presentía que aquello era algo grande, algo que guardaba celosamente en la intimidad.

—Además del arte de la adivinación, ¿tienes algún otro entretenimiento? Ya que vamos a compartir el resto de nuestras vidas, estaría bien conocernos un poco.

—Me gusta la música. De hecho, ardo en deseos de ir a la ópera —confesó Catherine, sin decir que era algo que había querido desde siempre, y ahora que estaba en Londres podría hacer.

—Tengo entradas para la semana que viene, por si te apetece.

—Me encantaría —dijo ella sonriendo.

Tardaron un poco más en llegar a Sussex, y el resto del trayecto estuvieron en silencio, observándose de reojo el uno al otro, estudiándose. Catherine solía ser perspicaz con las personas, enseguida sabían qué era lo que las movía, pero Huxley no era alguien de blancos o negros.

En cuanto descendieron del carruaje y Catherine vio el que sería su futuro hogar, supo que se encontraría a gusto allí. Sin duda, era una construcción más moderna que el castillo de los MacDonnell y eso le gustaba. No tenía la extensión ni la grandeza de un antiguo castillo, pero sí las comodidades de una casa habitada y moderna.

Jensen en cuanto vio que milord había llegado, se ufano a recibirle abriendo

la puerta con una reverencia.

—Buenas tardes, milord —dijo, sin poder evitar preguntarse quién era la joven que lo acompañaba.

—Jensen, le presento a lady Catherine MacDonell, mi prometida.

Él se sorprendió, pues por la conversación del otro día esperaba a otro tipo de dama.

—A sus pies *milady* —respondió—. ¿Desea algo?

—Una taza de té sería perfecto —pidió Catherine, el polvo del camino se le había metido en la garganta.

—Estaremos abajo, Jensen.

La información le impactó, pero no preguntó nada, estaba seguro de que su señor esclarecería el por qué su prometida conocía su gran secreto.

Catherine siguió a Huxley hasta uno de los salones, y éste cerró la puerta.

—Bonito salón. ¿Tienes el cuerpo dentro del armario? —preguntó ella yendo al grano.

—Tengo algo mejor.

Tal y como había hecho con su amigo Andrew, abrió la estantería dejando pasmada a Catherine.

—¿Es un pasadizo secreto? Me fascina —reconoció ante tal ingenio.

—Y yo preocupado por si mi futura mujer lo descubría, y soy yo el que se lo muestro —se lamentó en voz alta.

No había tardado ni un segundo en darse cuenta, al verla, de que todo lo que había pensado acerca de su futuro matrimonio no valía para nada.

—Tarde o temprano no hubiese hecho —aseguró.

—Sígueme —dijo él, entrando en la oscuridad de la entrada secreta—. Ten cuidado, hay que bajar una escalera.

Catherine lo siguió, descendiendo peldaño a peldaño de aquella escalera de caracol. Al llegar abajo del todo, notó un cambio de temperatura en el ambiente, más frío, que hizo que se estremeciese.

Con la luz de algunas lámparas de gas esparcidas por la gran sala que se

hallaba ante sus ojos, vio que Hamilton tenía ahí abajo todo un verdadero laboratorio privado, con estanterías a rebosar de materiales extraños en potes de cristal, instrumentos médicos y cajas cerradas. En el centro, encima de una mesa y tapado con una sábana blanca, estaba el cuerpo de la que suponía era la víctima encontrada que visitaron.

—Irons me ha dicho que se llamaba Patricia Yales, han podido contactar con un hermano que vive en las afueras, vendrá mañana para recoger el cuerpo y darle sepultura —le informó Huxley mientras quitaba la sábana poco a poco—. Con la autopsia no he resuelto mucho más.

—¿Sabes qué me llamó la atención? Que el cuerpo no tuviese sangre. No lo tenía, ¿verdad?

—No, sólo la que se propició al hacerle el corte, la que había en las sábanas y el colchón. Debió de limpiar el cuerpo. ¿Por qué lo hizo? —pensó Huxley en voz alta.

—Es un perturbado mental, quién sabe.

—Un perturbado muy listo. Creo que preparó la escena para nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Catherine sin entender.

—Dejó las cuerdas para que las encontrásemos. Creo que quiere jugar al gato y al ratón —reflexionó él, dándose cuenta de que había estado demasiado obcecado en lo que había visto aparentemente y no en lo que no.

—Supones mucho. Para empezar, que no es un crimen al azar, que ha estado calculado fríamente.

—Peor, que estamos ante un asesino extremadamente cauteloso, que sabe lo que hace.

Catherine de golpe, tuvo que aferrarse al extremo de la mesa para no caerse de la impresión.

—Oh —expresó con la mirada perdida y una expresión de horror.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido... una visión. Túmbala.

Huxley arrugó la nariz, pero lo hizo. Movi6 el cuerpo con dificultad a la

expectativa.

—¿No decías que no te susurraban nada?

—Y no lo ha hecho, he visto algo. Aparta el cabello, hay algo en la nuca.

Así lo hizo él, dándose cuenta de que, efectivamente, en la nuca tenía una sutura post-mortem.

—¿No ves algo extraño?

—No lo sé, tú eres el doctor.

—Tiene algo dentro, algo que le sobresale.

Con rapidez cogió unas tijeras delgadas y unas pinzas, y cortó los puntos hasta abrir el corte. Efectivamente, le habían introducido algo al suturarle el corte. Dejó el elemento extraño encima de un plato y le puso alguna por encima.

—¿Qué demonios...? —exclamó Catherine.

—Es un diente. Y es humano.

—¿Seguro que es humano? Jesús —exclamó Catherine.

—Lo es, y no es suyo porque tiene todos los premolares.

Aquello dejó a Catherine aún más helada de lo que ya estaba y a Huxley muy intrigado con ese nuevo enigma.

CINCO

Brancaster, verano de 1850

La bruma del amanecer hacía imposible ver más allá de tres o cuatro pasos. Las tierras escocesas eran parajes salvajes, llenos de distintas tonalidades de verdes, llanuras extensas, acantilados peligrosos. Había cierta magia en el paisaje, y para Fionna era un lugar excepcional.

Hacía solo un par de años que había pisado dichas tierras, pero ya se sentía como en casa. Le gustaba dar largos paseos matutinos recorriendo los montes, aleccionando distintos tipos de flores que iba almacenando en un libro que había robado cuando aún era demasiado pequeña como para acordarse de dónde.

Su vida era monótona, levantarse por las mañanas y empezar a ayudar a su madre a preparar la comida para toda la familia, luego por la tarde estar en la parada ambulante de objetos para la suerte que, como gitanos, vendían a los más crédulos, después pelar patatas y otras verduras para la cena.

Antes de dormir solía contarles alguna historia a los más pequeños, se inventaba aventuras en los páramos salvajes de nobles guerreros que morían por su honor y por el de su pueblo, de intrépidas campesinas que encontraban castillos abandonados y rompían maleficios.

Todo eran fantasías para Fionna, pero de ellas se alimentaba. Tenía dieciséis años y un carácter poco favorecedor para una kãlo^[4] cuyo destino inminente era desposarse con alguno de sus primos y traer hijos al mundo. No hacía caso a las supersticiones, ni a los consejos de los sabios, ella tenía los ojos puestos en sus propios intereses.

Su madre solía advertirle que si seguía siendo tan huraña, solitaria y tosca acabaría igual que su tía Esmeralda, quién era la única de sus hermanos que se había quedado para vestir santos. Pero no era debido a eso, sino al hecho de

tener un aspecto hombruno y una apariencia excesivamente masculina. Cualquiera que no la conociese, diría que a lo lejos, era un hombre el que caminaba, sobre todo cuando vestía como uno de ellos, con la excusa de que no se le acercase ningún maleante.

No se llevaba bien con tía Esme, tenían ambas un carácter demasiado dominante y chocaban en cualquier conversación porque las dos querían tener la razón a toda costa.

Fionna tenía un secreto que guardaba a cal y canto, que no había ni escrito en su cuaderno personal, algo íntimo y demasiadopreciado: estaba enamorada.

Sabía muy bien el preciso instante en que había ocurrido. Había sido hacía un par de meses, junto al arroyo que atravesaba el pueblo y llegaba hasta el bosque. Allí llegar un momento en el que se le perdía la pista, enmarañado por decenas de plantas. Había sido justo en ese bosque, después de la bifurcación Del camino principal cuando había visto por primera vez al ser más hermoso que existía, al menos que ella hubiese visto.

Se le antojó muy parecido a aquellas criaturas celestiales pintadas en las iglesias que había en Florencia, tanto en las paredes como en las cúpulas. Un ángel, pero no uno cualquiera no, si no esos que llevaban espadas en la mano, esos ángeles que a veces iban y con armaduras esos ángeles guerreros.

Estaba sentada observando como algunas de las hojas de los árboles caían en dicho arroyo, y el agua, poco a poco, iba arrastrándolas por la corriente. Tenía la mente en blanco, sin ningún pensamiento más que querer desaparecer dentro de esas aguas cristalinas. Vio su reflejo, siempre había pensado que tenía un rostro común, aunque en secreto creía que, de sus primas y hermanas era la más bonita.

De ella destacaban sus labios gruesos y perfilados en una sombra que los oscurecía, carnosos y joviales. Tenía, para su gusto, la nariz demasiado chata y unos ojos del color de las profundidades marinas, azules oscuros casi negros.

Sólo se escuchaba el murmullo constante del agua y el eco de algún pájaro que no lograba identificar. Un ruido en el otro extremo del arroyo la sobresaltó,

alzando la mirada hasta posarse encima de un hombre que la observaba apoyado en el tronco de uno de los sauces que poblaban el paisaje.

—¿Cò thu^[5]?

El hombre habló, con unas palabras que Fionna no entendió. Solía pasarle cuando la gente de esas tierras no hablaba en inglés, pues este idioma extraño que tenían no lo había aprendido. Tampoco hablaba mucho con la gente que no era de su familia, eran un clan y como tal, extremadamente cerrado. No se fiaban de los desconocidos y tampoco hacían amistades pues no duraban mucho tiempo en el mismo sitio. Era algo que Fionna no soportaba.

Pero era lo que había, por su sangre corría parte gitana y parte italiana, aunque esto último casi todo el mundo parecía olvidársele.

—No te entiendo —respondió ella en inglés, sin moverse un ápice.

El hombre de cabellos rubios y largos hasta los hombros, ligeramente ondulados y de ojos tan dulces y del mismo color que la miel se separó de la corteza y caminó hasta acercarse a ella, pero no demasiado, pues intuía que, igual que los zorros o ciervos que habitaban esas tierras, saldría despavorida en cuanto se asustase.

Era bello y deslumbrante para Fionna, era un hombre, pero no como los que solía conocer, sino mucho más imponente, con las facciones más elegantes y el estilo de un emperador. Nunca había visto a nadie que se le asemejase, al menos de un modo real. Se le pasó por la cabeza, que quizás no lo era, que estaba soñando o peor, que había muerto y realmente era un ángel.

—¿De dónde has salido? —preguntó finalmente en un perfecto inglés.

—Del vientre de mi madre —respondió Fionna, quién no dejaba de observar aquel rostro esculpido por los dioses.

Vio cómo esbozaba una sonrisa sincera, y lo encontró, si eso era posible, aún más bello que antes.

—Dejé de creer en cuentos sobre bebés traídos del bosque, pero admito que he pensado que podrías ser una *caoineag*.

—¿Una qué? —preguntó Fiona.

—Es un demonio de agua que tiene forma de mujer.

—No soy ningún demonio —susurró ella, que, pese a no creer demasiado en estas cosas, la sospecha y superstición estaban tan anclados a su familia que no le gustaba escuchar hablar sobre ello.

—O quizás una *selkie* ^[6]—insistió él.

—Soy humana, deje de decir sandeces. No debería estar aquí —murmuró levantándose.

—¡Espera! —gritó él, haciendo que ella dejase de caminar—. Dime al menos tu nombre.

Ella dudó, pero no encontró ningún motivo para negárselo.

—Fiona.

—Yo soy Niall. Volveremos a encontrarnos —aseguró este antes de que ella retomase el camino de vuelta a casa.

Fiona lo dudó, pero, aun así, decidió que volvería al mismo lugar al día siguiente con la esperanza de volver a verle. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de malo hablar con un desconocido?

No pudo dormir durante toda esa noche pensando en el encuentro con aquel joven ángel. ¿Sería un muchacho del pueblo? Nunca lo había visto por allí, pero era lo más probable. Quizás era del pueblo más próximo al suyo, aunque para llegar a él se necesitaba recorrer al menos 2 km caminando.

O quizás solo estaba de paso.

Al día siguiente dio su paseo matutino, como cada mañana, pensando en si se cruzaría con él. El corazón le latía deprisa, sobre todo cuando pasó por delante del arroyo y lo buscó con la mirada, sin éxito.

—¿Te gusta pasear por el bosque?

La voz de Niall la sobresaltó, mientras aparecía por detrás de uno de los árboles.

—Sí.

Se fijó en que llevaba unos pantalones gruesos, unas botas de piel de montad y una simple camisa blanca de algodón. Pese a lo sencillo del atuendo, se percató de que todo estaba en perfecto estado, a diferencia del suyo propio. Se avergonzó enseguida de su vestido marrón oscuro remendado hasta la saciedad, de sus enaguas demasiado largas para su estatura, de su cabello algo grasiento.

—¿Eres de aquí? Nunca te había visto antes.

—No lo soy, pero ahora vivo aquí.

Veía como el desconocido se acercaba más a ella, y ella daba algunos pasos para seguir manteniendo la distancia.

—¿Y de dónde eres?

Ni siquiera ella estaba segura, pues sus orígenes eran demasiado dispares, para confesarse, y no estaba dispuesta a contarle que provenía de una familia gitana, no deseaba que aquel muchacho hermoso y cálido la rechazase.

—De Florencia.

—¿De veras? He oído grandes cosas de esa ciudad. Los impresionantes palacios que dejaron los Medici y sus tesoros.

—No lo recuerdo demasiado. Debo irme —insistió ella.

—¿Tan pronto? No te marches, quiero que me enseñes algunas palabras en italiano.

Fionna dudó de sus intenciones, pero se le veía sincero y se detuvo. Decidió confiar en aquel extraño, y terminaron ambos sentados en la ribera del río confesándose sus temores, sus pensamientos y sus confesiones, pero sin decir una palabra de dónde procedían.

Cuando volvió a casa se ganó un castigo por haber tardado demasiado, pero no le importó pues había merecido la pena. Mientras pelaba patatas y zanahorias, no dejaba de pensar en él y supo que ya nada volvería a ser lo mismo.

SEIS

Londres, 1875

Huxley Hamilton se había vestido con un traje azul marino y salía del carruaje caminando hasta la puerta dónde sabía que los MacDonnell habían alquilado su residencia.

La noche anterior había acudido al Carlton, el club de caballeros del que era miembro, y se llevó una grata sorpresa al descubrir que su nuevo miembro no era más ni menos que el conde de Monay, es decir, su futuro cuñado.

Se presentó esparciendo sus más deliciosos modales y dando la mejor de las impresiones. El joven de apenas veinte años también fue agradable, estuvo impresionado al descubrir todas las distracciones que podían tener en el club y, por supuesto, comprobó gratamente que se trataba, objetivamente hablando, de un muchacho de facciones delicadas y objetivamente atractivo.

No es que él supiese de atractivos masculinos, pero si su hermana compartía sus cabellos dorados y tenía unas facciones tan delicadas y unos dulces ojos color miel, estaría más que satisfecho.

El mayordomo lo hizo pasar hasta un salón acogedor y sobrio. Esperó de pie junto a la chimenea a que su prometida se dignase a aparecer ante su presencia.

Pero cuando lo hizo, el alma se le cayó a los pies.

—No es posible —murmuró posando sus ojos en los de la mujer que acababa de entrar.

—Increíble —dijo ella en voz alta sin disimular su asombro.

Sin ninguna duda, era aquella adivina que hacía apenas doce horas había estado en la escena del crimen haciendo su numerito. Y cuestionándole, no lo había olvidado, por supuesto.

Sus ojos azules profundos y fríos eran inconfundibles, al igual que sus labios

rojizos y carnosos. A plena luz del día podía ver que su cabello era marrón oscuro, largo hasta la cintura ondulado. Poseía un magnetismo electrizante que hacía cuestionarse muchas cosas, entre ellas cómo una criatura como ella lo atraía sin motivo alguno.

—Debo admitir que me la imaginaba distinta —confesó Huxley en cuanto la tuvo de frente.

—¿Con tres cabezas y cola de diablesa? —ironizó Catherine, sin poder creer la mala suerte que tenía.

Justo su prometido tenía que ser aquel doctor remilgado y corto de miras. Doctor y duque, no era posible.

—Más parecido a su hermano —soltó él con algo de prepotencia—. Lo conocí anoche.

—Lo sé. Me ha contado que erais agradable, sin duda hablasteis poco con él —respondió ella con descaro.

Huxley bufó poniendo los ojos en blanco.

—¿Se puede saber por qué fingió ser una vidente? Medios no le faltan.

Sentía curiosidad y no pudo evitar preguntárselo.

—¿Por qué cree que fingía?

—Porque las videntes no existen —dijo sin pensar.

—Sí existen, yo nací con un don milord, y no tengo la culpa de que los espíritus atormentados decidan venir a visitarme pidiendo paz. No es que lleve un cartel en la frente precisamente —se quejó.

—¿Debo preocuparme por si me molestan a mí cuando estemos casados?

—No, excelencia.

Debía reconocer que la joven le hacía soltar un par de risotadas que había reprimido. Y también que era preciosa a su manera, y muy lista. Por desgracia, esas eran dos cualidades que a él lo volvían loco en una mujer, y ella poseía ambas.

—¿Está hablando en serio? ¿O fue por el morbo de ver un cadáver? Puede decírmelo, no le diré una palabra a Irons.

—Le diría que he visto más cadáveres que vos, pero sois médico así que lo dudo.

—Sois demasiado joven para hablar con tal seguridad y prepotencia —dijo él algo molesto por su actitud.

—Y vos sois el duque de Cornwall como para ir trabajando con la Scotland Yard, no es que paguen demasiado bien. Aunque, por supuesto, estáis algo apurado...

Catherine se mordió el labio inferior fingiendo inocencia, cosa que no tenía en absoluto. Sabía que decir aquello había sido algo ruin, pero cuando se trataba de peleas verbales solía ser la ganadora indiscutible, pues usaba lo que más dolía a su adversario.

Lo reconocía, su talante y socarronería le gustaban, así como su aspecto arrogante y altivo y ese gesto de amargura que parecía tener permanentemente instalado. Tenía la nariz aguileña, señal de franqueza y de inteligencia, los ojos oscuros brillantes que se escondían bajo unas tupidas pestañas negras.

—¿Practica a menudo la forma más eficaz de mostrarse grosera o es algo fortuito e inevitable? —preguntó Huxley molesto.

—La práctica hace la perfección milord.

—Practique menos entonces.

Catherine no solía andarse por las ramas, y había otros temas que deseaba aclarar con el hombre que iba a casarse.

—Hablemos de nuestro inminente enlace. ¿Quiere una taza de té?

—No, gracias, voy a evitar que lea mi futuro en el poso del té.

—Voy a tutearle, si no le importa —dijo ella ignorando su comentario—. Al fin y al cabo, parece que vamos a compartir el resto de nuestros días.

—En absoluto.

—Yo haré mi vida y no deseo que nadie se entrometa en ella —exigió Catherine.

—Si te refieres a sesiones de espiritismo en el salón y sacrificios animales a los espíritus, lo veto.

Catherine arrugó la nariz, pese a que reconocía su ingenio sobre el tema.

—No funciona de esa manera, yo no los llamo, se me aparecen en sueños, ¿de acuerdo?

—¿Y te hablan? ¿O es más un gélido susurro en la nuca?

—No, sólo revivo el momento de su muerte.

—Entonces cuando llegaste a la escena del crimen, ya lo habías visto —dedujo Huxley—. Si fuese verdad, por supuesto —añadió enseguida.

—Exacto, solo que si toco el cadáver lo revivo más nítidamente, y a veces siento u oigo detalles que antes, en sueños no había percibido. ¿Crees que es agradable? No, pero hasta que se atrape al asesino y se haga justicia seguirá atormentándome.

Huxley alzó una ceja, expectante.

—Imaginemos que, por un momento e hipotéticamente hablando, te creo —empezó—. ¿Cuántos espíritus por semana son?

—Cuando estaba en Escocia pocos, sólo muertes violentas que impiden cruzar al más allá.

—¿Y es hereditario?

—No.

—¿Haces sesiones de espiritismo?

—No me presto para ser una atracción de feria, me limito a ser útil al mundo metafísico —musitó ella—. ¿Y tú? ¿Cómo ayudas a la policía?

Huxley cerró la boca buscando alguna excusa creíble y decente.

—Es mi modo de aportar algo a la sociedad.

La carcajada que soltó Catherine pudo escucharse desde el otro lado de la ciudad.

—No te pega nada hacer de buen samaritano. Pero si no quieres decírmelo, no lo hagas. Acabaré averiguándolo tarde o temprano.

—¿Lo buscarás en tu bola de cristal? —esta vez quién se mofó fue él.

—Preguntaré. Por cierto, ¿has averiguado algo más del cadáver?

—Ahora mismo cuando llegase a casa iba a analizar el cuerpo por última vez,

pero de momento no hay nada.

—Perfecto, te acompañaré —decidió ella.

—Será mejor que no —respondió con rapidez viendo sus intenciones.

—Si te preocupa que vea sangre, vísceras y otras cosas, para tu información tuve que ver un cuerpo cortado a pedazos en Escocia. Estoy curada de espanto.

Suspiró, dudando en si era bueno o malo que la que iba a ser su mujer tuviese ese carácter.

Catherine se puso el abrigo azulado y el sombrero a juego, siguiendo al duque hasta el carruaje. No tenía tiempo que perder, cuanto antes resolviese ese crimen, antes podría dormir bien por las noches y no tenía reparos en que aquel hombre dijera lo que quisiera.

—No quiero ser aguafiestas, pero ¿su hermano no va a preocuparse? —preguntó Huxley en cuanto hubieron subido al carruaje.

—En absoluto. Ya está acostumbrado.

—Si Annabelle hiciese algo así... —musitó sin poder creerlo.

—¿Tienes una hermana? No lo sabía —dijo Catherine sorprendida.

—Pequeña, se llama Annabelle. Pero estará poco en casa, va a casarse.

No se le escapó a Catherine la manera déspota e irritante en que lo dijo.

—¿Con quién?

—Con un hombre despreciable, ya te lo presentaré. A ese puedes enviarte un espíritu para que lo atormente día y noche, no va a darme ninguna pena.

Ella se rio, verdaderamente le tenía mucha manía al hombre.

Catherine estaba empezando a darse cuenta de que su futuro marido no era, ni por asomo, lo que había imaginado. Pensaba que se encontraría a un tarambana, un mujeriego y despilfarrador se había encontrado a un hombre extremadamente maniático, un doctor ejerciendo en la sombra con mucho ingenio y socarronería.

—¿Cuándo estudiaste medicina?

—Cuando terminé la escuela.

—¿Fue por algún motivo en concreto?

—Puede que sí, o puede que fuese simple y pura curiosidad.

—Entonces hay un motivo en concreto, supongo que el mismo por el cual el inspector Irons tiene tus servicios.

El silencio de Hamilton fue muy revelador, pero ella no insistió, más, sabía de sobras que no lograría sonsacarle nada y presentía que aquello era algo grande, algo que guardaba celosamente en la intimidad.

—Además del arte de la adivinación, ¿tienes algún otro entretenimiento? Ya que vamos a compartir el resto de nuestras vidas, estaría bien conocernos un poco.

—Me gusta la música. De hecho, ardo en deseos de ir a la ópera —confesó Catherine, sin decir que era algo que había querido desde siempre, y ahora que estaba en Londres podría hacer.

—Tengo entradas para la semana que viene, por si te apetece.

—Me encantaría —dijo ella sonriendo.

Tardaron un poco más en llegar a Sussex, pero en cuanto descendieron del carruaje y Catherine vio el que sería su futuro hogar, supo que se encontraría a gusto allí. Sin duda, era una construcción más moderna que el castillo de los MacDonnell y eso le gustaba.

Jensen en cuanto vio que milord había llegado, se ufanó a recibirle abriendo la puerta con una reverencia.

—Buenas tardes, milord —dijo, sin poder evitar preguntarse quién era la joven que lo acompañaba.

—Jensen, le presento a lady Catherine MacDonell, mi prometida.

Él se sorprendió, pues por la conversación del otro día esperaba a otro tipo de dama.

—A sus pies *milady* —respondió—. ¿Desea algo?

—Una taza de té sería perfecto —pidió Catherine, el polvo del camino se le había metido en la garganta.

—Estaremos abajo Jensen.

La información le impactó, pero no preguntó nada, estaba seguro de que su

señor esclarecería el por qué su prometida conocía su gran secreto.

Catherine siguió a Huxley hasta uno de los salones, y éste cerró la puerta.

—Bonito salón. ¿Tienes el cuerpo dentro del armario? —preguntó ella yendo al grano.

—Tengo algo mejor.

Tal y como había hecho con su amigo Andrew, abrió la estantería dejando pasmada a Catherine.

—¿Es un pasadizo secreto? Me fascina —reconoció ante tal ingenio.

—Y yo preocupado por si mi futura mujer lo descubría, y soy yo el que se lo muestro.

No había tardado ni un segundo en darse cuenta, al verla, de que todo lo que había pensado acerca de su futuro matrimonio no valía para nada.

—Tarde o temprano no hubiese hecho —aseguró.

—Sígueme —dijo él, entrando en la oscuridad de la entrada secreta—. Ten cuidado, hay que bajar una escalera.

Catherine lo siguió, descendiendo peldaño a peldaño de aquella escalera de caracol. Al llegar abajo del todo, notó un cambio de temperatura en el ambiente, más frío, que hizo que se estremeciese.

Con la luz de algunas lámparas de gas esparcidas por la gran sala que se hallaba ante sus ojos, vio que Hamilton tenía ahí abajo todo un verdadero laboratorio privado, con estanterías a rebosar de materiales extraños en potes de cristal, instrumentos médicos y cajas cerradas. En el centro, encima de una mesa y tapado con una sábana blanca, estaba el cuerpo de la que suponía era la víctima encontrada que visitaron.

—Irons me ha dicho que se llamaba Patricia Yales, han podido contactar con un hermano que vive en las afueras, vendrá mañana para recoger el cuerpo y darle sepultura —le informó Huxley mientras quitaba la sábana poco a poco—. Con la autopsia no he resuelto mucho más.

—¿Sabes qué me llamó la atención? Que el cuerpo no tuviese sangre. No lo tenía, ¿verdad?

—No, sólo la que se propició al hacerle el corte, la que había en las sábanas y el colchón. Debió de limpiar el cuerpo. ¿Por qué lo hizo? —pensó Huxley en voz alta.

—Es un perturbado mental, quién sabe.

—Un perturbado muy listo. Creo que preparó la escena para nosotros.

—¿Cómo? —preguntó Catherine sin entender.

—Dejó las cuerdas para que las encontrásemos. Creo que quiere jugar al gato y al ratón —reflexionó él, dándose cuenta de que había estado demasiado obcecado en lo que había visto aparentemente y no en lo que no.

—Supones mucho. Para empezar, que no es un crimen al azar, que ha estado calculado fríamente.

—Peor, que estamos ante un asesino extremadamente cauteloso, que sabe lo que hace.

Catherine de golpe, tuvo que aferrarse al extremo de la mesa para no caerse de la impresión.

—Oh —expresó con la mirada perdida y una expresión de horror.

—¿Estás bien?

—Sí, ha sido... una visión. Túmbala.

Huxley arrugó la nariz, pero lo hizo. Movi6 el cuerpo con dificultad a la expectativa.

—¿No decías que no te susurraban nada?

—Y no lo ha hecho, he visto algo. Aparta el cabello, hay algo en la nuca.

Así lo hizo él, dándose cuenta de que, efectivamente, en la nuca tenía una sutura post-mortem.

—¿No ves algo extraño?

—No lo sé, tú eres el doctor.

—Tiene algo dentro, algo que le sobresale.

Con rapidez cogió unas tijeras delgadas y unas pinzas, y cortó los puntos hasta abrir el corte. Efectivamente, le habían introducido algo al suturarle el corte. Dejó el elemento extraño encima de un plato y le puso alguna por encima.

—¿Qué demonios...? —exclamó Catherine.

—Es un diente. Y es humano.

—¿Seguro que es humano? Jesús —exclamó Catherine.

—Lo es, y no es suyo porque tiene todos los premolares.

Aquello dejó a Catherine aún más helada de lo que ya estaba y a Huxley muy intrigado con ese nuevo enigma.

SIETE

—No es habitual —dijo él en un intento de calma.

—El asesino está intentando decirnos algo, estoy segura. ¿Por qué sino se tomaría la molestia de coser un diente humano en su nuca? *Armaj*,^[7] esto es obra de alguien que no está bien de la cabeza.

—Sin duda. ¿Hablas italiano? —preguntó Huxley.

—Sí —respondió Catherine, pues verdaderamente lo hablaba, aunque lo que acabase de decir no fuese precisamente italiano sino romaní.

—Interesante.

—La familia de mi madre era medio italiana. Ella se llamaba Fiona, y para ella yo siempre fui Caterina. Mi hermano también suele llamarme así.

—¿Hay alguna razón especial para que te pusiera ese nombre?

—Caterina Sforza dicen que es una de mis antepasadas.

—¿Los Sforza de Florencia?

—Ajá. Tuvo algunos amantes después de enviudar, y uno fue mi otro antepasado. Tuvieron una hija y él se la quedó. Siempre ha habido una Caterina en mi familia, siempre.

Huxley sintió al mirar sus ojos que, de golpe, estaba cayendo en un precipicio, en un abismo sin final y el vello se le erizó.

—Mis antepasados son una larga lista de nobles aburridos y endogámicos, la mayoría con sus retratos en los pasillos. Jensen seguro que puede hacerle un breve resumen, si lo deseas.

—¿Soy la primera futura duquesa extranjera en mil años? Válgame Dios —expresó ella sonriendo.

—Creo firmemente que así es. La primera vidente, seguro que sí.

Y la primera medio gitana, pero Catherine se mordió la lengua. Entonces Jensen bajó hasta allí con una taza de té con su platillo en la mano y se lo alargó.

—Su té, *milady*. ¿Quiere leche?

—No, lo tomo solo —respondió Catherine dando un sorbo, recuperándose un poco de ese frío infernal.

—Jensen, hemos hecho un descubrimiento infame. Un diente humano dentro de la víctima —le informó él.

—¿Un diente humano?

—Así es. Debe de tener algún significado oculto, una especie de simbología.

—¿Que tiene dolor de muelas? —se aventuró a decir Jensen.

—Lo dudo, pero no debemos descartar nada. Enviaré un mensajero a Irons con nuestro nuevo descubrimiento, aunque dudo mucho que sepa algo que nosotros ignoremos.

—Yo debo irme. Si hay algo nuevo, ya sabes dónde encontrarme —dijo Catherine sabiendo que era hora de retirarse.

Habían sido demasiadas emociones en un solo día y necesitaba estar a solas para pensar.

—El cochero te llevará a casa, ¿quieres que te acompañe? —se ofreció Huxley caballerosamente.

—No será necesario. Sobre la ópera...

—Te enviaré los detalles por carta —dijo él—. Ha sido un placer, querida —se despidió dándole un beso en la mano.

—Lo mismo digo, querido.

Le entregó la taza de té a Jensen y subió aquellas escaleras de caracol sin decir nada más.

Jensen vio cómo aquella dama tan peculiar se marchaba, y cómo Huxley esbozaba una media sonrisa.

—Es hermosa —reflexionó él, dándose cuenta enseguida que aquello no era, ni de lejos, algo que tendría que haber dicho.

Se había extralimitado, pero Huxley pareció no darse cuenta de ello.

—E ingeniosa. Me pregunto...

—¿Sí, milord?

—Nada. Subamos, Jensen, ya no tenemos nada que hacer aquí.

Huxley se preguntaba si realmente Catherine MacDonnell, una dama noble, hija y hermana de un conde, tenía realmente un don o lo fingía. No sería extraño que lo hiciese, su capacidad de observación tan detallada podía dar lugar a que realizase muchas de sus hipótesis y que estas acabasen siendo ciertas.

Un ejemplo sería las cuerdas, no estaban en un lugar visible y pudo haberse agazapado al entrar antes de decir nada y verlas. Otra cosa era el tema del diente, sabía que tenía algo en la nuca. ¿Se la habría jugado? O, ¿se le había pasado a él algo por alto? O realmente, ¿podría tener un don?

Las dudas acerca de ello lo carcomían, como también el significado de ese diente.

En cuanto subió las escaleras, se sentó en el sillón deliberando acerca de eso.

—¡Huxley! Te he buscado por todas partes, ¿dónde te habías metido?

La voz de su hermana lo hizo volver a la realidad, alzando la mirada hacia ella. Era tan cándida aún que a veces se le olvidaba que acababa de cumplir los diecinueve, pero aún tenía el aspecto de una inocente y pequeña dama traviesa, de mejillas sonrosadas y ojos dulces y afables.

—Hace poco que he llegado —se levantó para darle un beso en la mejilla.

—¿Y quién era la mujer que acaba de subir a nuestro carruaje? Se ha marchado, Hux.

—Lo sé, es lady Catherine MacDonnell, mi prometida —dijo sin reparos.

Annabelle abrió la boca estupefacta. ¿Habría oído bien?

—¿Prometida? Huxley Hamilton, ¿vas a casarte y yo no sabía nada de nada?

—Verás, fue algo totalmente inesperado.

—¿Inesperado? Catherine MacDonnell... no me suena de nada Hux. ¿Dónde la conociste?

Huxley tuvo que pensar algo, rápido y veraz. No podía contarle a su hermana pequeña cuya idea del amor estaba sobrevalorada, que debía casarse para pagar su dote. Ella, que había llorado con Jane Eyre, que anhelaba encontrar a un señor Rochester, que había maldecido a Bathsheba Everdene mil veces por no darse

cuenta de que tenía el amor allí enfrente y que le había citado *Sentido y sensibilidad* hasta la saciedad. No, Annabelle no dejaría que él se casase por practicidad, nunca lo aceptaría.

—Hemos mantenido durante meses una relación epistolar ... muy apasionada —dijo, mientras la inspiración le invadía.

—¿La conociste por carta?

Annabelle no perdía detalle de lo que su hermano le estaba contando, encontrándolo totalmente inverosímil.

—Fue por error, escribí a mi buen amigo Nelson McDonnell quien, como sabes, se trasladó a la India y vive cual maharajá en su palacio, y la carta le llegó a lady Catherine.

—¿Y qué pasó luego?

—Que Catherine me devolvió mi carta escribiendo otra, diciéndome lo que había pasado y disculpándose por haberla leído, y dando su opinión sobre cierto tema sobre la existencia humana.

—Vaya Huxley, no sabía que Nelson McDonnell y tú hablaseis de temas tan profundos. Le tenía por alguien simplón y sin mucha cultura, un soldado de pies a cabeza —confesó Annabelle.

—Cuando alguien se enfrenta a la muerte, querida, cambia —reflexionó Huxley.

—También ignoraba que Nelson McDonnell hubiese estado a punto de morir —volvió a sorprenderse ella.

—De fiebres —se inventó Huxley—. La cosa está, querida, que a partir de ahí empezamos a hablar de muchas cosas, de nuestras vidas, de literatura, de arte, de la vida, de nuestras esperanzas... hasta que me di cuenta de que me había enamorado como un adolescente.

Después de sonreír, Annabelle se lanzó a sus brazos y lo abrazó emocionada.

—Huxley, me alegro tanto por ti. Creía que en vez de corazón tenías una roca en el pecho. ¿Y cuándo la conociste en persona?

—Hoy mismo. Me refiero a que hoy mismo la he conocido en persona y

hemos hablado.

—¿Y? —empezaba tirarle de la lengua.

Quizás se había pasado metiendo cizaña en la mente de su hermana acerca de su supuesta "apasionada" relación y ahora Annabelle esperaba algún gesto romántico, algo que se saliese de lo normal.

—Es una belleza, sin duda —y no mentía pues así se lo había parecido.

—Pero ¿qué has sentido al conocerla?

¿Sentido? Tragó saliva, pensando en la primera vez que había puesto los ojos en Catherine. No, aquella vez no contaba pues lo primero que le vino a la mente fue que qué hacía aquella aprovechada, deslenguada y mentirosa retándole. Pero también había sentido otra cosa, una atracción inmediata.

Y hoy, cuando la había mirado a los ojos por última vez, cuando se había despedido y ella se marchó, se sintió solo de nuevo.

—Hay ciertas cosas que no voy a decirte, pero su presencia me es ya hasta necesaria. Igual que, cuando está ella, la estancia se llenase de luz y calor, y al marcharse todo se apagase de golpe.

Su hermana suspiró, pensando en lo bonito y romántico que era todo aquello.

—Ay Hux, si estás hecho un caballero de la vieja escuela, un romántico empedernido. Tengo muchas ganas de conocer a la mujer que ha logrado arrebatarte el corazón.

Huxley suspiró también, pero por otra razón, más bien por alivio, viendo que de momento había podido capear el temporal.

Catherine MacDonnell entró por la puerta pensando en lo que debía o no debía decirle a su hermano. Quizás mantener en secreto que su futuro marido tenía, como ella, una doble vida no sería de su agrado, y tampoco deseaba darle demasiados dolores de cabeza en este tema.

Quitándose el abrigo y el sombrero, se sentó en el salón principal poniendo los ojos en el fuego de la chimenea. Las llamas siempre le habían parecido

hipnotizantes, esa danza multicolor la relajaba y hacía que su mente se quedase en blanco.

—¿Catherine?

La voz de su hermano la devolvió a la realidad, y se giró para observarlo.

—Dime.

—Decía que tengo que volver a Brancaster, hay problemas con algunos trabajadores de la fábrica.

—¿La fábrica? ¿Y qué tiene que ver contigo? Eres un socio capitalista, no diriges la fábrica, solo pones el dinero.

—Necesitan mi voto para algo, no sé. Tengo que ir sí o sí. Volveré a Londres para tu enlace —dijo Patrick algo preocupado.

—Más te vale.

—Por cierto, te ha llegado una invitación — le alargó un sobre ya abierto—. Es un amigo de tu futuro marido, también estaba en ese club.

—¿Has abierto mi correspondencia? Sabes que odio que lo hagas —se quejó Catherine.

Leyó el contenido de la carta. Efectivamente, era una invitación para comer el sábado de un tal Andrew Kneightley vizconde de Fairfaix.

—Me preocupo por ti, hermanita.

—No tienes de que preocuparte, siempre he sabido cuidarme sola —le recordó—. ¿Qué tal es este Andrew? Parece que, si me ha invitado, debe de ser muy amigo de Huxley.

—Eso me pareció. Pero no tenía el talante de tu prometido, era algo más serio y sin mucho sentido del humor. ¿Qué te ha parecido?

—¿Mi prometido? ¿Cómo sabes que ha venido?

—Me lo dijo él.

Ella también se hacía la misma pregunta. Huxley no era lo que ella pensaba, y esto le había roto todos los esquemas. Parecer como parecer, le había parecido una persona interesante. Más bien misteriosa, tenía curiosidad por saber que lo había llevado a estudiar medicina en un principio, Y segundo, cuál era ese

misterioso secreto que escondía. Era evidente que su colaboración con Irons era debido a que habría infringido la ley en algún momento, aunque no supiese cómo ni el qué.

—Mejor de lo que esperaba. Pero no te alegres, mis expectativas no eran demasiado elevadas —confesó ella fingiendo desinterés.

—Pobre Duque, no sabe lo que le espera —bromeó él sirviéndose una copa de brandy.

—Puede que lo haya insinuado, levemente. Sabes que me encanta jugar —dijo sonriendo, pero sin revelar nada más.

—*Ilo*^[8], sabes que no puedes decir nada —le advirtió él sentándose a su lado.

Patrick sentía una fascinación extraña por su hermana, siempre la había sentido. Su madre había insistido en criarlos por separado, decía que Catherine era especial, que había cosas de ella que no eran de este mundo y que nunca nadie podría entenderlo. La había mantenido fuera de los círculos donde la juventud solía encontrarse, de niños nunca le había permitido jugar con ningún otro, ni siquiera con él, como si fuese peligrosa.

Apenas conocía su hermana, había sido a raíz de la muerte de sus padres que habían empezado a tener alguna relación a la fuerza. Él siempre estaba con los hombres de su padre, tenía la creencia de que las cosas se aprendían con la práctica, así que, desde bien temprano edad lo había llevado a todas las reuniones, consejos y le había mostrado como se llevaba un condado. Pero esto parecía que a Catherine se le traía el paio, para ella seguía siendo un crío.

Pero Patrick no era ningún crío, al menos así lo sentía él, pero, aun así, no podía evitar que la influencia de su hermana se colase en todas sus decisiones. A veces incluso se preguntaba si podía estar bajo algún embrujo de ella, pero luego recordaba que era su hermana y que ella nunca haría eso, Ella confiaba en él, le contaba todas sus preocupaciones, también sus extraños poderes y todos los espíritus que venían a ella.

Pero, aunque confiase en él, le daba la sensación de que Catherine era mucho

más, tenía mucho más escondido bajo la piel, sentía muchas cosas que no le contaba, y esto lo enfurecía. Deseaba serlo todo para su hermana igual que ella lo era todo para él.

—No voy a decirle nada no soy estúpida. Pero no es la persona que crees que es.

—¿A qué te refieres con eso? Puede que no debas confiar en él, no, no debes confiar en él —hizo hincapié en ello.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Pero no te disgusta.

—No, no lo hace —confesó ella.

—¿De veras? —dijo sorprendido.

—Como te he dicho, podría haber sido mucho peor.

—¿Peor que un engreído, petulante, mujeriego y derrochador?

—Podría haber sido feo, gordo, de aliento desagradable, violento, avaricioso... podría seguir Patrick,

—Tiene una amante, ¿lo sabías?

No, Catherine no sabía aquello, y le molesto. Sintió una punzada en el estómago, y se dio cuenta de que, verdaderamente, no sabía nada de Huxley Hamilton, solo la punta de un gran iceberg.

—Por mí como si tiene tres, solo voy a tener que acostarme con él una vez y prefiero que sea agradable a la vista, eso es todo.

Le quitó hierro al asunto, no quería hablar de amantes, esposos ni nada que tuviese que ver con esto. De todas maneras, qué esperaba, era un duque en plena juventud, lo raro habría sido que no tuviese ninguna. No podían ser celos, en primer lugar, porque apenas le conocía y en segundo, porque era imposible que sintiese algo más que afecto por él debido a la maldición.

—No tendrías por qué hacerlo, creo que ambos os la traen al paio la nulidad.

—No hemos hablado de eso. Creo que aún hay tiempo para discutirlo. ¿Vas a venir a la comida?

—Por supuesto, alguien tiene que vigilarte.

Catherine no entendía por qué Patrick parecía estar molesto, al fin y al cabo, todo esto lo estaba haciendo por él y por su maldita silla en el parlamento. Pero se mordió la lengua y se limitó a salir del salón, dejándose hermano con la palabra en la boca.

OCHO

Londres, 1865

La joven era de una delgadez extrema, pálida hasta la saciedad y un color casi púrpura teñía sus ojeras bajo sus ojos oscuros, dándole cierto aire macabro.

Sentada en el despacho del doctor Heimsworth, con un sombrero demasiado elegante y un vestido que le venía demasiado ancha, de un tono verde oliva ribeteado de puntas blancas, observaba la estancia con curiosidad, como si quisiera analizar qué cosas había potencialmente peligrosas. No perdía detalle bajo sus ojos, demasiado salidos de sus cuencas como para no percatarse de que algo en ella no estaba del todo bien.

—Él es el doctor Hamilton, fue uno de mis alumnos más aventajados. Como le comenté señorita Dupree, está mucho más familiarizado con su tipo de dolencia que yo —dijo el doctor Heimsworth mientras permanecía sentado en el sillón, detrás del escritorio.

El doctor tenía otras preferencias de órganos a curar que el cerebro, como las enfermedades respiratorias que cogía la mitad de la población debido a su contaminado aire o incluso el estómago, cuyos problemas cada vez eran más fáciles de guarir y operar.

—¿Ha tratado a más gente ... como yo?

—Un par, sí —reconoció él.

Se sentía incómodo, la presencia de aquella mujer no le era muy grata, pero creyó que era debido a ese aspecto enfermizo que profesaba, parecido a un cadáver. La muerte nunca le había gustado, es más, la evitaba a toda costa y aquella chiquilla olía a muerte.

—¿Les operó?

—Por desgracia no tuve oportunidad, se negaron a someterse al

procedimiento y fallecieron con posterioridad.

La joven frunció el ceño, parecía que le costaba entender qué era lo que decía.

—Pero ¿podría operarme?

La respuesta a esa pregunta era compleja. Por supuesto que podía, pero en realidad esa no era la cuestión sino si podría llegar a curarla. Huxley estaba convencido de que no sería así, no tenía suficiente información, ni tampoco cuál era la técnica para ello, solo tenía algunos indicios en qué parte del cerebro se producía el daño, y ni tan siquiera sabía cuál era la solución, pues no era ni remotamente como un tumor, donde se solucionaba extirpándolo, ni una inflamación ni nada que se le pareciese.

—Solo tengo ciertas sospechas de cuál es la parte del cerebro afectadas, pero nada más. Si la operase, iría a ciegas totalmente. Creo que es mejor empezar a hacerle determinadas pruebas... —dijo Huxley, pero fue interrumpido por la joven.

—Más pruebas no. Me niego a volver a ser una rata de laboratorio, a volver a pasar por aquello. Quiero que me opere, doctor —dijo de forma contundente.

Huxley no supo qué decir; por una parte, era una oportunidad única pues sería el primer cerebro en vivo que vería, y tendría la oportunidad de esclarecer ciertas dudas, pero por otra parte sabía muy bien que poco podría hacer, y que no era lo mejor para el paciente.

—Hay muchas probabilidades de que salga mal —le advirtió.

—¿Cree que no sé qué voy a morir? Tarde o temprano esto acabará conmigo, y estoy cansada de vivir de esta manera. No puedo más, doctor —respondió la mujer con verdadera desesperación.

La pausa de liberatoria, Huxley respondió.

—Debo pensármelo y, en el caso de que la respuesta fuese afirmativa, lo comunicaré en tres días como máximo.

La mujer asintió, levantándose del sillón con cierta dificultad. Se despidió, dirigiéndose hacia la puerta, medio tambaleándose al dar pequeños pasos.

No esperaba que la paciente se sometiese voluntariamente a tal procedimiento, pues su experiencia, aunque limitada, era que ninguno de ellos quisiera saber nada de médicos ni operaciones ni procedimientos.

—No entiendo nada Heimsworth —le confesó, algo confundido.

El doctor, algo más demacrado de lo normal y delgado, le devolvió la mirada con algo de desolación en ella.

—Por lo que sé, ha pasado por muchas manos desde que surgió su enfermedad, algunos proyectos experimentales... poco éticos. Sabe que más que nada, es una carga para su familia y que tarde o temprano acabará desquiciada. Hay gente que, en vez de sentarse y esperar a la muerte, quieren hallarla cuanto antes si saben que será inevitable.

Huxley supo que no sólo hablaba de aquella muchacha sino también de la difícil posición en la que estaba su mujer. El doctor Heimsworth había sido su profesor predilecto mientras estudiaba medicina, y era el único con el que había entablado amistad y le había confesado las circunstancias en las que se encontraba para hacer tal cosa.

—¿Operarás a tu mujer? —decidió preguntarle.

Heimsworth suspiró, pasándose los dedos sobre las sienas nervioso.

—Ella quiere. Cuanto más tarde lo haga, más posibilidades hay que el tumor en el estómago sea más grande y ya no haya nada que hacer y fallezca durante la operación, que dado su tamaño es lo que me temo.

—Si no la operas, tendrá más tiempo —dedujo Huxley.

—Así es.

No había visto antes al doctor en una encrucijada tan grande.

—Puedes advertirle, que sopesese sus opciones, pero, al final, es su vida —dedujo Huxley.

—He sido un necio, Hamilton. Llevamos cinco años casados y todos los días he antepuesto la medicina a todo, incluso a ella. Nunca se quejó, ¿sabes? Y ahora, ¿para qué han servido tantas tesis, experimentos, horas en la mesa de operaciones..., si no puedo salvarle la vida? —murmuró Heimsworth con los

ojos vidriosos y la mirada perdida en la nada.

—Hacemos lo que podemos, sabes que no se puede curar a todo el mundo. No te atormentes.

—Lo peor de todo es que si me hubiese dicho que sufría dolores, podría haber hecho algo.

Huxley le puso la mano en su hombro intentando reconfortarlo, pero sabiendo que no tenía remedio.

Hilda se ufanó a derramar un par de gotas de su perfume de rosas sobre el cuello para después, pellizcar se las mejillas y bajar hasta el pequeño salón de los Hamilton, donde Huxley ya se encontraba. Estaban completamente solas, a excepción del servicio. Su madre había salido a dar un paseo con la hermana menor de este, Annabelle, de tan solo ocho o diez años, no lo recordaba con exactitud.

Estaba convencida de que, después de más de dos meses de cortejo incesante, de reuniones clandestinas en los pasillos de la mansión, de insinuaciones estudiadas, de besos apasionados y tocamientos impropios, a Huxley iba a pedir su mano.

La temporada estaba a punto de finalizar y había dejado caer que, en la última casa de su madre, está insinuaba que su vuelta era próxima inminente. Se había dado de plazo dos semanas para ello, si no, empezaría la ofensiva con cierto caballero que tampoco le desagradaba, pese a ser su segunda opción pues, Al fin y al cabo, era solo un marqués mientras que Huxley Hamilton era el duque de Cornwall.

No podía esperar a que aquello sucediese, a convertirse en una duquesa, y sobre todo a pasárselo por la cara tanto su madre como su hermana.

—Habéis llegado temprano de Londres —dijo nada más entrar, caminando con pasos cortos pero seguros.

—Nada me retenía allí. En cambio, aquí tengo un aliciente extraordinario —

susurró Huxley salvando la distancia que lo separaba llegando a sus labios.

Otra vez con ese maldito besuqueo. ¿Acaso los hombres no podían pensar en nada más? Viendo que no tenía ninguna intención de declararse, Hilda decidió quemar su última carta.

—Huxley, no creo que debamos continuar con esa relación —fingió pena y pesadumbre al decir aquello, y retrocedió para mantener las distancias.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, preocupado.

—Mi vuelta es inminente y yo... Es mejor detener esto ahora que aún hay marcha atrás.

Huxley frunció el ceño, estaba claro que la última salida aquella situación era comprometerse con ella lo antes posible.

—Ya no la hay, Hilda. Tú lo sabes igual que yo lo sé. Quería esperar a ... es igual —dijo, acercándose a ella y tomándola de la mano—. ¿Tendrías el honor de ser mi esposa?

—¿De veras? Por supuesto —exclamó ella fingiendo sorpresa.

La jugada que había salido divinamente, no podría haberlo hecho mejor. Se abalanzó hacia él abrazándolo y luego lo besó con ahínco.

—Ya no habrá ningún impedimento para que te quedes ¿cierto?

—Por puesto que no. Voy a escribirle a mi madre ahora mismo con la noticia. Estoy segura de que estará igual de entusiasmada que yo —dijo ella, y sin perder más tiempo salió de la estancia y subió las escaleras hasta sus aposentos para escribir esa carta que tanto deseaba enviar.

Huxley se quedó a solas, pensativo. Acababa de comprometerse. No era algo que hubiese planeado, no tan a corto plazo, pero había ocurrido. Amaba a Hilda, no quería perderla de eso estaba seguro, entonces, ¿por qué tenía ese sabor agrídulce en la boca?

Debía de comunicarse con Andrew de inmediato. Él sabría qué hacer en tales circunstancias, aunque bien sabía, pues no dudaba en recordarle cada vez que podía, que su compromiso fue puramente comercial y que no había cabida para los sentimientos.

Pero Huxley empezaba a dudar de las palabras de su amigo cuando, el otro día que fue de visita a su residencia, tuvo que esperar un buen rato para que se dignase a aparecer y sonsacarle a una de las doncellas que se había encerrado en el cuarto de su esposa a media mañana con ella después de una épica discusión.

Lo recibió algo acalorado, las ropas arrugadas y una sonrisa bobalicona en el rostro.

—Andrew, querido amigo, ¿vas a seguir negándome que tu mujer no te da más alegrías que disgustos? —lo indujo a responder sin piedad alguna.

—No sé qué insinúas.

—Oh vamos, he visto cómo la miras. Si no fuese tu esposa, ya la habrías seducido, metido en un harén de amantes y jurado amor eterno. Sólo la odias porque precisamente es tu esposa, y ambos sabemos lo poco que te gustan que coarten tu libertad.

—Me limito a cumplir mis deberes maritales, y esto no quiere decir que disfrute en mi empresa.

—No tiene por qué ser así, pero lo haces —sentenció Huxley.

—¿Y? No la amo, ni la amaré. Nos pasamos el día discutiendo, y cuando no discutimos...

Andrew puso los ojos en blanco intentando no pensar en ello, pues sólo de imaginarse a Isabella desnuda volvía a excitarse con una facilidad innata.

Así fue cómo Huxley tuvo la certeza de que aquella frase de “no hay más ciego que quién no quiere ver” podía ser muy real y acertada.

NUEVE

Sussex, 1875

Andrew veía como su amigo daba grandes zancadas de punta a punta de su despacho, con las manos detrás de la espalda, y el cejo fruncido. Estaba nervioso, se veía a leguas, pero no decía nada, cosa poco habitual en él.

—¿Qué ocurre, Huxley? —preguntó finalmente, viendo que no soltaría prenda de por sí.

—Has invitado a Catherine a comer y también me has invitado a mí junto con Annabelle. ¿En qué demonios estabas pensando? —vociferó, mientras los ojos se le salían de las órbitas.

Andrew paró de escribir, dejando la pluma encima de la mesa sin entender a qué venía tal escándalo.

—Tía Megan insistió, quiere conocer a tu prometida. Ya sabes lo entrometida que puede llegar a ser. De todas formas, no le veo yo el problema. Algún día tendría que conocerla ¿no?

Omitió la parte en la que él mismo lo había decidido por pura curiosidad.

—Pero la has invitado precisamente hoy, dentro de tres horas exactamente va a plantarse en tu casa. Y me lo has dicho a mí hoy mismo.

—Estamos en mi casa, Huxley —le recordó su amigo.

—Lo que significa que no me da tiempo a enviarle una carta para advertirle... —puntualizó él, yendo al punto fuerte de la cuestión, pero sin llegar a decir sobre qué.

—¿Advertirle de qué? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—Varias cosas, entre ellas que este pañuelo de color rojizo no te queda nada bien. O que tienes el jardín descuidado, deberías cambiar de jardinero. Pero ese

no es el tema, sino que haces las cosas sin consultarme. Ese es el verdadero problema.

—¿Y por qué debería hacer las cosas consultándotelas? Es mi casa, mi invitación, mi evento —se justificó Andrew.

— Y mi prometida, no lo olvides. Si tanto quieres una, búscatela. O si no, siempre puedes pedirle a la reina que te haga de casamentera, parece que últimamente le gusta jugar a serlo.

—La tuve antes que tú, y la he invitado únicamente para darte mi aprobación. Hablando de ella, aún no me has contado nada — dijo Andrew visiblemente molesto.

—Aunque la aprecio, no la necesito para casarme con ella, de todas maneras, la aprobarás. Y no te he contado nada porque es inverosímil, aún me cuesta a mí creerlo.

No, aunque su amigo sabía todo el tema acerca de sus actividades nocturnas y su relación con la Scotland Yard, no había tenido tiempo de explicarle acerca de su encuentro con la adivina, y mucho menos que la susodicha era su prometida.

—¿Tan fea es? Te lo dije, eres demasiado sibarita como para acostarte con alguien que no te atrae nada.

—Eso es una falacia, y mi lista de amantes lo corrobora. Y no es fea, al contrario —admitió Huxley, cosa que lo contrariaba.

—¿No lo es? —se sorprendió Andrew.

—Ni por asomo, incluso te diría que es demasiado atractiva —puntualizó él.

—Ninguna mujer es demasiado atractiva, Huxley —dijo Andrew.

—Es demasiado atractiva para que sea mi esposa, tenerla pululando las veinticuatro horas del día a mi alrededor y haberme pedido que vivamos vida separadas. Como bien sabes mi buen amigo, no soy de piedra.

—Conquistala entonces. No le veo el problema, Huxley. ¿Qué podría ser mejor que te agrade tu esposa? Tú, que te jactas de ser irresistible.

—Pero es que no me agrada, o sí en ese sentido, pero también no la soporto.

Tiene un carácter demasiado fuerte, me discute las cosas y encima tiene la poca vergüenza de burlarse de mí. Es insoportable en este sentido. Además, que tengo una amante.

—Ya tenéis algo en común —murmuró él—. Amigo mío, por mucho que te moleste y por mucho que no lo soportes, te gusta, te seguirá gustando, y no podrás evitarlo. Sería gracioso que te acabases enamorando de ella, verdaderamente.

—Tonterías —farfulló él, pensando que Andrew se había vuelto totalmente loco al pensar aquello—. ¿Ella también tiene un amante?

—No me refería a eso, sino a vuestros caracteres poco apacibles.

Él, Huxley Hamilton, enamorado. Menudas sandeces, había aprendido la lección en su momento y se había prometido a sí mismo que nunca, jamás de los jamases volvería confiar en una mujer. Eran seres crueles que solo pensaban en sí mismas, egoístas. Solo les preocupaba su propio bienestar, y el de sus hijos gracias al instinto maternal que Dios había tenido la consideración de darles.

—¿Y qué es eso que tienes que decirle tan urgente, si como has dicho, la verás dentro de tres horas? —cuestionó Andrew.

—A mi hermana no le he contado nada acerca de mi ruina, y gracias al cielo no se ha enterado, cosa extraña porque ha salido creo, hasta en los periódicos.

—Sólo ha habido rumores, no ha salido nada en el periódico. Entonces ¿qué le has dicho Annabelle acerca del inminente y futuro enlace?

—Fue fruto de la desesperación, me pilló desprevenido. Me inventé un enamoramiento ficticio, totalmente inverosímil, y romántico, pero ya sabes cómo es mi hermana, cuando hay amor de por medio se vuelve ciega. No hay otra razón por la cual quiera casarse con el inútil de Vaine.

Andrew vio por donde iba la cosa, y decidió evitar todo el sermón acerca de Thomas Vaine y su maldad.

—Pero si no la conocías, ¿cómo le has vendido tal enamoramiento?

—Le dije que nos conocimos por carta, un error de apellidos que hizo que mi carta dirigida a Nelson McDonnell fuese a parar en sus manos. Total, que le he

vendido una apasionada y romántica relación epistolar.

Andrew no pudo más que soltar una inmensa carcajada al escuchar aquella chorrada que acababa de decirle su amigo. No había escuchado en su vida algo similar.

—Si tú apenas le escribes a tu madre, Huxley. Odias comunicarte por carta.

—Gracias a Dios, eso mi hermana no lo sabe. Tengo que encontrar la manera de avisar a Catherine para que me siga la mentira. O si no mi hermana descubrirá la verdad, y no dejará que me case con ella.

—Me alegro tanto de haberle hecho llegar a tu prometida la invitación. Tengo unas ganas inmensas de conocerla, después de lo que has dicho. No logro imaginármela si te digo la verdad —se sinceró él.

—Espero que mi hermana tarde en aparecer. Es una mujer bastante corriente, tampoco te vayas a pensar —mintió Huxley—. Simplemente, como ya te he dicho, me la imaginaba inmensamente peor.

Pero Andrew conocía muy bien a su amigo, y en aquel momento estaba mintiendo.

No, en verdad no sabía cómo imaginársela, había pocas personas que a Huxley le impresionasen, y estaba claro que su prometida lo había hecho. Realmente le costaba de imaginar cómo una mujer, escocesa, poco dada a la sociedad, y de un origen tan poco esclarecedor había logrado que el duque de Cornwall se pusiera nervioso igual que un impúber colegial.

—Mientras tanto voy a hacerle compañía a tía Megan, también está ansiosa por conocerla.

Y así lo hizo, dejando a Huxley subiéndose por las paredes del despacho.

La tía Megan seguía justo donde la había dejado, en el salón leyendo una revista femenina con una taza de té en la mano. Siempre iba impecablemente vestida, de punta en blanco. Era una mujer que, pese a sus años, seguía siendo extremadamente coqueta. Debido a su viudedad, solía vestir de negro, y también porque decía que el negro la hacía parecer más refinada y delgada, pero últimamente se estaba tomando ciertas libertades comprándose algunos vestidos,

si bien oscuros, de otros colores, como el de aquel día, de un verde extremadamente oscuro, pero, al fin y al cabo, verde.

—Querido, ¿cómo está Huxley? Me ha parecido verlo algo tenso — comentó.

—Está algo nervioso, esto de prometerse no es lo suyo.

—Supongo que no tardará en contraer matrimonio con esa joven. Ya sabes que soy de la opinión de que cuanto antes pasen por la vicaría, mejor. Así hay menos tiempo para conocerse.

También tenía la lengua muy larga, solía decir lo que pensaba. Se justificaba diciendo que, a su edad, si no lo decía entonces ya nunca podría hacerlo.

—Lo ha desconcertado un poco eso de que la joven no sea demasiado salvaje, ruda o indeseable.

—He oído muchas cosas acerca de esta muchacha. Corren muchos rumores —dijo la tía Megan bajando la voz, como si la joven estuviese por la casa y pudiese escucharlos.

—¿Y de qué tipo, tía?

—Dicen muchas cosas. Mary Jones asegura que su familia tiene un origen de noble abolengo antiquísima, pero su madre ...

—¿Qué?

Andrew estaba empezando a impacientarse, su tía no dejaba nada en claro, le gustaba hacerse de rogar, hacer sentir a las personas que tenía información muy valiosa, y muy querida por todos. Quería crear expectación, pero para él no era nada demasiado importante, no creía demasiado en las habladurías. Quería que acabase cuanto antes su relato para poder leer el periódico que había encima de la mesa.

—No se sabe absolutamente nada, al menos nada de seguro. Hay rumores que dicen que era una salvaje de las tierras escocesas que aún hay por ahí escondidos en los bosques. Otros dicen que hablaba italiano y por lo tanto es una noble italiana que se fugó huyendo de un matrimonio indeseado. También dicen de ella que fue una simple criada, pero lo ocultaron para mantener su

reputación.

—Interesante — respondió Andrew, fingiendo interés.

Su tía siempre había sido una persona peculiar. Era esas mujeres que querían saberlo todo sobre todo el mundo y que su vida no era nada interesante, así que vivía a través de otros, de sus rumores, habladurías y escándalos.

—No me mientas, Andrew, sé que no te interesa lo que te estoy diciendo. Pero al menos, podrías fingir mejor.

—Lo cierto es que su origen me la trae al paio. Pero creo que, por lo que me ha dicho Huxley, podría ser la mujer que él necesita. Y esto tía, sí que lo encuentro la mar de curioso —confesó él, echándole una ojeada a las últimas noticias.

En cuanto el primer carruaje se detuvo frente a la puerta principal, Huxley salió de la casa de inmediato, deseando que fuese Catherine, y no Annabelle quien descendiera. Suspiró aliviado al ver que era su prometida, con su inconfundible semblante de hielo, un vestido azul marino con crinolinas en la falda y una cintura de avispa que predijo sería la envidia de muchas.

Pero se detuvo en seco, al ver descender también del carruaje a su hermano Patrick. Caminó más despacio hacia ellos de lo que quería, y saludó en primer lugar al hermano bajando la cabeza.

—Espero que Londres esté siendo de su agrado —le deseó.

—Lo es —respondió él, más pendiente de la reacción de su hermana al verlo, de lo que le estaba diciendo el duque.

—Voy a presentaros a mi buen amigo Andrew Keightley.

Cuando Patrick empezó a caminar hacia la entrada, Huxley aprovechó para fijar su mirada hacia Catherine y esperó a que esta estuviese a poca distancia de él para cogerle del brazo.

—Querida, tengo que pedirte un favor —murmuró en su oído.

A Catherine su acción la tomó por sorpresa, no esperaba tal contacto, pero no dijo nada. Desde aquella distancia tan poco correcta, podía sentir el aliento de

Huxley en su oído, sus movimientos corporales, incluso podía escuchar los latidos de su corazón. Estaba algo incómoda, pero lo achacó a que era la primera vez que se encontraba tan cerca de un hombre.

—No me digas que vas a solicitar mis servicios de vidente. Creía que eras un incrédulo. Es más, creía que tú creías que yo era una mentirosa.

—No se trata de eso, aún no estoy seguro de tus capacidades ... especiales. Se trata de mi hermana, tienes que seguirme la mentira.

—¿Qué mentira?

—Tú límitate a decir que nos conocimos por carta, y que tenemos una relación muy apasionada.

A continuación, le explicó el embrollo en el que se había metido, y todo lo que debía de decirle.

—Como quieras, eso sí, voy a cobrarme el favor —dijo Catherine sonriendo maliciosamente.

—¿Mandándome al más allá en cuanto nos casemos? —bromeó él.

—Para eso tendría que matarte y no vale la pena que mi conciencia cargue con tu muerte. Ya pensaré en algo.

Huxley observó sus labios mientras hablaba. Se le antojaron pecaminosos, demasiado sonrosados y rebosantes de carne. Sin duda, eran unos labios que estaban hechos para ser besados, para ser devorados pedazo a pedazo. Se preguntó si alguna vez alguien había osado realizar tal atrevimiento.

Andrew Keightley tenía pocas virtudes, al menos eso era lo que él creía de sí mismo. Una de ellas era lo tremendamente observador que podía llegar a ser, por eso en cuanto el Conde y su hermana pisaron el comedor, se percató de que eran especiales, no sabía exactamente porqué, pero tenían un aura especial.

Hicieron las presentaciones correspondientes, mientras que tía Megan parloteaba acerca de las maravillas de vivir en Sussex y lo sucio y maloliente que era Londres.

—Yo siempre lo digo, no hay nada como vivir en el campo y evitar la gran ciudad —decía mientras Catherine asentía, poco convencida.

—Por desgracia, voy a tener que partir y volver a Escocia de inmediato, no pudiendo disfrutar de la ciudad como es debido —dijo Patrick mientras Andrew le ofrecía una copa.

—¿Y va a quedarse su hermana sola, en su residencia de Londres? — se escandalizó tía Megan.

— Oh, no estoy sola, se quedará conmigo mi tía abuela — se justificó Catherine.

—Sigue siendo inadmisibile. No puedo permitirlo, os quedaréis aquí conmigo y con Andrew hasta que el enlace se realice. Londres es demasiado peligroso para alguien que no está acostumbrado a la ciudad.

—Tu generosidad me abruma, tía, pero no hará falta, se quedarán en mi casa. Así Annabelle y ella podrán conocerse —sentenció Huxley, que ni por encima de su cadáver iba a dejar a Catherine con sus rarezas a merced de la tía Megan.

—No es muy decoroso que digamos, pero si tu tía abuela está contigo... Siempre podemos alegar que es una visita de cortesía.

Fueron interrumpidos cuando el mayordomo entró con una carta para Huxley, que leyó con rapidez.

—¿Algún problema? —preguntó Catherine, viendo el semblante de inquietud que se le había puesto Huxley.

Estaba empezando a conocerle, a percibir qué era lo que se estaba pasando por la cabeza a su prometido.

—Es mi hermana, no podrá acompañarnos este mediodía. Se encuentra indispuesta, jaqueca.

Andrew puso mala cara, temiendo que la enfermedad de la pequeña de los Hamilton hubiese sido la verdadera causa, y no ese dolor de cabeza que Huxley alegaba. Pero el hermano no parecía preocupado, y eso lo tranquilizó.

Pronto el almuerzo se sirvió en el jardín. Tía Megan no dejaba incordiar a Huxley y a Patrick con preguntas fuera de lugar, y demasiado incisivas. Los pobres hombres aguantaban el tipo fingiendo reírse sobre ello, pero en el fondo estaban deseando que aquella tortura terminase.

Así que Andrew, aprovechó esta falta de diligencia sobre Catherine para hablar largo y tendido con la mujer que parecía haberle absorbido los sentidos a su amigo. Sin duda alguna, era preciosa. No eran sus profundos ojos azules ni su tez de muñeca de porcelana, ni siquiera sus cabellos oscuros sedosos lo que hacían de ella una sublime imagen. Era algo más, algo que no podía verse en la superficie, era algo que guardaba en su interior.

—¿Tendría la amabilidad de responder alguna de mis preguntas? — le dijo a Catherine sin rodeos.

Ella desvió la mirada hacia él, buscando en sus ojos algún atisbo de morbo ante la situación, pero solo encontró preocupación. El vizconde era un hombre serio, le costaba sonreír y carecía de la espontaneidad, fácil sonrisa, y chispa de Huxley.

Desde el momento en que le vio, sintió en él una tristeza desgarradora, algo parecía torturar su alma sin descanso.

—Por supuesto. De todas maneras, no creo que vaya a librarme de sus preguntas, aunque hubiese dicho que no. Tarde o temprano tendré que enfrentarme a ellas.

Andrew sonrió ante su descaro. Sin duda era algo fresco, que no le bailase el agua al Duque era bueno, muy bueno.

—Dígame, ¿por qué ha aceptado casarse con él?

—La reina cree que me está haciendo un favor, y todos sabemos que los favores de la reina no pueden rechazarse. Pero no me importa, podría haber sido alguien mucho peor.

—Es curioso, él me dijo exactamente lo mismo. Sin duda tiene gracia que ambos recurráis al mismo argumento para evitar decir que estáis encantados el uno con el otro — la tentó él.

Pero Catherine no dijo nada, quedándose con la valiosa información. Huxley Hamilton había dicho de ella lo mismo que ella de él. Lo observó desde la otra punta de la mesa, de reojo, viendo como él apartaba la vista.

—¿No ha venido su mujer? —preguntó ella para cambiar de tema.

—Soy viudo, *milady*. Es extraño que nadie le haya contado nada sobre mi desgracia —respondió Andrew sonriendo amargamente.

—No me gusta juzgar a la gente antes de conocerla por lo que dicen de ella, así que no pregunté. Lo siento mucho.

—Se arrojó desde esa ventana —señaló Andrew hasta el tercer piso.

Pero Catherine frunció el ceño, no había sentido nada en esa casa, y ella sabía muy bien qué sombras acechaban, qué espíritus rondaban, y un suicidio no solía pasársele por alto.

—¿De veras?

A Andrew le extrañó su respuesta y el hecho de no estremecerse al saber tal cosa.

—¿No se lo cree? —preguntó, pasmado.

—La verdad, lord Keightley, es que no. Pero no me haga demasiado caso, soy incrédula por naturaleza.

DIEZ

Todo indicaba que el almuerzo había sido todo un éxito. Tía Megan había alabado los modales de Catherine, su gusto refinado y su agradable conversación, todo un triunfo teniendo en cuenta que la mujer era más exigente que todo el consejo de la reina.

Huxley entró en casa, subiendo las escaleras hacia la habitación de su hermana. Llamó a la puerta esperando a que ella respondiera.

—¿Annabelle?

Pero fue su doncella quién abrió la puerta.

—Milord, su hermana se ha quedado dormida —le informó—. Ha tenido jaqueca durante todo el día.

—¿Está mejor?

—No sabría decirle.

—Está bien, puede retirarse.

No entró, estaba más tranquilo sabiendo que el mal de su hermana no tenía nada que ver con aquella enfermedad que, desde muy pequeña, la había acechado sin piedad.

Por si fuera poco, sus problemas acentuaban al meter a su prometida en su casa antes de tiempo. Podría pensarlo como algo bueno, una ventaja, al final cabo decía ser vidente, y si tenía razón por muy descabellado que fuera, podría ser útil. Aún se comía la cabeza pensando en cómo había sabido lo de la incisión en la nuca. Era algo que se le escapaba por completo, y no le gustaba.

Huxley Hamilton solía mantenerlo todo bajo control, no solía escapársele nada y ahora sentía que, por segunda vez, todo se desmoronaba.

Dentro de un par de horas la tendría viviendo bajo el mismo techo, y aún no había ejecutado sus planes para que no supiese absolutamente nada de Annabelle ni de su estado.

Tampoco había resuelto el pequeño e ínfimo problema sobre su amante.

Sospechaba que a Jessica no le haría ni pizca de gracia saber que iba a casarse. Tampoco estaba seguro de que ella quisiera continuar con su relación, aunque en realidad esa posibilidad no le quitaba el sueño, tenía otras cosas más importantes en las que pensar, como en que un asesino andaba suelto.

En realidad, estaba algo preocupado sobre cómo se lo tomaría. Jessica era fiel a su naturaleza de actriz, y había sido testigo de numerosos números sobre los celos, la indignación de no ser especial para él, hasta varios enfados sobre el poco entusiasmo que mostraba a veces en sus relaciones.

No, no estaba preocupado acerca del fin de su relación, pero sí de que aquello fuese doloroso para ella. No sabía con seguridad cuáles eran sus sentimientos, pese a que le había repetido numerables veces su amor por él, pero quién sabe, esas cosas nunca llegaban a saberse con seguridad. No quería hacerle daño, y sabía que al casarse con otra sus ilusiones se irían al traste.

Era innegable que Jessica soñaba con casarse con él y llegar a ser duquesa, pero nunca le había hecho tal promesa, es más, le había asegurado de que no era hombre dado al matrimonio y que sólo llegaría a casarse cuando las circunstancias así lo exigiesen.

—Milord, lady Catherine y su tía han llegado —le informó Jensen.

—Bien. Acomode a lady Catherine en la primera planta, en la habitación que da al sur, y a la tía abuela en la segunda, en cualquiera de ellas. Las espero en el salón para darles la bienvenida.

No estaba nervioso, pero sí algo descentrado. Deseaba verla, esta misma mañana no había podido casi disfrutar de su presencia y ahora quería tenerla cerca. No sabía qué era lo que le ocurría, hacía tan solo un par de días que había conocido a su prometida y no podía quitársela de la cabeza.

“Es la novedad, no te atormentes” o eso se decía a sí mismo.

La novedad, sí, una novedosa lengua afilada que usaba para replicarle, un novedoso rostro demasiado hermoso como para no prestarle atención, y un cuerpo que destilaba curvas por doquier.

Por Dios, ¿en qué estaba pensando? Tenía una amante, era imposible que

preferiese estar pensando precisamente en su prometida. Si se aburriría de verla.

A más inri, Jessica era considerada una de las mujeres más hermosas y perfectas, había desfilado por los escenarios de toda Europa robando suspiros y corazones a doquier.

Pálida, de ojos grises transparentes aguados, de aspecto melancólico, de cabellos rizados y rubios, muy delgada. Incluso a veces tenía un aspecto enfermizo que tan de moda estaba, lo que a la sociedad le gustaba. ¿Por qué tenía él que fijarse en la dama de las mejillas sonrosadas y las grandes posaderas?

—Supongo que tu hermana está indispuesta —dijo Catherine en cuanto cruzó la puerta.

Se había quitado el sombrero y su cabello le caía en cascada por encima de los hombros. El brillo en su mirada no se le escapó.

—Así es, mañana ya te la presentaré. ¿Y tu tía abuela?

—¿Esme? Se ha quedado en su habitación, también está indispuesta.

—Lástima, pensaba que podía charlar un rato para que me explicase qué clase de niña fuiste, ¿retraía y tímida o alborotadora y pillas?

Catherine sonrió, sentándose a su lado mientras intentaba no pensar en que Huxley era, sin duda, alguien atractivo. No podía negarlo, objetivamente hablando era todo lo que una mujer podía desear de un hombre. La altura perfecta, un mentón fuerte, unos ojos marrones exquisitos y una labia sin igual.

—Es una lástima que no hable inglés, así no podrás interrogarla —le explicó, apretando sus labios.

Ese gesto no pasó desapercibido por Huxley, quién se relamió los suyos con la lengua intentando alejar ciertos pensamientos que le estaban rondando por la cabeza.

—¿No habla inglés? ¿De dónde es?

—Era la tía de mi madre, es italiana —medio mintió.

—Entiendo. ¿Sabe lo tuyo con el mundo de los espíritus?

—Lo sabe, y también mi hermano, pero él es de la opinión de que debo

mantenerlo en secreto. Se disgustaría enormemente si supiera que tú lo sabes.

—¿Me estás pidiendo un favor?

—No —negó ella—. Te estoy diciendo que me devuelvas aquel favor de aires epistolares manteniendo la boca cerrada.

Lo estaba volviendo loco, era una realidad. Su mirada, su lengua, su manera de hablarle, lo estaba volviendo absolutamente loco. Olió su perfume desde la poca distancia que los separaba, una mezcla de lavanda y menta fresca. Incluyó la cabeza hacia la suya con el ademán de llegar a sus labios, pero se detuvo.

—¿Catherine?

Ella le cogió de la mano y su mirada se perdió, veía que sus ojos, aunque abiertos, no miraban a nada. Se asustó al verla en aquel estado, y más cuando empezó a gemir de miedo. Un sudor frío se impuso en su frente, pero él se sacó el pañuelo del bolsillo para secárselo.

—Ha habido otra —susurró con un hilo de voz.

—¿Qué? —respondió él, asimilándolo.

Catherine recobró la compostura, volviendo a la realidad, aunque el corazón seguía latiéndole con fuerza.

—Otra víctima, ha matado a otra. Hay que avisar a Irons de inmediato.

—¿En base a qué? ¿A una visión? Es totalmente inverosímil —balbuceó él, negando con la cabeza.

—Sé que suena surrealista, fantasioso y mentira, pero sé lo que veo, y no estoy loca —dijo Catherine muy seria.

—No he dicho tal cosa —respondió él—. ¿Qué has visto exactamente?

—El mismo procedimiento, estaban copulando cuando sacó el cuchillo y se lo clavó poco a poco, metódicamente. Creo que lo hace para no dañar el corazón con el cuchillo.

—Y la incisión, ¿es un cuchillo?

—Es algo pequeño, muy afilado por la forma en la que ... corta, con facilidad.

Huxley entonces se le iluminó el rostro.

—Es un bisturí. Si lo hace con facilidad y precisión, tiene que haber practicado con anterioridad, ¿no? Es difícil hacer estos cortes y más a un ser humano.

—Yo no sabría ni por dónde empezar.

—Tengo que ir a hablar con alguien.

Ella se levantó y lo siguió.

—Voy contigo —dijo determinada a hacerlo.

—No creo que sea lugar para una dama —rehusó Huxley viendo sus intenciones.

—Me da lo mismo, si el asesino ha estado allí, puede que lo note.

Huxley suspiró, asintiendo. Discutir con ella sería una pérdida de tiempo.

—Jensen, prepare el carruaje. Vamos a hablar con el doctor Heimsworth.

Jensen asintió, sabiendo de inmediato que venía una escapada nocturna de las que su señor ya estaba acostumbrado.

Ambos subieron al carruaje, con distintos pensamientos en mente. Catherine acerca de esa genuina preocupación que le había asaltado a su prometido, había hecho que ella misma sintiera cierta ternura, requiebro en su actitud protectora. Lo observaba de reojo, cada vez más convencida de que no era tan terrible como su hermano lo pintaba, ni como decían que era.

Huxley también pensaba en eso. Le había asaltado una preocupación que únicamente había sentido con su propia hermana, Annabelle. No sabía qué le estaba ocurriendo con esa mujer, pero debía de poner distancia de inmediato.

—¿Quién es el doctor Heimsworth? —preguntó Catherine con curiosidad.

—Fue mi profesor de anatomía. Suele operar en el London Hospital, en Whitechapel y tiene un surtido de cadáveres para las clases. Casi todos saben del doctor y que paga bien por un cuerpo.

—El duque de Cornwall dominando los bajos fondos de la ciudad, quién lo diría —susurró ella con voz aterciopelada.

—Gracias a Dios, nadie. Te agradecería que siguiera siendo así —se ufanó a decir Huxley.

—Descuida, como futura duquesa no es que me beneficie demasiado.

Estudió su rostro, quiso buscar algo que le dijera que se detuviese, que debía de hacer caso a su hermano y no confiar en él, pero no encontró nada a lo que aferrarse.

—Por cierto, ¿sigues interesada en acudir a la ópera? —insinuó Huxley como si tal cosa, pero estaba deseando comentárselo.

—Mis gustos sigan siendo los mismos desde la última vez que nos vimos, así que sí, sigo interesada.

Catherine miró por la ventana, estaba anocheciendo y calculó que cuando llegasen a Londres sería ya negra noche.

—Como te comenté, tengo entradas para ver *Elixir d'amore*, me han dicho que es una delicia.

—No sé yo si una ópera puede ser deliciosa, como un pastel o una fragancia, pero lo averiguaremos —dijo ella resuelta.

—¿Vas a discutir cada cosa que diga? —comentó él, aunque en el fondo no le molestase, es más lo encontraba excitante.

—¿Preferirías que te diese la razón como a los tontos?

—Eso nunca, pero las damas inglesas suelen ser mucho menos... peleonas en este sentido.

—Perdone usted gran duque, por no regalarle los oídos —dijo Catherine con una voz más aguda de lo normal—. ¿Qué quisiera escuchar de mis labios?

¿Escuchar? Oh, un gemido sería ensordecedor y sublime, sin duda, pero se mordió la lengua.

—A mí no me molesta, sólo lo digo de cara a la sociedad. Cuando vayamos a la ópera voy a presentarte a mucha gente y no quiero que los espantes.

—Tranquilo, las dotes de vidente me las reservo para los muertos —le guiñó un ojo.

—Cate... —empezó a decir él.

—Hux... —le imitó ella.

—Eres imposible —terminó la frase Huxley.

—Es parte de mi encanto —sonrió ella.

Era una sonrisa totalmente genuina, no escondía ningún tipo de maldad ni doble sentido. Era una sonrisa preciosa, o eso le pareció a Huxley. Simple y llanamente preciosa.

—Supongo que tienes razón.

En cuanto empezaron a pasear por las callejuelas del Londres más oscuro y temido, Catherine se tensó. No, nunca había venido por allí excepto el día en que fue a ver a la primera víctima, y se había puesto igual de tensa.

—¿Está muy lejos? —preguntó ella cuando el carruaje se detuvo.

—Debemos caminar un par de calles, son demasiado estrechas para que pase el carruaje. No te separes de mí —incidió él.

En cuanto pusieron un pie fuera, Catherine vislumbró la famosa niebla de Londres, debida a la combustión de las fábricas cercanas y su contaminación. Las calles, iluminadas con farolas de gas, seguían viéndose tétricas y peligrosas, y los individuos que había por allí tampoco ayudaban.

Dio un salto en cuanto le pareció que una rata cruzaba la calle y se apegó a Huxley al percatarse de que dos hombres de aspecto andrajoso y sin dientes la observaban con detenimiento.

Caminaron deprisa y sin detenerse hasta un edificio gris, de grandes dimensiones.

—¿Este es el hospital? —preguntó mientras un escalofrío le recorría la médula espinal.

—Sí. Pero no vas a encontrar a nadie de mi círculo ni el tuyo, aquí solo vienen los pobres. Estos no se quejan si se mueren durante una operación arriesgada.

—Entiendo.

Por supuesto que lo entendía. Los ricos preferían ser curados en la comodidad de sus casas Y a veces se negaban a someterse a ciertos procedimientos, puesto que el riesgo de morir era muy elevado.

— Últimamente las técnicas han mejorado muchísimo, el índice de

supervivientes en ciertas operaciones es todo un éxito. William Bowman o Benjamin Brodie son unos pioneros en investigación, y gracias a ello los hospitales cada vez tienen más pacientes. Normalmente la gente no acude al hospital hasta que está casi moribundo. Si vinieran antes, sobrevivirían muchos más.

Catherine asintió, entrando junto con el duque en aquél tétrico edificio.

ONCE

Brancaster, 1850

Habían tenido encuentros posteriores, todos ellos dignos de recordar. Fiona los atesoraba en el fondo de su corazón, como un espléndido tesoro que la vida le había concedido.

Se encontraban siempre a lado del mismo arroyo, muy temprano por la mañana. Como aquel mismo día, uno cualquiera. El frío le cortaba el aliento, tenía las puntas de los dedos de los pies casi congelados pese a las medias de lana que llevaba puestas. Se frotaba las manos para entrar en calor cuando él llegó. A diferencia de otras veces, esta se sentó más cerca de ella, tocando las rodillas a sus piernas. Le cogió ambas manos con las suyas, y las acarició para darle calor mientras a la vez, soplaba sobre ellas con su caliente aliento.

Su presencia hacía que su espíritu se elevase y quería seguir sintiendo aquello para el resto de su vida. Sin embargo, sabía poco de él, y ella no le había dicho una palabra de su propia vida, se avergonzaba pues se veía a leguas de distancia que él era algo más que un simple campesino.

Quizás el hijo de un médico, o de un abogado, o de un comerciante. Lo cierto era que no lo sabía, y prefería ignorar ese dato.

—*Cealgach brèagha* —susurró posando sus ojos en ella.

—¿Qué quiere decir eso?

—Algún día voy a decírtelo. ¿Alguna vez te han besado, Fionna?

Ella negó con la cabeza, algo asustada por lo que le acababa de preguntar. Un beso era lo que no hacían ni daban las jóvenes, porque como decía su madre "se empieza con un beso y se acaba con las piernas abiertas y la verga del hombre entre ellas".

—Por supuesto que no, soy alguien decente —se quejó ella.

—Sé que eres decente. Quería pedirte un beso para mi cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños? ¿Por qué no me lo habías dicho? Te habría traído un regalo —dijo ella advirtiendo la inquietud de él.

—No quiero otro regalo que un beso tuyo, Fionna —insistió él.

Ella lo miró de frente, analizando la situación. No podía ser tan malo, al fin y al cabo, solo era un beso de cumpleaños. Nadie se enteraría jamás y ella también lo estaba deseando.

—Está bien. Pero tendrás que decirme qué hacer. Tú... ¿has besado antes a otras?

—Sí —confesó él.

Escuchar aquello no le gustó. Saber que aquellos labios ya habían sido profanados por otros la entristeció de veras.

—Entonces, ¿por qué quieres besarme?

Le cogió el mentón y le sonrió. Tenía la sonrisa más bonita que había visto jamás.

—Porque te quiero, Fionna, y sólo quiero tus besos, los de nadie más.

Ella parpadeó escuchando su confesión, sintiendo henchido su corazón. Él la amaba, ¿cómo le decía que ella a él también? Porque las palabras no le salían de la boca, era incapaz de expresarse.

Se armó de valor y acercó su rostro al de Niall, con temeridad. Una vez estuvo a pocos centímetros de su rostro, cerró los ojos y salvó la distancia que los separaba para chocar la boca contra la suya, brevemente.

—Yo también te quiero Niall. Pero no soy buena compañía —balbuceó, sin poder mirarlo a los ojos.

—Eso lo decidiré yo, ¿no crees?

Sin esperárselo, pronto su boca volvió a ser invadida por la suya, pero esta vez no fue breve, sino que sintió una opresión en ellos y por inercia abrió la boca, dejando entonces que se colase en ella su lengua, rasposa y demandante. No sabía qué hacer, así que imitó sus movimientos circulares y disfrutó de aquella sensación tan placentera.

—Esto, *mo ghaol*^[9], es un beso de verdad —dijo cuándo sus bocas se separaron.

—No sabía que los demás eran de mentira —respondió ella.

—Es una expresión. Escucha, esta noche hay una fiesta para mi cumpleaños, en el castillo.

—¿El castillo de los MacDonnell? —dijo ella sin creérselo.

—Ese mismo. Quiero que vengas.

—Yo...no creo que pueda.

Se mordió la lengua, ¿qué iba a decirle? ¿Que era medio gitana? ¿Que la gente se apartaba de ellos? ¿Que no tenía un vestido decente?

—Por favor, nada será lo mismo si no vienes —le suplicó él.

—Lo intentaré —respondió finalmente para no darle un disgusto, aunque era probable que no viniese.

Si había algo que Fiona no soportaba era que su madre la mandase limpiar la chimenea. No había día en que no lo hiciese y siempre quedaba sucia de los pies a la cabeza y con el vestido con olor a ceniza. Por mucho que luego se limpiase con un paño húmedo, siempre quedaban restos de hollín en alguna parte de su piel. No lo soportaba, lo odiaba con todas sus fuerzas.

Aquella tarde no había sido distinta, le había tocado arremangarse y frotar hasta que quedó relativamente sin hollín. Le fastidió enormemente pues, precisamente, había decidido que iría a la fiesta.

Había encontrado un vestido que podía irle bien, lo había sacado del baúl que una de sus tías abuelas tenían y nunca abrían. Era algo antiguo pero la tela era bonita, de color naranja oscuro y lo más elegante que había tenido entre sus manos.

Lo había guardado en el bosque, en lo alto de un árbol para que nadie se lo quitase, y su plan era sencillo; una vez todos durmiesen, saldría de la habitación en silencio, de puntillas sin hacer ruido, y saldría de la caravana hasta el bosque. Allí se pondría el vestido y los zapatos, e iría hasta el castillo.

El plan estaba saliendo bien y en cuanto salió de la habitación, echó a correr hasta llegar al árbol sin detenerse y sin mirar atrás.

Se sentía alguien importante, alguien de la realeza. Estaba contenta, segura de que Niall bailarían con ella toda la noche si la veía con aquel precioso vestido. Atravesó el bosque a oscuras, se sabía el camino de memoria, hasta llegar a las puertas del imponente y grande castillo de piedra. Se notaba que llevaba en pie muchos años, por la exclusiva de su alrededor y las fortificaciones. Cruzó el puente de madera, dónde ya había gente bebiendo y riendo.

No entendía, ¿acaso Niall le había tomado el pelo? No podía ser que aquella fiesta de todo el castillo fuese sólo de su cumpleaños. Se escuchaba música en el patio y, efectivamente, había un grupo de músicos tocando animadamente instrumentos regionales como el laúd y otros que no sabía identificar.

Enseguida se sintió fuera de lugar.

Ninguna joven que se encontraba allí tenía restos de hollín, ni en el cuello ni bajo las uñas, sólo ella. Se fijó en que iban con vestidos estupendos, elegantes y finos mientras que el de ella parecía sacado del cuarto de cualquier criada. Era totalmente invisible, nadie parecía percatarse de su presencia, hasta que un hombre le habló.

—Tráeme una cerveza, muchacha.

Acababan de tratarla como una sirvienta, y es que como iba vestida como tal, no era extraño. Igual que si una piedra cayese en el río, a plomo, todo el peso de la realidad cayó sobre su cabeza: ese no era su lugar.

Se había permitido soñar, creer que podría sentirse alguien diferente por una noche, pero era imposible que eso pasase. Respiró con dificultad y se dio la vuelta caminando con rapidez hacia la salida, conteniendo el llanto y tragando como pudo aquel nudo en la garganta que había aparecido de sopetón.

Corrió y corrió hasta que las luces del castillo se vieron lejanas y se dejó caer junto al mismo arroyo que solía visitar. Se puso de rodillas y buscó el agua fría con las manos mojándolas. Luego las pasó por su cuello restregándose con fuerza para sacarse aquella maldita negrura que enmarañaba su rostro y su

cuello. Fregó hasta que notó su piel irritada y se detuvo frustrada y triste.

Se encogió sobre ella misma, llorando de rabia contenida y de tristeza.

—¿Fionna?

La voz de Niall hizo que se recompusiera, y escondió su rostro entre sus brazos, aún estirada sobre la hierba.

—Vete, por favor —expresó, no queriendo ni deseando que la viese de aquella forma.

—¿Por qué te has marchado? He visto como corrías, alejándote.

Niall se sentó junto a ella, intentando destapar su rostro. Al hacerlo, lo vio enrojecido y mojado.

—Ha sido un error, no tendría que haber venido.

—Te has hecho daño en la piel. Deja que te alivie —dijo, besando la mejilla, para luego bajar hasta su cuello dejando una hilera más, haciendo que Fionna se derritiese entre sus brazos.

—Niall...

—Dime *mo ghaol*.

—No deberías quererme. Es mejor que me vaya.

—No, por favor —respondió él sin soltarla.

—Niall... ¿es que no lo ves? Soy más pobre que las ratas, este es el mejor vestido que voy a tener jamás y...tengo sangre gitana.

Era inútil seguir ocultándole toda la verdad, tarde o temprano acabaría sabiéndolo y sería peor. Ahora era el momento, ahora que sus ilusiones se habían desmoronado por completo era el momento de volver a la realidad.

Pero Niall no se movió un ápice, y siguió besándole la mandíbula, con más ganas.

—Ya lo sabía. Me da igual, te quiero a ti, lleves el vestido que lleves. Cuando un MacDonnell escoge a su compañera es para siempre, Fionna, y yo te he escogido a ti.

Fionna se quedó paralizada. ¿Había dicho un MacDonnell?

DOCE

Londres, 1875

Cruzaron la entrada hasta llegar a una especie de la sala de espera. Allí Huxley preguntó a una de las enfermeras que atendía a los pacientes el doctor Heimsworth se encontraba en su despacho.

—Sigue allí, pero si esperan visitarse con él... —dijo la mujer con ciertas malas pulgas.

—Descuide, es una visita profesional.

Dicho esto, Huxley le cogió la mano a Catherine guiándola a través de los múltiples pasillos subiendo un par de pisos hasta llegar frente a una puerta de madera.

Allí llamó, esperando alguna contestación, que tardó en venir. Entonces abrió la puerta y ambos se adentraron en él.

Catherine nunca había visto nada similar, parecía que hubiese entrado en una dimensión desconocida. El despacho rodeado de estanterías con miles de libros y de papeles desordenados, estaba a rebosar de cachivaches extraños. Entonces lo vio por vez primera. El doctor llevaba una bata blanca, era mucho más alto de lo que ella imaginaba y medianamente atractivo.

Lo cierto era que no le había puesto cara, pero al decir Huxley su profesor, automáticamente había pensado que era mucho mayor el hombre que tenía enfrente no era viejo. Si algo maduro, pero no un anciano.

Estaba observando algo a través del microscopio, muy concentrado.

—Heimsworth, me alegro de verte —dijo Huxley echando una ojeada al cuaderno que este tenía a su derecha.

Entonces el doctor alzó la vista, pudiendo ver Catherine unos ojos azules claros de intensos, que contrastaban con su piel pálida, y su cabello oscuro.

Tenía unas facciones duras, muy masculinas y marcadas, unos labios gruesos, y una nariz ancha. Le pareció algo brusco, pero atractivo a su manera.

—Vaya, vaya Hamilton, ¿qué te trae por los infiernos? —preguntó mientras se limpiaba las manos con un trapo.

Catherine sé que cuenta del escrutinio que le estaba realizando a su persona, observándola la de arriba abajo.

—Nada bueno —dijo Huxley, A quien no se le había escapado la mirada que le había echado a su prometida.

El doctor Heimsworth era uno de los mejores cirujanos que había en la ciudad, pero también era conocido por tener las manos muy largas con las enfermeras, sobre todo las de buen ver, fama que se había extendido también a determinadas pacientes.

—¿Y quién es la señorita que te acompaña? Soy el doctor Heimsworth, un placer señorita...

—Lady Catherine —respondió tendiéndole la mano, gesto que el aprovechó para sujetársela y besarla.

Por supuesto, al llevar guantes a Catherine no le importó.

—Caramba Hamilton, cada día te vuelves más atrevido. ¿Ahora conquistas a las damas haciéndote el tipo duro? ¿O la has obligado a venir?

—Nada de eso, he venido por voluntad propia. En cuanto a lo primero... sería absurdo puesto que soy su prometida —respondió Catherine haciendo acopio de su lengua viperina.

Estaba visto que Catherine, jamás de los avances se cortarían al hablar. Pero parecía que eso le gustaba al doctor Heimsworth, quiénladeó una sonrisa, divertido.

—Sois un pozo de sorpresas, *milady*.

—No sabéis hasta qué punto.

Huxley carraspeo, interrumpiendo aquella charla.

—Hemos venido por algo importante —dijo, terminando con aquél intercambio de palabras que no le estaban gustando ni pizca.

—¿Aquí? —bromeó el doctor—. No sé si te has equivocado de lugar.

—Tengo algo entre manos peliagudo.

—Es sobre la prostituta asesinada, ¿no? —respondió frunciendo el ceño.

—Veo que las noticias corren rápido.

—Es Londres, pocas cosas pueden ocultarse. ¿Vienes a consultarme algo específico?

—Sí. Es sabido que tienes varios cadáveres en el hospital. ¿Has notado algo extraño en ellos?

Heimsworth escondió una sonrisa y sacó un dibujo bastante bien elaborado. Se trataba del tórax de una mujer con una cicatriz justo donde la tenía la primera víctima.

—¿Te refieres a eso?

—A eso mismo —farfulló Huxley con asombro—. ¿Es de algún cadáver? ¿Cuándo lo encontrasteis?

—Hace varias semanas que aparecen así. Alguien ha estado entrando a escondidas y profanando los cuerpos. Al principio, no le di importancia. Pensaba que era algún alumno demasiado diligente, alguien que quería practicar. Pero luego empecé a preocuparme, cada día había más, parecía una obsesión. ¿Queréis verlos? Tengo un par abajo.

—De acuerdo —respondió Catherine de golpe.

—*Milady*, no sé... —empezó a decir Heimsworth.

Era una dama, de la alta sociedad. Sabía que incluso había la posibilidad de que se desmayase de la impresión.

—Ni te molestes, no te hará caso —se ufanó a decir Huxley.

—Seguro que he visto cosas peores —aseguró ella.

No dijo nada acerca de sus visiones ni de que ya había visto a la primera víctima, prefería guardarse esas cosas.

—¿De dónde la has sacado, Hamilton? Voy a buscarme una parecida.

—Pide audiencia con la reina —respondió él.

Catherine se rio ante su comentario, se estaba acostumbrando a su humor

algo cínico, y le gustaba.

—Deduzco que los desperfectos en mis cadáveres tienen algo que ver con ese asesino —dijo el doctor.

—Eso creemos —respondió Huxley.

—Seguidme.

Salieron de su despacho y bajaron hasta los sótanos del hospital, fríos, oscuros y lúgubres. Con nada más que una lámpara de gas, entraron en una de las salas donde estaban varios cadáveres puestos encima de algunas mesas, boca arriba y tapados con sábanas blancas. Huxley se dio cuenta de que todas eran mujeres.

—Estos son los últimos —explicó el doctor, y alzó una de las sábanas para mostrar una mujer de mediana edad, con la misma incisión que habían visto en la víctima.

Huxley analizó el corte, era limpio y preciso. Sin duda, había estado practicando, y también sin duda, estaba hecho con un bisturí.

—¿Les falta algún órgano? —preguntó.

—No, pero a la mayoría ya se les había hecho la autopsia. ¿Tiene algún significado?

Roland Heimsworth vivía por y para la medicina, salvar vidas era su motor, o eso era lo que decía, y trabajaba cada día para innovar en su campo. Era uno de los mejores cirujanos de la ciudad y pretendía desarrollar técnicas que permitiesen operar con un índice de supervivencia cada vez mayor. Pero eso se le escapaba de las manos.

—Las mata haciéndoles este corte y sacándoles el corazón —respondió Catherine, que estaba totalmente pálida, aunque la escasa luz que había lo disimulase por completo.

Tenía una sensación extraña, algo que la alertaba de que no estaban a salvo. Dudaba si tocar o no el cuerpo inerte de aquella mujer, pues el corte que había hecho el asesino era post mortem, no era así como funcionaba.

—Entiendo —respondió el doctor—. El hospital no es que sea...

Antes de que pudiese terminar la frase, se escuchó un ruido proveniente del pasillo, y luego un disparo.

Automáticamente, Huxley cogió a Catherine del brazo para que se agachase, y lo mismo hizo el doctor con su otro brazo.

—¿Nos han disparado? —preguntó ella, incrédulamente.

—Eso parece. ¿Estáis bien? —preguntó Huxley, preocupado.

—La puerta está entrecerrada, creo que lo ha hecho más para asustarnos.

Los tres se pusieron de pie con cautela.

—Podría ser el asesino —murmuró Huxley, que caminó hasta la puerta y se asomó.

Enseguida vio cómo una sombra cruzaba el pasillo, era una silueta de un hombre, estaba seguro, que corría hasta las escaleras. Sin pensarlo, empezó a correr detrás de él.

—Será idiota —susurró Catherine al verlo, y no dudó en correr detrás de él.

La adrenalina se le había disparado, estaba atenta ante cualquier movimiento extraño y sí, algo asustada, pero era más la emoción que le corría por las venas que otra cosa. Siguió a Huxley hasta la salida del hospital, aunque sus zapatos no fuesen los idóneos, pero estaba en forma. En Escocia solía dar largos paseos y le encantaba la caza.

¿En qué estaba pensando Hamilton? No se podía salir sin más, a pecho descubierto, intentando atrapar a alguien que llevaba una pistola.

Pronto se dio cuenta de que, cada vez más, se alejaban de las calles principales y las calles más oscuras, sucias y malolientes los envolvían. Se detuvo en seco cuando se topó con Huxley, quien se había detenido. Una espesa niebla los rodeaba, y escucharon voces. Catherine sentía que el corazón le palpitaba con frenesís, lo sentía en la garganta de la carrera y de la inquietud de estar en uno de los barrios más peligrosos de la ciudad.

Las voces eran de varios hombres, iban algo bebidos, se notaba por su pronunciación.

—Hay que salir de aquí, si ven que tenemos dinero, estamos muertos —

susurró Huxley en su oído—. ¿Por qué demonios me has seguido?

—No lo sé. Tengo una idea —dijo ella, sacándose la chaqueta y tirándola en un rincón del callejón.

Luego se desabotonó la blusa hasta que un abundante escote se le marcó, y se rasgó la falda desde la rodilla hasta abajo, soltándose el cabello y quitándose el sombrero.

—Es una pésima idea —dijo él, asombrado ante su iniciativa.

Sospechaba que era lo que estaba intentando hacer, y aunque empezó a subirle cierta excitación ante tal idea, intenta mantener la cabeza fría.

La observó de arriba abajo, deleitándose en esa nueva dimensión desconocida de sus pechos que no había visto, y también en la visión de su cuello y su clavícula. Era divina, de eso no había duda alguna.

Sin pensárselo dos veces, Catherine empujó a Huxley contra la pared, y cuando los hombres ya se divisaban, pegó el cuerpo al suyo, llegando a rozarle los labios. Sintió el calor que emanaba, su olor corporal, su nerviosismo. Tampoco dudó en posar los labios encima de los suyos, al principio con timidez. Había visto a la gente besarse, apasionadamente y a escondidas, aunque ella nunca lo hubiese hecho. Pensó que no era tan difícil, y los entreabrió para abarcar el labio inferior de él, que continuaba paralizado. Abrió y cerró los labios, sintiendo que algo feroz la empujaba a continuar.

Huxley se había quedado sordo, mudo y paralizado. Catherine le estaba besando, de una forma tímida y virginal, como si estuviese tocando otros labios por primera vez, y pronto se dio cuenta de que, seguramente así era. Sus labios eran suaves, pura seda.

Qué demonios, eran sublimes. Había deseado besarla con anterioridad, y ahora estaba ocurriendo. Qué demonios, la besaría tal y como era debido, le mostraría como se sentía al recibir un beso de verdad. Entonces reaccionó, apretándola contra sí mismo y ahondando el beso, profundizando en su boca.

Al notar la húmeda presión de su lengua que se movía hasta abarcar la suya propia, Catherine sintió algo desconocido en su cuerpo, un placer que nacía en

su vientre y se esparcía por el resto de su cuerpo igual que cientos de mariposas. La respiración empezó a acelerársele y el frío desapareció por completo. Alzó los brazos para apoyar las manos en su cuello, que aprovechó para acariciar.

Huxley podía notar cómo la excitación de Catherine crecía, y también lo hacía la suya propia. Que su cuerpo estuviese encima suyo, aumentaba además el deseo de tocarla. Su boca era tan cálida que se estaba perdiendo en ella, en sus besos. No pudo contenerse y puso sus manos en su cintura, deslizando los dedos en el extremo de la falda, buscando alguna ranura para empezar la intromisión. Quería tocar su piel, tocar todo su cuerpo, pero se detuvo.

—Catherine —susurró rompiendo el beso—. Nos están observando.

Era cierto, al abrir los ojos había visto cómo ese par de hombres los miraban y susurraban.

—¿No tengo pinta de prostituta? He hecho lo que he podido —dijo ella, aún atontada por el efecto del beso.

—No es eso cariño, es que las prostitutas no suelen besarse con los clientes... al menos en la calle.

—¿Y qué hacen en la calle?

—Ehh... bueno, algo relacionado con el órgano masculino normalmente, sobretodo en este tipo de callejones.

Instintivamente, Cate puso la mano en la entrepierna de Huxley, notándola algo abultada.

—¿Aquí? —preguntó, empezando a acariciar aquella parte de los hombres que nunca había tocado.

—Sí. ¿Vas a...?

—Ajá. Dime qué es lo que tengo que hacer —incentivó ella mirándole a los ojos, con cierta timidez.

Aquellas palabras hicieron que Huxley se empalmase más de lo que ya estaba junto con los roces de su mano. No podía creer que su prometida se estuviese prestando a eso.

—No creo que sea adecuado —dijo, dejando ir un suspiro.

—No seas mojigato —respondió ella, empezando a desabotonarle los pantalones.

Coló su mano por debajo de la tela hasta llegar a tocar ese bulto. Por la forma, vio que había algo alargado y luego debajo algo más abultado. Lo tocó con suavidad, palpando toda su extensión. Era suave y caliente, y deseó tenerlo a la vista.

—Demonios... —dijo él, parpadeando con frecuencia ante tal caricia.

—¿Es placentero?

—Lo es, continúa —dijo él, que estaba empezando a estar en la gloria.

Intentada no perder la cabeza, mantener la poca cordura que Catherine intentaba robarle caricia acaricia. Vio como empezaban a brillar los ojos, como deslizaba su lengua por son la vía inferior, haciéndole ver que, en el fondo ella también lo estaba disfrutando. Allí termino de perder el sentido, y de un arrebato la cogió por la cintura, intercambió sus posiciones, haciendo que fuese ella quien tocase la pared con la espalda.

Cate cogió aire, pues sentía que con tanta emoción se le estaba olvidando hasta respirar. Percibió las manos de Huxley de nuevo por debajo de la blusa, que buscaban desligar afanosamente las corchetes del corsé y empezaban a hacerlo. Cuando llegó hasta la mitad, le desabrochó todos los botones de la blusa que quedaban, dejando a su vista sus pechos por completo.

Diantres, eran hermosos, redondos y perfectos. Bajó la mano hasta uno de ellos y con el dedo índice lo recorrió haciendo círculos, estrechándolos cada vez más hasta llegar al pezón oscuro. Con suavidad lo tocó con la palma, refregándolo. Se estaba volviendo duro.

—*Maxari*^[10], no pares —susurró Catherine jadeando.

Era la primera vez que se encontraba semidesnuda ante alguien, la primera vez que dejaba que alguien hiciese algo así con su cuerpo, y lo estaba disfrutando demasiado. Anhelaba que continuase ejerciendo esa presión en sus pechos con sus manos, y a la vez deseaba algo más, deseaba mucho más, aunque

no sabía el que exactamente.

Verla de esa manera, con los labios entreabiertos, radiante y deseosa hizo que Huxley inclinase la cabeza, llegando a rozar con la nariz uno de esos pezones incandescentes. Luego lo llevó a su boca, jugueteando con su lengua y chupándolo. Era tremendamente deliciosa, un maldito pecado que le habían puesto delante servido en bandeja y tenía el sabor de su salsa favorita.

—Cate... —susurró una vez se había deleitado con sus pechos.

Al escuchar denuncia su nombre, Catherine abrió los ojos, dándose cuenta de que estaban absolutamente solos en el callejón. De golpe, la realidad la invadió, golpeándola. Se dio cuenta de que lo estaba disfrutando, demasiado, y que podría quedarse así un buen rato más, pero no dejaba de ser Huxley Hmilton, su prometido quien recordaba perfectamente haber escuchado de la boca de su hermano que tenía una amante.

Y ella no era el segundo plato de nadie.

Así que sacó la mano de su pantalón, y lo empujó hacia delante, dando por concluido aquel espectáculo.

Huxley abrió la boca para preguntarle por qué se detenía, pero no lo hizo.

—Ya se han marchado —anunció Catherine.

Enseguida empezó a abrocharse tanto el corsé como la blusa, y él los pantalones.

—Vámonos —respondió él cogiéndole de la mano.

Ambos caminaron en silencio hasta llegar a una de las calles principales, donde divisaron el carruaje, y por ende delante, estaba Jensen quien, al verlos suspiró aliviado.

—Milord, *milady* ... ¿están bien? — preguntó, al notar que la apariencia de Catherine no era la misma a cuando hubieron salido del carruaje.

—Nada que una taza de té lo pueda arreglar —respondió Cate sonriendo—. No se preocupe Jensen, son gajes del oficio.

TRECE

Al subir al carruaje, Catherine respiró con tranquilidad. No sabía cómo mirarlo a los ojos, no después de lo que acababa de ocurrir, y lo mismo parecía ocurrirle a Huxley, que no dejaba de posar los ojos sobre la pequeña ventana.

—¿Te encuentras bien? — preguntó finalmente.

—Por supuesto. Aunque para la próxima vez, creo que voy a tener que traer mi pistola.

Huxley se giró, alarmado.

—No habrá ninguna próxima vez, no te preocupes. Ha sido un error traerte, perdona.

Catherine achacó ese error a todo lo que había pasado, y sintió una pequeña punzada en el pecho. Por supuesto, había sido un error seguirle, como también salvarles la vida haciéndose pasar por una prostituta, y, como no, ese manoseo incesante.

—Descuida, no volverá a pasar —exclamó ella, enfadada.

—Tienes toda la razón, he puesto en peligro tu vida, si te hubiese ocurrido algo por mi culpa no me lo hubiese perdonado —incidió él apenado.

—Tampoco te pases, no me pusiste una pistola en la sien para que te siguiera. Lo hice por voluntad propia.

—Porque eres una inconsciente, y yo lo he permitido.

—Si no llego a estar contigo, estos hombres podrían haberse atracado, apaleado incluso peor, podrían haberte herido o matado. No hace falta que me sermonees cuando posiblemente, acabo de salvarte la vida.

—Lo que tú digas — dijo Huxley, dando por finalizada la discusión.

No estaba para discutir, no cuando miles de emociones lo abrumaban. Se sentía completamente embrujado por aquella mujer, sólo de pensar que la había puesto en peligro, se enfurecía consigo mismo. Tampoco podía dejar de pensar en aquellos besos dados en el callejón, en su cuerpo bien formado, sus curvas

lujuriosas, su boca hinchada y sonrosada, su atrevimiento al besarle, su corazón palpitando con fuerza encima de su pecho, sus ojos llenos de deseo...

La deseaba de una manera inusitada, se sentía igual que un maldito adolescente enamorado. Pero no podía enamorarse, no de nuevo. Y mucho menos, de su futura mujer.

Por su parte, Catherine se había puesto de mal humor. En primer lugar, porque, aunque se sentía deseosa, ese anhelo que le recorría el cuerpo no la había abandonado del todo. Segundo, porque no le gustaba que la menospreciaran, y Huxley, exactamente, es lo que estaba haciendo al insinuar que aquello no debería haber pasado, y que se arrepentía. Tercero y último, hubiese deseado que todos aquellos besos, caricias y manoseos la hubiesen dejado indiferente, que no hubiese sentido nada, pero era mentira. Le había gustado demasiado, y deseaba volver a repetirlo.

Pensó en que, quizás no tendría que ser con Hamilton. Quizás cualquier otro podría hacerla sentir de ese mismo modo, quizás debería buscarse un amante.

En cuanto se dio cuenta, el carruaje se había detenido, y Huxley abrió la puerta.

—Qué corto se me ha hecho — susurró Catherine.

—Pasaremos la noche en mi residencia de Londres, es demasiado tarde para ir hasta Sussex. Los caminos son demasiado peligrosos.

—¿Qué? Podrías haberme dicho algo, no tengo absolutamente nada.

—Si necesitas cualquier cosa, mi hermana tiene infinidad de vestidos y camisones, no le importará que uses alguno. De todas maneras, mañana por la mañana haré que Jensen te traiga cualquier cosa que necesites.

Catherine lo necesitaba esta noche, y no era la ropa lo que le preocupaba, sino otra cosa relacionada con sus sueños. Estaba esa morfina que tenía en su baúl, y aquí le sería imposible de conseguir.

Frustrada, salió del carruaje y entró en la casa del Duque. En cuanto llegaron al pie de la escalera, Huxley se detuvo. La observó, estaba totalmente erguida, y aunque tuviese roto el vestido, y estuviese totalmente despeinada, además de la

ropa algo demasiado arrugada, seguía estando increíblemente atractiva, además de que seguía destilando un estilo propio, se le notaba en la mirada cierto orgullo que aún no le había visto perder nunca, ni siquiera en este tipo de situaciones.

—Catherine, no me gustaría que pensaras...

Pero Catherine no estaba para sermones, ni para confesiones, no estaba para nada. Tenía en la cabeza esa preocupación de no poder dormir, y nada de lo que Huxley dijera la distraería de ello.

—No quiero hablar de ello, en serio. Estoy cansada me gustaría retirarme a mis aposentos.

—Por supuesto, Jensen te acompañará a la habitación de invitados —dijo, girándose hacia el mayordomo, que, con un gesto, dio un paso hacia adelante, guiándola escaleras arriba.

Jensen abrió una de las puertas dejando la lámpara de gas que tenía en la mano en el centro de la habitación.

—*Milady*, ahora mismo llamo a la doncella para que la ayude y le traiga algo de ropa. ¿Desea esa taza de té?

—Puede retirarse, Jensen —dijo ella, deseando estar a solas.

Aunque no lo consiguió, pues la doncella se apresuró a entrar en su habitación para ayudar a desvestirla. También se escandalizó al ver que se había roto la falda, asegurándole que mañana por la mañana estaría listo, arreglado y perfecto. Catherine estaba cansada, confusa y preocupada, así que no la contradijo.

Se puso uno de los camiones que colgaban en el armario, suponiendo que, tal y como había dicho Huxley, pertenecían a su hermana pequeña. Se notaba que esta era más baja, delgada y poca cosa que ella, pero por suerte los camiones no eran ajustados, así que pudo ponérselo sin dificultades.

Se metió en la cama apagando la lámpara, deseando que aquella noche las almas atormentadas que solían acudir en sus sueños no lo hiciesen.

Pero el deseo es algo involuntario, impulsivo, inesperado... pero no, no estaba pensando en ese deseo sino en otro distinto. Pensaba en el deseo de tener

a Huxley entre sus brazos, de aquel sentimiento que se apoderó de ella sin quererlo.

Vino y llegó en silencio, tan inesperado como el viento que sopla durante la madrugada, que se apercibe en aquellos que siguen despiertos a horas intempestivas y que suelen soñar despiertos ya que de noche piensan demasiado.

Es ese viento que sopla con dureza, que se cuela en cualquier grieta que hay en la pared, en cualquier ranura de la ventana y que ves primero al temblar cualquier vela que haya encendida y que luego sientes en tus propias carnes.

Cerró los ojos sin querer, durmiéndose al amparo de ese deseo tan incontrolable como otras cosas en su vida.

Huxley Hamilton era de esas personas que tenían un sueño demasiado profundo como para despertarse por cualquier nimiedad, ruido o estruendo que hubiese. Lloviese, tronase o hubiese una gran inundación, Huxley seguía durmiendo como un bebé.

Tampoco había demasiadas cosas que le quitasen el sueño, sus problemas solían ser de un calibre demasiado grande como para poder solucionarlos con algo insignificante y ya estaba poniendo todo su empeño en ellos.

Pero aquella noche se despertó ante unos gritos demasiado desgarradores, era mortificante y teñido de desdicha. Nada más abrir los ojos la piel se le puso de gallina y sintió que el corazón le palpitaba con fuerza. Volvió a escucharlo de nuevo, y sin perder un segundo más, salto de la cama y abrió la puerta de su habitación, guiándose por el de esos gritos que parecían no cesar.

Llegó hasta la puerta de la habitación de invitados, donde Jensen había acomodado a Catherine. Era ella quien estaba gritando. Sin dudarlo, abrió la puerta para ver si había alguien dentro, pero encontró toda la habitación en orden. Catherine estaba acostada en la cama, dormida, pero hablando en sueños.

No solo hablaba, sino que gritaba, llorada incluso cuando se acercó hasta el extremo de su cama, apercibió su frente sudada gracias a que las cortinas de la ventana no estaban del todo echadas.

Gritaba de una forma desgarradora, se le estaba partiendo el alma solo con escucharla. Parecía que la estuviesen torturando. Sin pensarlo, se sentó a su lado y la abrazó susurrándole palabras tranquilizadoras.

—Despierta Catherine, es sólo un sueño. Cariño, despierta —dijo mientras la zarandeaba para despertarla.

Cuando lo logró, Catherine abrió los ojos totalmente desorientada, sin saber dónde se encontraba, y siquiera quién era aquella persona que estaba hablando. Poco a poco, fue consciente de la realidad, y fue calmándose progresivamente. Recuperó el aliento, acercándose a la mano que Huxley le había dado, intentando tranquilizarse, repitiéndose a sí mismo que aquello no le había ocurrido a ella, que solo eran recuerdos de otras vidas, que estaba viva y seguía respirando.

—¿Catherine? ¿Me oyes? —repitió Huxley.

Ella asintió, cerrando los ojos. Su voz le transmitía una paz que ahora mismo necesitaba.

—Sí.

—Ha sido una pesadilla, tranquila —susurró él, separándose paulatinamente de ella, pero sin llegar a alejarse demasiado.

—No ha sido una pesadilla —murmuró Catherine—. Eran ellas.

—¿Ellas?

—Te dije que en sueños venían. Lo revivo una y otra vez.

Era inusitado, pero Huxley la creía. No se podía fingir ese terror en el rostro, ese sufrimiento ni esos gritos. Realmente, Catherine MacDonnell podía tener algo parecido al don de la clarividencia, o al menos algunas pesadillas relacionadas con el tema.

—Deja de pensar en ello. ¿Quieres que te mande traer una taza de té?

—No, gracias. Sólo quiero dormir.

Dormir sin soñar, pero parecía que era imposible. Sin embargo, el cálido tacto de su piel con la de él hacía que una tranquilidad impensable se apoderase de su persona. La hacía sentirse arropada, protegida, y con los ojos cerrados, creyó que podría lograrlo.

—Eso cariño, duérmete otra vez.

Huxley dejó un beso en su frente donde descansaban algunos de sus sedosos cabellos oscuros algo enmarañados, y no pudo evitar peinárselos.

—Huxley, ¿me harías un favor? Te voy a deber una, lo sé —musitó ella.

—No me deberás nada. Dime lo que quieres —respondió él con ternura.

—Quédate conmigo. Necesito que las ahuyentes.

Huxley se estiró junto a ella y se tapó con la sábana mientras la abrazaba protectoramente.

—Por supuesto.

Era la primera vez que veía a Catherine en un estado de vulnerabilidad tan extremo. Aquella mujer que era todo fortaleza se encontraba rogándole que se quedase a su lado por miedo a que sus pesadillas volviesen. Quiso saltar en su mente y hacer que se detuvieran, quiso tener el poder de hacerle soñar con algo bonito, pero como no era posible, se limitó a arroparla, a reconfortarla como podía.

Al verla de ese modo su corazón latió con inusitado estruendo, tanto que hasta se asustó. Por un momento notó como le dolía el pecho, porque le dolía verla de esa forma.

Y, por aquella noche, dejó que su subconsciente navegase en aquella fantasía de que Catherine MacDonnell era suya, que él era el dueño de sus fantasías y la persona que deseaba tener a su lado. Y se permitió quererla un poco más, aunque sabía que, por la mañana, todo debía desvanecerse, igual que los cuentos infantiles, cuando el efecto de la magia cesaba.

Al despertar, Catherine se descubrió a sí misma tan descansada y serena como hacía pocas mañanas desde que aquella tortura había empezado. Pronto los recuerdos de la noche anterior se asomaron en su cabeza. Pero Huxley ya no estaba en su cama.

Se había comportado como una chiquilla asustada, igual que cuando tenía diez años y las pesadillas asomaban cada dos por tres. Se había mostrado débil e indefensa ante la última persona a quien hubiese querido mostrarse.

Aún se encontraba en la cama cuando llamaron a la puerta. Era la doncella de la otra noche, una muchacha extremadamente delgada, de tez algo oscura y cabello rizado recogido en un moño.

—*Milady*, me han dicho que esta noche es la función de la ópera. ¿Deseáis ir hasta Sussex vos mismo o apuntar las cosas que quisiera que le trajeran?

—Lo apuntaré, tengo un par de cosas que hacer en la ciudad —dijo, pese a que poco debía hacer.

Pero quería encontrar el cuerpo de la muchacha asesinada cuanto antes, y estas cosas llevaban su tiempo. Así que, ni corta ni perezosa, se levantó de la cama y se puso la falda y la blusa de la otra noche ya arreglada. Luego le dijo a Jensen que le trajeran el baúl de color más oscuro que hubiese y también escribió una nota a Esme para que no se preocupase durante su breve ausencia.

Cuando bajó a desayunar, le comunicaron que el Duque había salido a hacer algunos recados, y Catherine respiró tranquila. Lo último que quería era ser interrogada por Huxley, o incluso que se burlase de ella por aquel episodio.

Pero no lo veía capaz de algo tan rastrero, al fin y al cabo, se había quedado.

CATORCE

Sussex, 1865

El padre de Isabella estaba agonizando, o eso le había dicho ella en una nota que le había dejado a Andrew marchándose a su casa de inmediato. Decía que no sabía cuándo volvería, y eso le daba cierta tranquilidad cuando Dorothy llamó a su puerta al final de la tarde.

Pese a que estaba firmemente convencido de que no cambiaría sus costumbres, aunque Isabella empezase a ser una compañía aceptable y empezase a tolerarla, no le gustó que su amante se presentase en su casa como si nada, ahora que estaba casado, y así se lo hizo saber.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no vinieras más, que nos encontraríamos en otro sitio —le dijo cuándo esta pasó al salón.

Dorothy Highbrook era una mujer despampanante, o eso decían de susuntuosas curvas y sus abundantes senos. Era menuda, de semblante alargado y con unos ojos verdes hipnotizadores. Tenía la nariz algo ganchuda y una risa cuyo sonido era capaz de romper toda una cristalería entera.

Sin embargo, la inteligencia no era una de sus virtudes, no había conocido mujer con menos memoria que un canario y más estúpida que un insecto. Todo eso le traía sin cuidado, pues no la tenía metida en su cama por sus virtudes sino por sus encantos físicos.

—Tenía ganas de verte, querido, no podía esperar. Me tienes tana abandonada —dijo queriendo parecer coqueta y sensual.

—Ya. No vuelvas por aquí, estoy casado, ¿recuerdas? —dijo con todo enfadado y autoritario.

—Lo he entendido, perdona. Puedes castigarme por ello, me lo tengo merecido.

Una vez dicho esto, empezó a desatarse el vestido por delante, pero Andrew la detuvo.

—¿Quieres que los criados murmuren? Sube a mi habitación ahora mismo, y con cuidado que no te vean.

—Por supuesto.

Resultaba cansina a veces, pero desfogarse con ella era sencillo y sabía que su marido, cuya inteligencia era parecida a la suya, tenía otras amantes a doquier.

Caminó dubitativo, pues no estaba demasiado por la labor, por no decir que se le hacía una empresa algo pesada y no estaba de humor. Hacía tres noches que no había podido resistirse a los encantos de su esposa, otra vez, y había retozado con ella hasta quedarse sin aliento, y luego se había quedado dormido en su cama, levantando por la mañana habiendo dormido como un bebé.

Que Dios lo amparase, era lo que deseaba, repetirlo cada noche, pero se negaba a aceptarlo. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo? En un blando, en un conformista, él que había jurado sobre la biblia que nada ni nadie coartarían su libertad, ahora se veía amenazada por sus propios sentimientos.

No era posible, tenía que olvidarse de ella, ¿y qué mejor que el calor de otros brazos para ello?

Después de prepararse un whiskey y bebérselo de un trago, decidió que lo mejor era terminar cuanto antes, así que subió hasta su habitación donde Dorothy ya estaba completamente desnuda sobre su cama de dosel.

No tenía nada que ver con Isabella, ella era delicada, más estilizada, tenía una belleza que enturbiaba los sentidos, una tristeza en sus ojos oscuros que deseaba remitir y ... Jesús, se estaba empalmando otra vez pensando en ella. Así que se dejó llevar, colocándose encima aún vestido de aquella mujer y cerrando los ojos, empezó a besarle el cuello.

No supo cuánto tiempo llevaban así, cuando despertó de su letargo al escuchar un grito proveniente de la puerta. Abrió los ojos y se giró, quedando horrorizado ante la visión de su esposa, con las manos en la cara y el aspecto de

haber visto un fantasma, pálida y aterrada.

—Isabella... —empezó a decir, saliendo de la cama de un salto y siguiéndola a través de los pasadizos.

—Déjame en paz —gritó ella, encerrándose en su habitación.

No insistió, porque, ¿qué podía decirle? No había nada que justificase su comportamiento. No había nada que decirle más que no la quería, e incluso eso sería una mentira.

Despachó a Dorothy sin muchos miramientos mientras la culpabilidad, poco a poco, hacía estragos en él. Sentía como su corazón latía más rápido de lo normal, también una punzada en el que nunca había tenido. Si no supiese que se trataba de aquello, habría pensado que estaba enfermo, incluso que iba morir.

Había conseguido lo que en un principio había deseado, romperle el corazón, las ilusiones y la fantasía en la que su mujer vivía. Al principio, pues ahora que lo había hecho, no estaba tan seguro de quererlo, no estaba satisfecho por cómo había pasado todo.

Ella era especial, quizás no lo habría dicho nunca que no haberla conocido, pero por X o por Y, lo había hecho. Se había acostumbrado a que le colocaste bien el cuello de la camisa por las mañanas mientras desayunaban, que durante la cena no reprendiese por beber demasiado, pues a veces amanecía con dolor de cabeza y un humor de perros. También le gustaba esa forma en que solía mirarlo, con una mezcla de admiración y amor. Nadie nunca lo había mirado de aquella manera. Ahora la mirada no sería la misma, estaba seguro. Dios, no sabía que tenía que hacer, pero deseaba volver hacia atrás en el tiempo, decirle a Dorothy que se largase de allí.

No podría soportar estar un minuto más dentro de aquella casa, escuchando los sollozos de Isabella y no pudiendo hacer nada.

Fue hasta su despacho, sentándose en el escritorio. Cogió uno de los papeles y empezó a escribir en su pluma una carta para ella. Era la primera vez que decía cosas tan sinceras, tan apabullantes. Le estaba abriendo su corazón, diciéndole

que lo sentía, que él era muy distinto a lo que ella pensaba, que lo había idealizado y que no era más que un hombre, pero que, si estaba dispuesta a perdonar, él también empezaría desde cero.

La puso en un sobre, cerrándola, y la deslizó por debajo de la puerta de su habitación antes de salir de su casa a caballo, dirección Uppon Park donde pensaba pedir consejo a su buen amigo Huxley.

Estaba diluviando cuando llegó, y el mayordomo le dijo que el señor se encontraba en Londres. Maldiciendo su suerte, volvió a montar a caballo y con cuidado de que el caballo no tropezarse ni resbalarse, volvió a su residencia. Quizás Isabella ya habría leído la carta, y quizás tendría ya una respuesta.

Completamente empapado, Andrew entro hasta el salón principal, dejando todo el suelo lleno de barro, y mojándolo todo a su paso.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntó al mayordomo cuando vio que entraba en la estancia.

—Señor, siento mucho comunicarle que...su mujer ha sufrido un accidente.

La cara del hombre era un poema, apesadumbrada e incluso llorosa. ¿Accidente, Isabella?

—¿Qué clase de accidente? ¿Se encuentra bien? ¿Dónde está?

—Lo siento mucho, milord, pero...está muerta.

Las palabras de aquel hombre lo golpearon, y tambaleándose, logró sujetarse al sillón que tenía a su derecha. Tenía que estar equivocado, Isabella no podía estar muerto, imposible.

—¿Qué? No es posible. ¡¿Dónde está?! —gritó, completamente fuera de sí.

—La hemos dejado en los establos, tapada con una manta. No creo que quiera verla, milord.

—¿Por qué?

—Una de las doncellas vio cómo saltaba desde el tercer piso. Su cara ha quedado destrozada.

Andrew no daba a crédito a lo que estaba escuchando. Su Isabella se había tirado desde una ventana, y todo por su culpa. No tendría que haberse marchado,

había sido un estúpido y un ingenuo. Tendría que haber tirado la puerta abajo si hubiese sido necesario.

Sin pensarlo, salió de allí dirigiéndose hasta los establos, dejando que la lluvia lo acabase de empapar por completo. Entró, percatándose de que no estaba solo. Había las dos doncellas llorando y consolándose mutuamente delante de un bulto del tamaño de un ser humano. Caminó mientras el suelo de madera crujía y escuchaba relinchar algunos de los caballos.

—¿Quién la vio tirarse al vacío? —les preguntó con la mirada puesta en el bulto.

—Yo, milord.

—Se cayó, ¿entendido? Resbaló y se cayó. No voy a dejar que la entierren en tierra no santificada —exclamó.

Aquel dolor en el pecho apremiante no lo dejaba respirar. Pronto las lágrimas empezaron a querer brotar de sus ojos, y más cuando abrió la manta y vio que, efectivamente, era el vestido azul que llevaba puesto aquella mañana.

No pudo seguir mirando cuando se fijó en la cantidad de sangre que le brotaba de la cabeza. Quería recordarla con vida, como a él le gustaba verla, con su cabello ondulado largo hasta el trasero y su infinita paciencia. Era demasiado buena para este mundo, y demasiado buena para él.

Volvió a tatarla, y salió a caminar bajo la lluvia, andando deprisa entre los campos. Él la había llevado a la muerte, al suicidio. La había destrozado como pocas personas, la había seducido, desposado y hecho el amor y luego la había engañado innumerables veces.

Cayó de rodillas preso de la desesperación, y pensó en hacer lo mismo. Quizás si la muerte lo llevase a él también su alma podría descansar en paz. Esa idea cobró sentido en su cabeza, y mientras las lágrimas se confundían con el agua de la lluvia, se acercó a un árbol donde había atado al tronco uno de sus perros. Lo desató, saliendo este despavorido. No se lo pensó demasiado, ató la cuerda a una de las ramas del árbol que parecía fuerte, trepando en ella, y luego se ató el otro extremo de la cuerda al cuello.

Era demasiado doloroso como para seguir viviendo como si nada, porque él la quería. ¿Cómo no se había podido dar cuenta antes? La quería con toda su alma y todo su ser. La necesitaba, y ahora nunca más estaría con él. Él la había matado, no había otra explicación, por su orgullo, por su estupidez, por sus ansias de esa estúpida libertad.

Podría haberlo tenido todo, lo tenía al alcance de la mano, lo rozaba con los dedos.

Saltó al vacío, sin pensar en nada más que en su voz, en su olor y en la calidez de estar entre sus brazos.

—¿Andrew? Despierta, Andrew.

No era posible que estuviese en el cielo, pero en el infierno tampoco porque aquella voz que lo llamaba era la de su amigo Huxley.

—¿No estoy muerto?

—Gracias a Dios, no. Lo intentaste, no hay duda, y tienes una marca en el cuello que va a quedarte...para siempre. Pero no.

—¿Qué pasó?

—La rama del árbol cedió antes de que te ahogases, eso sí, te diste un buen golpe con ella.

Andrew abrió los ojos, encontrándose en su lecho y en presencia de solamente su amigo.

—Está muerta, Huxley —dijo en voz alta.

—Lo sé, lo siento mucho. Pero los accidentes pasan.

—No fue un accidente, se suicidó por mi culpa. Ella me vio con Dorothy, y no lo soportó. No voy a poder vivir con esa culpa, Huxley. No puedo, no soy capaz —confesó, preso de una tristeza que le desgarraba el alma.

—Ella debía de ser mentalmente inestable, una persona normal no hace eso, Andrew.

—Aun así, soy el único culpable.

—Ya has intentado matarte, y está claro que la Providencia tiene otros planes reservados para ti. Puede que tu penitencia sea esa, vivir a costas con la culpa. Desde luego, no eres un cobarde cuando se trata de quitarte la vida.

—Solo lo dices porque no quieres perder a tu mejor amigo —se quejó él.

—Puede ser.

—Tenías razón, la quería. Tendría que haberte escuchado.

—Mirar hacia atrás no te hará ningún bien. Ahora descansa, duérmete, y nada de intentos de suicidio —le advirtió Huxley.

—No habrá ninguna otra mujer. Nunca.

Fue un juramento que hizo en aquel instante, y pensaba cumplirlo de por vida.

QUINCE

Londres, 1875

El duque de Cornwall se paseaba por delante de la sede de la Scotland Yard cavilando si entrar o, por el contrario, seguir su camino y esperar a que fuese Irons quien le llamase cuando encontrasen en el cuerpo.

Porque, no olvidaba que eso de la segunda víctima había sido una visión. Sí, una visión. Sonaba a cuento infantil, a leyenda, a mentira. Pero algo, no sabía que exactamente le decía que Catherine podría tener razón. Era algo carente de toda lógica, por eso mismo se negaba a aceptarlo, pero no podía ignorarlo, así como así.

—¿Excelencia? —le interrumpió de sus pensamientos una voz conocida.

—Inspector Irons. Justamente iba a verle ahora mismo —dijo nada más verlo.

—Ha venido en el momento idóneo. Hemos encontrado a una segunda víctima.

Al menos ya no tendré ninguna explicación acerca de cómo lo había sabido.

—Lo sospechaba.

—Estoy intentando localizar a la vidente, pero...

—Yo lo haré, no se preocupe.

El inspector Irons se cruzó de brazos con el rostro enfadado.

—Le dije que la dejase en paz, que era una damisela y que gozaba de la protección de la reina.

—Descuide, si no la busque yo. Fue la propia reina quién se encargó de ponerla en mi camino. Dígale a uno de sus agentes que vaya a buscar a mi residencia y que la traiga a la escena del crimen.

Si Irons pensó alguna barbaridad, se mordió la lengua y no dijo nada más.

Sabía cuándo callar y cuándo hablar, no por nada había logrado ascender hasta ser Inspector cuando había empezado como simple ayudante.

—Está bien. Vayamos donde está el cadáver, la gente cuando empiezan a ver muchas muertes se ponen nerviosos. No me gustaría que la prensa se hiciera eco de ello.

—¿No sería mejor para que así la gente tuviese más cuidado? —preguntó Huxley yendo hacia el carruaje.

—Reinaría el pánico en las calles, y seguiría habiendo asesinatos.

No iba a discutirle aquello al inspector, lo suyo eran los cuerpos y no la seguridad de la ciudad. El carruaje se adentró hacia el East End, el mismo barrio en el que se había producido la primera muerte.

Se detuvieron delante de un pequeño edificio mugriento y bañado de carbón negro, proveniente de una fábrica cercana.

Huxley siguió al inspector hasta el interior, subiendo hasta el segundo piso. Se adentraron en una de las diminutas habitaciones del que parecía una casa de prostitutas.

—¿Buscan algo? —se dirigió a ellos una mujer de cabello canoso, con la cara espolvoreada exageradamente y un vestido violeta extravagante.

—Soy el inspector Irons, de la Scotland Yard. Hemos venido a por el cuerpo —respondió Irons.

—Es la tercera puerta. Qué desperdicio —farfulló para luego caminar hasta las escaleras.

Ambos se miraron extrañados, pero siguieron con lo que habían venido a hacer.

—¿Se supone que ella es la madame del local? —preguntó Huxley, que no pudo estarse de decirlo.

—Eso parece. Aunque más que madame parecía un esqueleto con peluca.

Sin embargo, ambos se quedaron callados al ver el espectáculo que había en aquella habitación. A diferencia del anterior, había sangre esparcida por toda la habitación.

—Jesús —murmuró Irons, quien no había visto aquello jamás—. Hay... mucha sangre.

—El cuerpo humano alberga de media 5 litros de sangre, es probable que toda sea de la víctima —dijo Huxley quien, acostumbrado a ver sangre humana, estaba igual de impactado ante la sordidez de la escena.

Y es que prácticamente había bañado las paredes, que habían quedado totalmente rojas. Igual que la primera vez, en el centro de la cama se llama a la víctima. Esta vez, no lo había limpiado como la vez anterior, y seguía atada a la cama con cuatro cuerdas.

Cuidadosamente, Huxley se acercó, buscando alguna pista que hubiese dejado el asesino. El mismo corte en el tórax, la misma posición boca arriba.

—Virgen santa —escuchó Huxley de una voz que conocía muy bien.

Sergio hacia la puerta viendo a Catherine observar el escenario con los ojos muy abiertos y la cara llena de terror absoluto.

—*Milady*, no sé si debería entrar al estar el sitio en estas condiciones —dijo el inspector Irons.

—Estoy bien —respondió ella resuelta—. Si quería impactar, lo ha conseguido.

Huxley siguió el análisis del cuerpo, percibiendo que, al igual que la anterior, le había sacado el corazón.

Catherine con cautela, se acercó hasta el extremo de la cama. Vio que era aún más joven que la anterior, no tendría más que diecisiete años. De cabellos rojizos y piel pecosa, se hallaba inerte y sin vida.

La noche anterior había sentido su confusión cuando el asesino le clavó el cuchillo en el pecho. El dolor, el miedo. Sentía lo mismo que había sentido, pero cuando tenía enfrente su cuerpo la pesadilla se volvía real.

—¿Notas algo? —le preguntó él.

—Este símbolo que tiene en el pecho, ¿qué es? Siento que es importante.

Huxley observó el torso de la muchacha. En su propia sangre había una especie de tres palos interpuestos, el primero vertical, el segundo horizontal y el

tercero también vertical.

I — I

—No lo sé. Tengo que hacerle la autopsia para averiguar más cosas.

—Por supuesto —secundó Irons.

—La mataron de la misma forma, mientras llegaba al orgasmo le clavaron el bisturí y le sacaron el corazón —dijo Catherine.

—¿Alguna idea de por qué toda esta puesta en escena? —indagó Huxley.

—Me da la sensación de que ... quiere llamar la atención.

—Lo ha logrado —dijo alguien desde la puerta.

Los tres miraron hacia allí, encontrándose con una joven ligera de ropa, en bata y algo despeinada. Le pareció a Catherine que, por sus ojos, tenía más luces que la mayoría.

—¿Estaba usted por aquí ayer por la noche? —preguntó Irons, aprovechando que no tenía que ir siguiendo al testigo.

—Estuve con un cliente. Pauline solía ser discreta, no era de los que se paseaba con los clientes. Creo que era debido a que tenía algún cliente con cierto caché, y con caché me refiero a algo de dinero, pero tampoco penséis que eran demasiado ricos. Pauline era de las jovencitas, y a los hombres les gusta la carne fresca.

—¿Podría ser que alguien lo viese al entrar?

—No lo creo, ayer todas estuvimos bastante ocupadas. Podríamos haber sido cualquiera de nosotras, eso es lo perturbador.

Catherine asintió, sabiendo que era verdad. Cualquiera de ellas era una potencial víctima para el asesino, que, de seguro, no discriminaba.

Al moverse, Catherine tocó el hierro de la cama, teniendo entonces una de sus sensaciones místicas. Cuando abrió los ojos, se apresuró a preguntar.

—Disculpe, ¿vio alguna vez a Pauline discutir con un hombre? Debe de ser alto, de grandes dimensiones.

—Debe de ser Héctor, un borracho que había sido boxeador. A veces le llamamos para que amenace a los clientes si no pagan, y nos pide un porcentaje.

Últimamente Pauline y él discutían a menudo, quería algo con ella, pero Pauline no solía mezclar las cosas. ¿Tienen alguna idea de quién puede estar haciendo esto?

—De momento, no. Una última pregunta. ¿Se quejó alguna vez de dolor de dientes?

—La semana pasada fue al barbero a que le quitasen uno, le dolía mucho.

Huxley no perdió el tiempo, le abrió la boca a la muchacha, comprobando que, efectivamente, uno de los premolares le faltaban, justamente el tipo de diente que habían encontrado dentro de la nuca de la víctima anterior.

Hasta la vista y se encontró con esa cosa Catherine, que le preguntaban acerca de ello, el asintió con los suyos propios. Entonces, Catherine se dio cuenta de la complicidad que había surgido entre ellos.

—Gracias — le respondió la muchacha, quién abandonó la habitación con rapidez.

—¿Habéis... visto a ese hombre? —preguntó Irons algo compungido ante las habilidades de la mujer.

—Algo así. No creo que él sea el asesino, pero he querido descartarla. Huxley, ¿el diente...?

—Así es. El diente que encontramos en la nuca de la otra víctima creo que pertenece a esta —expuso el duque con cierta preocupación.

—Esto quiere decir que ya la tenía echado el ojo la siguiente cuando mató a la primera —dedujo Irons pensativo.

— El diente era una pista —murmuró Catherine iluminándose.

—Una pista improductiva. Es imposible averiguar a quien pertenecía el diente, esto es Londres por el amor de Dios —farfulló Huxley.

—¿Crees que esta contiene alguna pista? — se atrevió a preguntar Catherine.

—Sin duda, ese extraño símbolo puede serlo. De todas maneras, al hacerle la autopsia la revisaré a fondo por si hay algo más.

—Manténgame informado en todo momento. Gracias por su colaboración —

dijo Irons finalmente.

Catherine necesitaba salir de allí a toda prisa, aquel olor a sangre seca se le había metido en la nariz, además de sentir demasiadas cosas que la abrumaban. Sin duda, el espíritu de la chica seguía rondando por allí y ella era la única a quien podía acudir.

—Vámonos ya.

Pronunció aquellas palabras sin pensarlas demasiado, necesitaba respirar aire fresco y aunque en las calles contaminadas de Londres no lo había en abundancia, le bastaba con que fuese sin aroma de sangre.

—¿Estás bien?

Huxley se percató de la liviandad de su rostro enseguida.

—Lo estaré en cuanto salgamos —respondió plisando la falda de su vestido.

Por suerte, Jensen habían llegado con sus cosas antes de que el policía lo hiciese, y pudo vestirse con algo mucho más decente que lo que llevaba la noche pasada.

Él asintió, dejando paso a los agentes que habían venido para recoger el cuerpo de la muchacha.

Cruzaron el pasillo hasta llegar a las escaleras, cruzándose con aquella mujer ligera de ropa con la que antes habían hablado.

Fue sólo un segundo, un roce inintencionado de la mano de aquella mujer con el trozo de brazo de Catherine que no estaba tapado ni con los guantes ni con la manga de la chaqueta. Se quedó quieta, con la mirada perdida. Fueron unos instantes banales, y al reaccionar, se giró hacia ella y la detuvo.

—Esta noche no trabajas. Te harán daño —le susurró.

La mujer no dijo nada, pero se la quedó mirando con una expresión de incredulidad en el rostro, viendo como se hace la vuelta y bajaba las escaleras a toda prisa.

Catherine subió el carruaje a toda prisa, deseaba dejar atrás todo aquello. Huxley la siguió, algo preocupado. En realidad, le tenía preocupado desde que, aquella noche, había tenido las pesadillas. Así que, en cuanto se sentó a su lado,

se apegó a ella, buscando su cara con la mano derecha y girándola hacia él. Tenía las pupilas dilatadas, los ojos azules, oscurecidos, y también percibió un ligero temblor en su cuerpo.

—No estás bien, Cate —diagnosticó con el ceño fruncido.

—Hoy estoy excesivamente sensible —murmuró ella.

—¿Alguna razón en especial?

—Las personas como yo solemos ser algo lunáticas, y hoy hay luna llena. Se me pasará, no te preocupes —respondió respirando hondo.

—Creo que has visto, o sentido en tu caso, algo que te ha asustado, ¿no es así?

No sabía si confiar en él, pues eran cosas que ni ella misma entendía, y tampoco conocía a nadie que lo entendiese. Pero estaba confundida, jamás sus poderes se habían mostrado como ahora, tan intensos, tan fuertes. Era consciente de que su madre la había mantenido apartada de la civilización para evitar precisamente esas pesadillas que no me dejan dormir por la noche, de tener esas visiones al tocar a la gente sobre su pasado, presente o futuro.

Pero nunca los había tenido tan vividos, incluso juraría que además de sentir, había visto a través de los ojos de la muchacha, cosa que nunca, antes le había sucedido.

—Es... complicado. Ni yo misma lo entiendo.

Huxley la vio realmente preocupada, estaba a punto de perder los nervios, así que le cogía la mano para confortarla.

—Puede que no sea la persona más adecuada para hablar sobre esos temas, al fin y al cabo, soy solo un doctor y solo creo en evidencias empíricas, pero haré el esfuerzo. ¿Qué te atormenta?

Supo que Huxley hablaba con el corazón, así que le miró a los ojos y se dejó llevar.

—Mi madre sabía que yo era especial. Me contó que cuando me llevaba en su vientre, tenía ciertas visiones de cosas que nunca le habían sucedido, cosas que le pasaron después. Eran visiones futuro. No tuve una infancia corriente,

desde pequeña fui muy sensible al mundo de los espíritus, ese mundo metafísico que la gente suele ignorar. Era corriente que me quedase paralizada, con la mirada perdida viendo otras cosas que no están sucediendo a mi alrededor. Por eso mi madre quiso apartarme del mundo, me crio en una burbuja para evitar que todas esas cosas me sucedieran. Pero supongo que es inevitable. Quizás sería mejor apartarme de la civilización, evitar a toda costa cualquier influjo, pero aun así es difícil esconderse de los espíritus.

—¿Ves el futuro?

—A veces ocurre que, cuando alguien me toca, tengo visiones de lo que les sucederá. Suelen ser cosas trascendentes, cosas que marcarán su existencia. Es corriente ver su muerte también.

Huxley al escuchar aquello, se inquietó.

—¿Has visto mi muerte? — preguntó sin rodeos.

—No. Es curioso, porque contigo no veo absolutamente nada. No es corriente, no es nada corriente, pero a la vez es un alivio.

Se mordió la lengua después de decir aquello, no debería haber dicho nada. Ahora quien sabe lo que pensaría de ella.

—No sé si sentirme aliviado o preocupado —sonrió él—. Y, ¿has sentido algo sobre el asesino?

—Su odio, impregnaba la habitación al igual que la sangre. Tenemos que detenerlo y cuanto antes mejor.

—En eso estamos de acuerdo.

Cuando llegaron a casa, Catherine subió para descansar, lo necesitaba pues aquella noche era noche de ópera.

DIECISÉIS

Brancaster, 1850

Un MacDonnell.

Niall se llamaba Niall MacDonnell y era el único hijo de Byron McDonnell, el conde de Monay que habitaba en su castillo centenario con todo lujo de posesiones. En solo un chasquido de dedos, podía tener todo lo que desease, o eso era lo que se decía en el pueblo.

Los MacDonnell eran dueños y señores de todas las tierras de alrededor, todos los campesinos les pagaban impuestos, prácticamente tenían su vida en sus manos. Niall era probablemente el hombre más rico y poderoso que había conocido nunca. Y le había dicho que la amaba, que la había escogido a ella como su compañera.

Fionna aquella noche, cuando volvió a su carruaje después de escuchar su confesión, no pudo dormir ni tampoco en los días venideros.

—Hija, pásame el cuchillo —le pidió su madre mientras deambulaba por la casa que habían alquilado, pensando en ello.

El carromato se les había quedado pequeño y pensaban quedarse más tiempo por la zona.

Fue hasta la mesa de madera y se lo entregó, observando cómo su madre le cortaba la cabeza al pollo con rapidez.

—¿Habrás pollo para comer?

—Sólo si los hombres no se lo terminan —respondió ella.

Como siempre, por supuesto, no les quedaría.

—*So bohk* ^[11]—expresó algo frustrada.

—Fionna, ven aquí —dijo su madre tirando en cuchillo en la mesa y limpiándose la sangre con un trapo—. Ya eres mayor para casarte, creo que ya lo

sabes.

—Acabo de cumplir los dieciséis, tía Esme no se ha casado —respondió ella.

—Esmeralda es...no deberías tomarla de ejemplo. Nunca nadie la quiso. Voy a decírtelo sin rodeos, han pedido tu mano, así que ve concienciándote.

—¿Quién? —preguntó aterrada, sin apenas tener voz para ello.

—El hijo del primo Sirakova.

Boyan Sirakova. Solo de pensarlo un escalofrío le recorría la columna por entero y una sensación de horror absoluto se instaló en su cabeza. Aquel hombre era mitad bestia mitad persona, no había ser más peludo que él, ni tampoco más horrendo. Tenía unos hombros anchísimos, la dentadura carcomida, la nariz rota y torcida de tantas peleas en las que se había metido y un parche en el ojo.

Pero no era solo su aspecto lo espeluznante, sino también su carácter amenazador. Gritaba a todo el mundo, tenía la mano demasiado suelta y se decía que un apetito insaciable en todos los sentidos. Casi vomitó al imaginarse que era besada por aquel energúmeno en vez de Niall.

Observó a su madre, su cabello oscuro mugriento tapado con la cofia con algunas gotas de sangre y suciedad. Un vestido hecho pedazos, harapiento y sucio, y unos ojos tristes y resignados. Esa era la vida que le esperaba, cocinar para los diez o doce hijos que tendría con Boyan, cada día, tener que soportarlo en la cama siempre que él quisiera y morir quizás de alguna enfermedad demasiado joven o de una paliza.

—No quiero —exclamó en voz alta.

Su madre se rio, pero luego se quedó callada y seria, mirándola a los ojos.

—Ya está decidido. Pagaré una buena suma por ti.

Dicho esto, se giró para empezar a desplumar el pollo sin importarle que Fionna había salido corriendo dirección al bosque.

Se sentó a la sombra de un chopo abrazándose a sí misma, y tomó una decisión. Se iría con Niall, y le daba igual que fuese su manceba, o su criada, al menos estaría cerca de él y con eso le bastaba. Antes que casarse con Boyan,

hasta estaba dispuesta a irse de allí sin una moneda en el bolsillo.

—Fionna, ¿estás llorando?

La voz de Niall la despertó de sus pensamientos y se quitó las lágrimas de su cara.

—Llévame contigo —susurró abrazándole.

—Por supuesto, pero antes tendría que pedir tu mano.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? Podrías tenerme de cualquier otro modo —preguntó sorprendida.

—Eso es lo que los MacDonnell hacen cuando aman a una mujer. Iremos a hablar con tu padre...—insistió él.

—No —lo detuvo ella, entrando en pánico—. Nosotros no funcionamos así.

—¿Entonces?

—Los ingleses dais una dote cuando la hija se casa, y con nosotros es al revés. No van a dejar que me case contigo, Niall. Además, ya han apalabrado mi boda con otro hombre.

—¿Qué otro hombre?

—Un primo lejano. Por favor, olvida esto. Puedo trabajar en tu castillo, no me buscarán allí.

—Nos casaremos, Fionna. Toma —le dio una bolsa con monedas—, cómprate un vestido bonito y ven esta tarde. Preséntate como una extranjera italiana a quién han asaltado por el camino.

—Pero Niall, no soy una dama, se darán cuenta —protestó ella.

—No lo harán, ya verás —aseguró él, dándole un suave beso en los labios—.

Todo irá bien.

Ella suspiró, deseándolo.

—Podría ser simplemente...—insistió ella.

—Prométeme que esta tarde llegarás al castillo, por favor —le suplicó él.

—Te lo prometo —susurró ella, algo confundida.

Dicho esto, Niall volvió por donde había venido. ¿Qué estaba haciendo? Huyendo, por supuesto. No sabía qué hacer, si hacía esto no volvería a ver ni a

sus hermanos ni a sus padres, pero era necesario.

—Eres una imprudente, Fionna, siempre lo has sido.

Una voz conocida la sobresaltó, y al darse la vuelta, vio a Esmeralda, su tía, salir de entre unos arbustos. Tragó saliva con dificultad, no sabiendo a qué atenerse.

—Cada uno es como es. ¿Por qué me has seguido? —preguntó, manteniéndose alerta.

—Lía me advirtió. Pero tranquila, no voy a decírselo a nadie.

—¿Lía? ¿Cómo lo ha sabido?

—Es una *shumani*, hay pocas cosas que se le escapen.

Aquello no parecía cuadrarle. Lía era una prima lejana, del clan. Se decía de ella que tenía poderes, que era una *shumani* y se dedicaba a predecir el futuro de la gente que pagaba leyéndolo de la palma de sus manos. Era extraña, tendría la edad de Esme, y no tenía familia. Las *shumanis* podían permitirse no casarse. Pero hacía meses que había desaparecido, no sabían dónde se había metido.

—Sabes dónde está, entonces.

—En el bosque, ha decidido prepararse para algo importante, o eso me dijo. Tenía que ver contigo y con tu aventura secreta. Vamos a hacerte este vestido, y también uno para mí.

—¿Para ti?

—Voy a tener que quedarme contigo. Además, una dama de noble cuna no viaja sola.

—Crees que... ¿debería hacerlo? —preguntó, algo confundida.

—¿Huir? Por supuesto, sólo hay dolor para tí si te quedas. Y para mí también.

Todo fue como la seda; después de comprarse dos vestidos en el sitio más elegante del pueblo, ambas se encaminaron hasta el castillo, y allí en la puerta Niall las condujo hasta el interior, donde ordenó que dispusieran dos habitaciones de inmediato. Fueron presentadas como dos damas que habían sido víctimas de los asaltadores de caminos, y cómo no el conde les ofreció cobijo.

Fionna Sforza, dijo que se llamaba, en honor a una antepasada suya que sí era de noble cuna, Caterina Sforza.

Nadie de su familia vino en su búsqueda, y ellas por si acaso no salían del castillo. Todo pasó con rapidez, Niall pidió su mano e hicieron la ficción de escribir cartas hacia sus padres, y que supuestamente se negaron al enlace y que, si no volvía, la considerarían repudiada. El conde, comprensivo y viendo el amor que se profesaban los jóvenes, bendijo la unión de todas formas.

En un mes Fionna y Niall ya se habían convertido en marido y mujer, y en los doce meses siguientes, Fionna estaba que se subía por las paredes.

—No lo entiendo, Esme. Este era el tercero —susurró mientras la zíngara deambulaba por la habitación.

Era el tercer aborto que sufría, y esta vez había sido a los cinco meses.

—Hay que ir a buscar a Lía, ella sabrá qué hacer. Me lo dijo, que cuando tuvieses problemas, debíamos acudir a ella.

—¿Seguro, Esme? No quiero que nos delate —dijo ella temerosa.

—No lo hará. Ya podría haberlo hecho. Vamos, no hay tiempo que perder.

Lo cierto era que Fionna sí tenía mucho que perder en este asunto. Porque ella en el fondo era una gitana que había terminado siendo la futura condesa de Monay, y lo único que se le pedía era un heredero. Sabía que a Niall cada nuevo aborto le dolía y le disgustaba, y aunque se preocupaba por ella, sabía que, en el fondo, quería hijos. Y no podía perderlo, lo amaba demasiado para que la repudiase o peor, simplemente se desentendiese de ella.

Salieron de la zona amurallada de castillo y atravesaron aquel bosque que había sido testigo del amor que surgió entre ellos. Se adentraron aún más, hasta llegar a un pequeño valle cerca del nacimiento del río. Había una pequeña cabaña de madera, bastante pequeña, pero parecía tener las comodidades suficientes como para que alguien viviese allí.

La puerta se abrió, y salió Lía. Era una mujer von algunos años a sus espaldas, alta, de cabellos oscuros y ojos tristes negros y rasgados. Sonrió al verlas. Se puso la mano en el bolsillo y sacó una especie de brújula.

—Al fin. Ya es la hora esperada. Fionna acércate —le ordenó—. Vuelves a estar encinta. ¿Cuántos han sido ya? ¿Tres?

—Así es —respondió ella.

—Este será entonces el último que pierdas.

A Fionna se le rompió el corazón. No podía ser cierto, otro no.

—¿No puedes hacer nada? —prácticamente suplicó.

—Nacerá muerto, pero de momento...tienes que dejar que todo siga su curso —predijo esta sin dejar de observar la brújula—. Sin embargo, hay algo que podremos hacer para evitar el temporal que podría ceñirse sobre ti.

—¿El qué?

—Exactamente, dentro de siete meses y medio, por la mañana, ven aquí. No podré salvar a tu hijo, pero podré darte otro bebé.

—¿Otro bebé? No quiero otro bebé —susurró confundida.

—Si no tienes un hijo, Niall te abandonará —le cogió la mano con brusquedad, analizando las líneas de la mano—. Si quieres saber más, puedo decirte qué pasará en un futuro si aceptas cuidar de ese bebé. Tardarás cuatro años más en concebir al varón, pero lo harás. Con la niña, él se apaciguará, pensará que otro bebé será posible. No lo digo yo, lo dice el Destino —susurró.

—Bien. ¿Y de dónde viene esa niña?

—Es tu sobrina. O futura sobrina. Ha sido concebida durante el solsticio de verano, será una gran *shumani*, pero sus circunstancias violentas...tendrá poderes peligrosos —advirtió Lía.

—¿Mi sobrina? ¿Quién de mis hermanas se ha casado? —preguntó Fionna sobresaltada.

—Caterina.

Ella enmudeció. No era posible, su hermana Caterina apenas tenía catorce años, sus padres siempre habían esperado a que cumpliesen los quince o dieciséis.

—Si era solo una niña.

—Lo es.

—Pero ¿por qué tengo que quedarme a su bebé?

—Porque ella no sobrevivirá al parto. Y no debemos dejar que alguien como Boyan cuide de una *shumani* tan poderosa.

Escuchar aquello hizo que Fionna tuviese que sujetarse a Lía. Su hermana se había casado con aquel monstruo, no quería creerlo. Se sintió terriblemente culpable, porque aquel era su destino y no el de Catherine. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

—Si yo no hubiese huido... —murmuró.

—Así estaba escrito. El nacimiento de esta *shumani* estaba escrito desde hacía años, no hubieses podido evitarlo. Recuerda, siete meses y medio.

Suspiró apesadumbrada, y asintió. Tenía que prepararse para asimilar muchas cosas.

Los meses siguientes pasaron lentos. El entusiasmo por su nuevo embarazo inundó a Niall, que viendo que llegaba el séptimo mes, sus esperanzas se renovaron. Pero Fionna no levantaba cabeza, él lo achacó al miedo de perder a otro hijo, pero la procesión que llevaba por dentro solo la conocía Esme. No estaba preparada para perder al fruto de su vientre de nuevo, y se torturaba pensando en lo que su hermana estaría sufriendo.

Cuando el día esperado llegó, Esme y ella salieron de paseo pese a las advertencias de que tuviese cuidado. Tenía ya una gran barriga, y realmente Fionna estaba asustada, pues hacía una semana que no podía sentirlo. Sabía que era probable que ya estuviese sin vida, pero aun así no quería perder la esperanza.

—Creo que ya está muerto, Esme —expresó en voz alta antes de llegar a la cabaña.

—Ya sabías que pasaría —dijo ella. Siempre se mantenía fuerte y firme, y jamás se quejaba.

—Aun así, sigue doliendo. He intentado no cogerle cariño, pero es imposible teniéndolo en tu vientre durante nueve meses.

Antes de que llegasen al lugar, escucharon los gritos de una mujer

provenientes de allí y corrieron hasta llegar. Estirada en el suelo, sobre unas mantas, estaba Catherine, la hermana de Fionna dando a luz.

—Empuja un poco más —la animaba Lía, quién le quitaba el sudor de la frente con un paño.

Ella y Fionna eran muy parecidas físicamente, tenían los mismos ojos azules intensos y el mismo cabello negro brillante. Pero Catherine era más menuda y con más curvas. La vio más mayor, más demacrada y delgada.

Se ufanó a acudir a su lado y a calmarla, apretándole la mano.

—Fionna —susurró ella a verla.

—Oh, cariño. No te preocupes, tú sigue empujando, está a punto de salir —dijo ella, y en un último empujón, dio a luz a una niña.

Catherine se dejó caer hacia atrás, totalmente agotada. Aún enrojecida, y con sangre a su alrededor, le pusieron al bebé en sus brazos.

—Es preciosa. ¿Has visto algo más bonito hermana? —preguntó mientras los ojos se le cerraban.

—No, cariño.

Pronto los cerró del todo, y Fionna cogió al pequeño bebé. Lo limpió y lo envolvió en un paño, y se giró para dárselo.

—¿Catherine? Mira, aquí está tu bebé.

Tocó su rostro, y se dio cuenta de que ya no respiraba. Entonces una punzada de dolor le invadió el estómago.

—Fionna, tienes que tumbarte. Vas a dar a luz dentro de unas horas —dijo Lía.

DIECISIETE

Londres, 1875

Por primera vez en su vida, Catherine estaba igual de asustada que emocionada y feliz.

No paraba de mirarse al espejo, y aunque a su gusto, el vestido ya magnífico e impecable, era la primera vez que acudía a un evento de sociedad en Londres, y una nunca estaba segura al cien por cien de esas cosas.

De un rojo color sangre de seda, el corpiño arrapado al pecho de manga larga y puños de encaje y la falda con volantes plisados, recta por delante, pero por detrás quedaba algo abultada debido al polisón que se había colocado por debajo.

Le había dicho a la doncella que le recogiese el cabello en un moño no muy elaborado, dejando su tez libre. No se consideraba la joven más hermosa, pero teniendo en cuenta la forma en que los hombres solían mirarla, sabía que era atractiva. Eso, atractiva, no hermosa. La diferencia para ella radicaba en que la segunda era fruto de la moda, de los estándares de la época, era algo totalmente objetivo. En cambio, la primera se fundamentaba en algo más, en la actitud que podía tener al caminar, la forma en que se desenvolvía, el tono de su conversación.

Se colocó unos pendientes de diamantes que habían pertenecido a su madre, y varias pulseras a juego. Desde luego, sabía que en la aristocracia seguía imperando el gusto por el lujo y ciertos excesos estaban permitidos. Pese a ser la hija de un conde, nunca se había sentido verdaderamente una aristócrata.

Era la hora, así que salió de su alcoba conteniendo cierta sonrisa que se atisbaba en sus labios. Si algo caracterizaba a Catherine, era su obsesión por guardarse todo lo que sentía, mostrar su verdadera faceta era, para ella, una

debilidad. Le había sido inculcado de esta forma, y no podía cambiar, así como así.

Bajó las escaleras poco a poco, apoyando la mano en la barandilla pues no estaba acostumbrada a desplazarse con un vestido tan a medida. Era la primera vez que se lo ponía, ya que era la primera ocasión que tenía para hacerlo.

Huxley no era dado a ningún tipo de sentimiento romántico a diferencia de su hermana. No creía en el amor eterno, ni siquiera estaba seguro de creer en el amor como tal, ese ideal que proclamaban libros y óperas y obras teatrales. Él era un hombre práctico, sin pretensiones, con algunos secretillos, pero sin grandes aspiraciones. No aspiraba a ser amado, ya había desistido en su momento y había abandonado cualquier idea relacionada sobre eso.

Pero en cuanto vio a Catherine descender por la escalera algo se le pasó por la cabeza, una idea errante y fugaz, algo inimaginable e inalcanzable; la idea de ser amado por aquel ser celestial que estaba bajando hasta la tierra, hasta donde él se hallaba.

¿Cómo sería ser abrazado con cariño por una mujer como ella? ¿Cómo sería dormir todas las noches al amparo de sus brazos, de su calor?

Cuando sus ojos se encontraron con los suyos, sintió que el mundo se detenía por completo. Vio ese azul golpearle hasta dejarlo sin respiración. Sí, de golpe exhaló el aire que había retenido sin querer durante varios instantes.

—¿No es adecuado? —preguntó Catherine al notarse demasiado observaba.

—Es perfecto. Estás hermosa —dijo Huxley intentando aparentar normalidad, pese a que sentía las manos sudadas debido a su nerviosismo.

¿Qué demonios te ocurre? Es Catherine, la vidente, la escocesa de lengua viperina y gesto de oca enfadada.

—Gracias —musitó ella—. ¿Vamos? No quisiera llegar tarde.

—Por supuesto —le ofreció la mano y ella se la cogió.

Dio gracias a los guantes que llevaba puestos, pues tenía las manos como mantequilla derretida.

—¿Quieres que te explique de qué va la obra? Aunque está en italiano, vas a

entenderla a la perfección —se aventuró a decir él en cuanto subieron al carruaje.

—Por supuesto.

—Hay un hombre que está locamente enamorado de una mujer, pero esta le ignora. Es una diva que enamora a los hombres y luego los ignora. Un día escucha la leyenda de un elixir de amor de Isolda, quién lo bebe obtiene el amor de aquella persona que quiere.

—¿Una pócima?

—No sé por qué te extrañas tanto, es algo de tu ámbito.

—No tiene nada que ver —se quejó ella—. Continúa con la historia.

—Llega al pueblo un doctor que vende pócimas milagrosas que lo curan todo, y le pregunta sobre esta. Este le dice que sí la tiene y le vende una, aunque evidentemente no lo es.

—¿Y qué pasa luego?

—Ya lo verás, no pienso contarte el final.

—Aguafiestas —murmuró ella.

—No seas caprichosa —la regañó él.

—Por supuesto que no, gran Duque, ya que vos sois un ejemplo de virtud y no hacéis lo que os da la gana— se burló ella.

—Que sea algo pedante no quiere decir que tenga que tener todos los demás defectos del mundo.

—Es usted muy generoso consigo mismo.

—Y tú muy cruel —gruñó él.

Catherine esbozó una sonrisilla al ver el gesto de desagrado de Huxley, ese tan arrogante que ponía cuando algo le desagradaba.

—Oh, vamos Hux, no te hagas el ofendido. Ahora es cuando te ríes de mí por cualquier cosa y estamos a la par —lo indujo ella.

—Muy cierto, pero estoy algo preocupado, ¿sabes?

—¿Por?

—Bueno, vete a saber qué pócimas puedes llegar a colarme en las bebidas.

Capaz eres de hacer que la tía Megan se enamore de mí.

A Cate no le importó, era su dinámica, su tira y afloja habitual en ellos.

—No me des ideas, Hux.

El carruaje se detuvo delante del imponente edificio de grandes columnas griegas y entrada parecida a uno de sus templos. Había sido reconstruido en 1856 debido a un incendio. Era conocido como el teatro de Covent Garden debido a su localización.

Catherine se sintió emocionada en cuanto puso un pie en el primer escalón. Sin embargo, había reparado en el embotellamiento de carruajes que se había formado en la calle. También en ese contraste de la gente que iba por la calle deambulando y de los asistentes a la ópera, en galardonados a más no poder.

Los vigilantes situados a las puertas del edificio chocaban con la multitud entrante recordando a los asistentes que no se permitía la entrada de comida o bebida. También recordaban que estaba prohibido entrar con armas dentro del teatro. Por supuesto, nadie parecía hacerles el menor caso.

Antes de que entrasen, Catherine vio también como llegaba el carro de los bomberos con los tanques llenos de agua.

—¿Tienen miedo a otro incendio? —le preguntó a Huxley.

—Las luces del teatro son abundantes y, por ende, peligrosas —explicó él.

Por fin lograron entrar, pero antes de llegar hasta el palco que el Duque solía reservar, se toparon con varios conocidos, otros miembros de la nobleza a quién Huxley presentó a Catherine como su prometida.

Muchos, aunque no lo dijese, estaban al tanto de la situación del Duque, y, por lo tanto, sabían perfectamente quién era Catherine. Sin embargo, habían quedado perplejos a ver la rapidez con la que Hamilton la había presentado en sociedad, y nada más y nada menos que en dicha representación, donde no solía haber demasiada gente. La ópera italiana, aunque intensa, no era la favorita del público londinense.

Cuando por fin Hamilton creyó haberse librado de todos ellos, se topó con aquel personaje que había deseado no ver ni en pintura.

—El gran duque de Cornwall en persona. Hace tiempo que no os veo, ¿os escondéis en Sussex?

Huxley fingió una sonrisa amarga e inclinó la cabeza.

—Thomas Vaine, qué sorpresa. Deje que le presente a mi prometida, lady Catherine MacDonnell.

Ella alargó la mano, a la que Vaine besó poniendo los ojos sobre los suyos de una forma demasiado intensa.

—Es un verdadero placer conocerla, lady Catherine. Soy el prometido de su hermana, Annabelle. Siempre es agradable conocer a la familia.

—No nos adelantemos, Vaine —se ufanó a decir Huxley.

Catherine observó al tal Thomas; su falta de altura lo compensada con creces con un bello rostro, de piel fina, hermosos pómulos y labios carnosos. Sus ojos eran oscuros, había una intensidad que no lograba descifrar. Sin duda, debía traer locas a las mujeres.

—Su excelencia no me tiene en gran aprecio, por lo que ha podido comprobar —se dirigió a Catherine, que permanecía en silencio.

—¿Le gusta la ópera señor Vaine? —decidió cambiar de tema, temiendo que Huxley dijera algo de lo que luego se arrepintiera.

O no.

—No la soporto, sobre todo la italiana. No entiendo como hay tanta gente que acude a una velada en cuyo disfrute la comprensión no ejerce papel alguno —dictaminó él.

—La ópera italiana tiene como regla fundamental no tener el más absoluto sentido. Es la que suele encajar mejor con nuestra sociedad —respondió ella, aludiendo a algún artículo que había leído.

—Sin duda, sin el beneplácito de nuestra sociedad, la obra no existiría. Es simplemente una excusa para dejarse ver, para vestirse elegantemente —expresó Vaine.

Catherine se dio cuenta de que, además del donde la belleza, poseía algo mucho más interesante, una inteligencia suspicaz, y un don al hablar. Eso debía

de ser aún más beneficioso, sobre todo en las conquistas. Entendió, en parte, la reticencia de Huxley de tenerlo como cuñado.

—Si tanto le fastidia la ópera, ¿qué está haciendo aquí señor Vaine? —preguntó Huxley con su cara más arrogante.

—He tenido que acompañar a mi madre. Créame, si fuese por mí, no habría venido. Sin embargo, ha valido la pena solamente para conocer a lady Catherine. Es una delicia, sin duda.

Catherine se limitó a sonreír, si hubiese sido cualquier otro, le hubiese soltado un par de palabras insolentes tal y como a ella le gustaba, pero disfrutaba demasiado viendo sufrir a Huxley. Parecía que la rabia se lo llevase cada vez que Vaine abría la boca. Era todo un espectáculo.

—Será mejor que vayamos en estos asientos, espectacular está a punto de empezar —dijo Huxley, hastiado de aquella conversación.

Catherine lo siguió hasta llegar al palco, donde los dos se sentaron. Eran los únicos que había, y, por lo tanto, los dos se sintieron cómodos al estar sin nadie más alrededor.

—Ahora entiendo por qué Vaine no te agrada —le susurró antes de que se alzase el telón.

—Es un mujeriego y se jacta de ello. Está prometido con mi hermana, ¡con mi hermana! —exclamó con voz ahogada.

—Será mejor que cambiemos de tema antes de que te entre un ataque de ira. Mi hermano aún no me ha escrito, espero que haya llegado bien.

—No te pongas en lo peor.

Pronto el escenario se llenó de cantantes, el coro era magnífico y la soprano tenía una voz divina, o eso le pareció a Catherine, que estaba absorta viendo el espectáculo. Sin embargo, pronto alzó los prismáticos para observar la gente de los otros palcos y del público de abajo, fijándose en que la observaban y cuchicheaban entre ellos.

Sabía que sí, era la primera vez que acudía a la ópera en el escenario londinense, y que gozaba del favor de la reina, pero tampoco era para tanto.

—Disculpe, es una nota para usted, excelencia —dijo un hombre, entrando en el palco y alargándole una hoja cerrada a Huxley.

Éste la cogió, la leyó y se la guardó en el bolsillo del pantalón.

—¿Ocurre algo? —preguntó Catherine con curiosidad.

—Nada, un conocido. ¿Lo estás disfrutando?

—Muchísimo —respondió ella.

Pero no pudo más que alarmarse. No sabía qué era lo que significaba, y Huxley no paraba de mirar de arriba abajo el teatro, como si buscase a alguien. Cate no entendía nada, hasta que se percató de que una mujer se levantaba de su asiento, abandonando la escena.

—Ahora vuelvo, un minuto —le susurró Huxley, también levantándose y abandonando el palco.

De golpe, Catherine lo entendió todo. Las murmuraciones, la incomodidad y aquello que acababa de presenciar. Se sintió ultrajada, no podía creer que, ante su presencia y ante toda la ópera, Huxley Hamilton la estuviese dejando sola para ir al encuentro de su amante.

Mantuvo la compostura durante unos instantes, intentó concentrarse en la actuación, pero su cabeza no paraba de darle vueltas al asunto. Le dolía el estómago, notaba la garganta seca y le faltaba el aire. Estaba a punto de llorar, lo podía notar.

Tenía que ser el orgullo, eso era. Le había herido el orgullo, al fin y al cabo, era la futura Duquesa de Cornwall y aquello había sido un ultraje en toda regla.

Cuando la sala arrancó en aplausos y el primer acto finalizó, Catherine se levantó dispuesta a marcharse.

De mientras, Huxley esperaba en el pasillo indicado en la nota a que Jessica Mason apareciese. No tardó en distinguir su silueta acercarse con una sonrisa que aquellos labios que había besado en innumerables veces. Pero fue un beso lo que recibió en aquella ocasión sino una larga y estruendosa bofetada.

Acarició la mejilla adolorida con la mano derecha, pero sin quejarse. Bien

sabía que Jessica estaría al tanto ya de su futuro matrimonio, y venía con las garras afiladas.

—¿Tú prometido, Huxley? Tú, que alardeabas de ser un hombre comprometido con la libertad —le recriminó.

—Lo siento Jessica. Es una causa mayor, créeme. A mí tampoco me atrae la idea del matrimonio.

—Cállate, sinvergüenza. ¿Crees que no me he fijado en cómo le ríes las gracias, en cómo le miras el escote? Al menos podrías haber tenido la decencia de decírmelo.

Huxley la observó, dándose cuenta de que aquella noche estaba especialmente bonita. El vestido lila pastel le favorecía, le daba a su piel nítida y casi transparente un toque de color. Aunque ese peinado no le favorecía demasiado, seguía estando bonita. No pudo evitar compararla con Catherine, y para su desgracia, salió perdiendo.

Ni él mismo lo entendía, era la perfección absoluta, la belleza de las bellezas, no había parangón. Pero los ojos azules de Catherine lo llamaban sin tregua alguna. Había algo en ellos que hacía querer sumergirse en sus profundidades, nadar por ellos a todas horas. Se sentía atraído por ella, de eso no tenía dudas, pero también le encantaba discutir, retarle a un duelo de palabras en el que salían ambos victoriosos, pues no era ganar el premio sino sentir la admiración del otro.

Apreciaba a Jessica, sin duda. Sentía un genuino cariño hacia ella, pero no iba más allá del aprecio que se podía tener por una vieja amistad. Por eso mismo había acudido, porque la apreciaba y se sentía mal que se hubiese enterado de su matrimonio por terceras personas.

—Ha pasado apenas una semana, Jessica. Ni siquiera me hallaba en Londres, sé razonable.

—Por supuesto, tú eres el colmo de la racionalidad. ¿Sabes, Huxley? No voy a serlo. He pasado años siendo tu amante para que ahora me hagas esto. Sabes perfectamente qué es lo que yo deseaba.

Huxley frunció el ceño, sin entender a qué se refería.

—¿Y era...?

—¡Ser tu esposa!

—Pero Jessica, yo nunca te prometí tal cosa.

—Esto no es algo que se prometa, Huxley, pero es algo que se espera cuando ... —Jessica se quedó sin habla durante unos instantes, continuando después— pero qué digo, tú nunca me has querido.

—Eras mi amante, te di todo lo que quisiste, ¿te he negado algo alguna vez?

—No —reconoció ella.

—Te respeto y te aprecio, Jessica, de veras.

—Y supongo que quieres que quedemos como amigos.

Lo cierto era que no había pensado en dejarla, pero era lo que, en el fondo, deseaba. No se atrevía a decírselo, porque de verdad la apreciaba, pero después de haber probado los labios de Catherine dudaba de si podría besar a Jessica como tal cosa, sin pensar en la otra.

Y en el fondo, debía de ser al revés. Eran los labios de Jessica y no los de Catherine con los que debería soñar, y por los que debía luchar pues no sabía siquiera si su futura mujer se sentía atraída por él.

—Son muchos años como para quedar como desconocidos, ¿no crees?

—Por supuesto, excelencia. Eso sí, luego no vengas llorando porque no vas a meterte en mi cama de nuevo —le advirtió.

—No se me ocurriría.

Antes de que pudiera decir nada más, se dio la vuelta y volvió hacia sus pasos, dejando al duque con un sabor agridulce por esa fría despedida.

DIECIOCHO

No era algo de lo que se sintiese orgulloso, sabía que, en el fondo, no lo había hecho bien. Pero las cosas se habían precipitado y las circunstancias lo habían superado.

Antes de llegar a las escaleras principales, divisó a alguien que las bajaba con rapidez hasta llegar a la puerta. Pese a la distancia, logró ver que era una mujer, y llevaba puesto un vestido rojo. Era Catherine, estuvo seguro de ello.

—¿Catherine? —se preguntó a sí mismo— ¡Catherine! —gritó entonces.

Pero ella le ignoró por completo, y salió del edificio.

Las gotas de lluvia le salpicaban la cara, pero eso no le impidió a Catherine de avanzar hasta donde estaba el carruaje y entrar en él. Estaba enfadada y dolida, no podía creer que Huxley le hubiese hecho aquello.

Le dijo al cochero que la llevase hasta la casa, no quería seguir allí ni un minuto más de su existencia.

Huxley corrió para alcanzarla, no entendía porque se estaba yendo, si apenas había finalizado el acto. Todo aquello le estaba pareciendo surrealista. Salió de allí, sin llegar hasta el carruaje que corría ya calle arriba bajo la lluvia.

Huxley no tardó en pedir un coche de alquiler y dar la dirección de su casa pues, ¿A qué otro sitio iría si no? No paraba de darle vueltas a la cabeza sobre qué era lo que había ocurrido. No entendía absolutamente nada. ¿Se habría disgustado por haberla dejado sola? Habían sido veinte minutos, veinticinco a lo sumo.

No, no pensaba que Catherine era de esas mujeres que se disgustaban por cualquier tontería.

Rápidamente, en cuanto llegó a su portal, salió del carruaje y buscó a Cate por toda la casa hasta hallarla precisamente donde menos se lo esperaba; en el salón tomándose una copa de una de las licoreras.

La vio cómo, con parsimonia, se llevaba a la boca el vaso lleno a mitad y

daba un trago largo, muy largo. Luego vio cómo su gesto se disgustaba, dejando claro que no era uno de sus sabores favoritos.

—Veo que la ópera te disgusta tanto como a Vaine, o más.

Ni siquiera lo miró, siguió con el proceso de continuar bebiendo, sin cesar en su empeño.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Has huido a la primera de cambio.

Avanzó hacia ella, pensativo. ¿Qué demonios pasaba con ella? Entonces, después de que se terminase la copa con cierta dificultad y sin previo aviso, alzó la mano hacia ella y le dio una bofetada en la otra mejilla cuya anterior misma suerte había corrido.

Su fuerza era algo superior, así que la mejilla derecha le quedó algo más adolorida.

—Eres zurda —dijo, dándose cuenta entonces.

—Y usted un maleducado —respondió ella, casi escupiéndole al decirlo.

—¿Se puede saber qué me he perdido? ¿Ahora vuelves a tratarme como a un extraño?

—No vuelva a hacerme un feo como ese, lord Hamilton. ¿Cree que soy estúpida, que no me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor? ¿Que no vi cómo aquella mujer se levantaba de su asiento y acto seguido lo hacía usted? —respondió, alzando la voz.

Huxley no lo vio venir, pero sin duda había subestimado sus habilidades deductivas. Lo que no lograba entender era la razón de su enfado, pues según había dicho, cada uno iría por su lado. ¿Se lo habría pensado mejor?

Oh, por supuesto que sí, era eso. Huxley no supo si aquello era bueno o malo, aunque en el fondo un regocijo interior se le subió en forma de cosquillas.

—No es lo que piensas.

—¿Acaso no era su amante? —preguntó retóricamente, molesta.

—Lo era, no lo voy a negar. Tuve que acudir, no había tenido ocasión para quedar con ella con anterioridad... —empezó a explicarle.

—Ahórrese sus aventuras y desventuras. Lo que me molesta...

—¿Vas a dejar que termine? Le debía una explicación, aunque no tenía excusa. ¿Quieres saber la verdad? No le dije una palabra de que iba a casarme, se enteró por la prensa. Al menos una disculpa se la merecía. No todos somos hijos de condes o duques, y no por eso se merecen menos respeto.

Catherine se indignó aún más por lo que estaba insinuando.

—Haberle dado la explicación pertinente en otro sitio, y no en medio de la ópera. ¿Has considerado la humillación que he pasado cuando todos han visto que ibas corriendo detrás de tu amante? ¿La vergüenza que he sufrido?

—Te pido disculpas por eso, no era mi intención —acabó diciendo Huxley—. No volverá a ocurrir, he roto nuestra relación.

En el fondo, Catherine se alegró cuando no debía, pero lo hizo. Aun así, se sentía algo mezquina, ¿quién era ella para marcar la vida de Huxley? No tenía planeado ser parte de ella, que ciertos acontecimientos los hubiesen unido -y con acontecimientos se refería a la búsqueda de cierto asesino- no quería decir que su relación tuviese que ser igual que entonces. Ella le había dejado clara su postura, no sería una esposa convencional y él había aceptado.

Porque, en el fondo, a Catherine la idea de gustarle a Huxley le encantaba. Había aceptado que le atraía, le gustaba, sentía ciertas cosas que nunca, antes había experimentado, pero también era consciente de que nunca podría llegar a enamorarse de él debido a la maldición.

—No tendrías por qué haberlo hecho. Me da igual que tengas una amante o veinte mientras no me dejes en ridículo —dijo, aunque no terminó ni ella misma de creérselo.

Ni Huxley tampoco, que se devanaba los sesos pensando en si podía ser posible que Catherine sintiera algo más que simpatía por él. Para él, todas las señales eran afirmativas.

—¿Seguro, Cate? —preguntó acercándose más a ella.

—Seguro. Y ahora déjame terminar de emborracharme en paz.

Pero él le quitó el vaso de las manos antes de que pudiese rellenarlo de

nuevo.

—¿Por qué quieres emborracharte?

—Porque así me inhibo lo suficiente como para no soñar —explicó ella, que empezaba a arrastrar las palabras por el efecto del alcohol.

—Creía que yo las espantaba. No necesitas el alcohol, vamos.

No le dio pie a la réplica pues la arrastro hasta el segundo piso, entrando en su habitación. Después de cerrar la puerta, empezó a desabrocharle el vestido por detrás, hasta conseguirlo. Le quitó primero una manga y después otra, hasta descender a sus pies.

—Me estás desnudando —susurró ella, que no se había atrevido a detenerle.

No cuando a través del espejo vio cómo se esperaba en ello, en hacerlo delicadamente para no romper el vestido. Así que allí estaba, en ropa interior con un corsé que le cortaba la respiración y un hombre que también lo hacía.

—Alguien tiene que hacerlo. No entiendo por qué lleváis un cojín en el trasero, las mujeres —rio divertido desatándole el polisón.

—Es la moda. ¿Vas a adelantar la noche de bodas? —preguntó ella, presa de cierta desvergüenza que le había prestado el licor.

Huxley pensó en preguntarle si estaba dispuesta, pero se murió la lengua pues si decía que sí, estaba seguro de no poder dejarlo pasar. Estaba sublime, el corsé aprisionada sus magníficos pechos haciéndole un escote prominente.

—En otra ocasión, ahora necesitas dormir —dijo él, decidiendo que desabrocharle el corsé sin caer en la tentación era un reto muy grande.

—No me has contado el final de la ópera. ¿Se casa Adina con Belcore o lo logra Nemorino?

—Después de tomarse la segunda poción, las muchachas del pueblo se enteran de que Nemorino es el beneficiario de una gran herencia de su tío fallecido, por lo que empiezan hacerle mucho caso. Él piensa que es debido al elixir, y Adina no entiende nada, así que se pone aún más celosa.

—¿Y luego?

Una vez Huxley terminó de desabrocharle el corsé, cogió el camisón de

encima de la cama y se lo puso casi con los ojos cerrados.

—Al final, después de algunos otros enredos, se confiesan amor eterno y todos viven felices para siempre. Fin del cuento, hora de dormir —dijo, abriéndole la cama para que se metiese dentro.

Catherine así lo hizo, pero no cerró los ojos, se quedó mirándole en silencio, pensativa.

—¿Vas a meterte vestido? —dijo finalmente.

—No, voy a cambiarme y ahora vengo —susurró, abriendo la puerta.

—No tardes —dijo ella, una vez ya había salido de la habitación.

Había sentido otra vez como el deseo llamaba su puerta cuando Huxley había empezado a desnudarla. Había deseado que sus dedos, en vez de sacar la tela de la ropa, hubiese empezado acariciar su piel desnuda. Había deseado estremecerse bajo tales caricias, haberse quedado desnuda completo, para ver sus ojos oscuros brillar como una estrella en la noche, como aquella vez primera.

¿Qué tenía de malo? Nada, en el fondo nada de nada. Además, ¿quién decía que Huxley Hamilton tuviese que enamorarse de ella? Había tenido un amante, lo que le habían dicho, era de años, y no había dudado en deshacerse de ella. Eso le quedaba demostrado que no era un hombre de sentimientos profundos a simple vista. ¿Quién sabe? Su madre, aunque dijo que no estaba enamorada de su padre, se quedó a su lado durante toda su vida, no buscó a otros hombres ni deseó a ninguno más.

Así que, cuando Huxley volvió de nuevo a su habitación con el camisón puesto y apagó todas las luces, dejando solo una de las lámparas de la mesilla de noche para no tropezar, metiéndose en su cama, decidió que no se reprimiría. Buscó su cuerpo y lo abrazó, acurrucándose sobre él.

—Creo que podríamos hacer otras cosas además de colaborar con la Scotland Yard, tú y yo —susurró.

Cosas. A Huxley le vinieron a la mente infinidad de ideas, todas ellas indecentes.

—¿Qué clase de cosas? ¿Catherine? —pregunto, pero se dio cuenta de que

se había quedado profundamente dormida antes de responder.

Cosas.

Maravilloso, ahora no podía dormir en toda la noche debatiendo sobre el significado de dicha palabra. Finalmente cayó rendido a los brazos de Morfeo sin tener la respuesta a ello.

Catherine amaneció con algo de dolor de cabeza. Abrió los ojos percibiendo un cuerpo extraño a su lado. Pero cuando lo miró, se dio cuenta de que no era nadie extraño, sino Huxley.

Le vino a la memoria todo lo que había pasado la noche anterior, arrepintiéndose de sus últimos pensamientos y actitudes que había tenido con él.

Zarandeo su cuerpo para que despertase, sin poder evitar observar su rostro con detenimiento. Así dormido parecía del todo inocente, con la respiración suave y calmada y expresión de tranquilidad absoluta.

Pero cuando movió la pierna derecha que tenía encima de él, se percató de la existencia de un obstáculo. Un obstáculo ubicado justamente en la entrepierna del duque. Enseguida adivinó de qué se trataba, y le entró la curiosidad. Solo tenía que quitar la sábana que le cubría, y subirle el camisón para verlo. Nunca había visto ninguno, sólo palpado y lo cierto era que la curiosidad la estaba matando.

Intentando no despertarle, bajó la sábana hasta situarla a sus pies, muy lentamente para no despertarle. Luego, deslizó los dedos de su mano derecha hasta el extremo del camisón, y fue subiéndolo con un cuidado extremo, hasta llegar a la altura de las rodillas. Era ahora o nunca, se dijo a sí misma. Entonces terminó de subirle el camisón hasta el hueso de la cadera, y lo vio.

Era un falo erecto, grueso y largo. Se quedó sin respiración, abrió la boca sorprendida con el descubrimiento, y al contrario de lo que había pensado, no se asustó. Es más, en cuanto puso sus ojos encima de aquel miembro, se quedó hipnotizada, no podía despegarlos.

Madre del amor hermoso, esto en clase de costura no te lo enseñan.

Pero su curiosidad, iba más allá. Se preguntó qué textura tendría, pues la piel parecía ser extremadamente fina, como la de un bebé recién nacido. También el color sonrosado la sorprendía, al igual que algunas venas marcadas. Volvió a mirar a Huxley, que seguía durmiendo plácidamente. Quizás no lo notaría, quizás sería como poner su mano sobre su hombro. Así que, sin pensárselo dos veces, llevó su mano hasta aquel escandaloso falo, poniendo el dedo índice y el corazón encima de él.

Tal y como había imaginado, era suave y también muy caliente. Entonces sin previo aviso, Huxley se movió, dejando un largo suspiro.

—Cosas... —musitó él.

Asustada, Catherine quitó la mano de allí y lo más rápido que pudo, le bajo el camisón saliendo ella misma de la cama. Se sintió estúpida, ¿Adónde iba a ir con el camisón puesto? Así que volvió a entrar, quedándose panza arriba, con los ojos puestos en el techo, cavilando. Huxley se removió otra vez en la cama, abriendo los ojos.

—Buenos días — dijo ella sin moverse.

—Buenos días —respondió el—. Tendríamos que volver a Sussex, hay un cuerpo esperándonos allí.

—Cierto, se me había olvidado por completo que aún no habías realizado la autopsia.

—Desayunamos y nos vamos —sentenció él, levantándose de la cama y yendo hacia la puerta—. Por cierto, cariño, la próxima vez que quieras verme desnudo, solo tienes que pedirlo —dijo guiñándole un ojo y saliendo de allí.

Catherine volvió a dejarse caer encima de la cama, su plan no había salido para nada como ella habría querido.

DIECINUEVE

Londres, 1865

Huxley Hamilton había estado pensando mucho acerca de la operación que aquella mujer prácticamente le había suplicado. No estaba seguro de ello, no estaba nada seguro, pero sin duda había algo que lo empujaba a decir que sí.

Había hecho bastantes aperturas en el cerebro, pero todas de cadáveres. Lo hacía mediante cadáveres comprados a distintos desenterradores de cadáveres, en realidad eran escoria, pero escoria necesaria.

Había rumores de una promulgación de ley en el parlamento acerca de la limitación del ejercicio de la medicina a los médicos, dejando por lo tanto a los carniceros y barberos perseguidos por realizarlo y además procuraría a los médicos otra vía para poder practicar.

Pero, por otro lado, pese a los riesgos, era consciente del conocimiento que podría adquirir con aquella operación, sabía que podría aprender muchísimas cosas, pero la probabilidad de que saliese mal era demasiado elevada.

Heimsworth le había prestado uno de los despachos del hospital, y allí estaba esperando a la muchacha que llegase. No tardó demasiado, y nada más abrir la puerta supo que venía a suplicarle que lo hiciera.

Si antes se le había antojado como un cadáver andante, ahora además tenía un aspecto mucho más terrorífico debido a varios arañazos que llevaba en la cara.

—¿Qué...? —el peso de la pregunta cayó, dándose cuenta de lo inútil que era.

Sabía perfectamente que era lo que le había ocurrido, y que esos arañazos habían sido fruto nada más y nada menos de uno de sus ataques, y, por lo tanto, ella misma era su víctima y su atacante. Sus uñas, pese a llevarlas cortas y a ras de dedo, habían sido las que habían producido aquellos arañazos.

—Doctor, un placer volver a verle —dijo ella, sentándose en la butaca de en frente.

—¿Cómo se encuentra? —dijo para romper el hielo.

—Cada vez peor. Los ataques aumentan, son cada vez más frecuentes — cogió una bocanada de aire y con expresión de desquiciada, lo miró fijamente—. Se lo suplico, tiene que operarme doctor. No voy a aguantar mucho más. La próxima vez no me van a sedar, estoy segura.

Sus súplicas eran ahogadas, entorpeciéndose con su saliva y un balbuceo que a Huxley le hacía difícil entender sus palabras. Sin duda, era fruto de una parálisis de alguna parte de la mandíbula.

—¿Le han suministrado corrientes en otra ocasión?

—Hace un mes.

—No ha notado mejoría, supongo.

—Es... horrible.

—No me extraña. Por lo que he podido comprobar, suele causar daños irreparables en el cerebro. No es bueno que se lo hagan.

—El doctor al cargo del St. Elizabeth estaría en desacuerdo con usted, porque es un acérrimo defensor —susurró ella—. Si vuelven a suministrarme otra descarga, no creo que sobreviva.

—Si la opero, las posibilidades de que lo haga tampoco lo son —le advirtió Huxley.

—Al menos no moriré con dolor. Lo digo en serio, doctor, ya estoy muerta. Está hablando ahora mismo con una muerta.

Desde luego, eso era lo que la mujer parecía. Huxley suspiró, mirando hacia la pequeña ventana del despacho y levantándose de la silla, cavilando. ¿Era correcto? No lo sabía, la moral en estos casos quedaba descartada.

Pensó en el juramento hipocrático que todo médico hacía, aunque no todos cumplían, de hacer todo lo posible para salvar una vida. Tenía razón, ella ya estaba con un pie en la tumba.

Pero la clase pudiente evitaba acudir al hospital y solían ser atendidas, tanto

en partos e incluso operaciones, en su propio domicilio. Lo cierto era que tampoco todos los pobres podían acudir al hospital pues, para ser admitidos Heimsworth le había detallado que, debido a la falta de fondos, muchos de ellos precisaban una carta de recomendación para ser aceptados.

Esto era básicamente para que, las donaciones que se hacían, todas privadas, pudiesen ser de utilidad. Generalmente, dichas cartas las daban a los entes o creados, así que, en el fondo, dicha donación no caía en saco roto para quien la realizaba.

Cuando un enfermo conseguía una carta de recomendación, tampoco era admitido ipso facto, ya que los hospitales sólo admitían pacientes determinados días de la semana, y el enfermo debía probar que tenía suficiente dinero para pagar su funeral en el caso de morir en el hospital.

En algunos hospitales, tal era el caso del London Hospital, se admitían casos de urgencia, pero normalmente las solicitudes de admisión debían ser aprobadas por el consejo de gobernantes, cuyos miembros ignoraba. El mismo, como benefactor del hospital, voy a realizar cuantas cartas de recomendación quisiera, y más si el mismo iba a realizarle la operación. Normalmente, aquellas personas que sufrían enfermedades mentales, o que eran altamente contagiosas, como por ejemplo el cólera, solían ser rechazadas.

Huxley paseó por la habitación, pisando el mismo suelo varias veces dejando la madera brillante, ya desgastada de por sí, pensándolo bien antes de darle una respuesta.

—Está bien, señorita Dupree. Haremos esa operación, pero si no veo claro si hay que extirpar algo, cerraré y no la pondré en peligro.

Aquella joven cerró los ojos y suspiró aliviada al escuchar sus palabras.

—Gracias a Dios.

No, Huxley sabía que Dios poco tenía que ver con su decisión sino otra persona a la que quería ayudar. Por ella se había hecho médico y por ella infringía la ley comprando los cadáveres, así como estaba dispuesto a abrirle el cerebro a aquella mujer, aunque lo más probable es que terminase bajo tierra

cuando terminase.

Le dio varias indicaciones, así como algunas cartas para que las presentase a alguna de las enfermeras para que la acomodase en alguna cama libre, preferentemente en una habitación privada. No había necesidad de alargar las cosas, así que he decidido que la operación se realizaría al día siguiente.

—¿Tiene usted parientes a los que avisar?

—Yo...sí, pero será mejor que no les diga nada o se negarían a que me sometiese. Les escribiré una carta y si fallezco, ¿me hará el favor de enviarla?

—Por supuesto —le aseguró Huxley.

Debía de llamar al doctor Heimsworth y empezar a preparar la operación.

VEINTE

Sussex, 1875

Si de algo estaba seguro Huxley Hamilton era de que él mismo nunca sería el marido ideal que la sociedad esperaba. Sin embargo, se dio el lujo de creer que Catherine no pensaba igual que el resto de la sociedad, no pensaba ni actuaba, de eso estaba seguro, y, por ende, quizás cabía la esperanza de..., no, estaba pensando sandeces cuando Andrew entró en su salón totalmente empapado.

—Keightley, ¿qué estás haciendo aquí? Te he dicho miles de veces que no salgas cuando está lloviendo, vas a coger una pulmonía y de eso es probable que no pueda salvarte ni yo —le regañó igual que si de su padre se tratase.

—No tengo cinco años para ir recibiendo una de tus reprimendas, Hamilton —respondió Andrew, secándose la cara con el pañuelo de su bolsillo—. ¿Crees que habría salido de casa si hubiese estado lloviendo? Me ha pillado totalmente desprevenido.

—Haz el favor de acercarte a la chimenea. Jensen, tráele una taza de té caliente —le dijo al mayordomo, que estaba en la puerta.

—Enseguida —respondió retirándose.

Andrew alargó las manos hacia el fuego mientras observaba a su amigo pensativo.

—¿Sucede algo? Te veo algo alicaído.

—No es nada.

—Vamos, no te hagas el remolón conmigo —se quejó él—. ¿Es por el numerito de la ópera?

Huxley se alarmó al oír aquello.

—¿Cómo?

—Tía Megan tardó exactamente una mañana en enterarse de que habías

acudido a la ópera con tu prometida, y que, en el entreacto, fuiste al encuentro de tu amante. Desde luego, no tienes perdón de Dios.

—¿Vas a pegarme tú también? Porque ya recibí dos bofetones por ello, no te preocupes.

—Me alegro. ¿Cómo se ha tomado Catherine eso de que mantengas una relación con una de las actrices más populares de Inglaterra?

—Lo cierto es que ninguna relación me une ya a la señorita Mason —le confesó.

—Caramba, sí que te ha calado hondo eso del matrimonio. No te estarás...

—Sabes que, si tuviese alguna alergia, sería al amor. A todo esto, tengo que convencerla de casarnos cuanto antes.

—¿Temes que se te escape?

—Temo que no quiera emparentarse con una persona quien su hermana sufre de tal dolencia. No sería la primera vez, y lo sabes.

Andrew asintió, ahora entendía por qué su amigo había sido tan reacio a todo sentimiento amoroso. No sabía que tal episodio le hubiese afectado de tal manera, pero sin duda se había equivocado.

—Pero Huxley, no todas las mujeres son iguales. Es probable que Catherine piense de distinta forma.

—O no. Lo cierto es que no me apetece discutirlo. ¿A qué has venido?

En cuanto Jensen entró para dejar la taza de té, Huxley se dio cuenta de que su amigo no tenía mejor cara que él.

—Esta mañana he recibido una visita inesperada. Se trataba del señor Burns, Richard Burns, ¿te suena el nombre?

—Así es, ¿no era el apellido de tu mujer? —se acordó él.

—Es su tío abuelo, quién fue también su tutor. Ha venido porque necesita cierto apoyo para construir una línea de ferrocarril ante el Consejo de la reina, dice que se lo debo.

—Sabes que no le debes absolutamente nada. No me digas que has aceptado —preguntó viéndole la cara—. Lo has hecho, ¿verdad?

—Isabella prácticamente murió por mi culpa, no es algo que se olvide con facilidad, y parece que a él tampoco.

—Bien podría haberte abofeteado antes, pero decidió arrojarse por la ventana. Tienes mala suerte, de eso no hay duda. Entonces, ¿vas a ayudarlo? Creía que sus negocios se centraban en América.

—Y así es, pero ha decidido pasar sus últimos años en Londres, pero se aburre así que ha vuelto a coger las riendas de su negocio aquí. Cambiando de tema, ¿cómo está tu adorable prometida?

—Bien.

—¿No estáis peleados por lo de la ópera?

—Hemos hecho las paces, creo. Oye, ¿qué entiendes tú por cosas? —decidió preguntar.

Al menos Andrew tenía experiencia en los asuntos matrimoniales. Podría resultar de lo más útil.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —preguntó la mar de confundido.

—Si por casualidad te dijera una mujer, que podríais hacer cosas, ¿a qué crees tú que se refiere?

—Depende del contexto. Podría referirse acudir a eventos, paseos, fiestas, museos...

—¿Y si estuvieses en la cama con ella y la acabases de desnudar? Sin mirar, por supuesto, y con el camisón puesto —especificó.

—Entonces pensaría mal. ¿Eso te ha dicho Catherine? Vaya, creo que no es la única que se siente atraído por ti.

—¿Quién es el otro?

—Tú mismo, no he conocido a nadie tan egocéntrico como tú.

—No entiendo porque pensáis eso todos, me estoy hartando de que todo el mundo me diga que me quiero. ¿Qué tiene de malo quererse a sí mismo?

—Nada si lo haces de una forma normal y correcta, no exageradamente y jactándote de tu inteligencia, buena posición social, título, de buen ver...

—Solo estoy siendo realista, eso es todo.

Andrew decidió dejarlo por inútil, discutir aquello solo lo pondría de malhumor.

—Entonces vayamos al grano Huxley; te agrada tu prometida, mucho. Y parece que a ella también le agradas. ¿A qué estás esperando para dar el paso?

—En circunstancias normales, la cortejaría en cada velada, luego intentaría verla a solas, bien en el jardín o bien en algún cuarto oscuro y le robaría un beso apasionado y finalmente pediría su mano. Pero, como bien sabes, todas las fases anteriores han sido quemadas, así que... ¿qué demonios hago?

—Conquistala con tu labia, y cuando veas que existe un momento propicio, bésala. Si te responde al beso, le gustas.

Por supuesto, besarla. Había soñado que volvía hacerlo innumerables veces, y también había deseado hacerlo otras tantas.

—En cierto modo, ella me besó. Pero fueron constancias excepcionales, diría que de vida o muerte.

—¿De vida o muerte? No me digas que te ha descubierto.

Asintió, pensando en qué podría decirle a su amigo, qué excusa darle. Lo cierto era que no le apetecía contarle que su prometida era una vidente, o fingía serlo, o lo era de verdad, ya no sabía qué pensar.

—Descubrió la puerta, y el cadáver. Así que tuve que contarle la verdad, a medias. Sin embargo, no sabe nada de Annabelle.

—Mejor que mejor. Y, ¿le ha parecido bien?

—Está deseando atrapar al asesino. No me hace el menor caso en cuanto a las advertencias, qué se le va a hacer. ¿Vas a quedarte a almorzar?

—No creo. En realidad, venía a invitarte a cierta fiesta que tía Megan ha insistido en celebrar. En mi casa —dijo en tono fastidioso—. Este viernes.

—Por supuesto que acudiremos. Mi hermana aún no lo sé, pero dudo mucho que tenga planes.

Andrew asintió satisfecho. Quería conocer un poco más a la prometida de su amigo, su primer encuentro no le había dejado indiferente, más al contrario, la presencia de aquella mujer le inquietaba. Había algo en ella que no acababa de

gustarle, había algo extraño.

Catherine aún no había tenido oportunidad de visitar por completo el que sería su hogar, así que decidió explorar la casa aquella mañana después del desayuno. Parecía que Huxley tenía una visita así que procedió a la exploración de la planta baja, llegando primero a lo que parecía la biblioteca. Tenía una amplitud considerable, a rebosar de estanterías llenas de libros. Enseguida le gustó aquel lugar, era acogedor y cálido.

Mientras caminaba observando algunos de los títulos que se amontonaban en las estanterías, una voz la interrumpió.

—*Milady*, lady Annabelle la está buscando — dijo Jensen al entrar en la biblioteca y verla.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Catherine.

Tenía ganas de conocer a la hermana de Huxley, la verdad es que le costaba de imaginar. Había oído que era todo un ángel, cosa que de Huxley no podía decirse.

—En el invernadero. ¿Quiere que le guie hasta allí? Está en la parte trasera de la casa.

—Creo poder encontrarlo, pero gracias.

Salió de la biblioteca, llegando hasta el Hall, donde abrió la puerta y caminó atravesando el jardín hasta llegar a la parte trasera, donde se alzaba una pequeña estructura de cristal. A través del vidrio se fijó en que estaba lleno de plantas y flores.

Catherine abrió la puerta, notando un calor envolvente, y allí la vio; estaba sentada en el suelo, observando una mariposa que se había posado en una margarita. Le pareció igual de delicada que cualquiera de las flores que había allí, incluso más frágil.

Cuando se dio cuenta de su presencia, Annabelle se levantó del suelo y fue a su encuentro.

Lo primero que hizo fue darle un cálido abrazo. A Catherine eso le pilló de sorpresa, nunca nadie, ni siquiera su madre, solía abrazarla. Se asustó, no por el

hecho de que la abrazase sino debido a una de sus visiones. Vio aquella chiquilla llena de ira, gritando, arrancándose los cabellos de la cabeza totalmente fuera de sí. Era una imagen totalmente desgarradora y se preguntó que le sucedería para llegar a tal extremo.

—Debes de ser Catherine —dijo una vez se hubieron separado—. Soy Annabelle Hamilton, puedes llamarme Anna, casi todo el mundo lo hace.

Cate sonrió. Enseguida le gustó aquella chiquilla de tez extremadamente pálida y ojos tan dulces como un tarro de miel.

—Catherine MacDonnell. Puedes llamarme Cate, o Caterina, así es como mi hermano me llama.

—He oído que eres medio italiana. ¿Cómo se dice te quiero?

—*Ti amo.*

—Qué bonito, es de lo más sonoro. El italiano es una lengua muy romántica. ¿Te gustan las novelas románticas?

—Soy una fiel admiradora de las hermanas Brontë, y de Mrs. Gaskell.

—¡Cumbres borrascosas es mi novela favorita! Estoy segura de que seremos grandes amigas —sentenció entonces.

Amigas. Catherine nunca había tenido de eso. Siempre se había mantenido alejada de todos, recomendación de su madre. Siempre le había dicho que ella debería de protegerse de los demás. Pero la voz entusiasta, y la alegría de aquel rostro hicieron removerle algo a Catherine en su interior, e ignoró la voz interior de su conciencia.

—Estoy segura de ello.

—Voy a ponerte al día, Londres es algo complicado, y la gente a veces es muy fría y mezquina, pero eres una belleza, y además se ve a leguas de distancia que eres inteligente, así que te van a adorar enseguida. Y por encima de todo, eres la persona que ha logrado romper la coraza que tenía Huxley en el corazón. Quiero saberlo todo sobre vuestro romance, no me ha contado nada para variar, mi hermano.

Catherine empezó un relato totalmente sacado de su imaginación acerca de la

primera carta que había recibido, supuestamente de Huxley, donde no pudo evitar mencionar su opinión sobre cierto tema que había sacado su hermano a colación. Le dijo que, a partir de ahí, empezaron a escribirse con asiduidad, tocando temas bastante profundos. Evitó detalles, para que luego Huxley no pudiese meter la pata. Habló de sus supuestos sentimientos, sorprendiéndose gratamente pues nunca había hablado de lo que sentía, y sobretodo sobre el aprecio a alguien, y el amor.

Definitivamente, no estaba nada mal para alguien que no podía llegar a amar nunca.

VEINTIUNO

La mañana se le pasó volando, en un abrir y cerrar de ojos con la compañía de Annabelle. Esta se disculpó cuando tocaron las doce, tenía un almuerzo en casa de los vecinos inaplazable así que salió de casa prometiéndole a Catherine que volvería pronto.

Se había quedado sentada en uno de los peldaños de la escalera cuando Huxley se le acercó.

—Veo que ya has conocido a mi hermana.

—Es adorable.

—Sin embargo, yo aún no he conocido a tu tía abuela. Empiezo a dudar de su existencia, sobre todo dada tu tendencia a ver espíritus. ¿Está viva?

—Lo está, pero no le gusta salir demasiado y además, le duele la espalda así que está en la cama reposando.

—Bien. Voy a realizar la autopsia antes del almuerzo, pensé que querías acompañarme.

—Has pensado bien.

Se levantó enseguida, alisándose el vestido de la falda de color crudo que llevaba puesto. No solía vestir con colores claros, pero aquella mañana le había apetecido. Tendría que estar pendiente de no mancharse el dichoso vestido había sido una mala idea habérselo puesto, ya que no quería que, durante la autopsia se le manchase se sangre.

Entraron en el pequeño salón donde estaba el pasadizo secreto, y descendieron por aquellas escaleras de caracol.

—Hay algo que quería preguntarte, ¿no tienes una silla en el parlamento?

—La tengo, pero apenas voy. Las cosas de estado no me van, y tampoco me escuchan demasiado.

—¿Y eso?

—Digamos que tengo criterios muy distintos a los que tienen la Reina.

—¿Qué pasaría si la gente descubriera tu faceta trabajadora?

—Supongo que mi reputación que sería algo mancillada, pero soy un Duque, nada que no pueda soportar.

—¿Y la reina?

—No es una de mis fervientes admiradoras que digamos, pero, en fin, poca gente puede tenerlo todo como yo. La envidia es muy mala —bromeó él.

—Huxley, seamos realistas, no creo que la Reina te envidie.

—Prefiero pensar eso a que me desea, qué quieres que te diga.

Catherine puso los ojos en blanco. Cuando llegaron abajo, el cuerpo de la chica ya estaba colocado encima de la mesa de autopsias.

Huxley, como la primera vez, se puso el delantal blanco que había encima de otra mesa, y cogió un par de aparatos desconocidos para ella.

—No parece que haya ninguna incisión de ningún tipo, además de la del pecho. Por si acaso podías tocarle el pie... — insinuó él, observando a Catherine de reojo.

—Así que estás empezando a creer en mis habilidades metafísicas — respondió ella con cierto regocijo.

—Puede que sí —dijo él, haciéndose el remolón.

A Catherine se le ocurrió empezar un juego, le gustaba jugar con él, en primer lugar, porque era un digno adversario y en segundo porque se divertía de lo lindo.

—Pídemelo por favor —le retó, mordiéndose ligeramente con los dientes en la vía inferior sin llegar a sonreír.

Aquel gesto hizo que a Huxley se le erizase la piel. Estaba juguetona, ya había empezado la mañana atreviéndose a realizar cierta circunspección prohibida, y ahora continuaba con sus juegos líricos.

—Le ruego *milady* que colabore con la policía, no querrá que la detengan por desacato a la autoridad —respondió él, divertido.

—Creo que el único que podría detenerme sería el inspector Irons. Vamos, pídemelo.

Huxley tuvo que tragarse su orgullo, y decírselo. Podría pasarse horas diseccionando el cuerpo de la muchacha, pero lo cierto era que no estaba de humor.

—Por. Favor.

—¿Qué has dicho? No lo he oído bien —dijo Catherine haciéndose la sorda.

—Me has oído a la perfección. No voy a volver a repetirlo.

Cate decidió que ya le había torturado lo suficiente, por lo que puso su mano sobre la gélida piel ya con cierto tono púrpura de la muchacha para dejar que fluyese una de sus visiones.

Nunca se acostumbraría a ellas, de eso estaba segura, y mucho menos cuando debía sentir cosas tan perturbadoras y dolorosas como aquella que sentía en aquel instante.

Abrió los ojos, encontrándose con los de Huxley, que parecían estar intranquilos.

—Tiene algo en la nariz —murmuró, siendo consciente de que aquello era algo insólito.

Pero Huxley no preguntó, sino que fue directo hasta hurgar en las fosas nasales del cuerpo, y de allí sacó un diminuto papel enrollado. Con cautela, procedió a dejarlo leíble.

—¿Qué pone? Ah, sí, " No te fíes de las apariencias sino de las evidencias".

—Lo dijo Charles Dickens —manifestó Catherine.

—¿De veras?

No tenía que hacer un como una ávida lectora, pero supuso que, en esto como en otras muchas cosas, se equivocaba.

—Mi padre cuando era pequeña solía leer me alguno de sus de sus cuentos antes de ir a dormir. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de él, así que se convirtió en mi escritor favorito.

Huxley sonrió cuando a ella se le iluminaron los ojos al decir aquello. Entonces se la imaginó como una niña pequeña en el alfeizar de la ventana, rogando porque le leyesen una página más. No sabía por qué, pero así se la había

imaginado.

—¿Les echas de menos?

—Algunas veces. Por cierto, aún no he conocido a tu madre.

Huxley suspiro, poniendo los ojos en blanco pensando en el elemento que era su madre.

—Mi madre es un verdadero tormento, espero que tarde en venir de su viaje, de veras.

—¿Dónde está?

—En Bath, dice que las aguas termales de allí le sientan de maravilla. De veras, creo que, si llegas a conocerla antes de la boda, no te casas conmigo.

—Eres un exagerado, seguro que es encantadora —respondió Catherine.

—No vas a pensar eso, te lo aseguro. Pero volvamos a la pista, ¿se te ocurre a qué se refiere?

—Dickens es un autor que siempre, en sus historias, hay una denuncia social. Quizás se refiere a eso, pero no sé qué podría tener en común con la próxima víctima.

—Yo tampoco, y ese símbolo... parece pi, pero la raya vertical iría más arriba.

—¿Sabes qué me parece a mí? Una H, la letra.

Huxley volvió a mirárselo bien, y se dio cuenta de Catherine podría tener razón.

—Pues podría ser.

Antes de que Catherine pudiese seguir sobre su teoría, escucharon en la parte de arriba de la casa, un grito estridente de mujer.

Y Huxley lo supo, no tuvo ninguna duda. Era su hermana cuando aquel terrible mal se apoderaba de ella. Dejó lo que estaba haciendo e ipso facto subió las escaleras hasta llegar a la entrada principal, dónde estaba Annabelle aún con el sombrero puesto y la capa, lista para salir, sólo que no estaba en condiciones para hacerlo.

—Huxley, he tenido que volver corriendo. ¡Me he dejado el anillo! No puedo

ir sin anillo, lo sabes, ¿no?

—Cariño, no te preocupes, vamos a buscarlo. Estará en tu habitación —dijo él pausadamente mientras le hacía un gesto a Jensen, quién lo observaba todo desde el pasillo.

Ya sabía qué era lo que su excelencia quería, lo que Annabelle necesitaba en estos casos así que se encaminó a ello.

—¡No lo entiendes! Ellas lo saben, y lo quieren. Quieren mi anillo, quieren casarse con él.

—Querida, no es verdad.

—¡No voy a poder casarme!

De un golpe se arrancó el sombrero y lo tiró al suelo, para luego tirarse de los pelos mientras gritaba y balbuceaba cosas ininteligibles.

—Anna, cálmate —murmuraba Huxley, quién estaba realmente preocupado, no solo por el comportamiento de su hermana, pues no era la primera vez que le ocurría sino porque Catherine estaba en la puerta observándolo todo.

—¡Me van a matar! Tienes que hacer algo... —dijo ella, observándole con los ojos descajados y las lágrimas surcándole el rostro.

En cuanto Jensen le acercó la jeringuilla, Huxley se acercó a su hermana y se la clavó en el antebrazo, mientras ella enseguida se desvanecía.

Huxley depositó su hermana pequeña encima de su cama, y la dejó durmiendo. Había deseado y querido que aquello no sucediese, pero había pasado. No podía hacer nada al respecto, los episodios no eran comunes, pero cuando surgían nada podía hacer salvo adormecerla.

Bajó las escaleras encontrándose a Catherine en el salón con la mirada puesta en la ventana.

—Después cuando despierte, ¿lo recordará? —preguntó ella.

—A veces si, a veces no. Supongo que tienes preguntas.

Él las habría tenido, y siendo como era ella, no lo dudaba.

—Hubo un muchacho, el hijo de uno de los lacayos que sufría de lo mismo, pero sus episodios eran más habituales.

—Bénédict Morel fue el primero en ponerle nombre; *démence précoce*, demencia precoz. Empiezan a delirar, a ver cosas que no existen, e incluso pierden la memoria durante dichos episodios. Ewald Hecker avanzó un poco más dada su rápida evolución hacia la clasificación de las funciones psíquicas. Sí, viene del cerebro. Karl Kahlbaum lo llama catatonia. Es una falta de la percepción de la realidad, ve a gente que no existe, se imagina cosas, sobretodo paranoias, persecuciones, fantasmas...

—Lo siento, debe de ser duro para ella, y para ti. Y supongo que esta es la razón por la cual te convertiste en médico. ¿Has averiguado algo?

—El funcionamiento del cerebro es complejo. Hay cosas que siguen escapándose a mi entendimiento, pero no pienso llevarla a ninguna institución mental —sentenció.

—Lo entiendo —respondió ella.

Debía preguntárselo antes de que fuera demasiado tarde y terminase completamente enamorado de ella, si es que aún no lo estaba. Debía decírselo y ese era el momento propicio.

—Entenderé que no quieras casarte conmigo. Eres libre de romper nuestro compromiso, sin reproches —dijo de golpe.

—¿Crees que voy a romper el compromiso por esto?

—No sería la primera vez —confesó él.

No sería la primera vez... Catherine dedujo entonces que había habido otra mujer, y que lo rechazó por eso. Entendió ese afán por mantener las distancias, por mostrar apego alguno, por fingir desinterés.

—No lo haría, pero si tú quieres romperlo después de lo que voy a decirte, también lo entenderé.

Arrugó la frente, pensando en lo que sería ese misterio que Catherine albergaba.

—Si vas a decirme que no piensas dejar de ver espíritus, ya me lo imaginaba.

Catherine quiso reír, pero no le salió puesto que iba a contarle su mayor secreto, bueno, el segundo mayor secreto pues lo primero ya lo conocía. El

rechazo era algo a lo que temía, sobre todo viniendo de él.

Porque, en el fondo, le apreciaba demasiado. Había adquirido por Huxley Hamilton un cariño indelegable, genuino e incomprensible. También un deseo irrefrenable que no lograba entender. Sin duda, Catherine habría dicho que estaba empezando a enamorarse de él, si hubiese podido enamorarse. Pero no era el caso.

Prefería ser sincera, había decidido confiar en él, igual que él estaba haciendo.

—Se trata de mis orígenes. Es cierto que la familia de mi madre venía de Italia, pero no eran originarios de allí, al menos una parte. Creo que te dije que una de mis antepasadas era Caterina Sforza, ¿cierto?

—Así es.

—Caterina tuvo varios amantes a lo largo de su vida, entre ellos un príncipe gitano venido del Norte. Tuvieron una hija, pero Caterina no pudo quedársela, así que fue él quien se encargó.

—¿Me estás diciendo que la familia de tu madre era...gitana?

—Eso es.

—Qué lástima que no pueda decírselo a tía Megan, le había contado a Andrew todas las teorías posibles sobre esa parte de la familia, pero esa no estaba entre ellas.

—¿Tengo que hacer el equipaje? —preguntó ella dejándose de bromas.

Mantén la barbilla alzada, el porte orgulloso y el semblante serio. Lo cierto era que a Huxley le importa un pimiento lo que acababa de decirle, más que nada porque sabía a ciencia cierta que su propia familia no quedaba limpia de escándalos, amantes y varios bastardos.

—Cate, todas las familias de Inglaterra tienen esqueletos en sus armarios. ¿Qué sería de la nuestra sin algún que otro secreto? Creo que incluso le da cierto caché, ¿no crees?

—Cierto — respondió, aliviada—. Huxley, ¿alguna vez te has enamorado?

—Una vez — confesó él, en aquel momento era incapaz de mentirle.

—¿De la actriz?

—Por Dios, no. Fue hace muchos años.

—Te rompió el corazón —entendió enseguida aquel temor que él había tenido a que ella misma se fuera.

Sin embargo, ¿quería decir eso que Huxley sentía algo más por ella?

—Un poco. Estás temblando, ¿tienes frío?

Se acercó a ella, vacilante. Estaba a menos de cinco centímetros de su cuerpo y ya empezaba a notar ese efecto que ella tenía sobre él.

—Algo.

Huxley entendido entonces, que era cierto, estaba empezando a quererla mucho más de lo que en un principio, había aceptado. Se acercó a ella y la abrazó, con un cuidado extremo, como si estuviese hecha de cristal. La rodeó con los brazos depositando sus manos alrededor de su cintura. Catherine sintió cómo algo en su interior se derretía, como algo hacía caer todas sus barreras, todas sus creencias y todo aquello que hacía que pusiese distancia con las personas.

—¿Catherine?

El estómago de ella se encogió al escuchar su voz aterciopelada y su aliento rozándole la nuca.

—Dime.

Deseaba besarla, nunca había deseado besar a nadie tanto como ahora. Pensó que, al fin y al cabo, era su futura mujer, dentro de lo censurable era algo perdonable. Dios, había hecho muchísimas otras cosas que habían sido perores, por robarle un beso no se moriría.

—Perdóname.

Antes de que pudiese preguntar por qué tendría que perdonarle, Huxley la empujó hasta la estantería observando sus labios rojizos y fijándolos como su objetivo. Se lanzó a ellos con avidez, mordisqueándolos y saboreándolos igual que si fuese el mejor de los manjares.

Ella se sorprendió, notando que con ese beso las rodillas le flaqueaban. Apoyó

las manos encima de su pecho para no caerse y le respondió el beso mientras que dejaba que la lengua de él recorriera su boca húmeda y trémula.

Lo quería, lo había estado deseando y soñando desde la primera vez que sucedió en aquel callejón oscuro y de mala muerte, no podía mentirse a sí misma.

—Hux... —quiso decir su nombre, pero él no le dejó pues aprisionó sus labios meciéndolos igual que las olas del océano chocaban y bamboleaban un barco en plena tempestad.

Era el viento que azotaba los árboles en las ramas, era la hoja en un arroyo descendiendo en sus aguas, era la tierra abriéndose ante un terremoto. Con una fuerza de la naturaleza que jamás pudo imaginar que poseía, puso las manos en el trasero de Catherine y la elevó para poder abarcar su boca con ahínco, pudiendo notar a través de la tela de lino, de todas las capas de ropa que pudiese llevar, la carne firme de sus posaderas.

Ella jadeó sintiéndose prisionera de una pasión desmedida, algo que nunca había imaginado de un hombre como Huxley Hamilton, pero no le importaba, es más, disfrutaba gratamente de este cambio tan radical que vivía el duque, tan racional y sereno de normal, nunca habría dicho lo apasionado que podía llegar a ser.

Huxley continuó la introspección de su boca mientras sus manos buscaban llegar a tocar su piel, pero con aquel endemoniado vestido parecía que fuese imposible.

Abrió los ojos deteniendo aquel beso, dándose cuenta de que seguían estando en la entrada de la casa, a la vista de todos.

—Disculpa, ha sido un atrevimiento por mi parte —balbuceó, pero sin poder despegarse de ella.

Catherine, aún medio temblando de la impresión, parpadeó varias veces mientras abría la boca para respirar.

—No te disculpes por algo que no te arrepientes de hacer —le soltó, siendo ella quién se movió hacia la derecha, dando varios pasos a un lado.

—No, no me arrepiento. Y si no me dices que me detenga, lo volveré a hacer,
Cate —le aseguró.

Ella sonrió, porque eso era justamente lo que quería oír.

—Bien —dijo solamente, subiendo las escaleras.

VEINTIDÓS

Sussex, 1865

En menos de dos semanas, Huxley Hamilton había tenido que acudir a nada más y nada menos que a tres entierros. El primero, con el viudo desconsolado de su amigo Andrew Keightley a la que había sido su mujer por un breve periodo de tiempo. La muerte de Isabella lo apesadumbró, pese a que no conocía demasiado a la muchacha, había llegado a pensar que realmente su carácter paciente y maternal, y su devoción por su marido harían que Keightley abandonase esas ideas absurdas de no creer en la monogamia, ni en el matrimonio. Decía que, si los hombres veníamos de los animales, ningún animal tiene un compañero de vida durante toda ella, cosa que a posteriori se había demostrado que sí, que algunos animales lo tenían.

Lo cierto era que estaba destrozado, llegando hasta tal punto de querer quitarse la vida. Estaba seriamente preocupado por él, tanto que había escrito a la tía de Huxley, Megan Keightley para que lo visitase y acompañase en tal episodio tan traumático pues no se fiaba de su estabilidad mental. Aquello lo había cambiado radicalmente, sabía de buena tinta que había dejado a todas sus amantes y que no mantenía contacto con ninguna pese a su insistencia.

Sin duda, Huxley había decidido que guardarse cierta información en la autopsia era algo primordial, y es que, pese a que el rostro de Isabella estuviese desfigurado, la había realizado para ver si había sufrido algún tipo de dolor agudo o enfermedad que tuviese conocimiento y fuese incurable, de allí al hecho de suicidarse. Pero se había encontrado algo muy distinto: un embarazo.

No era nada prudente decírselo a Andrew, que sabiéndolo sería capaz de intentar otra vez quitarse la vida. Estaba decidido a llevarse aquel secreto a la tumba.

El segundo entierro al que había acudido había sido el de la mujer del doctor Heimsworth que, movido por la insistencia de ella, la había finalmente operado y, tal y como había augurado, no había sobrevivido a la operación. Su triste destino había hecho que pensase seriamente en que la medicina, aunque avanzada, aún tenía mucho camino por recorrer.

No había conocido a la señora Heimsworth, pero parecía que el doctor le tenía aprecio, y aunque no se había mostrado como un viudo desolado, sí había cierta culpabilidad en su muerte.

—No somos Dioses, Heimsworth, hay cosas con las que no podemos luchar —le dijo a su amigo cuando el cura terminó las oraciones y echaron la tierra sobre el ataúd.

—Lo sé. Pero algún día lo seremos —aseguró él—. No se merecía esto. No debería haberme casado con ella.

—No te tortures, el pasado no puede cambiarse.

Lo cierto era que él mismo se encontraba desesperanzado tras la operación de la señorita Dupree, que no había tenido ningún éxito. Cuando logró adormecerla, junto con la inestimable ayuda de Heimsworth, y le abrieron el cráneo con una sierra, lo que encontraron fue algo insólito: el cerebro estaba funcionando a la perfección y no había nada anormal en él, ni siquiera una hinchazón ni un tumor, absolutamente nada.

Dadas las circunstancias, decidieron que lo mejor era cerrar, dejándose de experimentos. Pero la paciente, tras dormir durante varios días, expiró, teniendo una pacífica muerte, tal y como ella anhelaba.

Se hallaba perdido, todos los avances que había logrado se desmoronaron, porque no era nada aparente, ni físico. Tendría que empezar desde cero, coger cerebros de los cadáveres y analizarlos a fondo para entender cada uno de sus rincones.

El tercer entierro había sido el de un pariente lejano, su madre había insistido en que debía acudir, y por uno más no le importó.

No, no fue al de la señorita Dupree, no quería que le preguntasen sobre su

relación con ella, aquella operación había sido secreta y no deseaba que nadie supiese a lo que se dedicaba. Se había comprometido a enviar la carta y así lo había hecho, desligándose completamente de nada que tuviese que ver con ella.

Entró en el salón, teniendo en la cabeza varios planes para empezar las autopsias de dos cadáveres que había encargado cuando su hermana pequeña Annabelle entró saltando y cantando.

—¡Huxley! A qué no adivinas qué me ha prometido madre.

Era una niña adorable, tan dulce y tan tierna como un dulce. Menuda y totalmente despreocupada, sus ataques no eran frecuentes y de momento lo podían controlar. Pero una vez cumplierse los dieciocho y debutase, la cosa sería más complicada, aunque aún quedaban varios años para aquello.

—¿El qué?

—Un poni para mi cumpleaños.

—¿Un poni? —preguntó Hilda entrando también en el salón—. Menuda tontería, ya es mayorcita para empezar las clases de equitación, ¿no crees querido? —soltó, acercándose a su prometido.

Pero Annabelle no estaba dispuesta a ceder fácilmente, pues por muy dulce que fuese, también tenía mucho carácter y era tozuda.

—Yo no quiero un caballo, son grandes y me dan miedo. Yo quiero un poni, y madre me ha prometido uno —dijo, cruzando los brazos.

—Los ponis son inútiles, pronto crecerás y no podrás subirte a uno. Creo que un caballo sería infinitamente mejor. Huxley, ¿no crees que tu hermana debería ir a un buen colegio de señoritas? Es caprichosa y tozuda —espetó, delante de ella.

—Tiene una excelente institutriz —respondió Huxley, que no le gustaba nada el matiz que adquiriría aquella discusión.

—Yo no quiero irme a ningún sitio. Hux, ¿vas a echarme de aquí? —murmuró Annabelle, angustiada.

—Claro que no, princesa —dijo él con rapidez.

—Vas a hacerlo, siempre haces lo que dice esa mujer. ¡Vas a echarme de

aquí!

Empezó a no poder respirar, y pronto se le desbocaron los ojos. Gritó y chilló, hasta que se clavó las uñas en sus brazos y Huxley la cogió por la cintura y se la llevó hasta su habitación, donde la ató a su cama para evitar que se hiciese daño a sí misma e intentó calmarla como pudo, hasta que un rato después se quedó dormida.

Quería evitar comentárselo a Hilda en la medida que fuese posible, pero ya era tarde, así que no había otra forma sino encarándolo. Bajó las escaleras lentamente, igual que el condenado camina hasta la horca.

VEINTITRES

Sussex, 1875

De haber sido otra persona, Thomas Vaine habría desistido de casarse con Annabelle Hamilton, pero no lo era.

La primera vez que la vio, fue en el parque de Saint James, dando un paseo con su madre. Le pareció que era un ángel bajado del mismísimo cielo para ser contemplado, para que todos admirasen su perfección divina, Los rasgos prosaicamente definidos, sus mejillas clareadas y sus ojos puros y bellos.

Caminaba igual que si flotase, su desinhibición al contemplar cada árbol, cada flor lo cautivaron. Era tan pura, tan perfecta y tan distinta a él que sintió que una fuerza invisible lo empujaba hacia ella, y quedaba atado a ese ser mágico.

Era incomprensible porque Thomas Vaine era bien conocido por ser un hombre de cascos ligeros, un libertino al que le gustaban las aventuras de noches londinenses, timbas ilegales en mansiones de lores arruinados y orgías con sustancias psicotrópicas.

Annabelle Hamilton era la mujer más poco experimentada que quizás podrías encontrar en los salones de Londres y con la mente más infantil. Aun así, quedó cautivado y no se detuvo hasta obtener su atención.

Si hubiese sido como cualquier dama, hubiese sido reticente, hubiese vacilado al relacionarse con él, pero Annabelle era incapaz de pensar mal y sobretodo, de hacer caso a las habladurías, por lo que fue encantadora. Así que siguió cortejándola hasta que se dio cuenta de que ella era lo que buscaba, la bondad personificada, para ver si él mismo pudiese tener algo de salvación.

La quería, no dudaba sobre sus sentimientos, pero también era consciente de

que él, siendo un hombre de mundo, tenía ciertas necesidades que, estando prometidos durante casi un año, tendría que saciar. Pensaba corromper cada parte de su cuerpo, descubrirle un nuevo mundo de sensaciones cuando estuviesen casados, pero hasta entonces se limitaría a hacerlas realidad con otras mujeres.

Principalmente, porque su hermano Huxley estaba al acecho cual perro guardián, custodiando el mayor de los tesoros, que era su hermana. Poco le importaba que estuviesen prometidos, que le hubiese demostrado su lealtad, Huxley seguía viéndole con recelo.

Pero allí estaba, llamando a la puerta de su casa para acudir a la fiesta que Keightley había organizado, cosa extraña pues no era dado a ser ningún tipo de anfitrión.

Jensen abrió la puerta, disimulando la antipatía que aquel hombre le producía, influencia cómo no, de su señor, y le hizo pasar hasta el recibidor.

—Vaine, has venido pronto —soltó Huxley en cuanto lo vio entrar.

Thomas sonrió, disimulando la antipatía con que Hamilton lo estaba tratando.

—Tengo ganas de ver a mi prometida. ¿Dónde se ha metido Annabelle?

—Está terminando de arreglarse junto con Catherine. Ya sabes cómo son las mujeres con tanta parafernalia, siempre tan oportunas cuando se trata de llegar a la hora —soltó, obviamente refiriéndose al hecho de tener que soportar a Vaine a solas—. ¿Una copa?

—No, gracias. Quería discutir un tema de negocios con Richard Burns, tengo entendido que también ha sido invitado.

—Así es —afirmó Huxley.

—Si no os importa excelencia, me iré adelantando para comentárselo y así no dejar a Annabelle sola durante el evento.

Huxley se alegró, odiaba esa falsa amabilidad que debía demostrar cuando Vaine estaba delante.

—Por supuesto que no, nos veremos allí.

Thomas asintió y salió de la residencia de los Hamilton aliviado de no tener

que estar en presencia del Duque ni un segundo más. Lo mismo sintió Huxley, que decidió ir a por una copa antes de que apareciesen Cate y Annabelle.

Mientras tanto, su hermana pequeña llamó a la puerta de Catherine con timidez, y decidió entrar cuando esta respondió. Dio varios pasos hasta el centro de la habitación, esperando que esta dijese la primera palabra. Cate, sentada en el tocador, terminaba de rociarse con su perfume.

—¿Annabelle? ¿Ya estás lista? Es un vestido precioso —comentó al girar el cuello y verla con una tela rosada con flores estampadas, un escote discreto y la cintura de avispa muy marcada.

—Gracias. Catherine, sólo quería disculparme por aquel episodio que tuviste que presenciar el otro día, no había tenido oportunidad de decírtelo —susurró con los ojos puestos en el suelo, sin atreverse a alzar la vista.

Estaba realmente avergonzada, procuraba que su mente no se descontrolase, al menos cuando salía de casa, pero la mayoría de las veces era inevitable.

—No hay nada que disculpar.

—No me gustaría que tú...que Huxley...

—¿Qué? —preguntó Cate algo confusa.

—Que anulaseis vuestro compromiso —por fin dijo.

—Eso no ocurrirá. Annabelle, todos tenemos nuestros propios demonios, créeme, nadie se libra —aseguró ella, sabiendo muy bien de lo que hablaba.

Anna alzó los ojos, más tranquila al escuchar aquello.

—Nunca había visto a Huxley así de feliz, ¿sabes? Es por ti.

Una parte de Catherine se alegró, al fin y al cabo, a ella también le gustaba su presencia, sus charlas, y sí, sus besos. Pero no poder corresponderle de la misma forma... eso la tenía tremendamente intranquila. Pero era contradictorio, porque quería tenerlo embelesado, que bebiese los vientos por ella, pero no quería tener que romperle el corazón.

Estaba segura de que, si alguna vez había sentido algo parecido al amor, al hecho de enamorarse de alguien, eso había sido con él. Si pudiese enamorarse, seguro que ya lo estaría de Huxley Hamilton.

—¿Estás lista? No hagamos esperar más a tu hermano —dijo, pues no quería hablar de eso con Annabelle, no cuando sus sentimientos eran tan dispares.

Huxley estaba intranquilo. No paraba de dar vueltas por el recibidor ante la espera de encontrarse con Catherine.

Desde aquel beso que no habían coincidido, y no es que la hubiese evitado a propósito, pero ciertos asuntos lo habían requerido en la capital, y no había vuelto hasta esta misma tarde.

Y es que tenía mucho en qué pensar, pues aquella vez, había sido él quien la había besado, ninguna circunstancia externa o extrema había intercedido, lo había hecho a propósito, bajo su plena y absoluta voluntad. ¿Por qué? Pues porque había soñado demasiadas veces con aquella boca, se había imaginado lanzándose encima de ella en demasiadas ocasiones. Su lunar en la mejilla lo tentaba a hacer cumplir miles de fantasías, su descaro al hablarle le daba ganas de darle más cuerda para que siguiese azotándole con sus palabras y se había vuelto masoquista frente a sus insultos y desplantes.

Pero sus besos eran cosa de otro mundo, y una vez los probó, había desatado la caja de Pandora. Se había resistido, hasta que aquella tarde, sucumbió. Era culpable, culpable por desearla como un enfermo, culpable de ir más allá y sería también culpable de seguir haciéndolo pues no sentía remordimiento alguno.

Supo que tenía la batalla perdida en cuanto ella y su hermana bajaron hasta la entrada, en cuanto sus miradas se cruzaron y el suelo tembló bajo sus pies. Perdió el sentido de la realidad y sólo existía ella y sus ojos como zafiros azules penetrándole hasta llegar al alma.

—¿Thomas aún no ha llegado? —preguntó Annabelle, sacando a Huxley de su embrujo.

—Lo ha hecho, pero quería hablar con Burton sobre cierto negocio y ha ido tirando.

Mientras Jensen acercaba la capa a cada una de ellas, Huxley le observaba de rojo las reacciones de Catherine, que no le daba ninguna pista sobre lo que pensaba.

Ciertamente, Catherine era una persona cerrada, difícil de descifrar. Durante esos días había aprendido a conocerla mejor, pero, aun así, le costaba adivinar cuál es eran sus pensamientos.

En cuanto salieron a la entrada principal, los tres entraron dentro del carruaje que los llevó hasta la residencia del vizconde, muy cercana.

la frescura de la noche hizo que Catherine se estremeciese al salir del carruaje, pero no solo lo hizo de frío, sino también por la presencia de Huxley, cercana, aunque silenciosa. Había notado cierta tensión, una propia del momento posterior a un determinado acto incómodo o bochornoso, o en este caso, imprudente.

En cuanto llegaron al salón principal, donde la mayoría de las personas hacía rato que habían arreglado, Catherine se relajó.

—No he tenido la oportunidad de hablar sobre lo que pasó el otro día —susurró Huxley entonces, al amparo del ruido del ambiente.

Catherine, que no se lo esperaba, volvió a tensarse de nuevo.

—¿Vas a volver a disculparte? —respondió ella.

—No. Sólo quiero saber si te agradó —pregunto y él, armándose de valor.

—¿Para qué quieres saber eso?

—Para saber si puedo volver a hacerlo sin que te moleste —susurró él justo antes de que Andrew llegase hasta donde estaban, interrumpiéndolos.

Estaba ufano, sonriente, no parecía el mismo, o eso pensó Huxley al verle.

—Hamilton, lady Catherine, al fin os dignáis a hacer acto de presencia.

—¿Dónde has dejado a tía Meg? —preguntó Huxley.

—Discutiendo con el señor Burton.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo, estamos como el perro y el gato, no se les puede decir nada. Lo bueno es que Burton ha dejado de tenerme en el punto de mira.

—¿Y Vaine no está por aquí?

—Le he visto hace nada. Lady Catherine, ¿me concede el honor de presidir el próximo baile?

Por supuesto, omitió que lo había visto coqueteando descaradamente con otra jovencita, por el bien y la salud de Annabelle.

—Será un placer — respondió ella, aceptando el brazo que éste le ofrecía.

Anabel estaba impaciente por ver a su prometido pues hacía al menos dos semanas que solo se comunicaban por carta. Ansiaba bailar con él, igual que hacían todas las jóvenes en las fiestas. Ella había acudido a tan pocas veladas como esta que, cuando lo hacía, disfrutaba de cada conversación, de cada persona con quien se encontraba, cada paso del baile quedaba. Solo tenía un deseo, solo había tenido ese deseo durante toda su vida, y era consciente de que jamás iba a cumplirse.

Quería ser como las demás, tan normal como cualquier otra joven que se encontraba en esa misma sala. Pero sus episodios se lo impedían y sabía que continuaría siendo así, no había cura alguna para ella. También sabía que era probable que no pudiese acabar desposándose con Vaine, que este en cuanto supiera lo que le ocurría, rompería el compromiso, y si lo averiguaba después de la boda, también era probable que la encerrase por vida en algún horrible sitio como Bedlam o St. Elizabeth's.

Aun así, no quería dejar que el miedo a la terminase, que el temor a lo que pasaría la paralizase. Quería vivir, aunque fuese por poco tiempo.

Estaba a punto de decirle a su hermano que necesitaba ir al tocador, cuando se les acercó un hombre cuya presencia la dejó anonadada. De mediana edad, pose ruda, facciones muy duras con algunas arrugas junto a los ojos, que eran azules fríos y pequeños. Su nariz era prominente, pero a la vez elegante. Su cabello era negro como el carbón y empezaban a notársele algunas canas. Vestía de una forma sobria con traje negro sin más adornos que un reloj de bolsillo que llevaba en la mano.

—Heimsworth, ¿qué te trae por aquí? —exclamó Huxley al verle.

—He sido invitado después de visitar a la tía de Keightley.

—¿A tía Megan? ¿Qué le ocurre?

—Absolutamente nada.

Por el tono de voz que usaba y la expresión que tenía, Annabelle dedujo que no era un hombre muy dado a las festividades, y que en aquel momento se aburría.

—Te presento a mi hermana, lady Annabelle, no creo que la conozcas —dijo Huxley.

—No tengo el placer —respondió él, posando la mirada en ella.

Igual que si recibiese un sablazo, Annabelle sintió que una corriente eléctrica la sacudía por completo en cuanto los ojos de ese hombre se posaron sobre los suyos.

—Annabelle, él es el doctor Heimsworth, un médico excelente y un buen amigo —dijo presentándoselo.

—Es un placer conocerle, doctor.

Los doctores no le agradaban, en absoluto. Desde que tuvo su primer episodio a los ocho años, que había ido desvelando de consulta la consulta a largo de todo el país, visitando los especialistas más reputados. Pero ninguno de ellos había logrado ningún avance.

Sus métodos, sin embargo, habían sido muy diversos y algunos aún hacían que Annabelle aún tuviese pesadillas. Como el que consistía en dejar que se ahogase en un cubo de agua fría, o el que involucraba golpes en el abdomen para aplacar su agresividad durante los episodios.

—Lo mismo digo.

En cuanto el hombre puso los ojos en los suyos, Annabelle sintió un escalofrío que le recorrió la columna vertebral. Una especie de temblor le invadió la boca para seguir en sus manos y en el resto de las extremidades. Se sentía intimidada, o algo parecido.

—Voy a tener que robarle a Andrew a mi prometida, ¿podrías cuidar de ella mientras tanto? —le pidió a Heimsworth.

—Por supuesto.

En cuanto se quedaron a solas, sin Huxley de por medio, Annabelle no supo qué decirle. No quería parecer una cría, pues parecía un hombre extremadamente

culto y con mucha experiencia. Pese a eso, se decidió a hablarle.

—¿Ha venido solo? —susurró, mientras notaba cómo sus mejillas se teñían de un tono rosado poco favorecedor a su parecer.

—Así es.

—¿Estáis casado?

—Lo estaba, soy viudo.

Annabelle supo que había metido la pata al preguntar eso, así que intentó arreglarlo.

—Lo siento mucho, no quería sacar el tema, sólo que me pareció un tema más de conversación. No soy muy dada a socializar, me pongo nerviosa y no paro de hablar. Si por mi fuese, le hablaría de esa terrible novela que he descubierto recientemente, de Bram Stoker. Se titula *The primrose path*, aunque se la recomiendo encarecidamente. —Dándose cuenta de lo que estaba haciendo, cerró la boca, pero al ver que el hombre seguía escuchándola, decidió que era mejor disculparse antes de que fuera demasiado tarde. — Perdone, he vuelto a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Hablar y hablar sin ningún sentido.

—A mí me ha parecido que todo lo que decía tenía mucho sentido, *milady*. Y acerca de tal novela, me pareció fascinante y se ha convertido en una de mis favoritas. Pero dudo que mi criterio sea parecido al suyo.

—¿La ha leído? —preguntó ella, mientras el rostro se le iluminaba.

—Así es.

—Es la primera persona que conozco que lo ha hecho. Disculpe mi atrevimiento, pero estaría encantada de saber su opinión. ¿Cree que el crimen...?

Iba a preguntarle sobre ciertos detalles escabrosos, sobre si podrían darse en la realidad dada su condición de médico, pero fue interrumpida.

—¡Querida! Por fin te encuentro, ¿dónde te habías metido? —dijo Thomas Vaine acercándose.

Había visto cómo empezaba a hablar con aquel desconocido, cómo se

sonrojaba y luego cómo le brillaban los ojos. Por primera vez en su vida, había sentido celos de no ser él aquel hombre. Cuanto más la observaba, más la quería tener sólo para él. Le daba la sensación de que, si la tocaba, podía llegar a ser eterno, inmortal, pues era lo más divino que había visto nunca.

—Thomas, ¿conoces al doctor Heimswoth? —soltó ella algo azorada.

—No tengo el placer. ¿Bailamos?

Annabelle iba a decirle que no quería hacerle ese feo al doctor, que estaban teniendo una conversación y que quería seguir con ella, pero fue el propio Heimworth quién dijo algo al respecto.

—Ha sido un placer, si me disculpan, voy a retirarme.

—Lo mismo digo —respondió ella algo apenada.

VEINTICUATRO

Mientras tanto, Huxley buscaba con la mirada en el centro de la pista a Catherine y a Andrew hasta por fin, hallarlos. Esperó a que la pieza musical terminase, a que Catherine y Andrew salirse de la pista de baile para ir a su encuentro. Camino hasta allí con una necesidad imperante que antes no había sentido por abordar a una mujer.

—Andrew, voy a llevarme a mi prometida durante unos minutos, espero que no te importe.

—En absoluto — respondió su amigo, entendiendo a la perfección que era lo que iba a hacer.

Cogió su mano y la guio hasta llegar a las escaleras principales, donde ambos subieron disimuladamente. Cruzaron el pasillo, Huxley conocía a la perfección la mención, así que no se detuvo hasta llegar al despacho de su amigo. Cerrar la puerta detrás de sí, con prisas.

—¿Ocurre algo? ¿Irons te ha comunicado alguna pista? — preguntó Catherine algo desconcertada.

Aquel nerviosismo e inquietud de Huxley, tan impropio del, le habían puesto nerviosa. Buscó su mirada algo turbada, intentando adivinar en qué pensaba.

—No es nada de eso.

Huxley se relamía los labios, fijando su mirada en la delgada línea de su cuello, tan lánguido y elegante, en el sutil escote de sus pechos, que tanto deseaba volver a ver.

—¿Entonces?

¿Qué decirle? ¿Que la deseaba? ¿Que había estado todas las horas de todos los días contando los segundos para tenerla a solas, para disfrutar de su presencia? ¿Qué quería todas esas cosas?

—Tenías razón, no me arrepiento.

Catherine se mordió el labio inferior inquieta, absolutamente sorprendida.

Disfrutó de sus palabras, tampoco era común que Huxley hablase abiertamente, trasluciendo lo que sentía o pensaba sin escudarse detrás de algún comentario irónico o humorístico, o quitándome importancia. Pero ahora hablaba en serio, sin artificios ni dobles intenciones.

—Yo tampoco —le salió decirle.

Avanzó un par de pasos hasta quedar a pocos centímetros de su cuerpo, rígido y tenso. Con la mano derecha buscó su brazo y lo agarró, con cierta duda.

Catherine se mordió el labio inferior inquieta, absolutamente sorprendida. Disfrutó de sus palabras, tampoco era común que Huxley hablase abiertamente, trasluciendo lo que sentía o pensaba sin escudarse detrás de algún comentario irónico o humorístico, o quitándome importancia. Pero ahora hablaba en serio, sin artificios ni dobles intenciones.

Avanzó un par de pasos hasta quedar a pocos centímetros de su cuerpo, rígido y tenso. Con la mano derecha buscó su brazo y lo agarró, con cierta duda.

—Voy a besarte, espero que no tengas objeción a ello —dijo sin tapujos, con el semblante serio.

—¿Me has traído hasta aquí para besarme? Qué travieso te has vuelto, Huxley —sonrió ella mientras pronunciaba aquellas palabras con parsimonia.

Quería disfrutar del momento, así que se recreó en acariciar tu mejilla, bajando hasta sus labios y humedeciendo ligeramente los dedos en su boca, un pecado mortal para todo aquel que se atreviese a probarla. Luego bajó hasta su cuello, percibiendo el palpitante corazón a través de la yugular.

—Esos ojos de gitana que tienes...no me los puedo quitar de la cabeza —confesó en voz muy baja.

—¿Vas a besar me esta noche o mañana? —preguntó Catherine, que estaba impaciente.

—No seas impaciente cariño, lo bueno se hace esperar —susurró en su oído, pegando los labios en el lóbulo de su oreja y mordisqueándolo, arrancándole un ronroneo suave.

Las manos viajaron entonces a su cintura, aprisionándola contra su cuerpo,

los labios hasta el cuello de su prometida, y mientras él chupaba y besaba su piel, ella se estremecía mordiéndose el labio y disfrutando de todas estas sensaciones que la invadían.

—Has hecho esto antes, ¿verdad? —murmuró Cate visiblemente turbada.

—Lo admito. Pero la práctica hace al maestro, cariño.

—Practique más conmigo, entonces —le susurró ella, recordando la primera conversación que habían mantenido.

Dicho esto, alcanzó su boca sin mostrar compasión alguna. Buscó la lengua de ella y la entrelazó con la suya sin parar de moverla. Aquello era puro éxtasis, Catherine era la sensualidad en persona, su sabor era infinito y su saliva el alimento que necesitaba. Ella se agarró a sus brazos para no caer de la impresión, devolviendo aquel beso feroz. Era cautiva de sus caricias, de sus abrazos, de su sabor.

Huxley se detuvo para respirar, y aprovechó para apoyar su espalda contra la pared. Volvió a adentrarse en su dulce y cálida cavidad, deleitándose con sus suspiros. Estaba tremendamente excitado, y ella por su respiración entrecortada y la curva arqueada de su espalda que hacía que se rozase con su cuerpo, también.

—Hux... —ronroneó ella en aquel momento, cosa que hizo saltar su miembro dentro de los calzones.

Su respuesta no se hizo esperar. Empezó a subirle la falda hasta encontrarse con las piernas cubiertas por las medias. Ascendió hasta la parte baja de las caderas y rebuscó entre las ropas para encontrar algún agujero intentando hallar su cueva secreta, pero sin éxito.

—Diantres, ¿por qué llevas tanta ropa? —se quejó él, ante tanto impedimento.

—Cariño, es lo que todo el mundo lleva. Excepto las mujeres de moral ligera —explicó ella pacientemente.

—Voy a tener que limitarme a manosearte por encima y a besarte. Pero cuando llegemos a casa...

—¿Sí? —preguntó ella juguetona.

—Pienso desnudarte y deleitarme con cada parte de tu cuerpo —aseguró, volviendo a besarla, pero esta vez más pausadamente, lamiendo sus labios hinchados y sonrosados.

Era preciosa, perfecta. Iba a casarse con él, aún no podía creérselo. De pronto, un grito los interrumpió, haciendo que ambos se separasen volviendo a la realidad.

—Parecía que era tía Meg — comentó Huxley, pues indudablemente había sido una mujer.

—No ha sonado en esta planta.

Sin perder más tiempo, los dos salieron del despacho buscando de nuevo algún indicio o sonido para ir al encuentro de esa persona. A ver a Andrew que se dirigía hacia las escaleras, le siguieron hasta una de las habitaciones. Al entrar, ambos se quedaron de piedra cuando vieron que, encima de la cama que regía la habitación, estaba Fanny Quinn completamente desnuda y sin vida.

—¡Qué atrocidad! —decía tía Meg, con los ojos desencajados y sin poder siquiera volver a ver la escena que se imponía ante sus ojos.

Andrew la cogió por el brazo y se la llevó fuera calmándola.

—Mandaré un mensaje ahora mismo a la policía. No dejéis que, entre nadie, por favor —les pidió.

Huxley asintió cerrando la puerta. Avanzó hasta el cadáver y vio que era el mismo modus operandi que el asesino de las dos prostitutas había seguido. Un corte en el tórax, las manos y los brazos atados con cuerdas.

—No lo has sentido —dijo Huxley, refiriéndose a Catherine.

—No — afirmó ella, que enseguida tocó a la joven por el pie, pero siguió sin sentir nada—. Y ahora tampoco.

—¿Por qué? ¿Te había ocurrido con anterioridad?

—No...no lo sé. Ayer Esme me dio un amuleto para alejar a los malos espíritus, puede que sea eso —comentó, señalando un anillo de plata bastante sencillo.

Sin pensárselo dos veces, se lo quitó. Fue entonces cuando de golpe, le vino la visión y, acto seguido, se desmayó.

Huxley logró sujetarla para que no cayese al suelo, y la dejó sentada en una butaca de la habitación. Estaba a punto de zarandearla para que despertase cuando llamaron a la puerta, y decidió abrir solo un poco, lo suficiente para ver quién era.

—Disculpe la intromisión, pero milord me ha dicho que quizás necesitaría mi ayuda —murmuró una joven doncella algo cohibida.

—Baje al salón y busque al doctor Heimsworth, dígale que, de parte de Huxley Hamilton, suba aquí inmediatamente.

La joven doncella asintió, y fue corriendo hacia donde le habían dicho. Huxley cerró la puerta y avanzó hasta Catherine seguía con los ojos cerrados. Se puso de cuclillas, delante de ella, y le acarició el brazo.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

Catherine abrió los ojos despertando de aquella pesadilla. Sin duda, había vivido muy bien aquellas horas en las que había estado bajo el influjo del anillo.

—Estoy bien. La chica...fue citada aquí, justo cuando llegó. Logró escabullirse entre la gente y él ya estaba esperándola en este cuarto. La tranquilizó mientras la seducía, decía que iba a casarse con ella, que aquello era una mera formalidad. Vaya, lo que todos suelen decir cuando no tienen buenas intenciones —susurró Catherine.

—Y se lo creyó, por lo que veo.

—Así es. Todo lo demás pasó como siempre, en el momento del culmen, le abrió el pecho y le sacó el corazón.

—Dios bendito —dijo el doctor Heimsworth cuando entró en la habitación.

La cerró de inmediato, dando torpes y dudosos pasos hasta donde estaba la víctima, con el ceño fruncido y una expresión de incredulidad marcada.

—Es la tercera, doctor.

Estuvo examinándola durante un rato, mientras que Huxley se aseguraba de que Catherine se encontraba bien.

—Este sobre, ¿crees que será de lady Megan? —El doctor se había percatado de la existencia de un sobre blanco de tamaño medio, situado encima de la mesilla de noche.

Lo cogió con la mano derecha, inspeccionándolo. No, no lo creía pues había manchas de sangre en el otro extremo.

—Podría ser del asesino —dijo Huxley, quitándoselo de las manos.

—Es del asesino, estoy segura —sentenció Catherine, que no dejaba de observar la habitación para ver si veía algo anormal, sin éxito—. Tenemos una pista, caballeros, y es que el asesino está en esta casa.

Huxley supo que tenía razón. Estaba allí y, seguro, era uno de los invitados.

—Quitando a las mujeres y a los hombres casados, la lista de sospechosos se reduce —respondió él—. Le pediré a Andrew la lista de invitados.

Sin embargo, Hatley poco sospechaba lo que iba a encontrarse dentro de aquel sobre cuando lo abrió. Allí dentro, doblado por la mitad, había un trozo de papel con una simple frase escrita en tinta negra: *¿Podrás encontrarme, Huxley Hamilton?*

Éste, al leer aquello, empalideció. El asesino sabía quién era él, y supuso que lo habría estado observando durante todo este tiempo que había durante la investigación. Se preguntó entonces si todas esas muertes habían sido, en el fondo, culpa suya, si él había incentivado al asesino a llevarlas a cabo. La culpabilidad empezó a remover la conciencia, se coló en su pensamiento y no había forma de abandonarlo.

—Será mejor que nos marchemos, Irons estará al caer. Ya sabe adónde tiene que llevar el cadáver —dijo visiblemente turbado y confuso.

—¿Pasa algo? —preguntó Catherine intuitivamente.

—Nada. Heimsworth, espero no haberte dado un motivo para que tuvieses pesadillas.

Este negó aquello, había visto carnicerías peores, aunque reconocía que la imagen era, más que menos, perturbadora.

—No sé si te ayudará saber que cogieron a un hombre que rondaba el

hospital. Tenía un arma que coincide con la bala que nos disparó, era un simple ladrón de cuerpos, no creo que tuviese nada que ver con el asesino.

—No, sigue aquí y es mucho más cercano de lo que nos parecía —dedujo él.

No quería permanecer en este sitio por más tiempo, así que prácticamente salió corriendo de allí y buscó a su hermana entre la multitud. Estaba hablando con Vaine, así que no tuvo reparos en interrumpirles.

—Annabelle, Catherine y yo nos vamos, no se encuentra bien.

Su hermana se preocupó enseguida, era de las personas cuya naturaleza no podían evitarlo.

—Catherine, ¿qué te ocurre? —le preguntó directamente.

—Estoy algo mareada —respondió ella, siguiéndole la mentira a Huxley.

No era algo tan alejado de la realidad, pues siempre que tenía alguna visión, después se sentía algo débil y un poco ida.

—Entonces mejor acuéstate.

—Vaine, ¿podrías llevarla de vuelta? —preguntó Huxley, ya que no le hacía ninguna gracia tener que pedírselo.

—Por supuesto, la devolveré sana y salva —respondió él, encantado con la idea de pasar más tiempo a solas con su prometida.

Una vez zanjada dicha cuestión, Huxley y Catherine buscaron a las afueras de la casa, en la entrada, el cochero y le pidieron que trajese el carruaje. Ambos se montaron en él en silencio, Huxley pensando en quien podría ser el malnacido que estaba haciendo todo aquello y Catherine en lo que él pensaba.

El cortísimo trayecto llegó a su fin y cuando bajaron de él, Huxley no le dijo nada, simplemente caminó hasta su despacho y se preparó una copa de la licorera, muy cargada, y sacó aquella carta de su bolsillo, volviéndola a leer.

VEINTICINCO

La casa permanecía silenciosa, aunque Jensen en cuanto vio que el carruaje ya había llegado, descendió las escaleras enseguida. Se encontró a milord de un humor pésimo, con una copa en la mano, y eso solo podría significar una cosa: malas noticias.

No se atrevió a preguntar, y menos cuando vio que Catherine entraba detrás de él bastante obcecada.

Sintiendo que podía estorbar, decidió que ya era hora de retirarse, así que disimuladamente y procurando hacer el menor ruido posible salió de la estancia esperando que todos se resolviese pronto.

Catherine cerró la puerta del despacho cuando vio que Jensen salía de él.

—Huxley, ¿qué ocurre? ¿Por qué hemos salido de allí tan rápido?

Catherine no estaba entendiendo absolutamente nada. Su actuación desconcertaba por completo y estaba un tris de salir de allí cerrando la puerta dando un portazo, he ignorarle.

—Por esto —dijo él, alargándole la nota.

Cate la leyó en silencio, buscando en el tacto alguna pista que ayudase, pero no sintió nada, y no era por el anillo que, por supuesto, no le había dado tiempo a buscar cuando se le había caído en el suelo debido al desmayo y posterior sonata y fuga de forma tan rápida.

—Sabe quién eres —dedujo.

—Lo sabe. Es probable que hasta nos haya espiado, Cate, o incluso ... Dios, si estaba en la fiesta quiere decir que me conoce, puede que sepa de antemano todo lo relacionado con Annabelle y lo que hago —se torturó Huxley.

—Shhh, no saques conclusiones precipitadas — intento calmarlo sin mucho éxito.

—No lo entiendes, puede que haya iniciado todo esto por mi culpa, por el mero placer de retarme. Entonces me estaría convirtiendo en el culpable

indirecto de todas estas muertes —se lamentó Huxley dando otro trago hasta el fondo.

—No, no puedes culparte por algo así, Hux. Ambos sabemos que quien está haciendo esto tiene una mente perturbada, enfermiza. Es él quien tome la decisión de matarlas, no tiene nada que ver contigo, olvídalo —insistió ella desde una distancia prudencial.

—No puedo, esta idea no para de repetirse en mi cabeza. Cada vez con más fuerza.

—No pienses en eso, te lo ruego.

Catherine veía como Huxley se torturaba, se mordía el labio inferior y luego se pasa la mano derecha por todo su cabello, su barbilla y su mejilla, nervioso. decidida, avanzó hacia él y de un plumazo le quito el vaso de las manos. Luego, con la otra mano le obligo cogiéndole de la barbilla, a mirarla a los ojos directamente.

—Huxley, escúchame. ¿Piensas que no las habría matado igualmente? Fueses tú u otro, o quién sabe, habría habido un detonante que lo habría hecho cometer alguna de esas barbaridades. Es un desequilibrado mental, y no eres responsable.

Huxley empezó a respirar profundamente, podía oler su perfume desde donde estaba y ver la preocupación latente en sus ojos. Era un ser maravilloso, porque allí estaba, no dejando que la situación lo dominase, impidiéndole caer en el abismo. Había un loco matando, posiblemente por su culpa, y esto le traía sin cuidado.

—Sigues aquí —afirmó la evidencia, pero lo cierto era que se preguntaba por qué.

—¿Dónde quieres que esté sino? —preguntó ella, algo perdida.

—En ningún otro sitio —respondió él, y tras eso se abalanzó hasta llegar a sus labios y los arrasó perdiendo absolutamente el control—. Quédate conmigo, Cat.

Ella no pudo más que sujetarse a su chaqueta y abrir la boca, mientras recibía

su lengua demandante. Mordió su labio haciéndola gemir, estremeciéndose por completo al contacto de su boca. Su aliento caliente le daba vida, hacía que, en su interior, prendiese una llama interior feroz, que la hacía querer más.

Sus manos demandantes se habían depositado en su trasero y lo amasaban a través aún de las capas del vestido.

—Antes te he dicho que haría con tanta ropa, ¿verdad?

—Sí —dijo ella en un suspiro.

—Dime lo que dije —insistió él.

—Dijiste... que...

La punta de su lengua serpenteante jugueteaba en su nuca provocándole un devaneo estremecedor. Ella deslizó los dedos por el cabello oscuro y suave de Huxley, que seguía torturándole con besos en el cuello hasta llegar al mentón. Luego devoró su boca, haciendo que ella cada vez suspirase más apesadumbrada mente.

Quería esto, lo quería desde hacía mucho tiempo. A Catherine no le importaba si era amor o no lo era, porque sentía que lo deseaba igual que un náufrago llegar a tierra firme, igual que un beduino agua en el desierto. Huxley era su alimento deseado, necesitado.

Sin decir nada, Hux empezó a desabrocharle el vestido por detrás, prácticamente lo destripó al no poder ir tan deprisa como deseaba.

—¿Qué dije? Repítemelo —susurró en su oído.

—Que cuando llegásemos a casa me quitarías toda esa ropa —dijo ella, estremeciéndose de placer cuando sintió las tibias manos de él surcando su espalda en una caricia.

Era tan increíblemente suave que solo con tocarla se estremeció de placer.

Cambió sus manos de lugar hasta tocar el ombligo y fue subiendo, hasta llegar al montículo de sus senos, que recorrió con el pulgar hasta palpar el pezón. Ella respondió besándole más profundamente, necesitada de algo que aún ignoraba.

Torpemente, Huxley volvió sus manos a su espalda y empezó a desabrocharle

las corchetas del corsé, hasta lograrlo. Aún quedaban las enaguas y la camisola.

—Qué desperdicio de telas ... —susurró mandándolas todas al garete mientras se lo quitaba todo, quedándose Catherine casi desnuda, solo con las medias, los zapatos y los calzones.

Posó entonces su lengua en uno de sus pechos y con la punta de la lengua recorrió la aureola entrecerrándola cada vez más hasta besar el delicado pezón, volviéndose duro.

—*Devel* ^[12], qué me estás haciendo... —gimió ella.

—¿Te gusta? ¿Quieres que continúe? —preguntó Huxley.

—Por favor —asintió ella, cogiéndole por la nuca.

Cambió de pecho, cogiéndole todo el pezón con la boca y lo chupó igual que si fuese un delicioso manjar. Con cuidado lo mordisqueó, haciendo que ella arquease la espalda. Pese a que la desnudaba con impaciencia, la besaba y acariciaba con esmero y paciencia, haciendo que Catherine se preguntase dónde se escondía aquella ternura que dejaba a cada toque de su piel.

Huxley buscó el nudo que sujetaban los calzones y lo deshizo, dejando caerlo junto con las ligas y las medias en el suelo, dejándola completamente desnuda. La observó de arriba abajo, deleitándose en aquella vista tan maravillosa.

No pasó desapercibido el brillo de sus ojos para Catherine, que, viendo aquel deseo animal que lo había poseído, sintió el suyo propio en su interior.

—Mi bella gitana —susurró él antes de volver a su boca.

Sintió la sólida y creciente erección apretando sus caderas, cosa que hizo que aquel nudo en su estómago se inquietase. Huxley quería llevarla hasta su cama, pero estaba completamente desnuda y no permitiría que nadie la viese en ese estado, así que se conformó con sentarla en el suelo, sobre la alfombra, delante de la chimenea.

Cuando estuvo completamente estirada, se dirigió hasta el monte de Venus y pasó una mano por allí, abriéndole las piernas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Catherine casi sin respiración.

—Algo que te gustará. Relájate —le pidió, empezando a dejar un riego de besos en el interior de sus muslos hasta llegar a su pubis. Besó el crujiente vello hasta llegar a los labios vaginales, sintiendo lo inquieta que Catherine estaba, pero sin decir nada.

Ella sintió de golpe cómo, con la lengua, empezaba a lamerle allí abajo, en ese sitio que parecía que le escociese de placer. Dios, aquello era sublime, tanto que empezó a retorcerse del placer que le provocaba. Y, de una forma intuitiva, comenzó a subir las caderas esporádicamente.

—*Maxari*^[13], no pares... —gimió ella, que buscaba su cuerpo con las manos.

Verla así, tan excitada, hizo que Huxley se pusiera aún más duro, y con rapidez se deshizo de toda su ropa hasta quedarse solamente con su camisa blanca. Esta vez se puso encima de ella, procurando no aplastarla, concentrando su apoyo en sus codos contra el suelo.

Dejó suaves besos en su cuello mientras que con la mano derecha introdujo un dedo en su caliente y húmedo interior. Estaba lista.

—Cate, ¿quieres hacerlo? —le preguntó antes de llevar su miembro hinchado hasta su entrada.

—Sí, sí, lo necesito —jadeó ella mirándole a los ojos.

No preguntó más, era lo que necesitaba oír. La penetró despacio, calculando las distancias hasta que ella se quejó.

—Creo que te va a doler, cariño.

—Ya...lo sé. Continúa, por favor —le suplicó ella.

En una sola embestida, Hux entró en su interior por completo, sintiendo como sus músculos vaginales se contraían, y también sus manos se aferraban a su espalda, como también una mordedura en su hombro.

Poco a poco, se retiró, volviendo a penetrarla con lentitud, quitándose la camisa y rozando su velludo y oscuro torso con los pechos de ella, haciendo que sus pezones se erizasen nuevamente.

—Catherine, dime algo cariño —preguntó al ver que ella no decía nada ni se

movía.

—Yo...continúa —dijo con un hilo de voz.

—No hasta que me digas que estás bien.

—Ha dolido —dijo solamente.

A Huxley se le partió el alma, pues nunca la había visto tan vulnerable. Cogió su cara entre sus manos y la besó despacio, deleitándose en sus labios.

—Lo siento, cariño, lo siento. Pero tienes que relajarte porque si no, no disfrutarás.

Ella asintió, intentándolo. Él volvió a acariciarle los pechos, haciéndola ronronear de nuevo, y sin llegar a salir, buscó en su vagina aquel botón con la mano derecha y lo retorció y arrolló para que fuese más placentero para ella. Con movimientos acompasados, volvió a salir y a entrar en ella, y esta vez pareciendo que de verdad lo estaba disfrutando, pues sus gemidos se acrecentaban.

Catherine sentía que llegaba hasta la punta de esa ola que la invadía, y algo explotó, dejando un gemido ahogado y prolongado mientras se derretía de regocijo.

Huxley tampoco pudo aguantar mucho más y se corrió pronunciando su nombre mientras daba cortas y rápidas embestidas. Una vez terminó, salió de ella y se estiró a su lado, contemplándola a través de la luz del fuego que permanecía detrás suyo, candente y hechizante.

—Siento no haberme controlado —dijo él, acariciando su mejilla sonrojada mientras recuperaba el aliento.

—No seas mentiroso, Huxley —murmuró ella, aún con los ojos cerrados.

—Que lo desease no significa que no quisiera hacerlo bien —respondió serio.

—A mí me ha gustado, aunque no tengo experiencia suficiente para decirte si ha estado bien o no.

Huxley suspiró, sintiéndose algo frustrado.

—En una habitación, en la comodidad de un lecho y no aquí, como si fueses...

—Deja de darle vueltas a eso. Tampoco es que yo dijese que no.

Él se inclinó con la cabeza apoyada en el brazo, sobre la alfombra, hasta llegar a sus labios y la besó.

—Es difícil resistirse a ti. Me he rendido, gitana, ya no voy a luchar más contra lo que siento.

Catherine deseaba preguntarle qué era eso que sentía, pero se mordió la lengua.

—¿Me llevas a la cama? —susurró, en vez de ahondar en su respuesta.

—Como desees —respondió él, hechizado ante sus ojos, que le decían que estaba a punto de llorar de puro gozo.

VEINTISÉIS

El día amaneció lluvioso. Catherine abrió los ojos encontrándose sola en su cama y varias sensaciones se arremolinaron en ella, al recordar lo que había pasado la noche anterior.

Se había entregado a Huxley sin pudor alguno, y lo había disfrutado.

Poco a poco se desperezó, queriendo levantarse de la cama, pero la pereza se lo impedía. Estaba agotada de la noche anterior, del baile, del cadáver y de lo que vino después.

Escuchó la puerta de su habitación abrirse y cerró los ojos haciéndose la dormida, pues si era la doncella al verla levantada acabaría de correr las cortinas y le apetecía permanecer allí durante un rato más.

Pero no era la doncella sino Huxley, con la camisa del día anterior y un café y el periódico en la mano.

Abriendo ligeramente un ojo, logró ver cómo terminaba el contenido de la taza y leía de pie una noticia, y hasta que terminó, no lo dejó todo en la mesilla de noche y volvió a sentarse en la cama.

—¿Hablan del asesinato? —musitó ella abriendo los ojos.

Huxley se inclinó hasta su frente, dejando un beso corto en ella.

—Desgraciadamente, sí. La señorita Quinn era de buena familia, y esas noticias corren como la pólvora. Por suerte, los detalles escabrosos no han sido publicados. ¿Has dormido bien?

—No he tenido pesadillas. Huxley, ayer...me preocupaste —soltó ella inclinándose hacia adelante, quedándose sentada en la cama.

—Con la carta me di cuenta de que aquella pista, la H pintada, era de Huxley Hamilton. Iba dirigida a mí, y si no lo atrapo, será mi responsabilidad.

—Tienes que mantener la cabeza fría, no tienes que dejarte llevar por la rabia.

—Lo sé. Perdona, no quería asustarte, perdí el control de mí mismo, no

volverá a ocurrir —aseguró.

Catherine asintió, dejando un beso en su mejilla. Sentía su pecho palpar, y una felicidad fuera de lo común. Aquello era tener a alguien a su lado, alguien con quien compartir su vida, que la comprendiera y, por qué no, la quisiera. Era agradable, era más que agradable.

Tenía ganas de abrazar a Huxley, de volver a besarlo. ¿Por qué aquello no podía ser amor? Si así ella lo sentía. ¿Qué sería entonces amar a alguien?

—Sé que dijiste que también querías, pero aún así, no puedo evitar sentirme mal. Al fin y al cabo, soy un caballero y anoche no me comporté como tal — confesó él.

—Es una suerte entonces que yo sólo tenga una parte de sangre noble, porque la otra lo disfrutó.

—¿De veras? —susurró él posando la mano en su espalda y deslizándola hacia abajo, llegando al extremo de su trasero.

—Así es. ¿Por qué te extraña?

—Nunca...Dios, no quiero parecer indecoroso y...

Huxley se debatía entre decir lo que estaba pensando o no hacerlo, pues tampoco quería meter la pata ahora que todo iba como la seda. Precisamente, iba todo demasiado bien entre ellos dada la tendencia que tenían a pelearse. Por Dios, si la había desvirgado antes de pasar por la vicaría, cosa que no había hecho ni con Hilda.

—¿Huxley? ¿Ahora tienes miedo de decirme ciertas cosas? Porque no creo que haya nada que no me hayas dicho antes. Te recuerdo cierta escena en la ópera con una amante...

—Oh, ¿vas a sacarlo a colación cada vez que quieras echarme algo en cara? —se quejó—. Sólo estaba preocupándome por tu bienestar, he oído que la primera vez de una dama es tremendamente doloroso, durante y después — terminó diciendo él, resoplando ante tal frustración.

—¿Ves como no era tan difícil? —sonrió Catherine enterneciéndose ante su actitud—. Supongo que también querías darme a entender que nunca habías

estado con una mujer sin experiencia.

—Le has echado una ojeada a la palma de mi mano mientras dormía, ¿no? — bromeó él.

—No me ha hecho falta.

A Huxley lo sorprendía esa manera tan natural con que lograba captar todo lo que quería decir, incluso lo que callaba o lo que intentaba disimular. Cogió un mechón de cabello que le caía sobre el rostro, oscuro y sedoso, y se lo colocó detrás de la oreja. Luego se inclinó hasta su oído.

—Puede que no seas la primera, pero vas a ser la última.

Luego se llevó esa boca a sus labios y la abrasó a su paso, mientras que lograba sentir los latidos de su corazón a través de la carótida cuando acarició su cuello.

Entonces alguien llamó a la puerta y fueron interrumpidos.

—¿Sí? —dijo Catherine, aún con el corazón saliéndole del pecho.

—*Milady*, si por casualidad ve a milord antes que yo, dígale que los invitados ya están en el salón —escuchó que decía Jensen.

—Lo haré, Jensen.

—Vaya, se me había olvidado por completo. Ayer le dije a Andrew que me trajera la lista de invitados. Ah, se me olvidó decírtelo.

—¿El qué?

—Tu hermano está de vuelta. Luego continuaremos con nuestra charla —le prometió dándole un último beso.

Patrick estaba incómodo. Quería pegar a Huxley en toda la cara de idiota que tenía, pero se estaba aguantando, en parte porque Catherine le lanzaba miradas de "ni se te ocurra".

Invitar a Andrew había sido una pésima idea, pues tía Megan había insistido en venir y había traído al señor Burns, que, con la excusa de estar preocupado por ella, también estaba en la salita, tomando el té.

La vuelta de Patrick había sido espontánea, Cate no lo esperaba, pero se alegró.

—¿Y cuándo será la boda entonces? —preguntó tía Megan sonriente.

Estaba demasiado ufana por haber visto un cadáver justo ayer, pero Cate supuso que era por cómo la observaba el señor Burns.

—En menos de un mes —dijo Huxley, sorprendiéndolos a todos, incluida Catherine.

—¿Ah sí? —susurró ella, sin que los demás se diesen cuenta.

—Hace un día estupendo. ¿Damos un paseo hermana? —dijo Patrick de golpe, levantándose.

—Por supuesto —respondió Ella, sabiendo perfectamente que Patrick quería hablar con ella en privado.

Salieron al jardín, donde las nubes y hace bien disipado y brillaba el sol.

—¿Qué pasa?

—Dímelo tú. ¿Menos de un mes? Creía que harías todo lo posible para no casarte con él, Cate —dijo su hermano.

—¿Por qué pensaste eso? Di mi palabra, estoy comprometida. No puedo no pasarme con él, y menos cuándo es un deseo de la Reina. Además, yo te dije que no me desagradaba, prefiero casarme con el que casarme con otro.

—Pensaba que no querías casarte con nadie.

—Vamos Patrick, tarde o temprano tendré que hacerlo. Ya soy mayor que tú, tengo 25 años, no soy una jovencita.

—Podrías quedarte conmigo, yo cuidaré de ti. No necesitas casarte con nadie —insistió él.

—No, Patrick. Tu acabarás despertándote con alguna joven bella y hermosa como enfermera familia entonces yo solo seré un estorbo.

Él negó con la cabeza, alzando la mano para acariciar su mejilla suave al tacto.

—Tú nunca serás un estorbo. *Ilo*^[14], piénsalo.

—No tengo nada que pensar decisión está tomada. Voy a casarme con él, te guste o no.

Catherine vio cómo su hermano cambiaba la expresión, haciendo que sus ojos se oscurecieran.

—Nunca vas a quererle, y él siempre querrá más de lo que tú puedas darle. Sólo puedes querer a un hombre, y soy yo porque tenemos la misma sangre —susurró él, agarrándola por los hombros—. Caterina, volvamos a Brancaster, este no es nuestro sitio.

Ella negó con la cabeza, no entendiendo nada de lo que Patrick estaba diciendo.

—Él...me gusta. Puede que no me enamore, pero me gusta demasiado.

—¿Te ha tocado Caterina? —susurró él con una voz gélida.

—No es asunto tuyo Patrick —respondió Cate enfadada, intentando zafarse de sus brazos, pero no pudiendo.

—Te has dejado follar por ese engreído —musitó él, preso de una revelación, y entonces la cogió por el cabello y tiró de él haciéndole daño.

—Basta Patrick —aulló de dolor, sintiéndose impotente.

—Esto no se hace Caterina, tendré que castigarte —dijo, levantándole la falda y dejándole una palmada fuerte y seca en el trasero.

Fue la primera de varias, teniéndola inmovilizada. Hasta que, en vez de pegarle, Patrick deslizó la mano hasta más abajo, y empezó a toquetearla.

—Para —suplicó ella, que veía en sus ojos algo que no había visto, algo que le producía pavor.

—¿No te gusta que él haga esto?

—Patrick, basta —suplicó ella.

Apretó con fuerza, intentando liberarse de los brazos de Patrick a empujones, hasta que sintió que alguien la ayudaba a ello.

Desde el suelo, distinguió cómo Huxley le daba un puñetazo a su hermano, que caía haciendo una mueca de dolor.

—Cate, ¿estás bien? —dijo él, abalanzándose hacia ella y prácticamente

levantándola del suelo.

Desorientada, se sujetó a su brazo, colocándose bien el vestido. No quería pensar en lo que acababa de ocurrir.

—¡La has deshonrado! —gritó Patrick, levantándose del suelo.

—Va a convertirse en mi mujer. Tú... ¿qué narices estabas haciendo? Eres un enfermo mental —escupió Huxley, manteniéndolo apartado de ella.

—La estaba castigando por ser una suelta, cosa con la que no debes inmiscuirte, sigo siendo su hermano —vociferó Huxley.

—Tiene 25 años, no está ya bajo tu control.

—¿Y si decido no dar un penique para su dote? Qué, ¿vas a casarte con ella igualmente?

—Por supuesto que sí —susurró él—. Fuera de mi propiedad, ahora —lo amenazó.

—Ella se viene conmigo —dijo Patrick, tendiéndole la mano—. Caterina, por favor.

Miró a los ojos a su hermano, esos ojos dulces del color de la miel, ahora oscurecidos, tanto que ni siquiera los reconoció.

—No puedo, Patrick. Tienes que recapacitar, piensa en lo que papá habría querido.

—¿Papá? No tienes ni idea de quién era papá, ni mamá. Todas las mujeres sois unas zorras —expresó con cara de desprecio.

—*Phral*^[15], no te enfades —suplicó ella, confusa.

—Esme se viene conmigo.

Después de decir aquello, se encaminó hasta la edificación sin mirar atrás. Catherine, abrumada por todo lo que había pasado, intentó respirar sin mucho éxito.

—Cate —la llamó Huxley—. ¿Estás bien?

—No lo sé —confesó, mirando al suelo.

No le entraba en la cabeza lo que acababa de hacer su hermano.

—¿Era la primera vez...?

—¿Que me pegaba? Sí, por supuesto.

—¿Y qué te...?

—No lo digas. Lo ha sido. Creo que me estaba intentando dar una lección, su intención no era más que eso —dijo, intentando verle la lógica, porque tendría que tenerla.

Lo otro simplemente no le cabía en la cabeza.

—Es un depravado, Cate. Eres su hermana.

—No nos criamos juntos, pero no era esa...

—No lo justifiques —la advirtió alzando un dedo—. De hecho, ahora mismo estoy pensando en si podría ser él mismo...el asesino.

—¿Cómo? ¿Te has vuelto loco? No ha sido él.

—No sé qué pensar —confesó—. No es normal lo que acaba de hacer, y me pone enfermo que quieras justificarle, porque te ha hecho daño, y quién sabe qué otras cosas podría haber hecho si no llego a venir.

Catherine se mordió la lengua, y aturdida y algo enfadada, caminó hasta la entrada de Uppon Park, sin creerse lo que estaba escuchando. Su hermano Patrick no podía ser el asesino, no era cruel, ni un desequilibrado. Puede que no hubiese crecido con él directamente, pero lo había observado desde siempre mientras jugaba en el bosque, más adelante cuando se entrenaba en el jardín.

Había perdido el control de la situación, eso era todo. O eso quería creer, pues no estaba preparada para perder a la única familia que le quedaba.

Cruzó el vestíbulo y alcanzó las escaleras, subiendo peldaño a peldaño hasta llegar a su alcoba. Allí cerró la puerta y se tumbó en su cama, que todavía guardaba el olor a Huxley de aquella noche. Tampoco estaba preparada para perderlo a él.

—*Mangin*^[16], no llores.

Catherine levantó la cabeza de la almohada y vio que Esmé estaba sentada a su lado, en el colchón. Le acarició la cabeza, igual que cuando era pequeña, para

tranquilizarla.

—No entiendo nada, Patrick no es así —dijo ella, confundida.

—Patrick tiene muchos secretos que guarda con recelo. Él te ama, pero está confuso.

—Pero es mi hermano —se quejó ella.

—No es tu hermano, y él lo sabe.

—¿Cómo?

La voz se le quebró, no podía pensar con claridad. ¿De qué hablaba? Se estaría equivocando, era muy mayor y la memoria podía fallarle.

—Tú...eres una *shumani* muy especial. ¿De verdad crees que la sangre de un escocés corre por tus venas? ¿En serio lo piensas? Eres una auténtica zíngara, Catherine.

—¿De qué estás hablando? Fionna era mi madre, siempre me contaba que cuando me llevaba en su vientre... —empezó a decirle, pero fue interrumpida.

—Fionna nunca te tuvo en tu vientre.

Esme se levantó, caminando hasta la puerta.

—¿No vas a decirme nada más? —reclamó, completamente anonadada.

—No necesitas saber nada más. Ella te crio como a una hija.

—¿Y quién era mi madre? —susurró.

—Su hermana, Caterina, pero murió al darte a luz. No revuelvas el pasado, no trae nada bueno.

Qué fácil era decir eso, pero no podía dejarlo estar.

—Espera Esme. Necesito saber más, ¿qué pasó? ¿Por qué Patrick lo sabía y yo no?

—Nos escuchó a tu madre y a mí cuando era un crío todavía.

Catherine tenía miles de preguntas, pero no pudo formularlas porque Esme ya se había ido. No podía creer que aquello le estuviese pasando, ¿por qué su madre le había contado cosas que no eran de sus recuerdos sino los de su hermana?

Su madre no era Fionna, sino que se llamaba como ella, Caterina. Se le

compungió el estómago, pensando en todos y cada uno de los recuerdos que tenía con los que creía eran sus padres, intentando ver alguna muestra de que no era así, pero su padre fue siempre afectuoso y su madre mucho más.

¿Y quién era su padre?

Su apellido no debería ser MacDonnell. No era la hija de un conde, y Patrick no era su hermano, sino su primo. Pero eso sólo lo sabía Esmé, él y ahora ella misma.

Se preguntó también si lo de la maldición sería cierto o también una burda mentira. ¿Para qué decirlo si no era así? Tenía que buscar a otra *shumani*, y con urgencia. Su mundo se estaba desmoronando por completo, así que se tumbó intentando dormir, pero las pesadillas no la dejaron.

Abrió los ojos al cabo de algunas horas aún con la sensación de haber sido destripada. Necesitaba no pensar en nada, necesitaba tener la mente en blanco y descansar, así que se levantó y buscó en su baúl lo único que funcionaba y que tenía a mano.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Huxley sobresaltó, tanto que pegó un salto hacia atrás, dejando caer la jeringuilla y su contenido al suelo. Después de recuperarse del susto, se agachó para recogerlo todo, intentando esconderlo.

—Nada —respondió ella intentando disimular.

—Ni se te ocurra —dijo él, quitándole de las manos tanto la jeringuilla como el pequeño frasco que contenía la morfina—. Esto crea adicción.

—Necesito dormir —soltó ella, bajando los ojos observándole los pies desnudos.

—Yo dormiré contigo, pero no vuelvas a meterte eso, es peligroso y adictivo.

—¿Cada día? —susurró ella, no estando segura de saber la respuesta.

—Sí, cada día —respondió él, acercándose a ella hasta rozarle la cadera—. Vamos a dormir —susurró.

Catherine no le contradijo, pero un torrente de emociones la embargó. Lo

siguió hasta su cama y se metió en ella, al principio con timidez, pero luego se dio cuenta de la estupidez que era hacer aquello, al fin y al cabo, ya habían yacido juntos y dormido muchas más veces. No entendía por qué aquello hacía que se sonrojase como una quinceañera.

—Cate, puede que haya sido un poco duro contigo esta tarde. Pero te hizo daño, y esto me enfureció, y me enfadé aún más cuando te pusiste de su parte — empezó a decir él.

Antes de que se tumbasen por completo, Huxley le desabrochó el vestido por detrás botón a botón, se lo quitó, así como la camisola, las enaguas y el corsé, y le puso el camisón por encima.

—Siempre lo veré como a un hermano pequeño, aunque no sé...Hux, tiene buen corazón, pero está confuso y algo perdido. Es incapaz de matar a nadie.

—Pero tuvo la oportunidad, llegó ayer. Y está claro que me odia.

—Pero el primer asesinato se produjo cuando los dos estábamos en la audiencia de la reina, no fue él seguro. Y ha estado fuera durante los demás.

—Podría haberlo simulado.

—Podría, y sería fácil adivinarlo, solo tendríamos que preguntar en Brancaster.

—No quiero que te pase nada, eso es todo —dijo él zanjando la discusión, y estrechándola entre sus brazos.

—Hux, sé que te dije cuando nos conocimos que... —se detuvo de golpe, pensando en las palabras que iba a pronunciar.

—¿Sí?

—Me gustaría que, si tuvieras una amante, me lo dijese. No quiero que haya secretos entre nosotros.

Huxley estaba tumbado boca arriba y al escucharla se giró para observar cómo tenía la mirada perdida hacia el techo.

—No los habrá, aunque dudo mucho que vuelva a tener ninguna amante.

—Puedes hacer lo que quieras, es en lo que quedamos, ¿recuerdas?

—Las cosas han cambiado —dijo, dejando a Catherine con el corazón

palpitándole con fuerza, y se giró para poder mirarle a los ojos.

—¿En qué sentido?

Huxley Hamilton se había prometido hacía 10 años, que jamás volvería meterse en una situación en la que podía perder de nuevo su estabilidad emocional, su amor propio o dañar su corazón. Pero allí estaba de nuevo, perdidamente enamorado de su prometida y estaba a punto de confesárselo porque estaba en su naturaleza, era un completo idiota que no podía dejar de cometer los mismos errores. Pero sentía que Catherine era el premio deseado, por ella valía la pena jugárselo todo.

—Pusiste mi mundo patas arriba, Cate. Te colaste en mi mente y en mi corazón, no pretendas que todo siga igual que antes, porque no voy a poder hacerlo.

—¿Qué deseas entonces? —murmuró ella con los ojos empañados.

—¿Qué deseo? Saber lo que hay en tu interior, saber qué es lo que estás pensando en cada momento, saber qué es lo que anhela tu corazón, quiero saber a quién pertenece. Me vuelve loco la idea de que nunca pueda llegar a ser mío. Necesito saberlo Catherine, si alguna vez, en un futuro próximo o lejano, puedo tener, aunque sea un pedazo de él. Porque con un pedazo me bastaría.

Ella abrió la boca algo aturdida y no pudo más que alcanzar la suya, cerrando los ojos y disfrutando de aquellas palabras que eran como un bálsamo para su alma, que la confortaban.

—Si pudiera dártelo, Huxley, sería tuyo desde este mismo instante hasta que dejase de latir. Te lo daría y sería todo tuyo, pero no puedo. No puede pertenecer a nadie. Hay una maldición sobre las mujeres de mi familia, dice que no podemos enamorarnos.

En otras circunstancias Huxley se hubiese reído, y se habría enfadado por haber intentado tomarle el pelo. Pero había visto de lo que era capaz de hacer, y ya no sabía en qué creer y en qué no.

—¿Qué significa eso?

—Que no voy a enamorarme nunca. Pero yo...siento como si te quisiera —

confesó de golpe, con el corazón acelerado.

—¿Qué sientes, Catherine?

—Que la respiración se me entorpece cuando te acercas. Esos nervios en el estómago, esas ganas de... —se mordió la lengua, estaba diciendo demasiado.

—¿De qué? ¿De acercarte? ¿De besarme? —cuestionó dirigiendo una de sus manos en el rostro algo enrojecido, acariciando su mejilla con el pulgar.

—Algo así.

—Eso es amor, mi querida Cate.

—Pero mi madre me dijo que no era posible. Aunque me mintió en otras cosas, ya no sé qué creer y qué no.

—Quizás tu madre se equivocó, o la maldición se ha roto o nunca existió. ¿No podrías saberlo?

—Tendría que buscar a otra *shumani*.

—Estoy seguro de que en Londres habrá otra persona como tú, porque si no está en esta ciudad, dudo que vayamos a encontrarla.

—El norte de Europa es otra posibilidad.

—Dejaremos esta como segunda opción, aunque podríamos aprovechar e irnos de viaje de novios allí.

—Eres todo un romántico —exclamó con ironía.

—Perdona, es que quiero asegurarme de que mi futura mujer pueda quererme igual que yo a ella. Es cuestión de seguridad, ¿sabes?

—Oh Hux —suspiró ella lanzándose a sus brazos y besándole con efusividad—. Quiero que sigas queriéndome, me hace muy feliz. No soportaría que no lo hicieras.

—Otra prueba irrefutable de que me amas, me gusta.

—Si realmente no estoy enamorada de ti, cosa que no quiere decir que no te llegue a quererte, pero no de un modo pasional, te prometo que tú serás el único en mi vida. No habrá nadie más, Huxley. Solo te deseo a ti, ¿sabes?

—Me estás dando esperanzas y no sé si son falsas o si lo dices como premio de consolación.

—Te digo la verdad. Es lo que siento.

—Catherine... —susurró pasando los labios por su clavícula, y luego subiéndole el camisón—quiero hacerte el amor cada noche —puso las manos sobre sus muslos, subiéndole el camisón—, saborearte hasta quitarte la esencia —le quitó el camisón que minutos antes le había puesto—, quiero dormir contigo cada noche y ahuyentar tus pesadillas —besó de nuevo sus labios, perdiendo las manos entre su cabellera de seda oscura que caía en cascada— y besarte, acariciarte y tenerte.

Ensimismada por sus palabras, se dejó llevar hasta un estado de gozo infinito.

—Yo también quiero todas esas cosas —susurró.

—Si no tuviera que atrapar a un asesino, pediría una licencia especial para casarnos mañana mismo —dijo él, apresando su cuerpo por encima del suyo.

—Cierto. Es alguien que te conoce, Hux, ¿hay alguien a quien le tengas una especial antipatía? —preguntó Catherine mientras le desabrochaba el chaleco de seda.

—A casi todo el mundo. Empezando por el conde de Dorset, me gana siempre en los torneos de esgrima. El duque de Kengsinton porque es demasiado presuntuoso, Thomas Vaine porque quiere casarse con mi hermana...

Podría continuar, pues la lista era muy larga, pero fue interrumpido.

—Reformularé la pregunta; ¿hay alguien que te odie a ti? —preguntó entonces.

—La reina, y no estoy muy seguro de que sea odio, sino amor que intenta disimular.

—El asesino tiene pene, cariño, ¿no lo recuerdas?

—Lo hago. Pero ahora —dijo, inclinándose hasta llegar a su ombligo y dejando besos hasta su monte de Venus—, voy a concentrarme en complacer a mi prometida. Mañana le haremos la autopsia a Fanny Quinn y hablaremos de esto.

Cuando la lengua de Huxley alcanzó su cavidad humeante y la hizo

enloquecer, Catherine estuvo de acuerdo en eso.

VEINTISIETE

Su método era impecable. La clave estaba en ir paso a paso, no saltarse ningún punto en el guion, establecer una pauta y no perderse en ella, aunque es bueno profundizar en los detalles.

Lo primero que hay que hacer es recabar los datos que se tienen sobre la forma de la muerte, tanto si son ignorados como conocidos. Una vez apuntados, proceder a examinar la parte externa del cuerpo. Es bueno anotar también los detalles de la persona, el sexo, la altura, el peso y la edad.

Revisar también lo que llevaba puesto, por si hay ciertos de ahí es importantes como sangre u otros elementos que han sido importantes en la muerte. En este caso, Huxley no podía realizarlo, pues la víctima estaba completamente desnuda cuando la encontraron, y sus ropas ya habían sido halladas en el suelo, esparcidas y muy probablemente era posible que ella misma con ayuda del asesino se las hubiese quitado.

También es importante anotar cualquier anomalía en la piel, cualquier marca, cicatriz posterior o moratón. En el caso de ser una mujer, tal y como era el caso, era importante proceder a mirar si había sufrido algún tipo de abuso, igual que en los casos anteriores. Para finalizar el examen, Huxley era del parecer de que tanto en la saliva como en la orina podrían hallarse restos de veneno.

Catherine se encontraba observando con avidez aquel proceso que su prometido había iniciado en la sala secreta bajo su casa. Permanecía en silencio, no quería irrumpir esa especie de ritual que tenía, y que ya había observado en las autopsias anteriores.

Le parecía deleznable que su talento se desperdiciase, pero era el duque de Cornwall y ya se sabía que los duques fuera de enseñar en las universidades e investigar como puro entretenimiento, poco se les permitía hacer.

Cuando Huxley se colocó el delantal blanco y cogió el bisturí, Catherine supo que era el momento en que iba a abrirla en canal. Hizo una incisión en

forma de Y en el cuerpo, desde cada uno de los hombros hasta el hueso púbico.

—¿Qué demonios...? —susurró él, dejando el bisturí a un lado y colocándose los guantes de piel, insertó la mano dentro del cuerpo.

Catherine avanzó para ver qué era lo que había percibido, y vio cómo sacaba algo justo donde faltaba el corazón.

—¿Tienes agua? —preguntó ella, viendo que el objeto estaba ensangrentado.

—Hay un cubo en la estantería —respondió él.

No tardó en traérselo. Huxley puso el objeto dentro del cubo, donde la sangre se fue diluyendo.

—¿Es una concha? —se fijó Catherine.

Efectivamente, lo era. Del tamaño de un puño, blanca, era una caracola de mar. Huxley la observó con detenimiento, y enseguida vio que dentro de ella había algo.

—Demonios, creo que hay un papel. Espero que la tinta no se haya diluido del todo con el agua —expresó severamente preocupado.

Mucho cuidado, logró sacar el pequeño papel enrollado que estaba dentro de la concha, y lo abrió con suma delicadeza, pues estaba mojado, goteando, y quería ver qué era lo que estaba escrito. Por suerte, aunque la tinta estaba algo diluida, podía verse con facilidad lo que decían las letras escritas.

—*Brave*^[17]. ¿Qué puede querer decir con eso? —preguntó Catherine pensándolo.

—No lo sé. Tampoco entiendo la concha. Puede que... ¿la próxima víctima se encuentre en alguna playa?

—Podría ser. Pero eso quiere decir que ha ampliado su círculo de caza, ¿no?

—Eso parece, o puede que traslade allí el cuerpo, pero eso sería un poco complicado, correría más riesgos e innecesarios.

Dicho esto, colocó la concha y el papel encima de una especie de bandeja, que guardó en un armario. Luego, tapó el cuerpo de la muchacha, y se quitó los guantes y el delantal.

—Voy a hablar con tu hermana, me ha pedido que desayunemos en el jardín —comunicó Catherine.

—Querrá hablarte de lo "enamorada" que está de Vaine. Siempre dice lo mismo, no entiendo qué ve en él.

Antes de llegar al inicio de la escalera de caracol, Huxley la cogió por la cintura y la acercó a él. Desde que había dejado su cama aquella mañana no podía dejar de pensar en lo mucho que la necesitaba. De golpe y porrazo, imaginar su vida sin ella se le hacía angustioso, pesado, horrendo.

Se casaría con ella, con o sin dote. Su hermano podía irse al infierno, no la dejaría en manos de aquel degenerado, si era necesario se casarían en secreto, no necesitaba más que dos testigos, pues tenía el permiso de la reina.

En cuanto al dinero que necesitaba para la dote de su hermana, pediría un préstamo. En cuanto el negocio del ferrocarril se alzase, y en eso Burns tenía mucho ojo, recuperaría la inversión con creces.

Pero ahora, teniendo su olor tan cerca, solo deseaba besarla de nuevo. Vio como ella alzaba una ceja y sonreía.

—Creo que deberías darme una lección de anatomía, me da la sensación de que serás un estupendo profesor —murmuró, centrando la mirada en su boca.

—Y tú una excelente aprendiz —respondió él, que en esos momentos no respondía de su conducta si seguía mirándolo de esa forma. —. Catherine, a veces me pregunto si...

No continuó, se quedó callado de golpe.

—¿Si qué? —lo incentivó ella a continuar.

—Si estabas destinada a llegar a mí.

Había pensado en ello largo y tendido. Antes de conocerla, era un incrédulo y un agnóstico tanto en el amor como en otras materias, no creía en nada que no pudiese ni ver ni oír ni tocar. Ahora aseguraba de pies juntillas lo que Catherine decía, por más surrealista que pareciese.

Ella sonrió, y se acercó a su boca.

—Todos tenemos un destino, Huxley. El hecho de que no pueda ver el tuyo,

creo que dice mucho, ¿no crees?

—Eso espero.

Sin más contemplaciones, la besó, ignorando esa vocecilla que le decía que estaba obnubilado, que no sabía aún si era correspondido.

—Huxley... —jadeó ella—prométeme una cosa.

Se separó unos centímetros de su cara para poder mirarla a los ojos con vehemencia. Su azul estaba ensombrecido por la oscuridad del lugar.

—Lo que quieras, gitana.

—Yo... si la maldición es real... no me dejes.

Lo pronunció en un susurro, con la voz entrecortada y algo rota por el dolor.

—¿Que no te deje? —repitió Huxley confundido.

—Voy a hacer todo lo posible para romperla, pero por favor, sigue conmigo, sigue queriéndome. ¿Podrás hacerlo?

Huxley asintió viendo como sus ojos se humedecían en segundos y cómo sus pulsaciones aumentaban. Que le partiese un rayo ahora mismo si aquello que sentía no era amor. Tal maldición era un absurdo, cada vez estaba más seguro de ello. Pensó en la posibilidad de que hubiese sido el hermano, Patrick, quién se hubiese inventado tal insensatez, pero la propia Catherine le había asegurado de que había sido su madre, y que su tía, Esme, también lo aseguraba.

Estaban muy interesados en que Catherine no amase a nadie, aunque aún desconocía las razones.

—Lo haré, lo prometo. Ahora salgamos de aquí antes de que empiece una clase práctica de anatomía y te desnude —aseguró, dándole un suave beso y subiendo las escaleras de caracol.

—¿Vas a ver a Andrew ahora? —preguntó ella en cuanto estuvieron en la sala de arriba.

—Así es, quiero reducir la lista de sospechosos cuanto antes. ¿Vas a desayunar con mi hermana?

—Sí. Por la tarde... quería ir a ver a Esme —confesó, sabiendo que a Huxley no le haría mucha gracia dado que eso implicaría ver a Patrick.

—No creo que sea prudente que vayas sola. Iré contigo después del almuerzo.

Catherine no lo contradijo, al fin y al cabo, no negaría que aquello le daba cierta seguridad después de lo último que había pasado.

En cuanto Huxley cruzó la puerta principal de la casa del Vizconde de Fairfax, escuchó cierto alboroto por los gritos que se oían desde la entrada. Caminó por el pasillo, intentando entender algunas de las palabras que se pronunciaban, sin que tuviesen demasiado sentido, hasta llegar al salón principal.

—Tía Megan, ¿cómo puedes hacer esto? —decía Andrew fuera de sí.

—No entiendo tu posición, querido —respondía ella completamente indignada.

—No le hagas caso, querida. Él tuvo la oportunidad de ser feliz y la desaprovechó —metió el dedo en la llaga el señor Burns, que se hallaba sentado en el sofá leyendo el periódico tranquilamente.

Huxley decidió que, ante tanta hostilidad lo mejor era interrumpir, así que carraspeó para que los tres fuesen conscientes de su presencia.

—Bendito seas, Hamilton. Espero que le des algo de cordura a tu amigo aquí presente —respiró aliviada tía Megan.

—¿Qué ocurre? —preguntó, movido por la curiosidad.

—Una insensatez, eso ocurre. Tía Megan quiere casarse con el señor Burns aquí presente.

En cuanto escuchó aquello, Huxley se echó a reír, pero tuvo que detenerse al ver que ninguno de los tres estaba de broma.

—¿De veras? Oh —se limitó a decir.

—Os lo dije, nadie os toma en serio —advirtió Andrew satisfecho.

—Lamento interrumpiros, pero Andrew, hay algo urgente, mucho más que ese asunto, del que debemos discutir.

No, Huxley no estaba para tonterías, aunque fuesen de ese calibre. Necesitaba esa lista cuanto antes.

—Por supuesto. Pasemos a mi despacho. Hablaremos más tarde de eso —les aseguró saliendo del salón, seguido de Huxley.

Los dos caminaron a paso ligero hasta llegar al despacho, y tras entrar, cerraron la puerta. Andrew abrió con rapidez uno de los cajones de la mesa despacho central, sacando de ahí un trozo de papel escrito.

—Aquí está la lista completa de los invitados. ¿Qué está ocurriendo, Huxley? Todo el mundo habla sobre ello, sobre el asesinato de la señorita Quinn. ¿Estás colaborando con la Scotland Yard?

—Así es. No es la primera víctima, pero sí de la alta sociedad. El asesino sabe que estoy colaborando con ellos, estoy empezando a pensar que es algo personal.

—¿De veras?

—Sí, pero voy a solucionarlo. Lo voy a atrapar como sea —aseguró con la barbilla alzada.

—Me alegro. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo, aunque últimamente no estoy en mis cabales, y solo me faltaba a tía Megan jugando a ser una debutante y enamorando al señor Burns, cuando quería que saliese de mi vida en cuanto antes —confesó Andrew, dejándose caer sobre la silla apesadumbrado.

—Te trae malos recuerdos, es normal, era el tío de Isabella.

—Yo... no sé si es por él o porque conocí a una muchacha, pero... no me tomes por loco, pero me pareció verla el otro día. Sé que es imposible, que está muerta, pero te juro que me lo pareció

—¿A Isabella? Andrew... —empezó Huxley.

—Ya lo sé, ya.

—Creo que 10 años han sido suficientes para dejar atrás todo aquello, ya te has atormentado y sufrido bastante, en todos estos años ya has expiado tus pecados, ¿no crees?

—No lo sé. Fue el otro día, paseando por Regent Street. A una muchacha se le enganchó el tacón entre dos adoquines y tuve que ayudarla, me contó que era una debutante, estaba con su dama de compañía.

Huxley se calló el hecho de que aquel era un viejo truco muy usado por las jovencitas.

—¿Y dónde viste a Isabella?

—Estaba ayudándola a subir a su carruaje cuando me pareció verla entre la multitud, una cara que desapareció súbitamente.

—¿Y no tiene nada que ver con el hecho de que tal jovencita fuese atractiva y te sintieses culpable por pensar aquello? —dijo Huxley con suspicacia.

—Ni siquiera lo pensé. No es nada del otro mundo, te lo aseguro. No es comparable a Isabella, de veras.

—¿Se puede saber quién es la susodicha?

—Dijo... Dashwood creo. El nombre no lo recuerdo.

—Oh, una Dashwood. Su hermana mayor cuando debutó se dice que fue un espectáculo, que todos cayeron rendidos a sus pies. Los que estaban, por supuesto, yo esa temporada no aparecí por los salones de buena reputación —musitó él.

—No creo que haya esperanza para mí —dijo Andrew—. Lo digo en serio, no la hay. Ya me he resignado.

—No lo hagas, amigo mío, todos podemos hallar cierta redención, créeme.

Andrew sonrió, pues sabía qué era a lo que se refería Huxley.

—¿Al fin vas a admitir que tu prometida te ha robado el corazón?

—No me lo ha robado, querido, se lo he entregado voluntariamente —sentenció él—. Debo irme, tengo varios asuntos que atender. Pero, si necesitas hablar en otro momento, ya sabes donde estoy.

Parecía mentira cómo el recuerdo de una mujer muerta podía haber transformado tanto el espíritu de Andrew, algo que, en vida, ninguna había logrado.

VEINTIOCHO

Annabelle se hallaba sentada en un banco del jardín admirando el paisaje primaveral que se alzaba ante ella. La naturaleza la relajaba, estar entre flores y cuidarlas la ayudaba a dejar de pensar en cosas que luego podían llegar a obsesionarla.

Respiraba la ligera brisa primaveral y cerró los ojos para relajarse durante unos instantes. Todo era confuso, demasiado. Sentía que estaba en una verdadera encrucijada y que nada era sencillo como antaño. Siempre había soñado con un amor que llegase mas allá de todo entendimiento, mas allá de todo raciocinio, algo único y especial. Que le elevase el alma hasta los cielos, que la hiciese tambalear, que la llevase al límite.

Pero la realidad era otra, y es que su salud mental no se lo permitía. En el caso de llegar a amar a alguien con tanto anhelo, sus empecinamientos y obsesiones se dispararían, ella bien lo sabía, así que había aceptado esa curiosidad y deseo por Thomas como el único amor al que podría aspirar.

—Hace un día espléndido, ¿cierto?

La voz de Catherine la hizo bajar de la nube de pensamientos en la que se hallaba metida. Abrió los ojos y vio a su futura cuñada con un vestido verde oscuro a conjunto con sus ojos y una sonrisa leve. Era todo lo que ella creía digno de admirar en una mujer; fuerte, capaz, inteligente y con carácter. Todo lo que a ella le faltaba.

—Lo hace. Huxley se ha ido a ver a Andrew, supongo.

—Así es —asintió, sentándose en el banco, junto a ella—. ¿Hay algo que te preocupe?

—Oh, no especialmente. O bueno, quizás sí. Yo... lo siento mucho, pero os escuché el otro día, no era mi intención de verdad, pero no pude evitarlo.

A Catherine se le paró el corazón. Decía que los había escuchado, y podían ser miles de conversaciones.

—¿Qué escuchaste exactamente? —preguntó con un temblor incipiente en la mano derecha.

—Lo de tus poderes. Es cierto eso, ¿no? Que tienes poderes, Catherine, que los espíritus te visitan y que puedes ver el futuro.

Catherine trago saliva, pensando en que decir. Era inútil negarlo, Annabelle no era estúpida y sabía perfectamente lo que había escuchado. Tratarla de loca, solo podría ser peor, así que cogió una bocanada de aire y asintió.

—Así es. Pero no es algo que yo pueda controlar, funciona a su antojo y a veces no puedo bloquearlo. Annabelle, tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, nunca.

Ella abrió la boca algo asustada ante la dureza de sus palabras.

—Por supuesto, lo juro. Yo solo quería saber si por algún milagro, podrías llegar a curarme, y si no es posible, ver qué me deparará el futuro —pidió, alargándole la mano derecha hacia arriba.

—No sabría cómo, pero no dudes que, si pudiera hacerlo, lo haría. En cuanto a ver el futuro, no creo que quieras saber lo que puedo ver... —suspiró Catherine.

—¿Por qué no? Solo quiero saber con quién me casaré. ¿Será con Vaine?

No era una experta leyendo la mano, pero Esmé le había enseñado algunos conocimientos básicos e iba a decírselo pues, al fin y al cabo, no creía que pasase nada.

—Cielo, es la mano izquierda, pero no dejes que te toque —le advirtió.

—¿Por qué? —preguntó ella con su suave voz.

—Cuando toco a la gente suelo ver el día de su muerte, y estas cosas es mejor no preverlas.

—¿De veras? Dios, no debe de ser agradable. ¿Y mi hermano?

—Tu hermano es la única persona con la que no funciona, no sé porqué.

Annabelle le alargó la otra mano, nerviosa. Deseaba saberlo todo acerca de su futuro, y esperaba que fuese un poco más prometedor de lo que su parte pésima le decía.

—Seguro que es porque lo amas —susurró con convencimiento.

Catherine no pudo evitar pensar que ojalá fuera cierto, ojalá aquella fuera la causa.

—A ver... vaya, tienes la línea de la cabeza unida a la del corazón, eso significa que a la hora de querer no piensas demasiado, eres impulsiva.

Aquello hizo sonreír a Annabelle, porque su alma de romántica incurable le decía que así era.

—Es cierto. Catherine... ¿crees que se pueden querer a dos personas al mismo tiempo? Enamorarse de dos hombres —caviló en voz alta.

—No lo sé, nunca me ha pasado. Annabelle Hamilton, ¿qué ocurrió durante el baile? —suspiciousamente, Catherine la interrogó, a lo que la pequeña Hamilton respondió con una leve tos incómoda y las mejillas medio sonrosadas.

—Nada especial, en serio. Huxley me presentó al doctor Heimsworth y me pareció un hombre digno de admiración y muy... masculino, ya sabes.

—Desde luego su presencia no pasa inadvertida, eso seguro, impone. ¿Estuvisteis hablando durante mucho rato?

—No mucho, pero lo suficiente como para que me pareciese alguien digno de confianza y de ofrecer mi amistad. Pero hubo algo que se me removió, fue extraño. Me agradó, eso seguro. Puede que simplemente hubiese conectado con él de una forma ...intelectual. Porque hablamos de un libro —explicó ella, dándole detalles.

—Bueno, el doctor Heismworth es un hombre inteligente y culto, cultivar su amistad sería bueno. ¿Por qué no le invitas a tomar el té y seguís hablando de libros? —dijo Catherine dándole una idea estupenda.

—No estaría mal, cierto. Pero no sé si a Thomas le haría mucha gracia... —dudó ella.

—Pamplinas, ¿por qué tendría que enfadarse? ¿Acaso él no tiene charlas con otras damas? ¿Acaso no acude a otros eventos cuando tú no vas?

—Muy cierto —pensó Annabelle—. Gracias Catherine, ¿qué dice más mi mano?

—Eeeh no está muy claro, porque tienes dos caminos posibles, dependerá del que escojas —vaciló entonces.

—¿Y qué me depara cada uno de ellos?

—Uno será muy apacible, serás feliz pero no veo descendencia en él. El otro será más tormentoso, sufrirás, pero también amarás y aquí puede que vea a un hijo.

—¿De veras? No me lo creo.

—Pero tu vida será mas corta —le advirtió.

Pero a Annabelle le daba igual, tenia claro cuál seria su camino en el caso que tuviese que elegir.

Huxley volvió pronto, cuando el almuerzo entre Catherine y Annabelle ya había finalizado y ambas se encontraban en el salón, su hermana tocando el piano y Catherine escuchando. En cuanto entró, esta dejó de tocar.

—¿Cómo está Andrew? —preguntó Annabelle con curiosidad.

—De los nervios. Tía Megan quiere desposarse con Burns, y no lo aprueba.

—¿Por qué? —preguntó Annabelle apretando un do mayor de lo más dramático.

—Bueno, es el tío de Isabella, su difunta esposa, y ya sabes qué le ocurrió.

Catherine carraspeó, levantándose del sofá donde había permanecido y cruzó los brazos, expectante a la respuesta.

—¿Se supone que se suicidó en casa de Keightley?

—No se supone, se suicidó. Yo mismo vi el cuerpo, estaba destrozados.

—Pues yo no noté ninguna alma atormentada —comentó despreocupadamente, a lo que Huxley abrió los ojos desmesuradamente señalando con la barbilla a su hermana.

—No te preocupes querido hermano, os escuché. Sé que Catherine tiene poderes especiales, ¿no es fantástico? Son de lo más útiles.

—O molestos cuando se trata de su descanso. Ni se os ocurra hacer sesiones de espiritismo ni nada extraño, lo último que deseo es tener a un fantasma rondando por mi casa —dijo, intentando mantener la autoridad.

—Pero si a ti no pueden molestarte, Hux, y lo sabes —se quejó Catherine, dando un paso hacia él.

En el fondo le gustaba ver cómo se quejaba, pues había aprendido que lo hacía por costumbre y por preocupación.

—Mejor dejemos el tema y pasemos a otras cosas importantes.

—Entonces, ¿Isabella no se suicidó? Apenas la recuerdo, tenía ocho años cuando se casó con Andrew, pero era muy hermosa.

—Por favor, puede que no sea un alma en pena porque con la muerte halló la paz, sería posible eso, ¿verdad?

Catherine se lo pensó durante un rato, y es que este tipo de fantasmas no la visitaban.

—La verdad es que podría ser. ¿Me llevas a ver a mi hermano? —pidió ella, sabiendo que no era un tema del que Huxley le hiciese gracia sacar, pero era necesario.

Se pasó la mano por la barbilla, pues por una parte no le apetecía que hablase con aquel despojo de ser humano, pero por la otra, sabía que no podía prohibírselo sin más. Y también era consciente de que iba para obtener más información de esa maldición que cada vez le parecía más ridícula.

—Vamos. Haremos el equipaje por si se nos hace tarde, podemos quedarnos en Londres.

—Buena idea. ¿Me has traído el anillo?

Por la cara de niño travieso, Catherine supo que no.

—Vamos. Haremos el equipaje por si se nos hace tarde, podemos quedarnos en Londres.

—Buena idea. ¿Me has traído el anillo?

Por la cara de niño travieso, Catherine supo que no.

—Perdona, se me ha olvidado completamente. Voy a enviar un mensajero para que Andrew lo busque.

—Ahora ya no hay tiempo, lo haremos cuando volvamos —respondió ella, inquieta por salir.

Quería aclarar todo aquello, y sobretodo, pedirle a Esme si por casualidad sabía si tenían algunos parientes en la ciudad, porque necesitaba ver a otra *shumani* con urgencia. Había algo en el aire que no podía descifrar, que la inquietaba. Desde esa misma mañana, había algo que hacía que se le encogiese el estomago y la ponía nerviosa.

No tardaron en salir con el carruaje dirección Londres, dónde Patrick se alojaba. Era esa misma casa que había alquilado, dónde ella y Huxley se habían visto por primera vez.

—Estás temblando, ¿es por frío o por nerviosismo? —preguntó él, posando la mano sobre las de ella para que se detuviese.

Desde luego, la temperatura era agradable, y aunque el vestido verde de muselina y chenille no abrigaba casi nada, la chaqueta que había depositado encima del asiento podía habérsela puesto y no lo había hecho, así que apostó por lo segundo.

—Estoy inquieta. Hay algo que me dijo Esme antes de marcharse y quiero asegurarme de que lo que me dijo es verdad.

—¿De qué se trata?

Catherine tragó saliva y pronunció algo en ese idioma extraño del que a veces hablaba.

—Prefiero esperar a que me lo confirmen, no quiero preocuparte antes de tiempo.

Huxley carraspeó llamando su atención, haciendo que desviase el cuello hacia sus ojos.

—Querida, creo que ya nada de lo que me digas podrá preocuparme más, si el hecho de ver muertos o de estar maldita no me ha asustado lo suficiente.

Su corazón palpitó deprisa, embargándole un sentimiento de afecto inexplicable, no pudiendo mas que calmarlo lanzándose a sus brazos. Lo cogió por el cuello sujetándose a él, sentándose a horcajadas sobre su regazo y hundiendo los labios en los suyos, perdiéndose en su exquisitez.

Huxley se entregó a él en cuerpo y alma, recibió el beso inesperado con

ahínco, respirando entrecortadamente. El balanceo de Catherine hizo que la sujetase por detrás, llevándole una mano en su espalda para evitar que cayese debido al movimiento del carruaje.

Sus jadeos se volvieron intensos cuando el beso empezó a ser más intenso y demoledor. Su respiración era desacompasada, el tórax le rozaba el pecho y su otra mano puesta en su cintura, estaba empezando a bajar hacia sus faldas. Recordó entonces que estaban en el carruaje, de camino hacia Londres, y de lo indecoroso que era aquello incluso para él.

—Cate, estamos en un carruaje —logró decir con una voz ronca y aguda por el deseo incipiente.

Pero ella parecía no importarle en absoluto, porque seguía besando su cuello y su mentón.

—Quiero mi clase de anatomía. ¿Cómo se llama esa vena que palpita en el cuello donde puedes notar el corazón? —preguntó, besándole el pulso del cuello, algo desbocado.

—Es la yugular.

Catherine no tenía suficiente, así que con las manos empezó a quitarle los botones de la chaqueta a Huxley con una mirada lasciva.

—¿Y esto que me sube cuando me excitas? —preguntó de nuevo, metiendo las manos hasta el extremo del pantalón.

—Es la libido. Catherine... si no paras voy a tomarte aquí mismo —le advirtió, percibiendo que su miembro ya estaba duro e hinchado.

—Doctor Hamilton, eso es exactamente lo que deseo —susurró ella mordisqueando su oreja, haciendo que su aliento traspasase su oído.

"Bien", pensó él, "si es lo que desea, ¿quién soy yo para negárselo?".

No esperó nada más, sus manos buscaron a través de las ropas llegar hasta las bragas y les desató el lazo, pudiendo alcanzar su sexo ya húmedo. Lo acarició lentamente mientras seguía besándola y ella seguía en su empecinamiento de desnudarlo, hasta lograr desatarle los botones del pantalón.

Cate se estremeció cuando percibió que uno de sus dedos se hundía en su

interior. Observó los ojos oscuros y brillantes de Huxley, su concentración en el rostro y sus suspiros.

—Tendrás que hacerlo tú, gitana —murmuró él, dejando al aire su miembro listo y preparado.

—¿Yo? ¿Cómo...? —preguntó Catherine confusa.

—Voy a ayudarte.

Aferró las manos a su cintura arrastrándola hasta la posición adecuada, logrando que se deslizase sobre la rigidez de su miembro erecto hasta empalarla. Luego, murmurando indicaciones y haciendo que alzase las caderas, hizo que se moviera.

Cate, al cabo de unos minutos, entendió lo que tenía que hacer y buscó ese ritmo y movimientos que hacían que lograra esa sensación de placer. Al mismo tiempo, advirtió la mano de Huxley serpenteando en sus pliegues de nuevo, buscando la protuberancia escondida. Ejerció algo de presión en ella, haciendo que Cate jadease al contener una oleada de placer.

—Hux...

No logró terminar la frase, pues en ella se desencadenó el éxtasis con espasmos que hacían que se moviese mucho más rápido, mientras veía ese mismo gozo en los ojos del hombre que tenía debajo.

Con las respiraciones aún espasmódicas, ambos se quedaron en esa misma posición, Catherine apoyada en su torso con la cabeza sobre su hombro.

—No quiero que respondas a eso, pero te quiero, Catherine —musitó él, dejando que su pulgar recorriera su nuca en círculos.

Su corazón gritaba que ella también, y deseaba decírselo, pero su cabeza clamaba que podía ser mentira, así que permaneció en silencio.

VEINTINUEVE

La vida parecía haber sido benévola con Patrick MacDonnell; tenía un título que lo hacía ser un privilegiado desde nacimiento, una fortuna considerable y pocas responsabilidades. Lo único que se esperaba de él es que continuase en legado de los MacDonnell, tarea que no tendría que ser muy difícil.

Pero Patrick llevaba a sus hombros una responsabilidad secreta y muy bien guardada, pues era una persona encerrada en una dualidad muy distinta. Su padre había sido un auténtico escocés de pura cepa, con fuertes convicciones y un hombre de tradiciones arraigadas. Por otro lado, su madre le había enseñado un mundo completamente distinto con costumbres extrañas, ajenas a todo lo que conocía, y por encima de todo, había crecido con la obsesión de que Catherine era lo máspreciado que podía existir y que tendría la suerte de conocer.

Desde que había escuchado teniendo doce años, aquella conversación entre Esme y su madre, que tuvo claras dos cosas: que Catherine no era una persona normal y que al ser la chica más bonita que existía en este mundo y no ser su hermana, lo que sentía por ella era más que un simple amor fraternal.

"Ella no debe enamorarse, Patrick, no dejes que lo haga". Aquellas palabras se le habían quedado grabadas a fuego, y no pensaba olvidarlas. Por eso cuando el mayordomo anunció su llegada, supo que tenía que hacer algo para enmendar aquella reacción tan impropia que había tenido. Estaba bebido, furioso y la rabia se lo llevó en cuanto vio que su Catherine podía sentir algo por aquel presuntuoso duque.

Al verla entrar en el salón junto con él, puso los ojos en blanco. ¿Tenía que ser su sombra? Maldita sea. Estaba hermosa, siempre lo estaba, pero últimamente tenía un brillo en su mirada resplandeciente, antes más apagada.

—*Ilo*^[18], tenemos que hablar —fue lo primero que dijo—, *aonar*^[19].

En cuanto dijo aquello, Catherine permaneció callada. Y lo vio, un pequeño resquicio de miedo cruzó su rostro. Tenía miedo de él. Esa certeza lo sobresaltó

y sintió que su corazón se rompía poco a poco. Había sido un auténtico bruto y un imprudente, pero no tenía intención de hacerle daño alguno, solo quería espantarla lo suficiente como para que no se acercase más al duque, y justo había obtenido lo contrario.

—*Tha mi airson bruidhinn Esme* ^[20]—respondió ella con determinación.

—*Chan eil gu math* ^[21]—dijo Patrick, y era verdad, estaba convencido de que pronto le llegaría su hora.

—*Tha e fìor gur mise mo cho-ogha*^[22]? —preguntó con un hilo de voz.

Catherine estaba convencida de que había cosas que su supuesto hermano le ocultaba, cosas que hasta ahora no sabía que lo hacía, pero hoy estaba resuelta a hacerle hablar.

—Sí —respondió, viendo como Huxley estaba cada vez más molesto al no entender nada de lo que decían—. Nadie más lo sabe, Caterina, ni padre lo sabía.

—¿Y por qué yo no? —dijo ella, con las manos temblorosas y a punto de echarse a llorar.

—Creo que las circunstancias de tu nacimiento no fueron muy propicias, una *shumani* que lo preparó todo para que te criases con nosotros. Eras huérfana, Cate.

—No sé si creerte, en realidad, no sé si creer nada de lo que me han dicho —espetó de golpe, enfadada.

—Dice la verdad, Caterina. Yo estuve ese día, yo vi morir a tu madre después de que tú hubieses nacido y vi cómo nacía muerto el hijo de Fiona poco después. Tú ibas a ser una *shumani* poderosa, teníamos que protegerte.

Catherine se giró hacia la puerta al ver a Esme entrar con cierta dificultad y acomodarse en el sofá de estilo renacentista. Estaba mayor, ella lo sabía y Catherine también, y también se daba cuenta de que debía de decir todo aquello que sabía antes de pasar a mejor vida.

—¿Y la maldición? ¿Esme? Dime si eso era mentira.

Esme desvió la vista hasta Patrick, que se mantuvo firme.

—Esto escapa a mi conocimiento —dijo finalmente.

—Necesito ver a otra *shumani*, dime, ¿sabes si hay alguna familia por aquí?

—En la zona del puerto suelen haber zíngaras que leen la mano —dijo ella, cerrando los ojos para descansar.

Estaba cansada sí, muy cansada de la vida y de todos esos secretos que había ido acarreado. Solo quería descansar en el seno de la muerte y por fin, liberarse de todo aquello.

Catherine miró a Huxley, que se mantenía en silencio sin haber entendido nada sobre la conversación que acababa de presenciar.

—Cate, vas a tener que hacerme un resumen.

—Yo... necesito ir al puerto, Esme me ha dicho que allí suelen haber gitanas que leen la fortuna, no sabe nada mas sobre la maldición. Tengo que ir —suplicó ella con la mirada.

Huxley supo que no dormiría tranquila hasta que hubiese agotado todas las posibilidades, y si aquello significaba convencerla de que tal maldición no existía, entonces le parecía perfecto.

—De acuerdo. ¿Quieres que te acompañe?

—Será mejor que no, mi gente habla más cuando estamos a solas —murmuró, acercándose y dándole un beso en la mejilla—. Gracias Hux.

—Coge el carruaje, yo alquilaré uno para la vuelta.

En cuanto ella salió del salón, Huxley se cruzó de brazos y se dispuso a tener una conversación con Patrick MacDonnell para aclararle ciertos puntos imprescindibles.

A su modo de ver, era un niño de apenas 20 años que se creía con derecho a todo, incluida su hermana. Su cara bonita y aspecto de príncipe encantador no lo salvarían de él, estaba claro que no.

—Tenemos una conversación pendiente —le dijo, viendo cómo se giraba hacia la ventana para observar la calle principal.

—Lo sé. Está enamorada de verdad, ¿no es así?

Tal afirmación lo sorprendió, no esperaba esa reacción por su parte ni mucho menos. Caminó hasta ponerse a su lado para no molestar a la tía abuela, que parecía haberse quedado dormida.

—Eso me parece a mí y a ella. Tal maldición no existe, ¿verdad? ¿Por qué os esforzáis en mantener esa farsa? No tiene ningún sentido —dijo algo malhumorado.

—Porque hay una profecía que anunció la *shumani* que la vio nacer. Será muy poderosa, unirá al mundo de los espíritus con este mundo, pero el amor podrá destruirla. El amor, Hamilton —le aclaró él.

Si no podía vencer al enemigo, lo mejor era unirse a él, y si era cierto que Catherine le importaba, haría algo al respecto.

—¿En qué sentido? —preguntó Huxley, confuso.

—Por lo que me dijo mi madre, la *shumani* vio la sombra de un asesino acechándola. No sé si tiene algún sentido para ti.

Incesantes palpitaciones inundaron el tórax de Huxley al escuchar aquello y todo tuvo sentido en su cabeza. El amor la había unido a él, y él tenía a un asesino que, por alguna extraña razón, estaba obsesionado con él.

—Creo que sí. Jesús, creo que Catherine puede estar en peligro —dijo nervioso.

—¿Cómo?

Pensó en la última pista, una concha y la palabra valiente. Catherine había ido hasta el puerto, donde en las riberas del río que venían del mar podían perfectamente encontrarse alguna de estas.

—Hay que ir a buscarla ahora mismo —reiteró Huxley saliendo de allí lo más rápido posible.

—Iremos en mi carruaje —se ofreció Patrick—. Hamilton, ¿qué demonios pasa?

—Te lo cuento por el camino —musitó, esperando a que el lacayo lo trajera para cabalgar hacia el puerto.

No se lo perdonaría nunca si el asesino llegase a hacerle algo. Solo de

pensarlo se le helaba la sangre y se le detenía el corazón. No quería ponerse en lo peor, pero le era inevitable. Dios, ni siquiera tendría que haberla dejado inmiscuirse en la investigación por muchos poderes extrasensoriales que tuviese. Tendría que haberle dicho que sí iba a acompañarla a todos lados, no perderla de vista ni por un segundo.

Recordaba la primera vez que la había visto, entrando en la habitación donde hallaron el primer cadáver. Desencajaba en aquel sitio, era demasiado elegante y refinada. Lo suyo no había sido un amor a primera vista, sino un afecto que se fue desarrollando poco a poco, buscando en los rincones y trampas de su indolente e impenetrable corazón y había logrado colarse en él sin apenas darse cuenta.

Ahora la quería como nunca había querido a nadie, no lograba imaginarse el resto de su vida sin su presencia, carecía de sentido.

—¿Tiene algo que ver con los espíritus que ha estado viendo? —insistió Patrick cuando estuvieron ya dentro del carruaje.

—Hay un asesino que está jugando conmigo al gato y al ratón, no sé por qué razón. Colaboro con la Scotland Yard en mi condición de médico, pero es un secreto —empezó a contarle—. Me llamaron para que hiciese la autopsia del primer cadáver y apareció Catherine. No siquiera sabía quién era ella hasta que la conocí como mi prometida.

—Es bastante terca cuando quiere algo —reconoció Patrick.

—Lo es. Los... espíritus o almas de las asesinadas no dejaban de atormentarla, ella cree que buscando y encontrando al asesino podrán descansar en paz.

—Y crees que ese asesino podría hacerle daño, que es el de la profecía.

—Es lo que creo. Pero hay algo más, en todos los cadáveres había pistas de la siguiente víctima, y en el último era una caracola con un mensaje dentro, *Brave*.

—¿Una caracola? Quizás algo relacionado con la costa.

—He pensado que quizás se refiere al puerto, pues los sedimentos que

arrastran los barcos desde el mar a través del río ...

—Catherine ha ido al puerto. ¿Crees...? —dejó caer las palabras.

—Espero que no.

Un silencio se interpuso entre ellos, pues ambos se estaban temiendo lo peor y no les gustaba.

—Hamilton, si te casas con ella, tendrás que cuidarla, sobretodo de sí misma, ¿entiendes? Es un alma libre, pero necesita amor y comprensión —dijo Patrick en un momento.

—Lo sé. Me dijo que no os habíais criado como hermanos.

—No es mi hermana, pero nadie debe saberlo nunca. Mi madre tuvo que apartarla de muchas cosas, sabes cuáles son los poderes que tiene y lo peligroso que es, sobretodo para una niña. ¿Imaginas tocar a alguien y ver su muerte cada vez que lo haces? Siento curiosidad, ¿te lo ha dicho?

—No la ha visto, conmigo no ve nada —confesó.

—Curioso.

—¿Ella sabe que no eres su hermano?

—Ahora sí, antes no sabia nada. Supongo que no estarás dispuesto a compartirla, y ella tampoco querrá compartirte a ti —murmuró dejando ir un suspiro—. Qué lástima, nos lo habríamos pasado divinamente los tres.

Huxley se mordió la lengua, asimilando lo que aquel hombre acababa de decir. ¿Los tres? Había escuchado de personas que se sentían atraídas tanto por un sexo como por el otro, pero estaba muy mal visto por la sociedad y evidentemente, prohibido. Esas personas solían ocultarlo, y parecía que Patrick era una de ellas, o eso había intuido.

TREINTA

Brancaster, 1855

Con torpeza, Catherine MacDonnell bajó los escalones de la enorme torre dónde estaba confinada prácticamente a la voluntad de su madre. Odiaba quedarse en su habitación sin poder hacer nada, ella quería salir de aquel castillo en el que se sentía prisionera.

Un peldaño, dos peldaños y tres. Contempló cómo el guardia de turno estaba en el otro extremo de la escalera hablando bastante cerca de una muchacha joven. Los vio reírse, ajenos a su presencia.

Caterina sonrió maliciosamente y con sumo cuidado volvió a bajar los otros peldaños que le quedaban hasta la planta baja del castillo. Nunca había llegado tan lejos sola, así que decidió ponerse detrás de una puerta pensando cuál era el camino correcto para salir.

Veía gente pasar, gente desconocida, gente enmarañada con sus pensamientos, sus vidas y sus anhelos. Veía a gente y a otros que habían sido como ellos pero que ya no lo eran. Que, al alzar la mano para tocarlos, se desvanecían. A veces quería cerrar los ojos, pero no lograba que desapareciesen del todo, la perseguían en sus sueños hasta alcanzarla.

Por mas que gritase, no se iban hasta que despertaba. La tía Esmé era la que se quedaba en su cama y la reconfortaba, le decía que no debía tener miedo y que algún día podría ayudarlos. No entendía eso, pero a veces le peinaba el cabello y eso la tranquilizaba mucho. Otras veces le daba a beber algo asqueroso, pero luego ya no se despertaba.

De golpe, se quedó sola. No había nadie a su alrededor y el silencio lo embargó todo. Sabía que era su momento, y sin titubeos, corrió hacia adelante, recorriendo los pasillos intuitivamente hasta que, como un milagro, vio la puerta

y salió. No dejó de correr hasta llegar al bosque, hasta esos árboles por los que tanto suspiraba.

Sin aliento, se sentó sobre aquella alfombra verde que todo lo inundaba, pudiendo escuchar el sonido de los pájaros y de las cigalas. Era un día soleado, no muy frío y Catherine se dedicó a recoger flores hasta que no le cupieron en su pequeña mano.

Un ruido la asustó, haciendo que se escondiese detrás de uno de los árboles. Se escuchaban pasos pisando la tierra del camino y voces. No eran conocidas, pero hablaban como lo hacía con Esme.

Sacó la cabeza para ver quiénes eran, y volvió a su posición para no ser vista.

—¿Qué haces aquí?

De golpe, giró la cabeza y se encontró frente a frente con otro niño. Era de su misma estatura, de piel algo pecosa. Un gorro marrón tapaba la mayor parte de su cabeza, pero tenía unos ojos oscuros, negros y brillantes.

—Recoger flores. ¿Tú?

—Recoger leña. ¿Para qué quieres las flores?

Ella se encogió de hombros.

—Son bonitas. ¿Para qué quieres la leña?

—Para hacer fuego. Me lo ha mandado madre.

Ambos se examinaron mutuamente durante un corto periodo. A ella no le importó que el niño estuviese sucio y tuviese los pantalones rotos cuando le sonrió.

—¿Quieres ser mi amigo? —preguntó entonces.

El niño se sorprendió y le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo. ¿Quieres que te enseñe mi refugio?

—Sí —asintió ella.

—Sígueme.

No se lo pensó cuando echó a correr detrás de él, siguiéndolo. Atravesaron árboles, un río y siguieron hasta que Catherine estuvo completamente perdida. El

camino que trazaron les llegó hasta lo que parecía un pueblo. Eran esas casas que podía ver desde la ventana de la torre, de un tamaño minúsculo, parecidas a las de una hormiga. Pero ahora eran altas, aunque no tanto como el castillo, y mucho más pequeñas que este.

—¿Vives aquí? —le preguntó cuando se detuvieron.

—No exactamente. Sígueme.

Así lo hizo, atravesando el pequeño pueblo, encantándose con las paradas del mercado donde tenían frutas, verduras, pan recién horneado e incluso pollos en jaulas.

Lo siguió hasta donde ya casi no había casas, hasta lo que parecía un campamento lleno de carromatos parados, de ropa tendida e incluso de mujeres cocinando con fuego sobre el suelo.

Ella lo siguió hasta un árbol cercano y, viendo que, colocados escalonadamente había tacos de madera, se subió a este detrás del niño. Cuando llegaron hasta arriba del todo, se quedaron sentados encima de una rama sólida. Desde allí se veía todo el campamento, incluidas algunas zonas que estaban tapadas por grandes sábanas, pero no cubiertas por arriba.

—Ese de ahí es mi carro —señaló el niño.

Catherine se fijó en que una mujer parecía estar remendando algo de ropa, sentada detrás de una de esas grandes sábanas. Su expresión no parecía muy alegre.

—¿Es tu madre?

—Sí.

—No parece muy contenta. ¿Está triste?

El niño se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Cuántos años tienes?

—Cinco. ¿Y tú?

—Cuatro.

Catherine, viendo como el niño se ponía algo triste, alargó la mano hacia la suya y quiso cogérsela, pero no pudo.

—Eres uno de ellos —exclamó entonces, sorprendida.

—¿Quiénes?

—Un espíritu. Tía Esme me dijo que a los que no se les puede tocar, están muertos.

El niño negó con la cabeza, y entonces empezó a bajar por el árbol con ligereza.

—¡No estoy muerto! —gritó, desapareciendo entonces a través de la espesura del bosque.

Catherine vio la distancia que había desde dónde estaba hasta el suelo, y se asustó. Le daba demasiado miedo bajar sola, y aquel niño había desaparecido. Empezó a sollozar, notando cómo las lágrimas empapaban su rostro. Quería a su madre, quería volver a casa. No tendría que haberse escapado.

Estuvo durante un buen rato debatiéndose entre intentarlo o no hacerlo, hasta que apareció alguien por allí que la escuchó llorar. El hombre empezó a subir hasta llegar a la rama, hasta sentarse también en ella. Tenía un aspecto imponente, tosco, de tez olivácea y cabello espeso y oscuro, larga hasta los hombros. Una barba espesa de varios días le cubría el rostro, cuyos ojos destacaban por encima de todo.

Aquella mole observaba a la niña desinteresadamente.

—¿Cómo has conseguido subir hasta aquí? —preguntó con una voz oscura y grave.

—No lo sé. ¿Me ayudas a bajar? Por favor —le suplicó ella.

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Catherine.

El hombre se removió del sitio, incómodo al escuchar aquel nombre. Sin duda, ella se parecía a Caterina, se parecía muchísimo, era el vivo retrato de ella.

—¿Y dónde vives?

—En el castillo. ¿Y tú?

Por supuesto, el castillo. Debería de haberlo imaginado, era la hija de Fionna.

Había rumores de que se había casado con el conde escocés y de renegaba de sus orígenes. Muchos de sus familiares habían migrado hacia tierras del este, cansados de permanecer en el mismo sitio, pero otros como él se habían quedado.

—Aquí. Vamos a bajar, súbete a mis hombros pequeña Caterina.

—Así me llama tía Esme.

Pero ella no se movió, permaneció inmóvil mirándole fijamente a los ojos.

—¿A qué estás esperando? Vamos, no tengo todo el día —exclamó él.

—Es que si te toco... voy a ver cosas feas —murmuró la niña, encogida bajo sus propios hombros y con el cejo fruncido.

—¿Cosas feas? ¿Qué clase de cosas?

—Tu muerte —dijo esta sin titubear.

Si hubiese sido cualquier otro, no la hubiese creído, al fin y al cabo, era una niña de 5 años que podía estar desvariando sobre el tema. Pero él había visto la magia con sus propios ojos, y cuando escuchó sus palabras, sospechó que bien podía ser cierto.

—No me da miedo la muerte —dijo entonces, alargándole la mano—. Dime niña, ¿será pronto?

Catherine puso su pequeña mano encima de la gran mano del hombre, y cuando tuvo aquella visión, se estremeció.

—No, falta mucho. No será antes de que volvamos a encontrarnos —dijo ella, muy segura de sí misma—. Quieres ir con Caterina. Otra Caterina, no yo —puntualizó.

El hombre asintió, parpadeando varias veces. Esa niña era especial, sin duda alguna.

—Vamos a bajar de aquí —susurró, cogiéndola por las axilas y alzándola hasta sus hombros—. Agárrate bien a mí, y no te sueltes —le advirtió.

Así lo hizo ella, sujetándose a su ancho cuello.

El hombre fue bajando del árbol poco a poco, no porque la niña pesase, no era nada en comparación a las cajas que transportaba, sino para que no cayese.

Una vez en el suelo, la bajó, sin dejar de mirarla.

—Muchas gracias, Boyan —sonrió ella.

Era tan menuda, tan perfecta. Tenía los mismos ojos azules que su preciosa Caterina, y los mismos hoyuelos. Algo dentro de sí se arremolinó en el corazón, queriendo abrazarla muy fuerte. Deseaba proteger a esa niña, aunque le fuese la vida en ello.

—De nada, pequeña. Deberías volver a casa.

—Lo sé, pero no sé como.

—Yo te acompañaré. Sígueme —se ofreció entonces.

Antes de que pudiese hacer nada, la niña alargó la mano hacia la suya, y se la cogió mientras iban caminando.

Boyan bajó la cabeza, tragando saliva, sintiendo que esa niña le había robado el corazón, igual que lo había hecho en su día su tía, Caterina.

—¿Me cuentas una historia? —pidió ella de golpe, distrayéndolo de sus pensamientos.

—¿Una historia? Bueno, solo me sé una —confesó él con voz ronca.

—De acuerdo. ¿De qué trata?

—De un ángel —empezó, titubeante ante su insistencia—. Érase una vez un hombre rudo, mal hablado y borracho. Todo el mundo le tenía miedo, y él no hacía nada para que no fuese así.

—¿Por qué? —se extrañó la niña.

—Siempre había notado el rechazo de los demás por ser demasiado alto y desgarbado. Lo llamaban monstruo, así que, si iba a serlo, tendría que dar miedo ya que nadie nunca lo querría, y si daba miedo, los demás no se burlarían de él. Pero se hizo mayor, y tuvo que casarse.

—¿Conoció a una princesa?

—No exactamente. Una muchacha le parecía bonita, y pensó que, como era inteligente y nada convencional, vería más allá de su aspecto físico y de los rumores, pero no fue así.

—¿No se enamoró de él?

—Ni siquiera lo intentó, porque se fugó con otro antes de casarse. Pero la historia no termina aquí.

—Ah, ¿no?

—No, porque esta chica tenía una hermana incluso más hermosa que ella, y sus padres le dijeron que se casase con él. Y ella lo hizo.

Catherine entonces sonrió abriendo los ojos.

—Caterina —adivinó.

—Ella supo ver todo lo que los demás no vieron, y se quisieron mucho. Pero Caterina ...murió, y se convirtió en un ángel yendo al cielo. Desde allí me observa, lo sé —aseguró él.

—Seguramente, aquí ya no está —dijo Catherine.

Pronto llegaron a las puertas del castillo, y Boyan supo que era el momento de despedirse. Era posible que no volviese a ver a la niña, y eso le produjo una congoja inusual. No quería dejarla ir, pero debía hacerlo.

Se puso de cuclillas, a la altura de la pequeña para decirle unas últimas palabras.

—Caterina, me alegro de haberte conocido.

No pudo decir mucho más, pues los gritos de una mujer lo interrumpieron. Era Fionna, que corría hasta Catherine totalmente fuera de sí.

—¡Catherine!

Llegó hasta dónde estaban y abrazó a la niña con efusividad. Luego, siendo algo secundario, se dignó a mirar a su acompañante, y la sangre se le heló completamente. No era posible, no podía ser él.

Tras ponerse de pie, cogió aire e incrédula habló primero.

—¿Eres tú, Boyan? —dijo finalmente.

—Lo soy, Fionna. Creo que tu hija se había perdido.

—Boyan ha sido muy amable, y me ha explicado un cuento, somos amigos. ¿Puede venir mañana? —preguntó Catherine.

—Estás castigada por haberte escapado —dijo Fionna, antes que nada—. Gracias por traerla —le dijo a él.

—No hay de qué. Es una niña muy especial —dijo.

—Lo es.

El temor de Fionna creció al ver cómo los ojos de Boyan se iluminaban al despedirse de Catherine, pero era imposible que supiese nada. No, nunca sabría que aquella niña era realmente su hija, no debía saberlo. No podía dejarse engañar por aquel acto desinteresado, aquel hombre no era bueno, y quién sabe lo que su hermana había sufrido a manos de aquel bárbaro. Pero, a pesar de eso, no le pasó desapercibida su mirada triste y ese murmullo en su cabeza que le decía que quizás, no era tan malo.

TREINTA Y UNO

Londres, 1875

Catherine tuvo que buscar el pañuelo del pequeño bolso que llegaba para taparse la nariz. Un olor repugnante a pescado podrido se mantenía en el aire y le daban arcadas. Se quedó en la zona donde las tabernas y los burdeles imperaban, así como las casas de alojamientos de los marineros que llegaban a Londres para cargar o descargar mercancías.

Caminó un par de metros hasta ver que, en un pequeño local, en el tabloide de madera colgante estaba dibujado uno de los símbolos del horóscopo gitano, una rueda. La calle transitada por gente con carretas transportando pescado y cajas de botellas, marineros tambaleándose y cantando o mujeres cuchicheando entre ellas la hizo decidirse con rapidez a entrar, así que abrió la puerta y caminó hasta el interior.

La estancia era pequeña, la única ventana que daba a la calle no daba mucha luz y sólo una vela encima de la mesa hacía de él un sitio lúgubre. Solo una pequeña estufa, la mesa redonda con dos sillas y un baúl eran el único mobiliario.

No tuvo que esperar mucho a que una chiquilla de unos quince años saliera por una portezuela. Llevaba el cabello suelto, una falda de color púrpura y una blusa negra con un delantal puesto, además de varios brazaletes con algunos símbolos.

—¿Desea saber la buenaventura? —preguntó ella.

Pero Catherine enseguida supo que ella no era lo que estaba buscando, no percibía nada especial en la muchacha.

—Estoy buscando a una *shumani*. ¿Sabes dónde puedo encontrarla? —dijo entonces sin rodeos.

—Yo puedo leerle la mano —insistió la chica.

—No quiero que me lean la mano, necesito a una *shumani* para saber si...

La portezuela volvió a abrirse, entrando en la sala una mujer mayor, de rostro oscuro y arrugado, con los cabellos totalmente blancos y unos ojos oscuros como la noche.

—*zuvli*, ^[23]¿por qué andas buscando a una como tú? —le soltó la mujer mayor, sentándose en una de las sillas.

Catherine vio cómo la chica bajaba la cabeza antes su presencia. Esa mujer sí era una *shumani*, podía notar la energía que emanaba ella, esa aura distinta de los demás.

—Necesito saber si hay alguna maldición que recaiga sobre mí —dijo sin tapujos, sentándose frente a ella.

—¿Nadie te enseñó? ¿De dónde vienes?

—Escocia. No vivo con ningún clan.

La vieja alzó una ceja, y suspiró.

—Extraño que te hayan dejado marchar, siendo tan poderosa.

—Fue mi madre —aclaró.

—Bien, quítate el guante y extiende la mano.

Catherine se lo sacó y extendió la mano, pero cuando esta fue a tocarla, la apartó.

—Es mejor que no, vería cosas que no quieres escuchar —le advirtió.

—¿Qué ves? —preguntó la vieja gitana con curiosidad.

—La muerte.

Tras un breve silencio, la mujer se dirigió a la chiquilla y le pidió que le trajese las cartas, y así lo hizo.

—Parte la bajara —pidió ella.

—Nunca las había visto —mencionó, haciendo lo que le pedía.

Luego la mujer extendió seis cartas, y las observó con atención.

—No hay ninguna maldición sobre tí, aunque sí un peligro inminente y

muerte, pero no la tuya. Estás rodeada de muerte, de espíritus, pero eso tú ya lo sabes. Hay una muerte, sí, el Destino se la cobrará y tú quedarás liberada.

—¿No hay ninguna posibilidad de verlo? —sugirió ella.

La vieja la miró a los ojos.

—Yo sólo predigo lo que veo, y es el Destino quién, dependiendo de las decisiones que tomes, te lleva a una senda u a otra. Hay otras que tienen visiones del futuro, pero no tengo ese don. Hazme un favor, niña, y dime cómo voy a morir —pidió, alargándole la mano.

Catherine acercó la mano a la suya y con un leve roce, ya lo vio.

—Durmiendo, en una cálida noche de verano. Es una buena muerte.

—Sin duda —susurró ella—. Que la suerte esté de tu lado.

—Igualmente.

Catherine sacó del bolso unas cuantas monedas y las dejó encima de la mesa.

—No es necesario —dijo la mujer, pero ella no le hizo caso y las dejó allí, saliendo del local.

Antes de reanudar su marcha, se detuvo durante unos instantes cerrando los ojos, y suspiró, sonriente. Tal maldición no existía, por supuesto que no. Su amor por Huxley era real, tan real como ella misma. ¿Cómo había podido dudar siquiera? Aunque era la primera vez que se enamoraba de alguien, su confusión podía haber sido fruto de esa inexperiencia y del hecho de que toda su vida había creído algo que no era verdad.

No podía esperar a decírselo, así que caminó hasta donde estaba el carruaje, y cuando estuvo a punto de subir, se paró inmediatamente.

Abrió la boca, sin llegar a creérselo. *Brave*, allí estaba delante de sus narices. *Brave* era el nombre de un barco que estaba amarrado al puerto.

No titubeó, fue hasta allí para ver si encontraba alguna pista, algo para poder encontrar a la próxima víctima antes de que la matase, porque sabía perfectamente que eso aún no había ocurrido.

El barco estaba solitario, parecía no haber nadie a cubierto así que, con

disimulo, cruzó el puente de madera que unía el muelle con el barco y se adentró en él. Efectivamente, estaba vacío, se notaba que era un barco de mercancías, no muy grande. Se paseó un poco por la cubierta hasta que decidió que era hora de bajar hasta el interior del casco.

Siendo tan supersticiosa como era, antes de bajar tocó la herradura que había en la pared, una costumbre que hacían casi todos los pasajeros del navío antes de partir para que les diese suerte. Descendió por las escaleras y caminó por los estrechos pasillos de lo que parecían los camarotes, hasta llegar al fondo de todo, hasta el despacho del capitán. Allí, de espaldas a la puerta, había un hombre. Era moreno, de estatura media y a Catherine su silueta le resultaba familiar.

Se quedó en el marco de la puerta, sin apenas moverse, esperando que el hombre se moviese hasta que lo hizo.

—Cierra la puerta y camina hasta mí —dijo, con voz tranquila y aterciopelada.

En sus manos tenía un pistolón, así que Catherine obedeció, intentando atar cabos. No era posible, no podía ser cierto. Ese hombre... ¿era el asesino? Había estado delante de sus narices durante todo este tiempo y ni siquiera se le había pasado por la cabeza tal posibilidad. Si al menos pudiese haberlo tocado, lo hubiese podido adivinar.

Con el corazón latiéndole con nerviosismo, ella caminó con aplomo hasta él, con la expresión seria y preocupada.

—Thomas Vaine, me temo que no es un placer volver a verle —susurró mientras él la cogía por el brazo y la llevaba hasta donde estaba la cama, sentándola allí.

—Para mi sí, querida.

Estaba asustada, mucho, y lo estuvo más cuando Thomas cogió del suelo una cuerda y ató su muñeca derecha a uno de los postes de la cama e hizo lo mismo con la izquierda y los tobillos, porque era así como encontraban a las víctimas. Por supuesto que, a todas ellas antes las desnudaba y parecía que Thomas, de momento, no tenía esa intención.

—¿Cómo sabías que vendría? —preguntó, viendo cómo ella lo observaba con detenimiento.

—No lo sabía, te estaba siguiendo para secuestrarte cuando he visto que, al salir de la casa de tu hermano y sin Huxley, venías al puerto precisamente. He sobornado al cochero para que dejase el carruaje delante del barco y habiéndote observado durante este último mes, era más que evidente que te adentrarías en él, querida.

—Eres un monstruo —le espetó sin piedad alguna.

Cuando Thomas escuchó aquello, se echó a reír y fue entonces cuando le tocó el cabello, quitándole las horquillas y dejándole el cabello negro azabache suelto y ondulado.

—Soy lo que han hecho de mí. Huxley tiene suerte en la vida, que una belleza como tú vaya a casarse con él... menudo desperdicio —susurró, acercando el rostro al suyo.

En circunstancias normales, Catherine hubiese apartado la cabeza y escupido en sus ojos, pero no lo hizo. Necesitaba tocarle, adentrarse en él y hacerlo rápido. Le era muy difícil, normalmente lo único que veía era el final de cada persona, pero si continuaba tocándoles, podía lograr ver cosas de su vida.

Así que cuando Thomas puso los labios sobre los suyos y la besó, Catherine no lo detuvo, sino que lo dejó hacer hasta que se separó él al cabo de un rato.

—Puede que podamos pasar un buen rato tú y yo antes de que te mate —dijo él con una sonrisa.

Pero Catherine se sacudió, evitando entonces que este volviese a besarla.

—No vuelvas a tocarme, o voy a arrancarte la lengua con los dientes —le advirtió.

—Pero si la gatita ha enseñado los dientes... ¿qué te pasa? Pareces tranquila, más que antes.

Lo estaba, Catherine había visto cómo Thomas moría en la horca y eso le producía una inmensa satisfacción.

—Te ahorcarán, Thomas. Si no te vas ahora, van a ahorcarte —aseguró ella.

Respiró hondo y cerró los ojos, intentando concentrarse. Sabía que no había llegado nunca a experimentar la totalidad de sus poderes, y ahora los necesitaba. Necesitaba ver qué era lo que pasaría con ella, qué era lo que Vaine haría. Se concentró en su respiración, e invocó a los espíritus.

—¿Qué estás haciendo? —escuchó que Vaine preguntaba.

—Ya sé por qué haces todo esto, Thomas Vaine. O debería decir ¿Max Dupree? Ese es tu verdadero nombre.

Si en aquel momento hubiese abierto los ojos, habría visto a Thomas completamente pálido y horrorizado, alzándose de la cama y yendo hasta donde estaba la mesa, donde tenía un bisturí.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Kirmo^[24], no tendrías que haber dejado que te tocara. Ahora sé todos tus secretos.

—¿Qué eres? —preguntó Thomas algo desconcertado.

—Soy gitana, Max, y no una cualquiera. Tu hermana Caroline no puede venir, la llamo, pero no puede cruzar desde el mas allá. Esto significa que murió en paz. ¿Por qué matas en su nombre?

—¡Huxley la mató! —murmuró enfurecido.

—No lo hizo, Max. Sé que querías a Caroline, que cuando la perdiste fue igual que si te arrancasen el corazón. Tú... te preguntaría dónde guardas sus corazones, pero ya he visto que se los has dado a los perros de caza para que se los coman. No hay salvación posible para tí, Max, vas a ir al infierno. Si te vas ahora y te dedicas el resto de tus días a redimir tus pecados, puede que entonces sí la haya.

Thomas volvió a acercarse a ella, cogiéndola del cuello y ahogándola, hasta que empezó a toser y a no tener aire y la soltó.

Entonces Catherine tuvo una visión, vio todo lo que pasaría, todo lo que tendría que hacer. Vio esa predicción de la vieja *shumani* y que no habría remedio alguno. Le dolió el corazón, mucho, y una lágrima silenciosa le cruzó el

rostro pensando en aquella muerte. La rabia le nubló el juicio, se le encendieron las mejillas los dientes le rechinaron.

—Prefiero ir al infierno sabiendo que le he quitado al asesino de mi hermano lo que más quería —aseguró él.

—Yo... n-no era tu plan inicial, era Annabelle. Pero no has podido hacerlo, ¿verdad? Sigues pensando en casarte con ella y apartarla de Huxley, completando tu venganza matándolo y diciéndole que ella está a tu merced. Te has enamorado de ella —dijo Catherine con la garganta entrecerrada.

—¡Cállate bruja! —exclamó, propinándole una bofetada y un empujón contra la pared.

Pero Catherine sabía que, si quería seguir con vida, debía continuar hablando hasta que la encontrasen. Era la única manera.

—Pero ¿sabes Max? Ella no te ama. Nunca llegará a hacerlo como tú lo haces. Lo he visto en su mano, no siquiera estás como una posible opción en su futuro. No eres nada para ella, nada.

Aquello le costó otra bofetada, Thomas no quería seguir escuchando aquello.

—Mientes.

—Sabes que no. Tú... estás haciendo algo ahora mismo que no te voy a perdonar jamás. Eres despreciable, y Caroline tampoco te lo va a perdonar.

Aquello fue la gota que colmó el vaso, pues Thomas la cogió por el cuello y empezó a ahogarla de nuevo mientras le propinaba golpes por su cuerpo, hasta que Catherine logró darle en el abdomen con la rodilla, y se apartó con dolor en la expresión.

—Te voy a matar, bruja —aseguró, cogiendo el bisturí del suelo y dando dos pasos hasta llegar a ella.

Catherine cerró los ojos, esperando que pasase lo que había visto, notando la punta del instrumento clavándose en su pecho.

TREINTA y DOS

Hay segundos que valen por toda una vida, segundos que te atrapan, te zarandean y te retuercen hasta que consiguen que quedes atrapado en ellos para siempre, que quieras volver a vivirlo una y otra vez.

Hay segundos que quedan grabados en la memoria, como la primera vez que Catherine y él se besaron, aquel instante en el que depositó toda su confianza en su persona, el momento en el que la miró a los ojos cuando le hizo el amor por primera vez.

Recordó la frase de aquel cuento de Lewis Carroll, ¿Cuánto tiempo es para siempre? A lo que el conejo blanco dijo "a veces solo un segundo".

Pero Huxley no estaba dispuesto a que el resto de su vida estuviese basado en esos segundos mágicos y trascendentales, necesitaba que Catherine estuviese a su lado a cada segundo del resto de su vida.

Y fue cuestión de segundos que abriese aquel cuarto en el barco y se abalanzase sobre la persona que estaba a punto de clavarle un cuchillo a Catherine en el corazón. Un segundo más tarde y no lo hubiese contado.

Ambos quedaron en el suelo, Huxley quiso incorporarse con rapidez para coger el cuchillo ensangrentado en la punta y el hombre quiso hacer lo mismo, pero quién fue más rápido fue Patrick, que alargó hacia el cuello del asesino.

Huxley alzó la mirada, dándose cuenta de golpe de que él conocía a ese hombre. Tuvo que abrir y cerrar los ojos varias veces para creerse que quién estaba ante él era nada más y nada menos que Thomas Vaine. Apretó los puños con furia, quiso gritarle, pegarle, incluso quiso matarlo, pero la voz de Catherine lo detuvo.

—Huxley... —musitó, alarmada.

—Cúrala, corre. Yo me encargo de él —preceptuó Patrick, que cogió a

Thomas por el pescuezo y lo pegó a la pared con brutalidad, amenazándole con el bisturí.

Sabia que algo no andaba bien, porque Catherine estaba completamente pálida y sudando a mares.

Sin perder el tiempo, le quitó la chaqueta y le abrió la blusa, viendo que solamente había llegado a hacerle un corte superficial.

—Tranquila cariño, no ha sido nada. Cuando llegemos a casa lo coso bien, no ha sido nada —la tranquilizó él, besándole la frente.

—No es eso Huxley, lo he perdido —susurró ella levantando el mentón hacia sus piernas.

Devastado, Huxley pudo percibir la sangre que se arremolinaba en el colchón de la cama, y con delicadeza le levantó las faldas, viendo a lo que ella se refería. Le quitó la ropa interior completamente empapada de sangre, sabiendo que era probable que tuviese razón, pero aún así introdujo los dedos para palpar si en la matriz seguía habiendo algo, pero no. Buscó el pañuelo de su bolsillo e intentó quitarle la sangre, siendo insuficiente.

—Lo siento, Catherine —musitó, volviéndole a dar un beso en la frente.

Solo tenía una idea en aquel preciso momento, y era hacérselo pagar a ese hombre que estaba allí, algo aturdido.

Fue hasta él y le dio un puñetazo en la cara, haciéndole sangrar.

—Hamilton, no vale la pena. Atémosle y llamemos a la policía —dijo Patrick, manteniendo la cabeza fría pese a que, viendo a Catherine en aquel estado, sus ganas de hacer lo mismo estaban reclamando.

Volvió hacia donde se hallaba Catherine y empezó a desatarle las cuerdas con rapidez, nervioso porque nunca la había visto así de vulnerable. Cuando tuvo las cuatro cuerdas, le alargó una de ellas a Patrick para que pudiese atar a Vaine.

—Catherine, voy a sacarte de aquí. Rodéame el cuello con el brazo —le pidió hablándole con suavidad.

Ella levantó el brazo obedeciendo, sintiendo cómo sus fuertes brazos la elevaban y la sacaban de allí, respirando de nuevo aire fresco. No se detuvo

hasta llegar al carruaje y meterla en su interior.

—Huxley, tienes que saber algo —empezó a decir ella, pero él le puso el dedo índice en los labios para que no hablase.

—Shh, tranquila, todo estará bien. Tienes que descansar, Cate. ¡Fred! —le gritó al cochero, que enseguida bajó—. Ve hasta el edificio de la Scotland Yard, y avisa al inspector Irons de mi parte, que hemos atrapado al asesino. Coge uno de esos carruajes, y que sea lo mas rápido que puedas —le ordenó, lanzándole unas cuantas monedas del bolsillo.

—Hux... —volvió a decir Catherine.

—Cierra los ojos cariño, en nada estarás en casa, voy a llevarte.

Sin perder más el tiempo, Huxley cerró el carruaje y subió hasta coger las riendas de este y se dirigió hasta su residencia. Fue rápido, casi atropellando a varios de los transeúntes, pero no importaba, solo tenía una idea en la cabeza y era llegar cuanto antes para acomodar a Catherine, darle baño, mimarla en exceso y darle aquella terrible noticia.

Ni siquiera pensaba en el hecho de que el responsable de aquellas muertes fuese Thomas Vaine, ya tendría tiempo de meditarlo, pero hasta que ella no estuviese del todo recuperada, no respiraría tranquilo.

En cuanto llegó a la puerta apresuradamente y haciendo que los caballos frenasen en seco, se bajó de allí arriba y abrió la portezuela para volver a cargar a Catherine.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? —dijo Jensen en cuanto abrió la puerta y vio todo aquel panorama desolador ante sus ojos.

—Que preparen un baño, rápido, y trae aguja e hilo para coser las heridas y alcohol.

Hacía muchos años que Jensen estaba al servicio del duque, y aquella era la primera vez desde que había pisado su casa que lo veía tan nervioso y preocupado. El talante de Hamilton normalmente era relajado, reflexivo, pocas veces se ponía verdaderamente nervioso y jamás perdía los estribos mas allá de cuatro quejas disparatadas. No solía preocuparse en exceso por nada, decía que

todo solía tener solución excepto la muerte y que había cosas que escapaban de nuestro entendimiento y que simplemente, debíamos dejarlas pasar.

Pero ahora sus ojos exorbitados y su respiración agitada lo preocupaban sumamente, al igual que lady Catherine. No era el mejor de los estados, sin duda, pero se obligó a mantener la calma.

Huxley dejó con cuidado a Catherine encima del sofá del salón principal hasta que Jensen le trajo lo que había pedido, y pidió que los dejaran a solas. En cuanto este cerró la puerta, prácticamente desgarró la tela de la blusa y desató el corsé con rapidez hasta llegar adónde estaba el corte. La respiración de su prometida era débil y espasmódica, su temblor hizo que le pusiera la mano en la frente para ver si tenía fiebre, pero estaba fría, muy fría.

—Cariño, voy a coserte el corte, enseguida terminaré, tú no te preocupes — susurró buscando en los instrumentos de sutura la aguja y el hilo, pasándolo todo por alcohol—. Puede que escueza un poco, no te asustes.

Ella asintió y le dejó hacer, notando cómo después de empapar el pañuelo lo empujaba suavemente sobre el corte de su pecho. Le escoció un poco pero no se quejó, su dolor tenía otro origen y era mucho más interno, más profundo. Dejó que le cosiera la herida y cuando terminó, quiso volver a cogerla en brazos.

—Puedo caminar —insistió ella, pero él no la dejó.

—Es mejor que no.

La subió por las escaleras mientras ella se sujetaba a su nuca, temiendo que su peso fuese demasiado.

—Hux, puedes bajarme —volvió a decir.

—Así voy practicando para nuestra luna de miel. Es eso lo que se hace, ¿no?

—Sí, eso dicen —asintió.

Huxley cuando entró en su alcoba donde ya estaba el baño preparado, la dejó sentada sobre la cama y la desvistió por completo. Sintió vergüenza y una punzada de culpabilidad cuando, a pesar del aspecto zarrapastroso, asustadizo, aún con sangre resbalándole por los muslos y los cabellos húmedos por el sudor, se dio cuenta de que la deseaba. No era ni el momento ni el lugar, y mucho

menos cuando acababa de pasar por aquel episodio tan traumático y había perdido a un bebé que ninguno de los dos conocía de su existencia.

Ella misma se levantó y se metió en la bañera, ayudada con su brazo. Con la pastilla de jabón en la mano, comenzó a pasársela por su cuerpo para limpiar todo rastro de sangre y no dejar rastro alguno de lo que acababa de pasar. Pero no era sencillo, hay cicatrices invisibles, cicatrices que se enclavan en el alma de heridas en el corazón y aunque no se ven, a veces son las que más duelen.

Él no le había logrado arrancarle el corazón, seguía latiendo en su pecho, pero en el fondo sentía que sí lo había hecho, no de una forma física sino metafórica.

—Huxley, lo he perdido —susurró Catherine—. Lo he visto antes de que desapareciese. He visto todas las posibilidades que el Destino daba, y en una de ellas, Meredith vivía. Pero esa posibilidad se ha desvanecido y yo...

Huxley no lograba comprender mucho de lo que ella decía, pero en cuanto le enjuagó el jabón, la cubrió con un camisón y la metió en la cama.

—Lo siento. Es culpa mía, ¿sabes? No debí de haberte dejado sola en ningún momento —se culpabilizó él—. Además, era Thomas, el prometido de mi hermana. Tendría que haberlo adivinado.

Ella le cogió de la mano y lo miró a los ojos negando con la cabeza.

—No, Huxley. No te culpes, es lo que él desea, no le des esta satisfacción.

—He pasado tanto miedo, Catherine, pensando que... que podía perderte. No imaginas cuánto —murmuró dejándole un beso en la frente.

—Te quiero, Huxley Hamilton. No existe ninguna maldición, me lo dijo una *shumani*.

—En el fondo siempre he sabido que me querías —confesó él, abrazándola—. Catherine, ¿cómo sabías que estabas en estado? —preguntó él, anonadado al darse cuenta de aquello.

—No lo sabía hasta que Thomas me atrapó. Sabes que no domino mucho mis poderes, y creo que cuando estoy nerviosa o en peligro, aún los domino menos porque lo vi todo —empezó a explicar.

—¿Qué viste?

—Cuando toqué a Thomas, no solo vi su final sino también su pasado y su presente. Y luego vi mi futuro, o al menos todas las posibilidades de futuro que había a medida que pasaba el tiempo. A cada segundo podía cambiar, y la única forma de salvar mi vida era seguir distrayéndolo para que llegaseis a tiempo. En ese futuro al principio vino una niña, la llamábamos Meredith, pero luego desapareció y al sentir un dolor agudo en el abdomen, me di cuenta de lo que estaba pasando.

—Meredith era el nombre de mi abuela —dijo él entonces, sabiendo que su mujer sería siempre un enigma en este sentido—. Vendrán otros, no te preocupes. Tenemos toda una vida por delante —le aseguró.

—No.... no lo sé. No he visto a nadie más, aunque tampoco vi más allá de cuando llegabais —susurró ella algo asustada.

—Ahora no pienses en eso. Tienes que descansar, mañana será otro día, ¿de acuerdo? No voy a dejarte sola, Catherine, nunca. Te quiero más que a mi vida.

Eran tan ciertas las palabras que al cerrar los ojos a Catherine se le escaparon un par de lágrimas, mezclando la felicidad, el alivio y el dolor por esa hija que nunca conocería.

TREINTA Y TRES

Por fin, después de dos días en los que Catherine parecía no tener muchas ganas de vivir, empezó a volver a ser ella misma. Huxley se había dado cuenta cuando le trajo el anillo que había perdido en casa de Andrew y ella había dicho que "era mejor que se lo pusiese él, ante tu temor a los espíritus". Al escucharlo sonrió y la besó en la boca aliviado.

Sorprendentemente, la que se había tomado la noticia de que su prometido era un asesino sin escrúpulos bastante bien, había sido Annabelle, quién se limitó a sentarse estupefacta y a quedarse sin palabras, pero nada más. Huxley le había insistido en que expresase lo que sentía, cosa poco propia de los ingleses, pero en el caso de Annabelle y su condición, necesario.

—¿Vas a ir? —preguntó Andrew, sentado en el sillón de la salita pequeña, mientras hojeaba el periódico.

—Por supuesto. Es culpable de tres muertes, aunque solo vayan a colgarlo por una. Si se hubiese limitado a matar a prostitutas, no le colgarían —reflexionó en voz alta, observando el paisaje a través de la ventana.

El día estaba nublado y parecía que una pequeña tormenta estaba a punto de empezar.

—Los periódicos lo tildan de locura transitoria. ¿Cómo se lo ha tomado tu hermana?

—Con sorpresa, pero no ha dicho mucho más.

—Catherine espero que esté mejor. Mi tía quiere venir mañana. Ah, por cierto, le ha escrito tu madre que, ante tales acontecimientos, es posible que llegue pronto de Bath.

—Esto sí que es una mala noticia. Tener que soportar sus aires de grandeza va a costarme un mundo.

—Creo que no sabia que estabas prometido. ¿Cuándo pensabas decírselo?

—Días antes de la boda, para que no pudiese criticar a la novia —confesó sin

remordimiento alguno—. Y a conoces a mi madre, todo le parece mal. No hay forma de que pueda deshacerme de ella durante mucho tiempo.

Andrew puso los ojos en blanco, acostumbrado a las críticas hacia su madre, si bien era cierto que la mujer se hacía un pelín insoportable.

—Conociendo un poco a Catherine, esto va a ser un choque de trenes inminente. Será divertido verlo.

Sin duda, lo sería. Ahora que se estaba recuperando, le rogaría encarecidamente a ver si podía darle la mano y así saber el momento exacto en que la mujer, al fin, estiraría la pata.

—Lo será. ¿Y tú, amigo mío? La última vez que hablamos estaba abatido y enfadado con tu tía. Sigue queriendo casarse con Burton.

—Eso me ha dicho. Dice que después del enlace ambos partirán hacia américa, dice que antes de morir desea conocer el salvaje oeste.

—Que Dios ampare al pobre Burton —murmuró Huxley, dándose la vuelta hacia Andrew—. Parece que vas a tener que acudir a dos bodas en poco tiempo.

—Así que lo decías en serio eso de casarte cuanto antes. Creí que no lo vería jamás, el gran duque de Cornwall enamorado hasta las trancas —expresó con desconcierto Andrew.

—Lo sé, yo también albergaba mis dudas, pero así ha sido. El corazón desea lo que desea, no podemos no rendirnos a él. Bien, ahora que Annabelle está entreteniendo a Catherine, iré a hablar con Thomas Vaine, deseo zanjar este asunto cuanto antes —confesó, mientras su semblante cambiaba de expresión radicalmente.

—¿Quieres que vaya contigo? —se ofreció Andrew, notando la tensión que se le estaba formando desde la mandíbula hasta el agarre de su mano a la chaqueta de encima del sofá.

—No, tengo que hacer esto yo solo —suspiró Huxley.

—No te entretengo más entonces. Voy a ver si puedo llegar a la librería antes de que cierren, y luego volveré a Sussex.

—Nosotros volveremos mañana, le irá bien a Catherine alejarse de Londres.

Su amigo asintió, despidiéndose.

No era propio de Huxley dejar las cosas a medias, y con Thomas Vaine era eso justamente lo que había hecho. Necesitaba respuestas, saber el porqué de todo aquello, y más concretamente porqué él. Sin duda, querer hacerle daño a Catherine era algo que jamás le perdonaría y antes de que lo colgasen, necesitaba salir de dudas.

Así que sin procrastinarlo más, decidió que aquel era el momento, y pidió que le trajesen el carruaje. Se colocó el abrigo y el sombrero, y salió de casa sin decirle nada a nadie, pero antes de que pudiese protestar, alguien estaba subiendo también.

—Jensen, no hace falta que me acompañes —dijo, al ver a su fiel mayordomo.

—Voy a hacerlo, milord. Estoy seguro de que lady Catherine quisiera que volviese de una pieza, y ahora que está convaleciente debo velar por sus intereses —exclamó, no cabiendo la negativa en él.

—Está bien, pero quien debe temer por su integridad es él, al fin y al cabo, está en una celda.

El trayecto hacia Newgate, la prisión donde habían enviado a Vaine, no era largo, pues estaba situada en el mismo Londres, cerca del hospital de San Bartolomé.

Huxley bajó del carruaje y caminó cruzando el patio de la entrada hasta la puerta. Dos guardias lo custodiaban y preguntó por Thomas Vaine. Enseguida lo llevaron hasta el encargado de la prisión, y este le advirtió que podía ser peligroso así que estarían dos alguaciles dentro. Cuando cruzaron por el pasillo donde estaban los presos en sus celdas, Huxley no pudo más que estremecerse por el ruido infernal de susurros, los gritos de fondo que se escuchaban, el hedor que le entraba por sus fosas nasales... aquello parecía una especie de entrada al infierno, y eso era justo lo que Vaine se merecía.

El encargado abrió con una llave la celda correspondiente, entrando primero los alguaciles para coger a Vaine y atarle las manos por detrás.

En cuanto cruzó la mirada con aquel ser tan repugnante, y vio que sonreía, quiso hacerle daño, pero se contuvo.

—Has tardado en venir, Hamilton. ¿Cómo está tu querida prometida? —soltó, antes que nada.

—Está bien, aunque si fuera por ti, no lo estaría.

—Tendría que haberle cortado el cuello a esa bruja. No sabes con quién te casas, Hamilton —respondió con desprecio.

—Lo sé perfectamente.

Por supuesto que lo sabía, y gracias a ello seguramente había salvado su vida.

—Supongo que querrás saber el por qué de todo esto —dijo cambiando de tema.

—Creo que eres tú quién más desea decirlo.

Pero era verdad, Huxley se moría por saber por qué Thomas Vaine había montado todo aquel circo, hecho tales aberraciones, por qué se había convertido en un asesino y qué tenía él que ver en todo eso.

—Mi nombre no es Thomas Vaine, al menos no lo era hasta los siete años —empezó Thomas, quien estaba ansioso por desvelar su secreto, por hacer sentir culpable a Huxley.

«Mi verdadera madre era Jane Foster, la hermana gemela de Elaine Foster, Vaine después de casarse con Henry Vaine. Tuvieron un solo hijo, tenía mi misma edad y nos parecíamos muchísimo, solo que yo heredaba los pantalones de mi hermano mayor y los juguetes que hacía mi hermana y él vestía con trajes hechos a medida. Éramos siete hermanos, yo era el tercero de ellos. Elaine nos invitaba asiduamente a su hermana y a mí una vez al mes, lo hacía por caridad y porque así yo jugaba con mi primo. Pero una tarde, mientras jugábamos en las tierras de los Vaine, alguien que cazaba sin permiso disparó a Thomas, que cayó muerto en el suelo en ese mismo instante. Corrí hasta donde estaba mi madre y mi tía para advertirles, y cuando ambas llegaron quedaron desoladas. Presa de la desesperación, Elaine le rogó a mi madre que, dado nuestro parecido, fingiera

que el fallecido era su hijo y yo quedarme con ella al ser el único heredero de la fortuna de los Vaine. Mi madre no se lo pensó y accedió, al fin y al cabo, iba a darme una vida mucho mejor de la que yo tenía y era una boca menos que alimentar. Me vistieron con la ropa de Thomas y me rogaron que fingiese ser él y que no dijera ni una palabra acerca de aquello. Ya no sería Max Dupree sino Thomas Vaine. Elaine, mi tía, estuvo llorando a su hijo durante muchos años, aunque todos pensasen que era a su sobrino, y yo crecí con una estricta educación que nunca había imaginado tener y todas las comodidades posibles. Mi madre venía de visita mensualmente hasta que pasaron los años y dejó de hacerlo, me mandaron al internado y acabé siendo Thomas Vaine. Sin embargo, hace diez años, tuviste una paciente, ¿no es así Huxley? Una paciente llamada Caroline Dupree. Era mi hermana mayor, la que me hacía los juguetes con trapos viejos y trozos de madera, la que me contaba cuentos para dormir. ¿La recuerdas doctor?»

Huxley asintió, sabiendo a la perfección de quién se trataba.

—La recuerdo.

—Tu la mataste. A sabiendas de lo que pasaría, decidiste operarla y la mataste, todo por salvar a tu hermanita del mismo destino, ¿me equivoco? —dijo Vaine en forma socarrona.

—Por supuesto que quiero curar a mi hermana, pero no tienes ni idea de lo que aquella chica me suplicó. Estaba completamente desquiciada, ella misma sabía que al siguiente ataque que sufriese en la institución donde estaba, la mataría —exclamó Huxley, recordando aquello a la perfección.

Huxley estaba completamente sorprendido ante aquella revelación. No le gustaba Vaine, nunca lo había hecho, pero esto... se salía de toda lógica.

—Entonces tendrías que haberte negado, y haberla sacado de allí. No finjas, doctor, todas las personas te importan una mierda con tal de lograr tus objetivos.

—Te equivocas, la cosa fue más complicada de lo que piensas. Si incluso le dije que no al principio. Fue ella la que lo quiso. ¿Dónde estabas tú, Vaine? Seguro que retozando por allí o jugando a las cartas. Si tanto te importaba tu

hermana, haber estado con ella —le recriminó entonces, a sabiendas de que aquello le dolería, y no se equivocó.

Thomas se levantó de la silla enfuriado, aun con las manos atadas y dirigiéndose hacia él, pero dos alguaciles lo detuvieron y volvieron a sentar en la silla.

—No te consiento eso. La envié a los mejores doctores, estaba mejorando —bramó Vaine con los ojos fuera de órbita.

—Se estaba muriendo, Vaine. Era un cadáver en vida —insistió.

—Entonces haberla dejado morir en paz, no abriéndole la cabeza de aquella manera, mientras moría en una sala de hospital.

—No falleció durante la operación, sino después. Su cuerpo no aguantó, murió durmiendo, Thomas. Hay algo que no entiendo, ¿por qué quitarles el corazón, Vaine?

Este se hallaba con la cabeza cabizbaja, los ojos cerrados, igual de obcecado.

—Ella era lo que mas quería en este mundo, cuando me la quitaste, fue igual que si me arrancases el corazón. Quería hacerte lo mismo, quitarte a tu hermana y arrancarle el corazón, pero no era suficiente, antes quería ponerte nervioso, hacerte sentir culpable porque, todas esas chicas —dijo, levantando entonces la cabeza y acentuando esto último— han muerto por culpa tuya, no lograste atraparme a tiempo.

Huxley tragó saliva y cruzó los brazos, pensando en sus palabras.

—¿Y por qué Catherine y no Annabelle?

Thomas alzó la vista, y esbozó una sonrisa perturbadora.

—Quieres a tu hermana, pero no hay salvación para ella, tarde o temprano la enfermedad la consumirá y yo iba a estar allí, e incluso si lograba casarme con ella, la tendría a mi merced, no era un reto. En cambio, Catherine... la amas, lo sé, y su pérdida habría sido comparable a la mía.

Huxley podría haberse levantado y darle su merecido, sabía que ninguno de los alguaciles se lo hubiese impedido, pero no lo hizo. Thomas Vaine no le importaba, y su venganza había concluido.

Solo quería saber el por qué, y ahora ya lo sabía. No había nada que hacer, Thomas se había cavado su propia tumba. La reina en persona había insistido en hacer un castigo ejemplar ya que una de las víctimas era una americana y le convenía estar bien con la gente del otro lado del charco. Moriría en la horca como el asesino que era.

—Tendrías que haberlo pensado antes. Puede que nos veamos en el infierno, Vaine —dijo, antes de salir de la celda.

—Estoy seguro de ello, Hamilton.

EPÍLOGO

No era la forma mas fácil, pero no encontraba otra mejor. Se había dejado la piel para controlar este nuevo poder que parecía haber adquirido, pudiendo ver a los espíritus, no sólo los que la visitaban, los atormentados, sino todos ellos. No eran frecuentes, y a veces era difícil distinguirlos, pero solo con mirar por la ventana ya encontraba a alguno merodear por allí.

Había hablado con uno, un niño, solo quería volver con su madre. Ella le dijo que su madre estaba en el cielo, y que tenia que ir hasta allí para encontrarla. Entonces el espíritu desapareció. No le había contado nada de eso a Huxley, con lo poco que le gustaban esas cosas, era mejor ir diciéndoselo poco a poco.

Esme, en una visita anterior, le había contado que de pequeña ya veía espíritus, y que poco a poco había reprimido esta visión por lo asustada que a veces había estado. Quizás siempre había estado ahí y hasta que tuvo que recorrer a él, no volvió.

Lo que más le dolía era esa pérdida repentina de una hija que no llegaría a conocer. Era extraño, pues no lo supo hasta minutos antes de que pasara todo eso, pero de todas maneras sintió un vacío interior espeluznante, un frío colosal la invadió por completo y se sintió mas triste que nunca.

Cada día que pasaba, por suerte, era más sencillo y poco a poco ya volvía a ser ella misma.

—¿Catherine? —escuchó la voz de Annabelle tocando la puerta de su alcoba.

—Adelante —dijo, sin moverse del sillón donde estaba sentada, leyendo cómodamente.

Igual que una pequeña ninfa, arrastrando los pies y con una tristeza en el alma que solo Catherine podía ver, la hermana de Huxley entró cerrando detrás de sí la puerta.

—¿Cómo te encuentras? Mi hermano me dijo lo que ocurrió. Lo siento

mucho, Catherine —exclamó con un hilo de voz y la mirada cabizbaja.

—Annabelle, no tienes la culpa de nada —expresó rápidamente ella, viendo por donde venían los tiros.

La muchacha se sentó en el extremo de la cama, respirando fuertemente y con agobio. El tórax le subía y le bajaba con rapidez, buscando las palabras exactas.

—Sí lo es, Catherine. Yo me prometí con Thomas Vaine, yo lo traje hasta vosotros. Si no hubiese...

Cate negó con la cabeza, cerrando el libro.

—No, cielo, Thomas te buscó por ser la hermana de Huxley. Le tenía un odio especial a tu hermano, así que no te tortures.

Evidentemente, se guarda para sí misma información que tenía acerca de los motivos de Thomas, sabiendo que, Annabelle, si llegase a saber que todo había sido porque la hermana de este sufría de su mismo mal, acabaría sintiéndose igual o más culpable que ahora.

—Oh, vaya. Parece que Thomas realmente era un perturbado —musitó, incrédula—. Yo creía... Catherine, pensarás que soy una estúpida, pero para mí Thomas era especial, ¿sabes? Puede que no le amase como Madame Bovary ama a Rodolphe, pero él me enseñó que podía ser una persona normal, ¿sabes? Que podía aspirar a una vida como cualquier otro, a ser querida y amada e incluso a formar una familia. Pero supongo que —dijo, quebrándose su voz—, era una ilusión. Se acercó a mí para llegar a Huxley.

Viendo la congoja de Annabelle, Catherine se levantó del sillón y la reconfortó estrechándole la mano.

—Él te amaba, Annabelle, lo sé. Creo que en el fondo decidió que yo sería su víctima en vez de serlo tu, porque realmente no soportaba la idea de hacerte daño y mucho menos de matarte. De hecho —añadió, dándole la vuelta a su mano y examinando las líneas—, tu futuro no ha cambiado ni un ápice desde que te lo predije, sigues teniendo esas dos posibilidades.

—Eso quería decir que uno de esos hombres no era Thomas —dedujo ella.

—Exacto.

—Catherine, ¿cómo es que puedes tocarme? Creía que veías mi muerte.

—Mi tía me regaló este anillo, es una piedra que parece anular mis poderes —le explicó, mostrándole el anillo.

—Me alegro de que no te haya pasado nada, Catherine —expresó con sinceridad.

—Gracias, cielo.

No sabía a ciencia cierta cuál sería el destino de Annabelle, y realmente no quería verlo, pero si de algo se encargaría era de protegerla y estar allí para ella.

Sintiéndose mucho mejor, Catherine bajó las escaleras apoyándose en la barandilla, deseando airearse un poco y ver algo que no fuese su habitación. Huxley había sacado su vena absoluta de médico y había ordenado reposo absoluto durante algunos días, y era un médico severo.

Así que cuando vio que su prometido entraba en casa mientras ella desobedecía sus advertencias, supo que este sacaría las garras.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —bramó nada mas entrar, entregándole a Jensen el abrigo y el sombrero, yendo hacia ella con premura.

—Caminar. Estoy perfectamente bien, Hux, creo que, si paso un segundo más en mi habitación, me volveré loca —confesó medio sonriente.

—Tendrías que haberme avisado, las escaleras son lo mas peligroso de la casa —le advirtió él, con verdadera preocupación.

—Ahora que estás aquí, podrás vigilarme mientras las bajo.

El brillo de su mirada lo trajo a otra realidad, una donde el sol brillaba todos los días, la felicidad lo podía todo y no había preocupación alguna. Sus dedos serpentearon hacia la cintura y sin previo aviso la levantó, bajando los pocos peldaños que quedaban.

—Cuando creas que estés lista, volveremos a Sussex. Allí estaremos más tranquilos —le dijo mientras caminaban hacia el salón.

—Me gustaría. Has ido a ver a Vaine, ¿no es cierto? —preguntó ella, aunque ya sabía que sí.

Él asintió, cogiéndola de la mano.

—Necesitaba entender, Catherine. Y me mata, ¿sabes? Porque todo eso ha sido mi entera responsabilidad. Ese desequilibrado casi logra matarte por mi culpa, y no sé... —suspiró, con congoja en su voz— si alguna vez me perdonarás —dejó ir esas palabras en su suspiro, con mucha pesadez.

Catherine puso la mano en su rostro y la acarició notando la áspera mejilla de la barba incipiente, obligando a que se girase hacia ella en vez de mirar a la nada.

—Lo sé todo, y no hay nada de lo que pueda culparte. Estaba destinada a encontrarte, Huxley Hamilton, todo lo que hemos vivido, lo que hemos pasado, ha sido para llegar a este preciso instante, a este segundo en el que nos cogemos de la mano y nos miramos a los ojos. Por eso debes perdonarte a ti mismo, porque tenemos una vida por delante que nos espera, si es que aún deseas casarte conmigo.

Con un temblor casi imperceptible en el labio, Huxley navegó dentro de esos ojos azules con cientos de tonalidades, la pupila oscura fija en sus ojos que le daban confianza y amor.

Amor, esa era la palabra. Un infinito, extraordinario y desmedido amor.

Acunó el rostro ovalado, buscando esa boca que podría dibujar con los ojos cerrados, besándola con vehemencia. No tenía otro deseo que poder besarla hasta el resto de sus días, y más allá de ellos. Le faltaba el aliento, el corazón se le salía del pecho y el tiempo se detenía. Podía sentir esa magia que los envolvía, ese latido intenso que le decía que no había otra como ella.

—Catherine, no deseo otra cosa —respondió deteniéndose para coger aliento.

Ella lo sabía, pero quería escucharlo de sus labios. Sabía que el futuro no sería fácil, pero valdría la pena.

—Entonces llévame a casa, por favor —susurró, sintiéndose la mujer más feliz de la faz de la tierra.

—Te llevaré adonde tú desees. ¿Crees que estarás lista para que nos casemos

dentro de dos semanas? —preguntó él.

—Sí.

—No quiero que la gente empiece a murmurar sobre tener a mi futura mujer bajo el mismo techo y sin carabina por demasiado tiempo.

—¿Crees que sería más prudente que volviese con Patrick?

—Lo sería, pero no creo que pudiese. Verás, tengo un pequeño problema y es que soy un hombre de costumbres fijas, y ahora que me he acostumbrado a dormir contigo, no podré hacerlo si tú no estás. Añadido el hecho de que no deseo ser atormentado por ningún espíritu y que me pille sin la experta en la materia —dijo todo serio.

—Válgame Dios, lord Hamilton, imagínese que el fantasma de su bisabuelo fuese hasta su cama para tirarle de los pies —bromeó ella, exagerando el tono.

—¿El fantasma de mi bisabuelo sigue en la casa? —se extrañó él.

—Acabo de inventármelo. Pero el de una tal Marguerite a veces ronda esta casa, ¿sabes quién es?

—¿La tía Marguerite? Era la hermana de mi padre. Se quedó soltera, espantaba a todos sus pretendientes con historias algo macabras, o eso decían. No la llegué a conocer casi, murió de una pulmonía cuando tenía cinco años. ¿Cómo es que puedes verla? No murió de una forma traumática.

Estaba bastante seguro de cómo funcionaban los poderes de Catherine y aquello no entraba en la descripción.

—Creo que el episodio con Vaine ha hecho que algunos de mis poderes reprimidos vean la luz, y ver espíritus igual que te veo a ti es uno de ellos.

—¿Hay otro poder que deba conocer? —susurró, frunciendo el ceño, con preocupación.

—Ahora cuando toco a una persona, no solo veo su muerte sino también su vida, igual que una secuencia de los episodios más importantes de ella. Pero no siempre son los mismos, ¿sabes? Cambian, dependiendo de sus decisiones.

Era extraño, y no terminaba de imaginárselo, como casi todo lo que tenía que ver con su misticismo.

—¿Sigues sin ver nada sobre mí?

—Eso no ha cambiado. Creo que es por el hecho de que tu futuro va ligado al mío, y no puedo verlo. No sé qué me depara el futuro, es... raro, sabiendo el de todos los demás —musitó.

—Es mejor no saberlo, sino, ¿qué gracia tendría?

—Tienes razón —acertó a decir.

Mientras debatían acerca de su futuro, en ese mismo instante apareció una visita inesperada, que Annabelle se ofreció a recibir. En el pequeño salón que ella tenía de uso exclusivo, entró el doctor Heimsworth con cara de funeral, sorprendido por ver a la hermana de Hamilton demasiado bien dados los acontecimientos.

—Doctor, qué agradable sorpresa —manifestó Annabelle cuando tuvo al doctor enfrente.

Alzó la mano enfundada en un guante de raso blanco para que él hiciese una pequeña reverencia. No era el hombre más atractivo que había conocido, las arrugas en su rostro hacían mella en él, pero su expresión dura y algo amargada le producía curiosidad, sobretodo por saber qué era lo que se le pasaba por la cabeza. Su mente era un enigma que ella estaba dispuesta a averiguar.

—He venido en cuanto he leído la noticia. Debe de haber sido terrible para usted que fuese su prometido el asesino —dijo el doctor sin tapujos.

Ella asintió, más por costumbre que por otra cosa.

—Un poco, cierto. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? ¿Algún refrigerio?

—No gracias —rechazó él sin contemplaciones.

—No voy a negarle que ha sido un golpe inesperado —dijo ella, sentándose en el sillón de al lado donde lo había hecho él—. De hecho, me sentía la mar de culpable, hasta que me he dado cuenta de que no debía de sentirme así.

—Yo me refería mas al hecho de querer a alguien que ha resultado ser un asesino en serie —exclamó él.

Annabelle admiró la sinceridad con la que hablaba. En su mirada no había

rastró alguno de compasión, parecía que no sentía ni pizca de empatía hacia ella.

—¿Querer? Se equivoca, doctor. Puede que me dejase querer, quise experimentar por una vez en la vida lo que era ser cortejada por un hombre y ser... su objeto de deseo. También deseaba enamorarme de él, y puse mucho empeño en ello, sin éxito como ve, pues esta traición más que dolerme por su engaño, no me tiene llorando por las paredes.

Entonces el doctor esbozó, por primera vez desde que lo conoció, una media sonrisa.

—Es usted muy joven para eso, tiene toda una vida por delante.

—Se equivoca. Me dijo mi hermano que es usted viudo, ¿hace mucho que falleció su mujer? —cuestionó ella, buscando satisfacer su curiosidad.

—Diez años.

No pudo continuar con su interrogatorio porque apareció Huxley y se lo llevó a su despacho para comentarle ciertos detalles médicos de las víctimas. Pero Annabelle estaba convencida de que ese no sería su último encuentro.

Tres semanas más tarde

Si su madre decía una palabra más acerca de lo mucho que le desagradaba su mujer, capaz era de enviarla al infierno y decirle que no volviese. Había llegado justo para presenciar el enlace y se había quedado pues, al fin y al cabo, también era su casa.

Estaba en la entrada esperando a que Catherine bajase para irse de luna de miel. Necesitaba perder de vista el mundo entero durante un par de días.

—Hijo, antes de que te vayas, no olvides decirle a Jensen que busque a otro jardinero. Las gardenias están hechas un desastre —se quejó de ello por enésima vez consecutiva.

Huxley bufó, deseando que Catherine bajase cuanto antes o no respondía de

sus actos.

—Madre, no me atabale más sobre este asunto —le advirtió.

—Por supuesto, si no hubieses dejado escapar a una esposa decente como Hilda en vez de casarte con una escocesa de orígenes dudosos, no tendríamos este problema.

Su cantinela se repetía una y otra vez. Que si tendría que haberse casado con su prima y así todo quedaba en familia, que si ella era una verdadera noble, que si era preciosa no como las demás mujeres y un sinsentido de charla insustancial a su parecer.

—Hilda no le llega a Catherine ni a la suela de los zapatos —sentenció él, finalmente, hastiado de escuchar tanta retórica absurda.

Se habían visto durante el banquete después de su boda, él y Hilda. Su madre la había invitado como miembro de la familia, y había acudido junto con su marido, con el que se había casado justo después de cortar su compromiso. Su incomodidad inicial había sido debida a la obligación de presentársela a Catherine, quien supo al instante de quién se trataba esa mujer.

No por nada tenía la mujer más intuitiva de todo Londres.

—Ya podemos marcharnos, querido —dijo ella al fin, pudiendo escuchar esa última parte.

A Catherine le traía sin cuidado que la madre de Huxley la comparase constantemente con aquella mujer que había sido tan estúpida y egoísta como para no querer casarse con él. Total, no le quedaba mucho tiempo de vida.

Huxley la cogió de la mano para irse finalmente los dos solos.

—Madre, no haga ninguna tontería mientras esté fuera —le advirtió él.

Catherine si llegó a tener alguna duda sobre lo sentimientos de Huxley hacia su antigua prometida, quedaron toralmente disipados el día en que tuvo lugar su enlace. Después de presentarle a la tal Hilda, se percató de que esta no dejaba de observarla. Tampoco ella la perdió de vista y, en un momento dado, vio como se acercaba a Huxley. Ella, con disimulo, se colocó detrás de los árboles donde ellos conversaban, pudiendo escucharlo todo.

—Quería pedirte perdón por como acabaron las cosas entre nosotros, Huxley —dijo la tal Hilda—. Me alegra que hayas encontrado a alguien.

—Te perdono, Hilda —dijo Huxley solamente.

Porque ya no le importaba, y porque su presencia más que dolerle, le era indiferente.

—¿Ella lo sabe? Lo de tu hermana —preguntó con dureza en su rostro.

Los años no habían sido demasiado benévolos con ella. Su rostro estaba algo demacrado, había arrugas de preocupación, sin duda debido al gusto de su marido por el juego y su excesiva frugalidad. Se preguntó qué demonios podía haber visto en ella antaño.

—Lo sabe —asintió él de forma firme.

—¿Y no le importa? —cuestionó la mujer, con sorpresa.

—No, Hilda.

—Puede que esté muy desesperada por casarse con un duque —insinuó ella con cierto grado de reticencia en la voz.

—No todas las mujeres son como tú. Me alegro de que me revelases tu verdadera cara a tiempo, y haber podido darme cuenta de que esa persona que creí que eras, no existía. Si me disculpas, voy a volver con mi mujer.

Catherine no era celosa por naturaleza, pero tampoco nunca había querido a nadie con anterioridad. Así que con la certeza absoluta de que era la única en el corazón de Huxley, se la trajo al paio lo que dijo su madre, y respiró hondo, con la certeza de que iba a disfrutar de su luna de miel.

En cuanto subieron al carruaje rumbo hacia el puerto, él la besó con impaciencia y desespero.

—Mmm, Hux, aún no hemos llegado a París —musitó Catherine presa de la sorpresa.

—Lo sé, pero no sé si podré esperar. Me vuelves demasiado loco —exclamó él, depositando la mano bajo la falda.

—La que te vuelve loca es tu madre. Pero es mejor que la ignores, cariño.

—¿Cuánto dices que le queda de vida? —preguntó él, dejando ir un suspiro

de frustración.

—Cinco meses.

—Dios, esto va a ser insoportable —bramó él.

No deseaba que su madre falleciese, pero estaba claro que no dejaría de importunar a Catherine y eso era algo que no permitía. Y, de todas formas, la mujer apenas podía caminar, se ahogaba cuando daba más de cinco pasos y tenía dolores horribles en la espalda, necesitando morfina para calmarlos.

Huxley como médico sabían que su final estaba cerca y que poco se podía hacer. No, su muerte no sería fruto de una casualidad o un accidente que podría evitarse, sino de una enfermedad pulmonar para la que no había remedio alguno.

—Podemos no salir de la habitación, o encerrarla a ella. O podemos buscarle un marido. Estoy segura de que tía Megan estará encantada de hacer de celestina.

—Para cinco meses que le queda, ¿quieres casarla? —se extrañó él.

—Era una idea.

—Gitana, la única idea buena que tuviste fue aquel día mientras nos escapábamos, el besarme. Todas las demás han sido nefastas —respondió él bromeando.

—No es verdad. Tengo otra idea. Bésame de nuevo hasta que llegemos al barco —pidió ella, no pudiendo resistirse las ganas de pegarse a él.

—Como desees —respondió Huxley.

Sin duda, era lo que pensaba hacer.

FIN

-
- [1] Personaje de Edgar Alan Poe de *Los crímenes de la calle Morgue* y otros.
- [2] *Demonio*, en Romaní.
- [3] *Guerrero*, en gaélico escocés.
- [4] *Mujer* en Romaní
- [5] *¿Quién eres?* en Gaélico
- [6] Criatura de la mitología escocesa, que muda su piel de foca para adoptar forma humana.
- [7] *Maldición* en Romaní.
- [8] *Corazón*, en romaní.
- [9] *Mi amor* en gaélico escocés.
- [10] *La virgen* en Romaní
- [11] *Qué hambre* en romaní.
- [12] *Dios* en romaní.
- [13] *La Virgen* en romaní.
- [14] *Corazón* en romaní.
- [15] *Hermano* en romaní.
- [16] *Tesoro* en romaní.
- [17] *Valiente* en inglés.
- [18] *Corazón* en romaní.
- [19] *A solas* en gaélico escocés.
- [20] *Quiero hablar con Esme* en gaélico escocés.
- [21] *No se encuentra bien* en gaélico escocés.
- [22] *¿Es cierto que eres mi primo?* En gaélico escocés.
- [23] *Mujer* en romaní.
- [24] *Gusano* en romaní,